Andreas Faber Kaiser

¿SACERDOTES O COSMONAUTAS?

La razón de las visitas de los platillos volantes, ¿radica en nuestra dependencia de otras civilizaciones? **Edición ilustrada**.

Otros Mundos

«Hay otros mundos,
pero están en éste»

ELUARD

Andreas Faber Kaiser

¿SACERDOTES O COSMONAUTAS

PLAZA & JANES, S.A.
Editores

Primera edición: Septiembre, 1974
Segunda edición: Abril, 1975
Tercera edición: Octubre, 1975

© 1975, Andreas Faber Kaiser
Editado por PLAZA & JANES, S. A., Editores
Virgen de Guadalupe, 21-33, Esplugas de Llobregat (Barcelona)

Printed in Spain — Impreso en España
ISBN: 84-01-31058-X — Depósito Legal: B. 37.988 - 1975

para Sergio

«No hay para los hombres norma más segura que el conocimiento de los hechos ocurridos anteriormente.»

POLIBIO, *Historia*, Libro I, Prefacio

«El mundo avanza, el futuro es brillante, y nadie puede cambiar esta tendencia general de la Historia. Debemos propagar entre el pueblo, para que cobre confianza en el triunfo, los adelantos logrados en el mundo y las claras perspectivas para el futuro.»

MAO TSÉ-TUNG, 17 octubre 1945

«Los descubrimientos de las últimas décadas —desde los rayos de Röntgen hasta el sicoanálisis, desde la aparición de la asimetría en las matemáticas hasta el desmoronamiento del principio de paridad en la física nuclear— han mostrado continuamente que la opinión establecida y académica no siempre se halla en condiciones de captar correctamente la realidad, porque la concibe de manera demasiado estrecha y dogmática.»

ROBERT JUNGK

PRESENTACIÓN

Al lector mediocre *¿Sacerdotes o cosmonautas?* puede parecerle una obra más de ciencia-ficción. Mas para quienes siguen el contexto literario de hoy, este trabajo de Andreas Faber quedará inserto en el más puro concepto del ensayo, especialmente interesante, porque libre de los malabarismos «estilísticos» de los habituales de la ciencia-ficción que llegan a confundir al lector medio con teorías exóticas nunca probadas, como elemento sustentador de sus «anticipaciones» (pero que adquieren apariencia axiomática), ofrece un cotejo sistematizado entre el hecho y lo incógnito. En el fondo, lo que menos importa en la obra de Faber es «su» teoría, «sus» sugerencias, ya que especular y sugerir está al alcance de cualquier mente formada e inquieta, sino la evidenciación de cómo los centros de poder manejan las incógnitas como un medio más de manipulación sobre las masas. Cuando Lukács nos habla de un movimiento antimanipulatorio, de un *brain trust*, lo hace en este sentido de movilización por vía del desenmascaramiento. El pensador marxista sueña con el potencial de este movimiento antimanipulatorio para prender en las masas con uno o varios chispazos «inasimilables». Si realidades manipulatorias como la televisión, la publicidad, la moda, etc., han sido ya capaces de actuar en este sentido de rechazo, cada vez más amplio, acaso el hombre medio llegue a considerar intolerable que se le manipule en algo tan sagrado como el Más Allá. En este sentido, el trabajo meticuloso, coherente y agresivo de Faber es, cuando menos, un intento honrado.

VÍCTOR PZANCOYALBA

PRÓLOGO

En la ascensión constante del hombre hacia el Conocimiento, éste ha ido dejando sucesivamente atrás diversas pieles de serpiente. ¡Qué largo parece el camino recorrido desde el mundo mítico del hombre prehistórico, hasta el mundo de la Cibernética y de la Astronáutica! Sin embargo, visto en términos evolutivos, este período es brevísimo. El Homo sapiens *es muy joven, como especie; si admitimos, con André de Cayeux, un promedio de cuatro millones de años para la vida de una especie, el hombre, como tal, se encuentra al comienzo de su vida filogenética.*

Esta constatación plantea una serie de interesantes posibilidades e interrogantes. ¿Qué habrá después del hombre? ¿Es lícito especular sobre la inevitable aparición —puesto que la Evolución no se ha detenido, únicamente su ritmo es demasiado vasto para que lo captemos en nuestra pequeñez ontogenética— no del Superhombre, concepto teñido de un excesivo sabor nietzscheano, que todos sabemos lo que dio, sino del Ultrahombre*, como prefiere Aimé Michel? El ultrahombre nos resultaría incomprensible por definición, como la mente del Cro-Magnon debía de resultar incomprensible para el tosco Neanderthal.*

Pero traslademos el problema a escala cósmica. A escala evolutiva terrestre, el ultrahombre no es más que una posibilidad. A escala cósmica, sin embargo, puede ser una realidad. Si admitimos, con Nikolai Kardachev, la existencia de tres niveles cósmicos de civilización, del que nosotros ocuparíamos el segundo, nada nos impide admitir también que las civilizaciones del tercer nivel pueden haber alcanzado logros que nos parecerían pura magia. «Toda tecnología superior puede parecer magia», ha dicho Arthur C. Clarke. Las realizaciones de las civilizaciones del tercer nivel pueden pertenecer a esta categoría. Puestas en contacto con las antiguas civilizaciones del Homo sapiens *terrestre, recibirían por parte de éste una explicación mágica, o religiosa. Extrapolando en el tiempo, los posibles visitantes extraterrestres serían acogidos por los hombres primitivos o los hombres de la Antigüedad como el*

aviador que aterriza junto a uno de los pocos poblados salvajes que van quedando: como «el gran Dios Blanco bajado del cielo».

Este libro tan interesante que tengo el placer de prologar, se ocupa precisamente del «Gran Dios Blanco bajado del cielo»..., por extensión, aquellos mitos, leyendas y personajes susceptibles de ser interpretados a través de este nuevo prisma, que poco a poco se va abriendo paso, con gran escándalo por parte de las pudibundas vestales que velan el fuego de la Arqueología tradicional..., según la cual, evidentemente, el hombre primitivo no podía adorar más que al disco solar, y representarlo esquemáticamente por medio de esvásticas, a pesar de que ésta es un símbolo de movimiento circular y el Sol, como sabemos, no gira vertiginosamente sobre su eje (salvo en Fátima, donde por breves instantes y ante 70.000 testigos, se le ocurrió adoptar una curiosa forma de OVNI avant la lettre*).*

Hallándome recientemente en Santander, pude constatar una vez más la estrechez de las interpretaciones arqueológicas convencionales. La primera, en el Museo Provincial de Prehistoria y Arqueología, donde mi buen amigo don Fernando Calderón, padre del extraordinario pintor del mismo nombre, me mostró la estela gigante de Lombera, de forma circular y que en una de sus caras tiene una representación helicoidal que indica claramente movimiento rotatorio, mientras en la otra aparecen varios círculos concéntricos —¿una cúpula representada en dos dimensiones?— rodeados por una representación estilizada de la serpiente, que según John Michell y otros, representa en todas las culturas antiguas la idea del vuelo, o está asociada con él (dragón alado, serpiente emplumada, etc.). Ante mis ojos —y así se lo dije al señor Calderón— tenía una gigantesca representación en piedra de un platillo volante de la época prerromana.

Como representaciones también de platillos volantes —y no de mujeres grávidas, objetos claviformes y otras cosas inverosímiles, como pretenden los arqueólogos— fue lo que al día siguiente vimos los Calderón y yo en las cuevas de Puente Viesgo, especialmente en la de la Pasiega. ¿Platillos volantes en el neolítico, hace veinte o

treinta mil años? ¿Y por qué no? Los cazadores magdalenienses de la cultura franco-cantábrica —que, curiosamente, y según ha señalado Aimé Michel, se sitúa a lo largo de la línea BAVIC— no tenían el «lavado de cerebro» del hombre de la calle actual. Su mente virgen aprehendía con nitidez lo que sus ojos veían, y lo representaban fielmente en las paredes de sus cuevas. ¿Cómo explicar, pues, que al lado de bisontes, cérvidos y osos reproducidos con un realismo impresionante, aparezca dibujado con la misma exactitud el «platillo» que Keffel fotografió en Barra da Tijuca en mayo de 1952? ¿Había ya, hace 25.000 años, «débiles mentales» que veían «platillos volantes»? De ser esto así, el hecho es más notable incluso que la existencia misma de las pinturas de Altamira.

Libros como el de Andreas Faber Kaiser aportan una ráfaga de aire fresco, de imaginación creadora y de espíritu investigador en el enrarecido mundo de la Ciencia oficial. El antropocentrismo se bate hoy en sus últimos reductos. La revolución copernicana no ha hecho más que empezar: el Hombre, finalmente, comprende que no está solo y sale al encuentro de sus hermanos del Cosmos, de aquellos que le han precedido por los misteriosos caminos del Espacio y del Tiempo. Los que defienden aquellos últimos reductos tienen la batalla perdida de antemano, pues les falta el arma más poderosa, la que ha hecho siempre posible el progreso humano: la imaginación, aliada a la curiosidad.

Pues la Ciencia sin imaginación, es letra muerta.

ANTONIO RIBERA

INTRODUCCIÓN

«No es importante que los hombres tengan ideas, sino que las ideas tengan hombres», escribió un gran pensador español. Y así parece ser. Las ideas están ahí, flotan en el ambiente. Acompañan y guían al hombre en su avance, en la materialización de su historia, esperando que alguien, en un momento dado, las capte. Las vea, las asimile, las comunique a los demás y las trabaje. Es la razón de ser de muchos libros, y la de este ensayo. Máximo Gorki afirmó que en la vida no existe lo fabuloso. Que todo lo que adquiere cariz de prodigio descansa sobre una base concreta y perfectamente determinada. Que no hay nada ideado por el hombre, que no tenga su fundamento en el mundo real. Es un buen resumen de la conclusión de este estudio.

Hay en el campo editorial una extensa y muy bien surtida gama de libros que tratan el problema de los objetos (volantes) no identificados y en general el de todos los «fenómenos por explicar» —como muy bien los llamó el profesor Alvial—, y que suman ya una larga e interesante serie a lo largo de toda nuestra historia. Leídos muchos de estos libros, es difícil hoy sustraerse de la convicción de la existencia de los citados objetos volantes no identificados, ni de su origen extraterrestre. No intentaremos profundizar, pues, en este punto. Para el lector interesado y para el escéptico se da al final del ensayo una lista de bibliografía interesante al respecto, y que en buena parte ha alimentado nuestra convicción. Libros que tratan aspectos particulares y libros que enfocan el fenómeno en general, junto a otros libros que parecen a primera vista no tener que ver con el asunto, que más bien parece que nos desvíen. Pero no debemos olvidar que hay desvíos que pueden ser atajos; atajos, que pueden acelerar nuevos horizontes.

Admitida la existencia real y el origen no terrestre del fenómeno de los objetos volantes para nosotros no identificados, lo que debe interesamos de inmediato es la razón de la presencia de estos objetos en nuestros cielos. ¿Qué tenemos que ver *nosotros* con ellos? Y así nace este ensayo: por el deseo de encontrar el vínculo

que nos une con esos seres «no terrestres», vínculo sin duda profundo e importante, a juzgar por las reiteradas visitas que nos rinden ya desde hace siglos y siglos.

Entendemos que la relación del hombre con algo «no terrestre» es la relación del hombre con algo cósmico. Y entendemos que la relación del hombre con algo cósmico evoca a gritos el tema del origen de las religiones, que vinculan al hombre con «algo superior», con «algo no terrestre».

La principal objeción que suelen esgrimir los escépticos para fundamentar su postura negativa frente a la realidad de los OVNI toma forma en la pregunta de que, si realmente existen, ¿por qué no toman contacto con nosotros? La «Rand Corporation» americana, organismo formado por personal altamente especializado en todos los campos y dedicado a considerar la actuación futura de la Humanidad en sus más variadas facetas, nos proporciona una razón muy lógica al concluir que toda civilización dominada por otra superior a ella acaba por sucumbir, sin que ello reporte, por lo demás, provecho alguno para ninguna de las dos. ¿No estamos preparados para el encuentro? Probablemente no lo estemos. Pero cabe también otra respuesta a la pregunta de los escépticos: la respuesta de que el contacto acaso ya haya sido establecido, al nivel correspondiente y adecuado, con aquellos que «ellos» estiman que pueden influir en la marcha de nuestro progreso y de nuestra superación. Podríamos atrevernos a sospechar que el hombre recibe instrucciones periódicas a lo largo de toda su historia, y a suponer que las grandes culturas son el producto de «influencias» extraterrestres. ¿Puede hablarse de un programa de indicios que se le van dando al hombre para que en un momento dado saque su provecho de ellos? ¿Podría constituir la conquista de la Luna el eslabón más reciente de esta cadena?

Fulcanelli, en su interesante libro *El misterio de las catedrales* [1], deja traslucir una predestinación y una interrelación entre todo lo que acontece sobre nuestra Tierra. Parece como si alguien se empeñara en mantener un secreto, el secreto, intentando, sin embargo, hacernos ver que tal secreto existe. El ente extraterrestre

que maneja todo esto debe ser superior a nosotros y posiblemente su actuación sea buena *para nosotros*, sea adecuada para nuestra problemática particular y concreta. Si este ente nos ha dado tantos avisos de su existencia, ya sea velada, ya abiertamente, es que tiene interés en que nos vayamos acostumbrando a la realidad de la existencia de «algo más» de lo que estamos acostumbrados a ver, a oír, a conocer, a creer. Es la preparación, lenta y dificultosa, de la conciencia cósmica del hombre.

Las ideas y razonamientos que se exponen en este ensayo pretenden dar un paso en la búsqueda de un enfoque posible del problema de los «fenómenos por explicar». Puntualicemos que no se parte de una base técnica, sino de una base de observación, que comporta unas conclusiones dignas de ser comunicadas. Aquí es donde falla el hombre. Debemos plasmar en palabras, para explicarlas a otros, las ideas que vemos claramente en nuestros adentros. Estos «intermediarios» —las palabras— no pueden expresar nuestras ideas con un cien por cien de fidelidad. Al tener que trasladar a un plano espacio-temporal material la idea global que albergamos, se pierde la unidad de la misma al analizar y desmenuzar sus componentes para hacerla accesible a otros. Es en el plano del intelecto el equivalente a lo que son los sentimientos en el plano afectivo-emocional: se llevan dentro, pero nunca llegan a expresarse en su auténtica profundidad. Es una característica de la imperfección angustiosa del hombre. La telepatía sería acaso una solución. ¿Llegará el día en que dominemos todos esta facultad dormida y latente en nuestro organismo?

Nuestro buen amigo Alejandro Vignati, antiguo redactor-jefe de *2001*, definía a su revista afirmando que cumple el propósito de «poner al hombre en contacto con el Universo. Acercarle los más antiguos testimonios de la Historia en sus límites con las fronteras de lo extra o sobrehumano. Investigar a fondo, a nivel mundial, nuestros platos voladores de cada día. Atar cabos, difundir teorías y acelerar al hombre, preparándole para el futuro, mediante un periodismo de anticipación que acepta correr un solo riesgo:

caminar peligrosamente por las cornisas de la fantasía, con tal de no perder una sola realidad posible, aunque parezca fantástica».

Hagamos nuestro su programa, al que cabría añadir esta reflexión de Lessing: «La valía del hombre no la forma la verdad en cuya posesión está o cree estar, sino el esfuerzo sincero que ha aplicado para llegar a poseer esta verdad.»

Es fácil caer en equívocos, en malentendidos y en el ridículo, pero más vale eso que perder de vista una probabilidad de reconsideración de nuestra posición y función en el Universo.

Está bien claro que la inmensa mayoría de nosotros vivimos la sombra de la realidad, que vemos únicamente la superficie de un océano que encierra profundos y reveladores abismos, corrientes invisibles que condicionan la estructura y apariencia de la superficie en que nos movemos.

Busquemos el porqué de las cosas, de los fenómenos que nos rodean a diario. Con este ensayo se pretende, ante todo, inquietar al hombre tranquilo, conformista. Hacer vibrar en él un interés, una curiosidad, una inquietud que le haga reflexionar y ver que hay muchas más posibilidades —en casi todos los campos— de las que normalmente se suelen aceptar. ¿Qué somos? ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? —las incógnitas no se han despejado. Ni mucho menos.

Andreas Faber Kaiser
Barcelona, mayo 1971

NOTA PARA LA PRESENTE EDICIÓN

Creemos oportuno aclarar todavía el sentido del interrogante ¿sacerdotes o cosmonautas?, con que hemos titulado el presente ensayo.

Hemos podido constatar que muchos lectores creían que aludíamos con él a la circunstancia de que los seres que se le aparecían al hombre antiguo como divinidades, no fueron en realidad otra cosa que cosmonautas llegados del espacio. Ciertamente, el libro trata de eso. Pero su conclusión va más lejos. El interrogante que plantea el ensayo, y que se refleja en su título, es:

¿Qué agente salvará a la Humanidad? ¿El sacerdote, o el cosmonauta? Queremos insinuar que las religiones, tanto o más que guías del alma, pueden enfocarse como malinterpretaciones de una elevada tecnología. Presentimos que tan urgente como la salvación del alma, es la supervivencia de la raza humana como tal. Y que a esta supervivencia apuntan muchos pasajes y fenómenos «religiosos» que sólo cobraron cariz divino en una época en que la Humanidad no disponía de medios ni de puntos de referencia para poderlos explicar de otra forma. Pero que hoy podemos comenzar a atrevernos a interpretar bajo un prisma tecnológico, sin necesidad de recurrir a entes divinos.

En nuestra opinión, el cosmonauta, como imagen viva de la tecnología espacial, es para todos nosotros —en su calidad de verdadero pionero que busca caminos para la supervivencia de nuestra raza— un factor cuando menos tan urgente en el proceso de nuestra salvación física, como lo pueda ser para muchos el sacerdote en el proceso de salvación del alma.

Vayan, si no, estas consideraciones, ampliamente desarrolladas en el capítulo «Luz verde para la investigación espacial», de nuestro documento *Cosmos - cronología general de la astronáutica* (Barcelona, A.T.E., 1973):

Si debemos prestar crédito a los investigadores del «Club de Roma» (un grupo de futurólogos radicados en Italia, que han realizado un estudio muy pesimista consagrado a las posibilidades del año 2000), cuatro amenazas concretas penden alarmantemente sobre la continuidad futura de la raza humana sobre nuestro planeta. Se refieren a la superpoblación, a la escasez de cosechas, al agotamiento de las fuentes de energía y de las materias primas, y a la contaminación atmosférica.

Efectivamente, ha sido preciso un millón de años antes de que la Humanidad alcanzase los mil millones de seres, en 1850. Ochenta años más tarde, en 1930, quedaría ya doblada esta cifra. En 1960 éramos ya tres mil millones de seres humanos. Hoy, la población mundial es de tres mil setecientos millones. Al ritmo de crecimiento actual aumenta a un promedio de 140 personas cada minuto. También ha aumentado la duración media de la vida y ha disminuido la mortalidad infantil. La población humana de la Tierra se duplicará en sólo 35 años.

En segundo lugar se observa que las tierras cultivables se harán insuficientes para alimentar a la creciente población en un plazo mínimo de 30 años. La población tiende a crecer según los términos de una progresión geométrica (1-2-4-8-16), mientras que las subsistencias no pueden hacerlo más que en progresión aritmética (1-2-3-4-5). Con el actual ritmo de expansión, dentro de quince años no quedarán ya tierras marginales para el cultivo.

El tercer problema es el que plantea el evidente agotamiento de las fuentes de energía y de las materias primas. Dentro de treinta años, con el actual ritmo de consumo, y dentro de quince, si se tiene en cuenta la aceleración del propio consumo, las reservas de combustibles fósiles, que representan el 97 % de la energía utilizada por la industria, estarán agotadas. El petróleo habrá desaparecido en principio dentro de treinta años, y dentro de cincuenta si las prospecciones consiguen quintuplicar los yacimientos conocidos. Otro tanto sucederá con el gas natural de aquí treinta años. Los yacimientos explotables de carbón llegarán prácticamente al agotamiento en ciento once años. En cuanto a los recursos

minerales, sólo el hierro y el cobalto podrán seguir siendo extraídos durante ciento cincuenta años.

Por último, los ordenadores del «Club de Roma», y con ellos el futurólogo Sicco Mansholt y la Humanidad entera, llaman la atención sobre la amenaza de la creciente contaminación atmosférica. El problema es acuciante hasta el extremo de que en 1968 un coloquio de expertos de la «UNESCO» llegó a la conclusión de que sólo disponemos de veinte años antes de que el planeta comience a hacerse inhabitable por el solo hecho de la contaminación atmosférica.

Se supone que la proporción del 20 % de oxígeno en la atmósfera se ha ido formando, en una larga evolución, por la actividad fotosintética de los vegetales y la lenta sedimentación de materia orgánica en el fondo de los océanos. Cabe preguntarse ahora, cuando sabemos que un avión a reacción que atraviesa el Atlántico consume 35 toneladas de oxígeno, si las operaciones industriales y el empleo de motores de combustión no hacen que disminuya seriamente el margen entre la producción y el consumo, especialmente si observamos la rapidez con que se destruyen las selvas y otras reservas vegetales. Hasta cierto punto, el consumo de oxígeno y la producción de anhídrido carbónico están relacionados; sabemos que la proporción de anhídrido carbónico contenido en la atmósfera aumenta, y que este aumento podría provocar finalmente un alza tal de temperatura de la atmósfera y de los océanos que traería por resultado la fusión de considerables masas de hielo, lo que a su vez elevaría notablemente el nivel de los océanos. Debemos observar aquí también, y con respecto a las fuentes de energía, que si bien el paso de petróleo y carbón a electricidad dejaría de añadir elementos contaminantes a la atmósfera, no evitaría sin embargo el peligro principal, que es producir más energía de la que podemos permitirnos. Es un principio físico que la energía produce calor. Considérese ahora que el Ártico está cubierto de una capa de hielo relativamente delgada. Para fundirla bastaría con que la media de temperatura del planeta aumentara solamente un grado centígrado, algo que no estamos demasiado lejos de

conseguir. Una vez fundida, no volverá a formarse nunca más, con lo que todo el calor solar que hoy es reflejado, o sea rechazado, por esa gran superficie blanca, sería absorbido por las aguas oscuras, transformando esa zona septentrional en un nuevo trópico. Imagínese lo que ocurriría en las actuales zonas tropicales. Aparte de que la conversión de la enorme masa de hielo ártico en agua, y su añadido al actual caudal oceánico, sepultaría bajo las aguas aproximadamente la mitad del actual mundo habitado extendido a lo largo de las costas. La contaminación, la combustión, la energía y la destrucción se combinarían, para provocar en definitiva una modificación de la biosfera.

Aparte de la contaminación atmosférica existe hoy en día la del agua, la del suelo y la de los alimentos. La contaminación ha alcanzado incluso el fondo de los océanos y el Polo Norte.

Tales son las amenazas de muerte que pesan sobre la biosfera, delgada capa del globo terrestre en el punto de encuentro de los suelos, el aire y las aguas, a la que el hombre pertenece y de la que depende inexorablemente para su supervivencia.

Ante tal panorama, es evidente que hay que hacer algo. Y si la solución parcial o particular no existe, hay que ir a la solución global, categórica. Es ahí donde aparece la importancia real de la investigación espacial y astronáutica.

De entrada, ofrece la única posibilidad de una liberación física de la Tierra y la consiguiente posibilidad de colonización, previa ambientación, de otros cuerpos de nuestro sistema solar.

Y ofrece, naturalmente, una gama de soluciones mucho más inmediatas como son la observación, desde satélites en órbita, de toda la superficie cultivada del Globo, del estado de las cosechas, para poder distribuir de la forma más adecuada a las necesidades los recursos de que se disponen; de las nevadas, con lo que se puede establecer una distribución consecuente de las aguas de los embalses y de los sistemas de irrigación; del movimiento del plancton, alimento de los peces, permitiendo saber en todo momento a la industria pesquera dónde se hallan los distintos

bancos de peces; aparte de que los futuros viajes espaciales de duración prolongada y el establecimiento de bases en la Luna y en otros cuerpos de nuestro sistema solar obligarán a desarrollar nuevos medios de subsistencia, y en especial los métodos de regeneración de alimentos, etc. etc.

La misma vigilancia desde un satélite vale para la prospección sistemática encaminada a encontrar petróleo y depósitos minerales, debiéndose registrar además que los estudios que han debido realizarse para el progreso de la astronáutica han provisto al hombre de nuevas fuentes de energía, y de variantes nuevas de fuentes de energía ya conocidas, y que la extensa gama de nuevos materiales que el hombre se ha visto obligado a crear para los distintos requerimientos de los vuelos espaciales, ayuda también en cierto grado a liberar al hombre de su dependencia de los limitados recursos naturales del planeta.

Para concluir, volvamos a repetir que, aparte de contribuir con la elaboración de nuevas técnicas a reducir sobre el terreno, o sea, dentro de nuestra atmósfera, los factores de contaminación, es evidente que la astronáutica constituye la única posibilidad de que dispone el hombre para zafarse físicamente de esta atmósfera; es, en este sentido, el único conducto que permite albergar una esperanza de futuras —si bien lejanas— colonizaciones de otros cuerpos, y de una hipotética liberación de la Tierra en el supuesto de que ésta llegara a hacerse absolutamente inhabitable.

A la vista de lo expuesto, creemos que se comprenderá mejor nuestra insistencia en considerar al cosmonauta —como cabeza visible de toda una tecnología espacial— factor imprescindible de salvación. Un futuro aún lejano dará la respuesta.

Veamos ahora, a lo largo de este ensayo, si el pasado y el presente pueden interpretarse como sucesión de eslabones de una cadena que nos ha estado y está preparando y proyectando hacia este futuro.

Finalmente, somos conscientes de que puede llegar a extrañar nuestro empeño en abogar por la Ciencia —en cuanto tecnología—, viniendo nosotros como venimos del campo de las letras y de las humanidades. La explicación es bien sencilla: una cosa lleva irremisiblemente a la otra. Las letras, a la larga, sólo pueden perfeccionarse a sí mismas echando mano de la tecnología. La tecnología, a su vez, es cosa muerta en cuanto intenta prescindir de los conocimientos de las humanidades. Sencillamente, para intentar siquiera comprender lo que es el universo y lo que es el hombre en el universo, hay que tener en cuenta todos los factores. Quien proceda de las humanidades debe necesariamente ampliar sus conocimientos complementándolos con la tecnología. Quien proceda de las ciencias exactas o de la tecnología, es preciso que pise un suelo humanístico. Sólo así se obtiene una perspectiva. Sólo así se es capaz de situar el uno en el sitio que le corresponde dentro del todo. Y..., en demasiadas ocasiones, ni así.

Andreas Faber Kaiser
Barcelona, marzo 1974

I. UN MENSAJE EN LOS TEMPLOS

1. UNA FORMA COMÚN A LOS TEMPLOS

> *«Ni me creo en posesión de la verdad ni me supongo sabio, pero me llena de consuelo el saberme inmerso, de hoz y coz, en la duda, que no es mal —sino muy honesto— camino.»*
>
> CAMILO JOSÉ CELA

Entremos directamente en materia. Comenzaremos por plantear una hipótesis, aportando luego el contexto necesario para su adecuada valoración. Los distintos puntos que tocaremos, y que guardan una estrecha relación entre sí, son parte de esa red que indujo a Carlos Murciano a concluir que «algo flota sobre el mundo», y a Sebastià Estradé a escribir que ciencia y religión «tienen más puntos de contacto de los que nos podemos imaginar» [2].

Creemos oportuno citar aquí todavía dos razonamientos del divulgador Màrius Lleget: «Mientras no se pueda examinar un OVNI en un laboratorio terrestre, su estudio sólo podrá realizarse a través de hipótesis, que es un método tan científico y racional como la manía de los computadores electrónicos, pero con más campo para la imaginación que tanta falta viene haciendo a muchos científicos» y «... les ruego que mediten esta antigua frase del pensador indio Karapâtri: “Una ilusión es una falsa apariencia, pero una falsa apariencia tiene forzosamente como base una realidad.” Resultado ciertamente positivo, para cuyo enunciado no se precisan evidentemente computadores electrónicos» [3].

Avanzando —en la montaña que forma el límite meridional de la provincia de Khandesch, en el distrito indio de Nisampor el desfiladero regado por el Warora, se llega a uno de los complejos-

santuario más originales de la India: 29 templos excavados en la roca, repletos de inscripciones referentes al budismo. Datan de entre los 200 años antes y los 600 después de J. C., y su interés actual se limita a lo artístico. Pero algo más podemos encontrar en los subterráneos de Ajanta... Fijémonos por ejemplo en la sala número 26. Al fondo de la nave, el «santa sanctórum»: la imagen de Buda. Curiosa es la construcción que la alberga. Curiosa y reveladora a la vez. Se trata de un templete, un «artefacto» constituido esencialmente por una cúpula esférica achatada —en la sala número 19 la esfera tiende a una mayor perfección—, sostenida por cuatro pilares principales. Lo demás es relleno decorativo de este esquema. Tiene importancia el que la divinidad se encuentre precisamente en este «artefacto», como tiene importancia también, según veremos más adelante, el remate-saliente que presenta la parte superior de la cúpula (Fig. 1).*

Dejando a un lado lo que pueda tener de artístico, de relleno y de decoración, prestemos nuestra atención a la ya mencionada estructura básica del conjunto: una esfera —cúpula— sostenida por cuatro columnas. Es uno de nuestros puntos de partida, y constituye un esquema que, con alguna que otra variante, informa un sinfín de construcciones y configuraciones sagradas y, por extensión, multitud de construcciones no sagradas, que sin embargo, y precisamente por su condición de extensiones, ya escapan a nuestro interés.

Nuestra curiosidad nos plantea la pregunta por el origen de esta formación latente en las construcciones sagradas, y que aparece subconscientemente (?), conscientemente (?) tanto en formas exteriores como en formas interiores, en cúpulas, en arcos, en tabernáculos, en templetes e incluso en plantas de templos y recintos sagrados...

En Agra, en la misma India, Shah Je-han erigió la pieza maestra de este país, una construcción con la que únicamente puede rivalizar, como escribe Oliver Beaupré Miller [4], el Partenón griego. Esta pieza maestra india, vuelve a presentar, como base de su magnificencia, el mismo esquema descrito: una enorme cúpula, asentada sobre cuatro pilares principales (Fig. 2).

La reconstrucción ideal del templo caldeo de Baal Marduk, realizada por Chr. Herrman, culmina en un templete situado en lo alto de la séptima terraza. El templete en cuestión es igualmente una materialización de la forma latente mencionada.

A Ahura-Mazda, principio del Bien o dios bueno de la antigua religión del Irán, dios de la vida y de la luz, se le representa bajo figura humana que emerge de un disco (esfera) sostenido por 4 patas (2 de frente + 2 tapadas por éstas). El conjunto queda representado sobre un fondo de alas que simbolizan su facultad de volar, pero que no forman parte material, sino simbólico-cualitativa de la representación. Esto vale también para las representaciones del disco (esfera) alado en general y del disco (esfera) solar alado, influencia directa de Egipto. Lo sorprendente del conjunto son esas «patas». ¿Para qué necesita un disco divino, un disco (esfera) solar «patas»? ¿O es que tal disco (esfera) no es tan divino como parece, sino más bien un «aparato» que se asienta sobre tierra firme mediante «patas», y cuya facultad de elevación hacia el cielo queda simbolizada por esas alas de fondo? Sea como fuere, el conjunto sigue estando basado en nuestro esquema de la esfera sostenida por columnas (= patas) (Fig. 3 y Fig. 4).

Y ya en el tema de los discos solares, divinos, encontramos el mismo esquema en una conocida tablilla de la época del primer Imperio babilónico, conservada en el «British Museum», y que forma parte de la serie de pequeñas cerámicas que ilustran el *Código de Hammurabi*. Representa al rey Nabu Palidin rindiendo visita al santuario del dios Shama, el dios solar de Sippar. Lo que aquí llama nuestra atención es la estructura que aparece ante el «trono» del dios Shama. Ha sido tradicionalmente interpretada como el símbolo del dios, o sea, el disco solar, colocado sobre un altar. Más adelante nos volverá a interesar la idea del altar. De momento nos fijaremos en el conjunto que forma con el «disco solar». Evidentemente el símbolo presenta una íntima relación con el dios. ¿Cuál es esa relación? Caben varias respuestas, entre las que no podemos descartar la idea de que la estructura referida sea la representación del vehículo en que ese dios descendió a la Tierra. Observemos que

el símbolo está en contacto con la Tierra; se asienta sobre ella mediante patas, cuando, de ser el símbolo del Sol, lo más lógico sería representarlo en el cielo, como es el caso de la representación de la Luna, tal como la apreciamos en profusión de relieves y pinturas de la misma época del primer Imperio babilónico. ¿Volvemos a encontrarnos ante una esfera con «patas»? Nuestro «conjunto» depende además de «algo» situado más arriba, en el cielo. ¿Qué representa esta dependencia? Veremos luego que es muy significativa (Fig. 5 y Fig. 6).

El motivo del «disco solar» asentado sobre la tierra firme, sobre lo que se interpreta como un «altar», vuelve a surgir, por ejemplo, en la decoración de una vasija cilíndrica que se conserva en el «Staatliches Museum für Völkerkunde», en Munich, decoración que representa —según interpretación tradicional— a dos sacerdotes que se dirigen al «símbolo solar», situado entre ambos. Lo curioso del caso es que esta vasija, y por lo tanto la representación que la decora, no tiene nada que ver con el arte del primer Imperio babilónico, sino que es una muestra del estilo Teotihuacán III, que floreció en la altiplanicie de México. Y Teotihuacán era «el lugar donde uno se convierte en dios». ¿Cómo podía uno convertirse en dios? Tal vez ascendiendo al cielo. Supongamos que los indios mexicanos hubieran visto cómo «alguien», entrando en «algo» (una nave), ascendía al cielo. En pura y elemental lógica este «alguien» se convierte automáticamente para ellos en un dios. Hace algo que ellos no son capaces de realizar. Y el lugar del que parte la nave, es el «lugar donde uno se convierte en dios».

Peter Kolosimo nos recuerda que en Teotihuacán «está, para empezar, la pirámide del Sol, cuya altura es exactamente la mitad de la pirámide egipcia de Keops, mientras que las medidas de la base de ambos monumentos son idénticas». Más adelante tendremos ocasión de echar un vistazo a las excepcionales características que encierra la gran pirámide egipcia.

«Y hay otra pirámide, la de la Luna, que la tradición —sigue Kolosimo— dice fue construida sobre una cripta en la que reposa, encerrada en una caja de cristal, una misteriosa criatura.»

«Inmersa en un largo sueño —nos dice la leyenda— dentro de una piedra cuadrada clara como el aire, duerme la diosa de la Luna. Su piel es como la luz lunar y sus cabellos son como el oro, y como el cielo de una noche de verano sus vestiduras...»

Pero volvamos a buscar nuestra forma latente en los edificios sagrados, en los templos. Aparte de la excursión hecha por México, hemos citado anteriormente ejemplos de la India y del Asia occidental, y una relación entre los discos solares alados de Susa y Egipto y entre las pirámides de Teotihuacán y Egipto. India, Asia occidental, Egipto. Pues bien, Hugo Kükelhaus [5] cita a L. Schwartz, que en 1926 dice que «la transmisión de la historia de las "Bauhütten" alemanas —se refiere a las alpendes que se erigían junto al solar en que se edificaba una catedral o edificio sagrado de cierta importancia, y durante el tiempo que duraban las obras, viniendo a ser algo así como el "puesto de mando" y albergue de todo y todos los que intervenían en la construcción del templo, comunidad que se regía por unas normas muy estrictas y perfectamente delimitadas [6]— se remonta a la época de los *egipcios, asirios e hindúes*».

Busquemos por lo tanto en los templos cristianos. En Roma nos podemos fijar por ejemplo en la basílica patriarcal de San Pablo Extramuros. Invitamos al lector a que, teniendo en cuenta la natural distancia entre la arquitectura de la India y la europea, observe la gran similitud que guardan entre sí el interior de la sala número 26 del templo indio de Ajanta y el interior de la basílica de San Pablo Extramuros en Roma. Al fondo de la nave, la misma imagen óptica: la cúpula —esfera deformada— sostenida por (2 + 2 = 4) pilares principales (Fig. 7).

Y ya que comparamos San Pablo Extramuros con el arte budista hindú, comparemos también la citada imagen óptica que figura al fondo de la nave de la basílica con el templete, repleto de símbolos religiosos, que alberga la imagen de Buda, y que forma el tema del bajorrelieve de una dagoba de la estupa de Amaravati, conservado en el «India-Museum» de Londres.

Eugenio Danyans, en su artículo titulado *Las predicciones de la Biblia (I)* [7] publica la fotografía de una estupa, rodeada de seres alados, que simboliza la muerte de Buda y su subida al Nirvana, comentando que «es curioso comprobar que se la asocie con un viaje por los cielos cuando algunos autores han visto en ella una representación de los OVNI».

La misma imagen de San Pablo Extramuros la encontramos en infinidad de construcciones sagradas cristianas, cosa que cualquier persona puede comprobar en configuraciones tanto exteriores como interiores de este tipo de edificios. Un buen ejemplo es el de la iglesia de San Clemente, igualmente en Roma. Compárese con Ajanta, con el Taj Mahal, con San Pablo Extramuros, etc. La configuración, evidentemente, existe, latente, en los edificios sagrados. Veámosla también, por ejemplo, en los arcos de las mezquitas, como el del Mirhab de la Mezquita de Córdoba y que, al igual que el arco de la Puerta del Sol, en Toledo, por citar sólo un ejemplo más, se presta sobre todo a su comparación con el «templete» que figura en el interior de la sala número 19 del ya citado templo indio de Ajanta (Fig. 8 y Fig. 9).

El mismo motivo ha servido para ilustrar textos, como es el caso de una miniatura visigoda ilustrativa del *Códice de las Etimologías de San Isidoro*, 1-3, fol. 7, que se conserva en la biblioteca de El Escorial. Y, por último, repárese en una muestra de deformación de la misma estructura básica que estamos tratando, para lo que nos sirve la mezquita de Ahmed-ibn-Tulin en El Cairo, que, aun desviándose de los modelos tratados, sigue presentando, sin embargo, los mismos elementos básicos, o sea, los cuatro pilares principales que se rematan mediante una cúpula (Fig. 10 y Fig. 11).

Vistos unos cuantos ejemplos de manifestación práctica de esta forma subconsciente latente en los edificios y en otras materializaciones de tipo sagrado, ejemplos elegidos al azar y que no pretenden en modo alguno ser los más adecuados al caso, estimamos haber aportado, sin embargo, los necesarios para orientar al lector y permitirle ir buscando más y mejores muestras.

2. LA VISIÓN DE EZEQUIEL

Pasaremos ahora a relacionar el esquema estudiado con un pasaje bíblico que acaso arroje cierta luz sobre la pregunta por el origen de esta forma latente.

«[1]Y aconteció en el año treinta, en el (mes) cuarto, a cinco del mes, cuando yo me hallaba entre los exiliados junto al río Quebar, que se abrieron los cielos y vi visiones de Dios. [2]"A cinco del mes", es el año quinto del exilio del rey Joaquín. [3]Fue palabra de Yahvéh a Ezequiel, hijo de Buzi, el sacerdote (en la tierra de los caldeos junto al río Quebar), y fue sobre él allí la mano de Yahvéh.

»[4]Y vi, y he aquí un viento tempestuoso que venía del Norte, "y" una gran nube "en él" y un fuego que se aglomeraba (con un resplandor alrededor de él, y de en medio de él [venía] como un centelleo de metal brillante, de en medio del fuego). [5]Y de en medio de él (emergía) una semejanza de cuatro animales, y éste era su aspecto: tenían "la misma" semejanza, [6]con cuatro caras cada uno y cuatro alas "cada uno". [7]Y sus pies eran un pie recto y la planta de sus pies, como la planta del pie de un becerro; y centelleaban como el fulgor del cobre pulido. [8]Y unas manos de hombre (salían) de debajo de sus alas a sus cuatro lados (y sus caras y sus alas, de los cuatro, [9]se juntaban la una con la otra, sus alas; no se giraban cuando caminaban, iban cada uno recto hacia delante). [10]Y el aspecto de sus caras era: cara de hombre, "delante de los cuatro" y cara de león a la derecha de los cuatro y cara de toro a la izquierda de los cuatro y cara de águila para los cuatro [11]"hacia el interior". Y sus alas estaban tiesas hacia arriba; en cada uno, dos se juntaban "una con otra" y dos cubrían sus cuerpos. [12]E iban cada uno recto hacia delante; hacia donde les impelía el espíritu, iban, no se

giraban cuando caminaban. [13]Y “entre” los animales había “una semejanza” como de carbones de fuego que quemaban, como una semejanza de antorchas “que circulaban” entre los animales. Y el fuego tenía un resplandor, y del fuego salía “como” un relámpago. [14]Y los animales “salían” y volvían como la semejanza del “relámpago”.

»[15]Y vi los animales, y he aquí una rueda en tierra junto a los animales, “de los cuatro”. [16]“Y” la semejanza de las ruedas y su estructura era como el centelleo del crisólito, y las cuatro tenían la misma semejanza; y su aspecto y su estructura era como si una de las ruedas estuviera en medio de la otra. [17]Iban hacia los cuatro lados, cuando caminaban, no se giraban cuando caminaban. [18]Y sus llantas y altura en ellas y temor en ellas (?) y sus llantas estaban llenas de ojos a su alrededor, en las cuatro. [19]Y cuando los animales caminaban, caminaban las ruedas junto a ellos, y cuando los animales se levantaban del suelo, se levantaban las ruedas. [20]Hacia “donde” impelía el espíritu, iban (?) las ruedas, “y” se levantaban junto con ellos, puesto que “el mismo” espíritu estaba en las ruedas. ([21]Al caminar ellos, caminaban ellas, y al pararse ellos, se paraban ellas, y al levantarse ellos del suelo, se levantaban las ruedas junto con ellos, ya que “el mismo” espíritu estaba en las ruedas.)

[22]Y sobre las cabezas “de los animales” había una semejanza “como” de un firmamento, como del centelleo del cristal terrible, extendido arriba, sobre sus cabezas. [23]Y debajo del firmamento, sus alas “se besaban”, una con otra; en cada uno, dos los cubrían y en cada uno, dos les cubrían sus cuerpos. [24]Y oí el rumor de sus alas como un rumor de mucha agua, como la voz de Saddaï, cuando caminaban era un rumor tumultuoso como el rumor de un campamento; “y” cuando se paraban, sus alas “aflojaban”. ([25]Y habló una voz encima del firmamento que había sobre su cabeza; cuando se paraban, sus alas “aflojaban”.)

»[26]Y encima del firmamento que había sobre su cabeza había como la apariencia de una piedra de zafiro, “sobre ella” la semejanza de un trono, y sobre la semejanza de un trono una semejanza como la apariencia de un hombre arriba. [27]Y vi: era como

un centelleo de metal brillante, como la apariencia de un fuego que una casa tiene alrededor, de la apariencia de sus lomos hacia arriba; y de la apariencia de sus lomos hacia abajo vi como una apariencia de fuego; y tenía un resplandor alrededor. [28]Como la apariencia del arco que hay en las nubes el día de lluvia, así era la apariencia del resplandor alrededor: ésta era la apariencia de la semejanza de la gloria de Yahvéh.

»Y lo vi, y caí sobre mi rostro, y oí la voz de uno que hablaba.» [8]

Esto es lo que nos cuenta el profeta Ezequiel de la visión que tuvo junto al río Quebar, cerca de Babilonia. Aunque ciertamente hay que tener en cuenta que algunos fragmentos son adiciones posteriores al escrito original.

Y lo que Ezequiel vio, es para muchos investigadores —Eugenio Danyans, Paul Misraki, Erich von Däniken y Jimmy Guieu entre otros— una máquina volante.

Antes de seguir adelante aclararemos algunos puntos cuya interpretación errónea podría desvirtuar el sentido de esta narración, tan valiosa para nuestro estudio. En ocasiones nos valdremos de las acertadas notas del comentarista de Montserrat, y otras son observaciones propias.

En el primer versículo se entiende que Ezequiel, en el momento de su visión, no estaba materialmente rodeado de exiliados. En el momento citado se hallaba seguramente solo junto al río Quebar, y lo que quiere puntualizar es que el encuentro tuvo lugar en la época en que se hallaba entre los exiliados.

Tampoco es que los cielos se abrieran, se separaran materialmente, sino que se abrió la fe de Ezequiel, al ver que de ellos surgía una manifestación sobrenatural para él, como insinúa San Jerónimo; surgía de ellos una nave, un aparato, y bajaba hasta donde estaba Ezequiel, completamos nosotros.

Algunos códices griegos singularizan las «visiones de Dios», y así debe ser, ya que Ezequiel únicamente nos relata una visión en

este pasaje.

Al decir, en el versículo 3, que fue sobre él la mano de Yahvéh, se refiere seguramente a una fuerte impresión, a una violenta conmoción interna de Ezequiel a la vista de aquel prodigio. El comentarista de Montserrat interpreta una crisis en la enfermedad del profeta, y debemos recordar aquí casos parecidos observados en nuestros días [9].

El viento, en el versículo siguiente, es expresión de algo material que se aproxima.

En el versículo 5, los cuatro animales surgen del conjunto de la visión, pero en ningún momento se alude a una *separación* del conjunto [10] sino que únicamente se dice que emergen de él. El comentarista de Montserrat concluye que los cuatro animales están *debajo* del conjunto. ¿Se trata del tren de aterrizaje que despliega el aparato al aproximarse a tierra? Ello explicaría la interpretación de *animales* por parte de Ezequiel. Como todo ciudadano de su época, no había tenido en su vida ocasión de ver un aparato automático. Imaginémosle pues viendo un aparato del que, sin mediar intervención humana, surgen de repente 4 «artefactos» (tren de aterrizaje). Al desplegarse éstos, el profeta cree ver, inevitablemente, seres animados, seres vivos, que se mueven por sí solos, y al adoptar éstos forma vertical, que es la que asume el hombre, los compara a una «semejanza» de animales, de forma vagamente humana. Por otra parte, Ezequiel únicamente conoce la tracción animal para cualquier tipo de rudimentario vehículo. Al interpretar la visión que tuvo como «vehículo» de Yahvéh, como «carro» de Yahvéh, el tren de aterrizaje del mismo, o sea, las «patas» a las que están adosadas las ruedas que mueven al «carro», se convierten automáticamente para él en los «animales» que tiran del carro. Y, por cierto, valga aquí la pregunta de Däniken [11]: ¿para qué necesitaba Dios un «carro», un vehículo? Es algo que no concuerda en absoluto con la idea adquirida de la omnipotencia del Ser Supremo [12].

Los cuatro animales tenían la misma semejanza, nos dice el profeta, lo cual es muy lógico teniendo en cuenta que las cuatro patas de un mismo tren de aterrizaje deben ser idénticas.

En el versículo 6, las cuatro caras pueden ser expresión del poder de Yahvéh. Así (versículo 10) la cara humana es símbolo de inteligencia, la del león símbolo de majestad, la del toro de vigor y fuerza natural y la del águila de velocidad y facultad de vuelo. Las alas pueden representar el sistema de sujeción, de tubos y árboles de transmisión de cada «pata» del tren de aterrizaje, respondiendo la interpretación de alas a la facultad de elevación del conjunto.

No debe descartarse por lo demás la posibilidad, válida en este caso para las cuatro caras y para las alas, de que «ellos» hubieran revestido su vehículo de formas conocidas para la gente de entonces, a fin de impresionar más al hombre terrestre que lo veía y presentarle algo familiar bajo ambientación divinizada, sobrenatural. Más adelante veremos otro ejemplo para esta posibilidad. ¿Son muestras muy rudimentarias y materializadas de esa superficie que vivimos, sin apercibirnos de lo que hay detrás de ella? ¿Son pequeños disfraces que nos velan la realidad?

En el versículo 7 se nos dice literalmente que «sus pies eran un pie recto». Lo cual confirma que cada «pata» del tren de aterrizaje terminaba en su parte inferior en un tubo (compárese por ejemplo —insistiremos en la comparación— con las patas del tren de alunizaje del Módulo Lunar del programa Apolo). También se nos dice que la planta del pie era como la del pie de un becerro. En la Biblia de Montserrat leemos que algunos estudiosos prefieren leer *redonda* en vez de *becerro:* «... y la planta de sus pies era redonda». ¿Estamos descubriendo elementos mecánicos en los supuestos animales? Así parece ser. Además, los pies «centelleaban como el fulgor del cobre pulido»... muy metálicos debían ser esos pies...

Los «animales» no se giraban cuando caminaban, se nos dice en el versículo 9, lo cual es lógico cuando los consideramos como piezas integrantes de un todo que se mueve precisamente como

unidad global, y no por piezas individuales. Las cuatro patas iban hacia delante al unísono, al tiempo que avanzaba todo el aparato.

Para el versículo 11, véase lo que ya dijimos más arriba acerca de las alas.

En el versículo 12 se dice que los animales iban hacia donde les impelía el espíritu: ¿hacia donde les guiaba una inteligencia, hacia donde los conducía un tripulante, un piloto?

Más adelante se habla de una «semejanza» de carbones de fuego, de antorchas que circulaban entre los animales. Podemos interpretar aquí la tobera del motor de descenso y frenado.

Discordante es el versículo 14. Pero ya el docto comentarista de Montserrat lo advierte, indicando que la voz «relámpago» es traducción supuesta de sendas voces desconocidas o indescifradas, y que el versículo no figura en la versión griega de los Setenta, concluyendo que seguramente se trata de una glosa, ya que «si los “animales” se hubiesen movido con la velocidad de un relámpago, mal podría el profeta haberlos descrito con tanto detalle».

No está claro si las ruedas se encontraban debajo o junto a cada «animal», pero eso es cuestión de menos trascendencia para nuestro caso. Lo importante es que se trataba de unas ruedas de tal disposición (una dentro de otra, cortándose en ángulo recto) que podían desplazarse y desplazar el conjunto del aparato sin necesidad de girar, únicamente rodando en la dirección deseada. El tren de aterrizaje se componía pues de las «patas» de aterrizaje propiamente dichas, y de unas ruedas que facilitaban el desplazamiento del aparato por tierra, en cualquier dirección, sin necesidad de giro previo. Por otra parte no se habla necesariamente de la *altura* de las ruedas, ya que, en el versículo 18, la voz hebrea para *altura* es tan parecida a la voz correspondiente a *llantas*, que muy bien podría tratarse de una transcripción defectuosa de esta última, como se apunta en la Biblia de Montserrat, con lo que acaso el texto original sería: «... y miré, y he aquí que sus llantas estaban llenas...»

Los «ojos» que se mencionan podrían ser ventosas u otro sistema de agarre de las ruedas a tierra, que las hiciera aptas para «todo terreno».

Ateniéndonos al modelo que estamos describiendo, resulta lógico que —como leemos en los versículos 19, 20 y 21— las ruedas caminasen junto a los «animales» cuando caminaban éstos, y que cuando éstos se levantaban del suelo se levantasen las ruedas con ellos «ya que “el mismo” espíritu estaba en las ruedas». Ezequiel nos dice pues que el mismo espíritu, la misma inteligencia que hacía desplegar el tren de aterrizaje (los animales), movía también las ruedas. Es lógico si pensamos en un tripulante, en un piloto que maneja todo el aparato.

A continuación se nos describe la «caja» propiamente dicha de la «nave»: un gran cuerpo esférico o semiesférico asentado sobre los «animales»: *un gran cuerpo esférico o semiesférico asentado en tierra por medio de cuatro patas. Encontramos aquí el esquema de nuestra forma latente en las construcciones sagradas*.

Volvemos en los versículos 23, 24 y 25 a las alas. En cuanto al murmullo que se oye mientras los «animales» —y con ellos las ruedas y todo el conjunto— avanzan, y al hecho de que las alas aflojasen en cuanto el conjunto se paraba, se explica si tenemos en cuenta lo anteriormente dicho de que las «alas» son en realidad el sistema de transmisiones al tren de aterrizaje, sistema que produce ruido mientras está en funcionamiento, mientras avanza, y que «afloja», o sea, deja de producir ruido y deja de moverse en el instante mismo en que el aparato se detiene.

El resto es bastante revelador. Se trata a nuestro entender de la escotilla superior de la nave, de la que emerge el (un) tripulante, iluminado desde abajo por el resplandor que surge del interior de la cabina. Cabe la posibilidad de una sobreiluminación expresa, a fin, como antes dijimos, de causar una mayor impresión en el espectador terrestre, humano.

El resplandor parecido al arco iris nos hace pensar en el aura que rodea el cuerpo, tal como nos lo describe T. Lobsang Rampa —cuya

improbable personalidad de lama no le anula, sin embargo, su profundo conocimiento del Tibet y del lamaísmo—, en sus interesantes obras *El tercer ojo* [13], *La caverna de los antepasados* [14] e *Historia de Rampa* [15].

Ezequiel parece encontrarse en un apuro a la hora de redactar estos últimos versículos del primer capítulo de su libro. Se produce una situación azarosa y comprometida al no saber cómo conjugar y explicar al mundo la figura de un ser tan «humano» en medio de lo que debería ser una manifestación extremadamente sobrenatural. Yahvéh deja de ser algo *sublime* para convertirse en «una semejanza como la apariencia de un hombre» —obsérvese el continuo recurso a «parecidos», «semejanzas», «apariencias», que denotan el esfuerzo de evitar un contraste excesivamente brusco entre la idea de un ser divino y la figura excesivamente humana que Ezequiel está viendo. En el último versículo la voz de Yahvéh se reduce a «la voz de uno que hablaba». La voz de un tripulante de la nave.

Acabamos de ver y analizar el primer capítulo del libro de Ezequiel. Dijimos antes que se trataba de un pasaje bíblico muy importante para el estudio del origen de la forma latente que hemos observado se repetía frecuentemente en los edificios sagrados.

Vamos a considerar todavía tres interpretaciones de la máquina volante vista por Ezequiel. Nos referimos al dibujo reproducido en el libro del gran especialista barcelonés Eugenio Danyans, *Platillos volantes en la antigüedad* [16], dibujo que debemos aclarar no responde a la propia interpretación de Danyans y en el que discrepamos en sus detalles. No así en su esquema, que, a la vista de lo expuesto, consideramos acertado. (Fig. 12).

La segunda es la ya citada interpretación firmada por A.T.E.F. [17], que no compartimos en su planteamiento general, digamos en su parte dinámica, pero con la que volvemos a estar, sin embargo, de acuerdo en el *esquema* del conjunto final del aparato visto por Ezequiel.

Mencionaremos aquí todavía el estudio más reciente, serio y completo realizado sobre la máquina volante vista y descrita por Ezequiel, estudio que en su día ya comentamos con mayor amplitud, para el investigador español, en el número 9 (julio 1973), de la revista barcelonesa *Karma 7*.

Nos alegra —y creemos que alegrará a todo estudioso del tema OVNI— el que este estudio proceda de una indiscutible autoridad científica en el campo del diseño de naves espaciales: se trata del ingeniero jefe de la Oficina Técnica de Construcción de Proyectos de la «N.A.S.A.», Josef F. Blumrich. Nacido en 1913 en Austria, emigró en 1959 a los USA para trabajar en la construcción de cohetes. A su ingreso en la «N.A.S.A.» dirigió un equipo especializado en la investigación y estudio de construcciones. Hoy es el responsable de la Oficina de Construcción de Proyectos. En 1972 se le concedió la medalla para «Exceptional Service» de la «N.A.S.A.».

Blumrich acometió la lectura de Erich von Däniken con evidente ánimo de crítica y con el propósito firme de rebatir definitivamente la posibilidad de visitas extraterrestres a nuestro planeta. Pero le picó la curiosidad, comenzó a vacilar, y no resistió la tentación de analizar, con sus conocimientos, con el aval de su alto cargo científico, la visión de Ezequiel. El resultado de sus investigaciones fue no sólo la afirmación rotunda y categórica de que Ezequiel vio efectivamente una nave espacial, sino la descripción total y compleja de la misma. Encontró —afirma— todos los elementos para la rediseñación del aparato, en los textos bíblicos.

Su exposición y sus calculaciones son complejas, profundas, exhaustivamente trabajadas y fundamentadas. No podemos reflejarlas aquí. Lo importante es la realidad de que un alto directivo científico de la «N.A.S.A.» se atreva a afirmar públicamente —¡por fin!— que el estado actual de la tecnología permite reconstruir pieza por pieza el aparato volante visto por Ezequiel, y afirmar su procedencia extraterrestre.

Puntualicemos que la interpretación técnica de los textos de Ezequiel es posible desde que, en diciembre de 1964, el ingeniero Roger A. Anderson, directivo del Centro de Investigaciones Langley de la «N.A.S.A.», publicara su estudio «Structures Technology», en que describía la forma por él desarrollada de un cuerpo volante destinado a la entrada en la atmósfera planetaria. Es la misma forma que volvemos a encontrar en el cuerpo principal de la cosmonave de Ezequiel. Queda bien claro —por sus características — que lo que el profeta vio fue un módulo de aterrizaje, con punto de partida y retorno a una nave-nodriza aparcada en órbita terrestre. El análisis de Blumrich se limita, en consecuencia, únicamente a lo visto y descrito por Ezequiel: el módulo de aterrizaje.

Este módulo consta —también para Blumrich— de tres sistemas: 1) el cuerpo principal (semiesférico en su mitad superior, y formando punta de peonza en la inferior), 2) los cuatro helicópteros que le sirven de soporte (4 «patas»), y 3) la cápsula de la tripulación, situada en la parte superior del cuerpo principal (remate-saliente) (Fig. 13).

Sea como fuere, las cuatro versiones —la reproducida en el libro de Danyans, la publicada en «Cíclope», la de Blumrich y la que acabamos de plantear en las páginas precedentes— volvemos a insistir coinciden en lo esencial: en el esquema básico que constituye un cuerpo esférico o semiesférico (y en su parte superior un remate —la escotilla, el «trono», la figura del tripulante que se asoma; el mismo remate que hemos subrayado en el templete de Ajanta y que observamos en la mayor parte de los restantes esquemas), apoyado en tierra sobre cuatro patas, y en que dicho esquema básico es el de un vehículo volante visto sobre nuestra Tierra y descrito hace muchos siglos.

En consecuencia, creemos lícito pensar que la forma latente repetida en infinidad de edificios sagrados quiere ser la reproducción de una nave espacial similar a la vista por Ezequiel. Y salta por sí sola la pregunta: ¿cómo y cuándo nació la idea del templo? ¿Qué es en realidad un templo?

3. ARQUITECTURA Y RELIGIÓN

En una elemental reflexión, el templo es la casa de la divinidad, la habitación de la divinidad. ¿Cómo reproducirla? Imitando el edificio del que salió y en el que volvió a entrar la divinidad. Imitando la nave que alberga a la divinidad.

John Michell escribe que «el rutilante disco-dragón» despertó los mismos deseos que hoy despierta el avión entre los pueblos primitivos de Nueva Guinea. La película *Mondo Cane* muestra a varios de estos indígenas construyendo un fantástico modelo de avión a gran escala, con la esperanza de que sirva de señuelo para atraer a los auténticos aviones que pasan volando por encima. Del mismo modo, hace miles de años, sabiendo las grandes riquezas que encerraban los discos volantes, los hombres primitivos erigieron montículos circulares y recintos pétreos cuya forma sólo era visible desde el aire.

«Estos monumentos del “culto al cargamento”, entre los que está Stonehenge, el más famoso de ellos, modelo perfecto de platillo volante, se conservan en todo el mundo y su forma, que es la del círculo sagrado [18], sobrevive hasta muy entrada la Era cristiana, mucho después de haberse perdido su primitivo significado» [19].

Antonio Ribera, que tradujo la obra de Michell, añade que «esta hipótesis podría ampliarse a los monumentos megalíticos baleares, especialmente los recintos circulares que rodean las *taulas* y los *talayots*, particularmente en Menorca, estudiados por J. Mascaró-Passarius».

¿Cómo se podía imitar pues una nave espacial? Con los únicos elementos de construcción de una nave de que en aquel entonces se podía disponer: piedra y madera. La piedra es la que mejor se

conserva: en bajorrelieves y en edificios sagrados podemos descubrir naves espaciales.

En el libro *Mitologías del antiguo Egipto* [20] puede verse la forma de un primitivo templo de fácil comparación con el conjunto que forman un cohete «Atlas Agena B» con la cosmonave «Mariner II» en la punta, en situación de lanzamiento en Cape Kennedy. El templo primitivo puede perfectamente identificarse con un cohete en su rampa de lanzamiento. ¿Nuevamente la nave espacial, origen del templo primitivo? (Fig. 14).

En el «Oriental Institute» de Chicago se conserva una placa de cerámica que representa un santuario prehistórico de Sumer. Nuevamente cabe su comparación con el conjunto que ofrece en Cape Kennedy el cohete «Saturno» con sus torres de lanzamiento y de servicio. El conjunto descansa sobre la gran plataforma de lanzamiento —igual que el «santuario» sumerio—. La figura del santuario que equivale al cohete «Saturno» apunta hacia la Luna. ¿Es indicación del destino de la nave? En otras representaciones la misma figura sigue apuntando hacia la Luna. El destino del cohete «Saturno» del programa «Apolo» es, también, la Luna. No es más, naturalmente, que una pura y mera coincidencia —como tantas—, en la actuación espacial estadounidense (Fig. 15A y Fig. 15B).

Luis María Albamonte, conocido por Américo Barrios, analiza [21] la imagen de Buda en sus relaciones con seres y naves extraterrestres. Dice, entre otras cosas: «... el gigantesco templo de Java colma toda posibilidad de asombro y admiración porque es un verdadero bosque de platos voladores. Sus dimensiones son colosales. El templo está formado por tres círculos concéntricos integrados por campanas»... «El círculo más interior tiene 16 campanas. El que le sigue tiene 24 y el más externo, 32. Aumentan de 8 en 8 porque 8 son los caminos que llevan al Nirvana, es decir, a la liberación, según la religión budista. La campana central, la que fija el centro, es enorme: tiene 14 metros de diámetro. Y cada campana contiene en su interior un Buda.»

«El Buda aparece destapando la campana, de tal manera que Buda es el tripulante del plato volador...»

Y concluye su artículo: «Pero ocurre que Buda es un fundador de una religión. El templo, así, conforma la presencia material, la imagen concreta de una teología cósmica que, por lo interesante y sugestiva, vale la pena considerar, sin desecharla con ligereza.»

«El día que logremos establecer comunicaciones interplanetarias, todas nuestras ideas filosóficas, morales y sociales tendrán que ser revisadas», observó Lenin [22].

Los autores de *El retorno de los brujos* [23], nos dicen en su Prefacio, citando a Oppenheimer: «Nuestra filosofía es totalmente inadaptada a nuestra época», que el intelectual se resiste a penetrar los conocimientos de la Ciencia «no por miedo al esfuerzo, sino porque presiente que traería consigo un cambio en los modos de pensamiento y de expresión, una revisión de los valores hasta ahora admitidos».

Y el doctor Gee citado por Frank Scully —máximo especialista norteamericano en investigaciones sobre el magnetismo, durante y después de la Segunda Guerra Mundial, y persona íntimamente vinculada a los comités de examen de los tres OVNI caídos en poder de las Fuerzas Aéreas norteamericanas en Nuevo México, Arizona y Paradise Valley—, preguntado sobre la razón del secreto en que el Gobierno mantenía todo lo relacionado con los OVNI, insinuó como causa, entre otras, la de una «perturbación de ciertas creencias religiosas» [24].

Fulcanelli, por su parte, habla de la «verdad positiva y científica, clave del misterio religioso».

¿A dónde nos conduce todo esto?

La técnica de los extraterrestres, por no ser comprendida por el hombre antiguo y ser vista únicamente como algo que él no podía captar ni alcanzar, se transformó para él en algo sobrehumano, en

algo divino. De donde se deduce que la nave, la máquina producto de una tecnología, el aparato del que veía salir y volver a entrar a seres superiores, se convirtió automáticamente para él en el vehículo divino, en el «receptáculo» de la divinidad, en el «albergue» de la divinidad: en la casa de la divinidad, en el templo.

Arthur C. Clarke, presidente de la «British Interplanetary Society», afirmó ya que «toda tecnología superior y suficientemente avanzada no podrá distinguirse de la magia». La magia nace, en la Antigüedad, gracias a la existencia de una técnica superior, y se extiende gracias al deseo natural del hombre de imitar esa técnica superior, de querer imitar y llegar a dominar los «prodigios» exhibidos por esos seres superiores, divinizados. Porque el hombre antiguo no distingue otros niveles entre el propiamente humano y terrestre y el divino.

Nuevamente recurriremos a Pauwels y Bergier que, citando a Edwin Armstrong y a Frazer, escriben que «el ingeniero, al igual que el mago ante los ojos del explorador cartesiano, pasa a través de las barreras, por un fenómeno análogo a lo que los físicos llaman “el efecto túnel”. Le atrae una aspiración mágica. Quiere ver detrás del muro, ir a Marte, capturar el rayo, fabricar oro. No busca lucro ni gloria. Busca sorprender al Universo en flagrante delito de ocultación. En el sentido de Jung, es un arquetipo. Por los milagros que intenta realizar, por la fatalidad que pesa sobre él y el fin doloroso que le espera casi siempre, es el hijo del héroe de las sagas y de las tragedias griegas.

»Como el mago, tiende al secreto, y, también como él, obedece a la ley de similitud que Frazer formuló en su estudio de la magia. En sus comienzos, el intento es una imitación del fenómeno natural. La máquina voladora se parece al pájaro; el autómata, al hombre.

»Ahora bien, el parecido al objeto, el ser o el fenómeno cuyos poderes quieren captar, resulta casi siempre inútil, léase perjudicial, al buen funcionamiento del aparato inventado. Pero, como el mago, el inventor extrae de la similitud una fuerza, una voluptuosidad, que le empujan hacia delante.

»El paso de la imitación mágica a la tecnología científica, podría ser descubierto en muchos casos.»

¿Podemos atrevernos —preguntamos nosotros— a descubrirlo en el paso imitativo que supone la construcción de edificios sagrados, que conservan a través de los siglos, impasibles, rígidos, pétreos, unos conocimientos tecnológicos —o una indicación de la existencia de estos conocimientos y de su asequibilidad a la capacidad humana—, que ahora están siendo desvelados, están siendo penetrados, redescubiertos y aplicados a ciertas manifestaciones que estamos viviendo ya y que viviremos en el futuro? Posiblemente.

Más adelante, Pauwels y Bergier citan a Mircea Eliade: «El símbolo revela ciertos aspectos de la realidad —los más profundos — que desafían todo medio de conocimiento.» Y comentan: «Como el modelo que elabora el matemático partiendo de un objeto o de una situación que escapan al sentido común o a la experiencia, las propiedades del símbolo imitan las propiedades del objeto o de la situación representados así de un modo abstracto, y cuyo aspecto fundamental permanece oculto. Entonces habría que poner en marcha una máquina electrónica analógica, partiendo de aquel modelo, para que el símbolo descubriese la realidad que contiene y las respuestas a todas las preguntas en vista a las cuales fue concebido. Nosotros creemos que en el hombre existe el equivalente de esta máquina. Ciertas actitudes mentales y físicas aún mal conocidas, pueden provocar su funcionamiento. Todas las técnicas ascéticas, religiosas, mágicas, parecen orientadas a este resultado, y seguramente es esto lo que la tradición, que recorre toda la historia de la Humanidad, expresa al prometer a los sabios el “estado de alerta”.»

Enfocan luego los símbolos como modelos abstractos establecidos desde los orígenes de la humanidad pensante, y nos advierten que los símbolos no representan la cosa misma, el fenómeno mismo, sino que son un punto de partida posible para el conocimiento de esa cosa.

Y volvemos a preguntar: ¿cuántos símbolos quedan por descubrir en su auténtico valor en el campo concreto de lo religioso? ¿Cuántos símbolos han sido erróneamente interpretados? ¿No será toda la noción subconsciente global de las religiones un símbolo cuyo mensaje auténtico está aún por asimilar? ¿Un símbolo que ha sido plasmado en unos moldes artificiales adecuados tal vez para determinada situación histórica, pero que deberían haber evolucionado al unísono con la evolución de la situación histórica y no lo han hecho, recluyéndonos a una situación desenfocada e innecesaria? Son tantas las verdades aceptadas que han resultado ser sendos espejismos...

Seguramente, el hombre tardará aún mucho tiempo en sintonizar correctamente con los símbolos que encierran las verdades propias de lo espiritual, y probablemente seamos todos víctimas de interpretaciones erróneas de estos símbolos.

De momento, podemos acaso vislumbrar una nueva —¿correcta?, ¿incorrecta?— interpretación de uno de los símbolos-mensaje encerrados en los templos.

«La arquitectura tolteca de carácter religioso —escribe Ramón J. Sender [25]— parece copiar las descripciones que Platón hace de la remota Atlántida y sugiere más el poder y la grandeza creadora en artes y ciencias que el recogimiento o la exaltación místicas. Véase si no el aspecto que ofrecía Tenochtitlán a la llegada de las tropas de Cortés, en 1519.»

Lo mismo podemos decir, pongamos por caso, de la gran pirámide de Keops, en Egipto, que más adelante tendremos ocasión de repasar. Los datos que encierra no dejan lugar para las coincidencias baratas.

La singularidad de los edificios religiosos, sean toltecas, egipcios o de cualquier otro enclave geográfico o cultural, no admite, ciertamente, duda alguna. En cualquier núcleo urbano, en cualquier agrupación de viviendas humanas, el edificio reservado a la divinidad, el templo, es siempre e invariablemente el edificio peculiar que destaca y desentona chillonamente entre los demás. Toda la

historia del arte de la arquitectura se reduce en su inmensa mayoría a los edificios sagrados. Indudablemente, algo tienen de particular. ¿Acaso son tan distintos porque en realidad no deberían ser *edificios*...?

Hemos aludido ya a las estrictas normas y leyes (secretas) por las que se regía en el medievo la comunidad que intervenía en la construcción de las catedrales. Peter Kolosimo nos recuerda que «las catedrales góticas no son más que lugares de comunicación entre dos mundos, que encierran no sólo los grandes misterios cristianos, sino también conocimientos científicos que un día serán redescubiertos en las ecuaciones de un nuevo Einstein», y añade que «idéntico secreto fue custodiado por los sabios de la América precolombina, los cuales, entre otras cosas, "calcularon el tiempo, en el cual la cuarta dimensión entra en contacto con las otras tres conocidas"».

De nuevo el oportuno Fulcanelli nos dirá, por ejemplo, que la catedral gótica es un «santuario de la tradición, de la Ciencia y del Arte», una «obra original... que el ejercicio del culto parece no tener que ocupar enteramente», una «glorificación muda, pero gráfica, de la antigua ciencia de Hermes», y que las grandes catedrales «fueron edificadas por los *Frimasons* medievales para asegurar la transmisión de los símbolos y de la doctrina herméticos». Volveremos sobre esa doctrina más adelante.

Leemos en *El misterio de las catedrales**, escrito hacia el año 1924, una frase que, aplicada aquí al atanor —otro gran enigma este del atanor, y notable su perfecto encaje aquí— de los alquimistas, podemos nosotros citar, tal cual suena, en apoyo del objeto que nos ocupa, que es el de ver en los templos un intento de reproducción de una cosmonave: «Huelga decir que era imposible, esotéricamente, reproducirlo tal como era... Se limitaron, pues, a darle una *forma arquitectónica*, sin suprimir, empero, sus características, capaces de revelar su *verdadero destino*»; leemos también que «algunas combinaciones de estos aparatos llegan a tomar el aspecto de *edificios*...» En el prólogo a la segunda edición

original francesa del citado libro, se habla del «gran secreto enterrado en los edificios religiosos».

Permítasenos recordar aquí los motivos esculpidos en el Pórtico del Salvador, de la catedral de Amiens. El denominado «Fuego de rueda» se refiere, en opinión de Jourdain y Duval, de Ruskin, del abate Roze y de Georges Durand, a la profecía de Ezequiel, y concretamente a su visión de las ruedas. Junto a este motivo está el de la «cocción filosófica». «La Iglesia es más bien un atanor —véase lo que acabamos de insinuar del atanor— que parece descansar sobre cuatro pies» (!) escribe Fulcanelli, que pocas líneas más abajo afirma que «el motivo de Amiens es fruto del simbolismo hermético y representa la cocción, así como el aparato *ad hoc*» y, luego, lo que más nos interesa aquí: «se hace necesario mantener una temperatura *próxima a los 1.200° C*» (!). Amiens se refiere a la profecía de Ezequiel. J. F. Blumrich (véase el final del apartado *2. La visión de Ezequiel*) también, y da precisamente una temperatura de *1.000-1.300° C* para el radiador de la nave (!). Pero de profundizar por aquí caeríamos en el hermetismo. Dejémoslo.

4. EL TEMPLO DE DAVID

Peter Kolosimo cita ideas muy acertadas con respecto a la idea del templo como astronave:

«Seres hechos piedra, figuras diabólicas, templos, astronaves: ¿existe realmente un nexo entre estos conceptos aparentemente tan discordantes? Viasheslav Zaitsev, el conocido filólogo, lo afirma decididamente.

»"Mis deducciones —escribe en la revista soviética *Niemen*— están basadas en una idea expresada hace 40 años por Nikolai Rinin, amigo y alumno de Konstantin Ziolkovski, el hombre que trazó los principios de la construcción de misiles espaciales y de viajes cósmicos al inicio de nuestro siglo.

»"A los primitivos habitantes de nuestro planeta, los visitantes cósmicos debieron parecerles dioses dotados de poderes sobrenaturales. Si presumimos que tales 'dioses' salieron de una máquina (una astronave), ello nos induce a pensar que se construyeron templos semejantes a la misma en su forma; y los templos son algo inherente a todas las religiones y todas las culturas".

»Los llamados "libros apócrifos" (escritos hebreos o paleocristianos inspirados en apariencia, pero no reconocidos oficialmente como tales por la Iglesia) nos dicen que David subió al cielo, en donde los ángeles le mostraron la imagen del templo de Jerusalén tal como debía ser. De regreso a nuestro Globo, el famoso rey de Israel ordenó inmediatamente la construcción de un templo idéntico, lo que se realizó en el siglo X antes de Jesucristo.

»¿Fue la imagen del "templo", en realidad, la de una nave espacial vista por David?

»Esto es lo que se pregunta Zaitsev, recordando que los antiguos textos indios son mucho más precisos en la descripción de “vehículos celestiales”...» Recordemos esto último para el modelo de Ajanta.

Mencionado el templo visto por David, veamos todavía lo que escribe el mismo Viasheslav Zaitsev, de la «Academia de Ciencias» de la RSS de Bielorrusia, en el *digest* mensual ruso «Sputnik» [26]: «En la concepción de los antiguos, en el templo celeste descendía Dios de los cielos. Otra fuente reza: “hubo truenos y relámpagos, y una nube espesa pendió sobre el monte Sinaí, y resonaron con estruendo las trompetas... El humo envolvía el monte, porque el Señor había llegado entre llamaradas de fuego, y retemblaba todo él... El pueblo vio las llamas y oyó los truenos y el sonar de las trompetas” (*Éxodo*, 19, 16-18, 20). Ahí también leemos las palabras de Dios a Moisés: “Traza una raya en derredor y dile al pueblo que no debe subir al monte ni tocar su pie (19, 12); confírmale al pueblo que no debe precipitarse a ver al Señor, para que no perezcan muchos” (19, 21).

»La interpretación volcánica de la imagen se excluye, toda vez que lleva implícita un sello marcadamente celeste. Queda descartada asimismo la visión del Templo Celestial, ya que tal fenómeno necesitaría un precedente, por alejado que fuese de ella.

»... podemos suponer que los autores de estas líneas fueron testigos del descenso a la Tierra... de una nave cósmica.

»El Templo Celestial puede ser concebido como una astronave vista por la gente en una época equis. Incluso... la imagen del Templo Celeste pudo en una u otra medida inspirar la construcción del templo terrenal, es decir, ser elemento de la arquitectura templaria.

»La idea de la continuidad del templo terrenal respecto del celeste aparece nítidamente expresada en fuentes antiguas. Una de ellas (I Paralipómenos, 28, 6, 11-12) dice que David, “cumpliendo la voluntad de los dioses, encargó a su hijo Salomón —lo volveremos

a ver— deificar la ‘casa divina’ en la Tierra a semejanza del Templo Celestial. En el apócrifo *De la Iglesia santa sanctorum vista por el espíritu del rey David ascendido a los cielos*” —¿podemos relacionar esto por ejemplo con el “viaje astral” tan detalladamente expuesto por el ya citado T. Lobsang Rampa? [27]—, “se narra con todo detalle cómo a David le fue mostrada en el cielo la ‘imagen de una iglesia’, que sirvió de modelo para levantar luego el templo de Jerusalén”. El templo en la Tierra concebíase como morada divina, admitida la eventualidad de una nueva visita de Dios a la Tierra».

¡Asombrosa ingenuidad! Dios no precisa vehículos, como tampoco precisa se le reserve una morada para el día en que se le ocurra rendirnos una visita. ¿O es que acaso no estamos hablando del *Omnipotente?* Ésta, desde luego, no es la finalidad del templo.

5. MÁS IDEAS SOBRE EL TEMPLO

«Los dioses volantes de la Antigüedad fueron cristianizados, convirtiéndose en ángeles y querubines, suprimiéndose su culto bajo cualquier otra forma, e incluso la menor mención de los mismos. Solamente los estudiosos cristianos tenían acceso a los documentos y las crónicas que describían el vuelo en el pasado y, en el transcurso del tiempo, se difundió la creencia de que esto no había existido jamás atribuyéndose existencia puramente mítica a los seres voladores. Como la Iglesia que, después de perseguir y condenar a la hoguera a las brujas durante muchos siglos, declaró más tarde que no creía en ellas y negó su existencia, con el transcurso del tiempo hasta los mismos sacerdotes cristianos se olvidaron de los seres voladores cuyo recuerdo tanto se habían afanado por borrar en otros tiempos» nos dice John Michell [28].

Todo esto y otras muchas consideraciones nos apremian a plantearnos y a considerar muy seriamente unos cuantos interrogantes: ¿Qué finalidad tienen las religiones? ¿Cómo nace la idea del templo? ¿Cumple el templo su auténtica misión?

A la vista de lo expuesto, es absolutamente lícito pensar que el templo quiere ser, en realidad, una nave espacial con sus instalaciones accesorias. La voz *nave* en su aplicación práctica a la arquitectura surge precisamente con la construcción de las naves de las iglesias. Carecería de valor si fuera una particularidad del idioma castellano, pero la coincidencia se da en muchos otros idiomas. Original de por sí es el uso de esta voz en arquitectura. A menos de que obedezca a una razón determinada, que podría muy bien tener relación con nuestra hipótesis. No deja de ser, naturalmente, una

simple opinión; pero la cábala lingüística es, incuestionablemente, un hecho.

En muchas iglesias podríamos ver toda una instalación espacial, con su sala de montaje, su torre de lanzamiento...

Y es que el templo, en su concepción tradicional, tiene mucho de superfluo. La reunión y el diálogo auténtico con Dios (Buda, Alá, etc...), se da en cada individuo en un contacto íntimo, a cada instante, en todo lugar. Aquel que necesite ver a Dios en un lugar determinado o le reserve un horario particular, le conceda por así decirlo audiencia cada equis días, no puede estar en modo alguno ligado a ese Dios. Somos, o no somos. Está Dios en todas partes y siempre, o —no hay vuelta de hoja— no lo está nunca y en ningún sitio.

En cuanto al acto comunitario, a la confraternización con el hermano o con la comunidad de hermanos, con nuestra gran familia humana, se da a diario en la calle, en el hogar, en el trabajo, en la sonrisa, en la ayuda, en el desengaño, en el dolor, en la compasión, en el consejo, en el amor, en el auténtico comunismo... Ésa es la ofrenda válida.

Y, entonces... ¿para qué el templo?

Acaso podamos ver en él un medio de conservar un mensaje para la Humanidad. Junto a las normas de actuación moral, de fraternidad, de pureza de espíritu, de esperanza eterna en algo más, de higiene, de procreación, que nos enseñan las religiones para asegurar la supervivencia y la superación espiritual e intelectual de la raza humana, necesarias para poder establecer en su día contacto con una raza o unas razas extraterrestres, es casi forzoso suponer que se le han dado también al hombre unas indicaciones más materiales, que le señalen el camino de su liberación física de la Tierra, como se le indicó por ejemplo a Noé la técnica a seguir para librarse del Diluvio, para el día en que nuestro Globo se haga estrecho e inadecuado para las necesidades de sobrevivencia material de nuestra raza. ¿Debemos ver en los edificios sagrados la materialización gráfica de este mensaje? Es posible que el templo

no sea la ingenua morada destinada a los dioses para cuando éstos decidan volver a visitar algún día la Tierra, sino el modelo gráfico que nos indica que construyendo «algo» similar podemos, llegados al nivel tecnológico correspondiente, evadirnos de la Tierra en los templos (= astronaves) como ellos demostraron podían hacer con sus naves (divinas = moradas divinas = templos), y entrar en contacto con «ellos», con los no terrestres.

¿Se reduce a esto el templo? En esencia, tal vez sí.

El hombre ha construido ya la nave («Apolo») encargada de dar el primer paso de este encuentro (la Luna).

Pío XII decía en Castelgandolfo el 21 de setiembre de 1956, ante un grupo de asistentes al Congreso de Astronáutica celebrado en Roma, que «el hombre debía procurarse una nueva orientación con respecto a Dios y el Universo», admitiendo también la pluralidad de los mundos habitados y la existencia en el Cosmos de otras inteligencias además de la humana.

Digamos también que *L'Osservatore Romano*, órgano del Vaticano, calificó el vuelo del «Apolo VII» de «hazaña excepcional y soberbia», y que Paulo VI ve en la empresa lunar una «fuente de pensamientos, de preguntas de espiritualidad».

Y en las XXI Jornadas Anuales del «Cercle Saint Jean Baptiste», en París, animadas por el extinto cardenal Daniélou, se han podido oír preguntas como «¿Hay que construir aún iglesias?», y opiniones como la que transcribimos: «Los responsables del llamado *amenagement du territoire*, los que realizan la planificación, insisten. Éstos y los arquitectos dicen que están dispuestos a reservar el espacio para los lugares de culto en las ciudades que se edifican, que están dispuestos a imaginar estos lugares en función de estas ciudades nuevas, pero que es necesario que los hombres de la Iglesia respondan afirmativamente aceptando su ofrecimiento. Y comentan que en lugar de ello parece que no tengan una doctrina sobre la cuestión o más bien que están dudosos sobre la necesidad de lugares de culto en las ciudades de mañana y sobre la presencia de signos de lo sagrado en ellas» [29].

El hecho de que se hayan planteado estas preguntas y dudas, sea cual fuere su respuesta, es ya de por sí extremadamente sintomático. Hemos entrado ya en la era espacial. ¿«Misión cumplida» para los templos?

6. LAS APARICIONES MARIANAS

El reputado ufólogo Jacques Vallée [30], asesor de la «N.A.S.A.» para la confección del mapa de Marte, doctor en Astronomía y Matemáticas, alude al gran interés que se presta al problema de los OVNI en el Vaticano, que mantiene una sección especial dedicada a su estudio, y a la encíclica que había estado preparando Juan XXIII en relación con ellos y sus posibles tripulantes. Juan XXIII conocía el texto auténtico de la segunda parte del mensaje de Fátima, que no quiso revelar. Y para Gordon Creighton, diplomático británico, especialista del Foreign Office en cuestiones chinas, y relacionado durante varios años con el Servicio Secreto inglés, una de las tres llaves principales del misterio de los OVNI reside en las apariciones de Fátima, en tanto que el ya citado John Michell habla de la «aparición platillística de Fátima».

El relevante escritor católico Paul Misraki [31], que desde 1958 ha venido estudiando las relaciones entre los OVNI y la religión —no sólo cristiana—, afirmando que «sus contactos e interferencias son notables», dice, refiriéndose a las apariciones de Fátima, que «debemos admitir que el aspecto físico del disco en movimiento (el Sol, se ha dicho), su apariencia aplastada y argéntea, sus oscilaciones, su remolino multicolor acompañado de haces de luz bruscos e irregulares, su caída en línea quebrada, el calor emanado de su proximidad, y su partida fulgurante, participan de las características que encontramos en numerosos ejemplos del “dossier” de los platillos volantes»; que «hay que tener en cuenta que en algunas de las visiones de los días 13 de los meses precedentes hubo testigos que afirmaron haber visto “un globo de luz deslizándose lenta y majestuosamente a través del espacio” y que, interrogados sobre qué creían que podía ser, respondieron que

“se trataba, sin duda, del vehículo gracias al cual la Virgen María se aproximaba a los niños”» [32].

Observa también Misraki que si la *senhorita da luz* (Dama de Luz) era la Madre de Cristo, no tenía necesidad de utilizar un vehículo para aproximarse a la Tierra, y que la «impresión maquinalmente sentida por los testigos oculares fue la de un “vehículo aéreo” y no la de un meteoro o una pura alegoría». «Por otra parte —afirma— no deja de ser significativo que la visión del 13 de octubre fuese también contemplada por los campesinos de un pueblecito alejado varios kilómetros de Cova de Iria, lo que elimina la idea, expuesta por algunos, de “alucinación colectiva”». En la misma entrevista con Carlos Murciano, Misraki resume que «hay una larga serie de hechos de ayer y de hoy que confirman singularmente la relación de dos fenómenos en apariencia distintos: las *apariciones marianas* y los *discos volantes*». Y recuerda el caso de san Damián, en Italia: «Yo he venido en ese fuego», le dice la Virgen... Carlos Murciano recuerda el caso de la aparición de la Virgen sobre la iglesia de Zeitun, en El Cairo, que tuvo lugar en abril de 1968 y después de que un luminoso objeto blanco sobrevolara velozmente la iglesia.

Hemos relacionado los OVNI con las apariciones marianas.

Ignacio Darnaunde Rojas-Marcos, miembro de la «British Astronomical Association», miembro asociado de la «N.I.C.A.P.» [33] de Washington y del «A.P.R.O.» [34] de Tucson, y colaborador y observador —nombrado por la Universidad de Arizona— en el proyecto «Lunar Transient Events», afirma que incontables apariciones se han sucedido a partir del siglo XII, y que sus características son siempre similares: «en una comarca apartada y pobre, un reducido grupo de niños semianalfabetos, entra súbitamente en contacto con una figura luminosa de aspecto humano —frecuentemente suspendida sobre un árbol—, que les ordena conminar a las gentes de la región a *practicar la oración*, reformar sus costumbres y *edificar una ermita*». Y que «las apariciones no se deben con seguridad a alucinaciones ni a

sugestión colectiva, sino que están motivadas por un agente real y objetivo exterior a los videntes. Analizando su distribución estadística, geográfica y cronológica, se extrae la sólida impresión de que las apariciones están programadas, obedecen a un plan consciente y persiguen una finalidad...» [35].

«Persiguen una finalidad»; ¿cuál?

En nuestro supuesto de que el hombre debe alcanzar un nivel que haga posible su contacto con seres no terrestres, y que para ello debe superarse intelectual, moral y técnicamente, ¿nos ofrecen algo las llamadas «apariciones marianas»? Observemos que aconsejan la *edificación de ermitas* y la *práctica de la oración*. Las ermitas son edificios sagrados, son templos. ¿Nos indican las apariciones marianas que debemos construir templos, en piedra, destinados a transmitir el modelo-mensaje que encierran, para que, una vez llegados al nivel tecnológico correspondiente, podamos redescubrir en ellos el vehículo espacial que los inspiró? Y si el templo es una nave y las «apariciones marianas» nos indican que debemos construir templos (= naves), es lógico concluir que uno de los mensajes fundamentales de esas apariciones es que debemos construir naves cósmicas para librarnos de la Tierra y entrar en contacto con «ellos».

El segundo consejo es que practiquemos la oración. En todas las religiones se practica la oración. Y la oración es la comunicación directa y eminentemente *mental* del individuo o de la colectividad de individuos con la divinidad, con los dioses, con los seres superiores, con seres no terrestres. El paso que media de esa comunicación mental a la telepatía parece ser muy corto.

¿Nos indica acaso el segundo mensaje de las apariciones marianas que debemos «entrenarnos» en la práctica de la telepatía para poder comunicarnos con los otros seres a nivel extraterrestre, a nivel cósmico?

Un autor del siglo VI cita en su *Opus imperfectum in Mattheum. Hom. II* [36] cierta leyenda que figura en una obra titulada *Libro de*

Set, en el que habla de un pueblo de Extremo Oriente, a orillas del océano, que poseía un libro atribuido a Set, que predecía la aparición futura de la estrella de Belén:

«Eligieron de entre ellos a doce de los más sabios y más aficionados a los misterios de los cielos, y se dispusieron a esperar esta estrella...» «Les llamaban, en su lengua, *Magos*, porque glorificaban a Dios *en el silencio*» [37]. ¿Practicaban estos «magos» la telepatía?

Los casos de contactos actuales con seres extraterrestres revelan constantemente la comunicación telepática [38].

Los soviéticos y la telepatía [39] es un artículo que nos ofrece un completo panorama de la investigación telepática en la URSS, y que patentiza la importancia y seria atención que esta ciencia y su aprovechamiento directo merece a los científicos soviéticos, al tiempo que confirma las interesantes afirmaciones de Lobsang Rampa en su libro *El tercer ojo*, que nos revela los conocimientos y prácticas de los lamas tibetanos en este campo. En *El tercer ojo* se habla ya de los pensamientos como ondas de energía y del entreno conducente al dominio de estas ondas, y *El retorno de los brujos* nos confirma, a este respecto, que «el Tibet es un depósito de antiquísimos conocimientos fundados en el psiquismo».

«El hombre lleva consigo algo que aún su espíritu desconoce.» Esta frase de san Agustín abre paso a un artículo [40] que, entre otras cosas, nos dice que las facultades psíquicas que estudia la Parapsicología le fueron entregadas al hombre «a fin de que éste las empleara y desarrollara para el bien de todos los seres vivientes». Señala que «esta ciencia será un trascendental capítulo en la lucha del hombre por la conquista de la mente humana, poderes fantásticos, hoy insospechados, pero ya intuidos por algunos científicos, y que será la última, grande y desconocida frontera que le resta por cruzar al hombre, si quiere llegar a despejar muchas incógnitas y a tener un auténtico contacto con otras mentalidades, o sea, con nuestros hermanos en el Cosmos».

En el mismo artículo se bosqueja un breve resumen de las «pruebas de telepatía que en su día (y publicadas) se hicieron en los Estados Unidos». Habla de las primeras pruebas realizadas en la Antártida y afirma que «posteriormente nos consta que han efectuado otras pruebas, pero por ahora es “top secret” por lo visto».

Se sabe también que a la tripulación del «Apolo XI» le fueron encomendadas experiencias de tipo telepático, y dice el citado artículo, reproduciendo palabras de Emilio Novoa en *ABC*, de Madrid, que el interés de la prueba consistía en «aprovechar un medio, como el espacial, que pudiera ser más propicio que el atmosférico circundante a la Tierra». Finalmente, nos advierte que «las fabulosas distancias crearán serios problemas de comunicación, a veces por fallos “mecánicos” o bien agravados por posibles interposiciones de la Luna o de planetas, lo que podrá resolver *únicamente la comunicación telepática*, ya que no existe distancia (espacio-tiempo)», y que «es, pues, un hecho, que *tanto los rusos como los americanos estudian la posibilidad de comunicaciones telepáticas con sus astronautas*».

La última noticia sobre experimentos de telepatía practicados por cosmonautas humanos nos llega a finales de febrero de 1971 desde el «Apolo XIV». El astronauta Edgar Mitchell llevó a cabo, en períodos de descanso de los astronautas, 300 experimentos de transmisión de pensamiento con Olaf Johnson, ingeniero de Chicago y con otros tres «receptores» que estaban en la Tierra, antes y después del alunizaje, experimentos llevados a cabo con el juego de cartas que utilizan los estudiosos de parapsicología.

Pero no es éste el lugar indicado para extendernos en la materia. Baste lo citado en apoyo de la hipótesis apuntada. Es indudable que la energía acumulada en nuestras mentes puede ser emitida y captada. ¿Nos quiere recordar la oración que debemos aprovechar estas facultades para comunicarnos fructíferamente con «otros seres» en el Cosmos? Aplicación práctica de la pura «oración telepática» sería la que practican anualmente cientos de japoneses formando grupos de hasta doscientos individuos que, cogidos de la

mano y formando una gran rueda se concentran y piensan intensamente en sus hermanos del espacio. Cuantos más individuos se juntan, mayor es la cantidad de energía emitida: ¿una razón velada para el «oficio» en comunidad? Los japoneses afirman haber visto cómo durante sus experiencias se han aproximado discos volantes.

Reconsideremos siempre todo lo establecido. Por poco que gire la rueda, el carro avanza. Lo que no podemos pedir es que avance sin ese giro imprescindible, ni tampoco que la rueda gire por sí sola.

Hemos visto dos pilares básicos de todas las religiones —el edificio reservado a la divinidad y la comunicación con la misma— a través de un prisma absolutamente posible que nos induce a sospechar que no estamos solos, que hay seres en el Universo que nos guían veladamente en nuestra evolución, y que esperan el día en que alcancemos el nivel adecuado para ingresar en la familia cósmica. ¿Es ésta la liberación del hombre? ¿Le indican todas las religiones los caminos a seguir —superación en todos los aspectos; naves espaciales y telepatía para su toma de contacto física e inteligente con una(s) raza(s) extraterrestre(s)? «Habrá nuevos cielos y nuevas tierras.»

Bajo este enfoque, muchos de los aspectos absolutamente «divinos» para el hombre pueden quedar encuadrados en un plano ciertamente superior al «terrestre», pero inferior también al «divino».

Queda mucho por aprender. Y mucho por rectificar.

II. OBJETOS VOLANTES NO IDENTIFICADOS Y OTROS INDICIOS DE TECNOLOGÍAS SUPERIORES EN EL ÁMBITO RELIGIOSO

1. INTRODUCCIÓN

> *«La mitología de los pueblos cultos primitivos es siempre historia.»*
>
> RAMÓN J. SENDER

> *«¡Qué débil es nuestra mente, y pronta a turbarse, a inquietarse, en cuanto se le presenta de improviso el mínimo hecho inexplicable! En vez de decir simplemente: "No comprendo, porque se me escapa la causa", en seguida nos imaginamos espantosos misterios y poderes sobrenaturales.»*
>
> GUY DE MAUPASSANT, *El Horlá*

Veremos ahora algunos hechos y pasajes que apoyan la idea expresada de que muchas alusiones a sucesos tradicionalmente interpretados como divinos pueden perfectamente referirse a hechos propios de un plano superior al terrestre actual, pero no directa ni necesariamente divino.

Al igual que en los demás temas tratados en este ensayo, se citan únicamente algunos pocos ejemplos, los suficientes para que el lector se dé cuenta de que «algo hay» y nazca en él una curiosidad, una preocupación que le lleve a buscar más y más datos y conexiones.

Se preguntan Pauwels y Bergier: «¿Y si los más viejos textos de la Humanidad, sagrados a nuestros ojos, no fuesen más que traducciones bastardas, vulgarizaciones aventuradas, informes de tercera mano, recuerdos un poco adulterados de *realidades técnicas?* Interpretamos estos viejos textos sagrados como si fuesen indudablemente expresión de "verdades" espirituales, símbolos filosóficos, imágenes religiosas»... «¿Y si se tratase de antiguos recuerdos deformados de otros mundos que han existido, del paso por esta Tierra de otros seres que buscaban, que sabían, que

actuaban?» Y opinan en otro punto que la biblioteca del Vaticano «reservaría algunas sorpresas al investigador autorizado».

Permita, señor Pauwels, que al igual que usted citemos aquí las palabras de Teilhard de Chardin:

«¡Lo que va a vivir nuestro siglo es más importante que la aparición del budismo! No se trata ya, de ahora en adelante, de destinar las facultades humanas a tal o cual divinidad. En nosotros sufre una crisis definitiva el vigor religioso de la Tierra: la crisis de su propio descubrimiento. Empezamos a comprender, y para siempre, que la única religión aceptable para el hombre es la que le enseñará ante todo a conocer, amar y servir apasionadamente al Universo del cual es el elemento más importante» [41].

Solve et coagula, se dijo alguien en un momento no por lejano menos inspirado. Disuelve y coagula; con el material disuelto, con los mismos elementos. Desmenuza lo que te han dicho, analiza lo que te han dado, y, con los mismos elementos, reconstruye otra posibilidad. ¿Mejor?, ¿peor?, ¿equivocada?, ¿acertada? —en todo caso, posible.

2. LA ESTRELLA DE BELÉN

A muchas personas les intriga la identidad de los «Magos» de Oriente y la naturaleza del fenómeno conocido por la «estrella de Belén». Es un pasaje que se presta a las dudas y a la reflexión.

La estrella de Belén es, como puede repasarse en los Evangelios, una estrella que se mueve y que, además, se para. No es extraño que una estrella esté aparentemente «parada» en el firmamento, como parecen estarlo las que vemos normalmente, ni tampoco que una estrella se mueva, como es el caso de las estrellas fugaces o de los cometas. Lo que realmente se sale fuera de lo corriente es que una estrella haga ambas cosas: moverse y pararse. Y que, además, demuestre ser inteligente: «Y he aquí que la estrella que habían visto en oriente *iba* delante de ellos, hasta que fue a *pararse* sobre el sitio en que estaba el niño» (Mateo, 2, 9).

«Estaban velando en aquellos contornos unos pastores, y haciendo centinela de noche sobre su grey, cuando de improviso un ángel del Señor apareció junto a ellos, y cercólos con su resplandor una luz divina...» (Lucas, 2, 8-9). Sirva esta cita para señalar únicamente la similitud entre la ambientación de esta escena y la de las apariciones marianas, y para las conclusiones que de esta comparación puedan sacarse, habida cuenta de lo que ya dijimos acerca de las citadas apariciones. El «ángel» anuncia el nacimiento de Belén. Volvamos, pues, a la estrella.

El ya citado Viasheslav Zaitsev cita la *Narración de los tres reyes magos* —apócrifo, escrito al parecer en latín a mediados del siglo III y traducido más tarde a otras lenguas— en su versión bielorrusa, del siglo XV, donde puede leerse que «un día entero, “sin perturbar el aire”, pendió la estrella sobre el monte Wans», y refiere algunos libros según los cuales Jesucristo *salió de esa estrella*. «Pero la

estrella no era como en nuestros países la pintan en las iglesias; tenía alas como las águilas y muchos rayos largos, que la “movían en círculo” cuando descendía al monte Wans.»

En *Apócrifos*, tomo II, aparece otra leyenda que vuelve a citar la misma forma: «Durante el viaje, que duró trece días, los Magos *no tomaron descanso ni alimento; no sintieron necesidad de ello, y este período les pareció que no había durado más que un día* [42]. Cuanto más se acercaban a Belén, más intenso era el brillo de la estrella; ésta tenía la *forma de un águila, volando* a través de los aires y agitando sus alas.»

En *Patr. grecque*, tomo X, aparece una leyenda atribuida a Julio Africano, cronógrafo del siglo III, en que se relata el *descenso* de una estrella en Persia, que anuncia el nacimiento de Belén, y que guía a los Magos.

Calcidio [43] informa que los caldeos «vieron esta estrella *viajando* durante la noche».

Hemos citado ya el *Libro de Set* en que se hablaba de la «aparición futura de esta estrella» y de que «los *Magos* glorificaban a Dios en el silencio y en voz baja». Se dice más adelante que «oraban y alababan a Dios en silencio durante tres días; esto lo hacían durante cada generación, siempre esperando, por si casualmente aparecía esta estrella de dicha durante su generación. Por fin apareció sobre este monte de la Victoria, en forma de un niño pequeño y presentando la figura de una cruz (recordemos nuevamente las apariciones marianas) *les habló, les instruyó y les ordenó que emprendieran el camino de Judea*». Singular comportamiento para una estrella. «La estrella les precedió, así, durante dos años, y *ni el pan ni el agua les faltaron jamás en sus viajes*.» También en el Éxodo se produce una ayuda semejante con el maná.

En su estudio de la *Epístola de los Efesios*, capítulo XIX, san Ignacio subraya la «*novedad* de esa estrella, que hacía que los que la contemplaban se quedaran mudos de estupor».

Y el teólogo y exegeta Diodoro de Tarso, que vivió en el siglo IV, afirma [44] que «esta estrella *no era una de esas que pueblan el cielo*, sino una cierta virtud o *fuerza* urano-diurna, que había asumido la forma *de un astro*» [45].

Otra estrella prometedora nos refiere Varrón en las *Antiquitates rerum humanarum*, en las que, refiriéndose a la leyenda de Eneas, dice que «cuando hubo partido de Troya, vio *todos los días y durante el día* la estrella de Venus, hasta que llegó a los campos Laurentinos, donde *dejó de verla*, lo cual le dio a entender que aquéllas eran las tierras señaladas por el Destino». Está claro que una «estrella» que se ve durante el día y que de repente deja de verse, mal podía ser Venus —¿o es que ya entonces, como en nuestros días, el sufrido lucero del alba cargaba oficialmente con las visiones de OVNI?

Refiriéndose a la estrella de Belén, se pregunta Zaitsev: «¿No contribuiría la interpretación cósmica de la versión del apócrifo *La narración de los tres reyes magos*, a revelar el misterio?»

Veamos aún otros pasajes de textos apócrifos, para volver luego sobre la estrella de Belén.

En los apócrifos que se refieren a la Natividad, nos interesa el *Protoevangelio de Santiago*, que es el apócrifo ortodoxo más antiguo de los que se conservan, y el que más ha influido en las narraciones extracanónicas de la natividad de María y de Cristo. El supuesto autor a quien se atribuye es Santiago el Menor.

En el citado apócrifo, se dice textualmente, al referir la llegada de la partera en cuya busca había ido José (XIX, 2):

«Al llegar al lugar de la gruta se pararon, y he aquí que ésta estaba sombreada por una *nube luminosa*.» (¿No es exactamente esta nube luminosa la que nos refieren muchas visiones contemporáneas de «objetos no identificados»?). Pero sigamos con el apócrifo, ya que la nube cobra movimiento: «De repente, la nube *empezó a retirarse* de la gruta y brilló dentro una luz tan grande, que nuestros ojos no podían resistirla. Ésta por un momento comenzó a

disminuir hasta tanto que apareció el niño y vino a tomar el pecho de su madre, María.» Bueno será recordar aquí el caso del niño René Bustos, ocurrido en nuestros días, y citado ya al analizar la visión de Ezequiel. Fue afectado por una *luz brillante que venía desde una nube*; ¿simple coincidencia? —y van...

Las citas de la nube luminosa o de otro objeto luminoso se suceden a lo largo de los textos bíblicos, también acompañando a voces surgidas de las alturas. Pondremos sólo dos ejemplos más. En el Evangelio de san Mateo leemos (17, 1): «Seis días después tomó Jesús a Pedro, a Santiago y a Juan, su hermano, y los llevó aparte, a un monte alto. [2]Y se transfiguró ante ellos; brilló su rostro como el Sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. [3]Y se les aparecieron Moisés y Elías hablando con Él. [4]Tomando Pedro la palabra, dijo a Jesús: Señor, ¡qué bien estamos aquí! Si quieres, haré aquí tres tiendas, una para ti, una para Moisés y otra para Elías. [5]Aún estaba él hablando, cuando los cubrió una *nube resplandeciente*, y *salió de la nube una voz* que decía: Éste es mi Hijo amado, en quien tengo mi complacencia; escuchadle.»

Volviendo a los apócrifos, el *Evangelio árabe de la Infancia* reza, refiriéndose a Jesús, ya cumplidos sus treinta años (LIV): «... el Padre le dio a conocer públicamente a la orilla del Jordán con esta *voz bajada del cielo:* "Éste es mi hijo amado, en quien reposo", estando presente el Espíritu Santo *en forma de blanca paloma*.»

Pasemos al tema de la *columna de luz*. En los apócrifos de la infancia, y concretamente en el citado *Evangelio árabe de la Infancia*, llamado así por no haberse conocido hasta hace poco más que la redacción árabe del mismo, se dice, con referencia a Jesús (VI, 1): «Y cuando su madre, la Virgen María, le llevaba gozosa en sus brazos, le vio el anciano Simeón resplandeciente como una *columna de luz*.» En la redacción siríaca del mismo apócrifo, identificada años más tarde, se dice que fue María a quien el anciano Simeón vio «como una columna de luz».

Volveremos sobre el tema de la nube y de la columna luminosa en el apartado *II. 6 Nuevamente la Biblia*.

La misma redacción siríaca del citado *Evangelio de la Infancia*, al hablar (VII, 1) de la adoración de los Magos, refiere que la noche misma del nacimiento es enviado a Persia un ángel guardián, que se aparece en *forma de estrella brillante* a los magnates del reino. Entonces tres reyes, guiados por este mismo ángel que había arrebatado a Habacuc (Daniel, 14, 33: «Vivía entonces en Judá el profeta Habacuc, el cual, cocida la comida y mojado el pan en la cazuela, se iba al campo para llevarlo a los segadores. [34]Pero el ángel del Señor dijo a Habacuc: Lleva la comida que tienes preparada a Daniel, que está en Babilonia en el foso de los leones. [35]Y contestó Habacuc: Señor, nunca he visto Babilonia y no sé qué es el foso de los leones. [36]Y tomándole el ángel del Señor por la coronilla, por los cabellos de su cabeza, le llevó a Babilonia, encima del foso, con la velocidad del espíritu»... recibió así Daniel la comida. [39]«Y, levantándose, comió, y al instante el ángel de Dios restituyó a Habacuc a su lugar.»), guiados los tres reyes pues, como decíamos, por este ángel, llegan a Jerusalén, en donde preguntan por el rey recién nacido. Herodes les somete a interrogatorio. Al salir de su palacio vuelve a aparecérseles la *estrella* a los Magos, pero esta vez en forma de *columna de fuego*. Adoran al niño y durante la noche del quinto día de la semana posterior a la natividad, se les aparece de nuevo el *ángel* que vieron en Persia *en forma de estrella*, quien les acompaña hasta que llegan a su país.

Por último, queremos analizar en este capítulo la explicación final que al fenómeno de la estrella de Belén da Werner Keller en su archifamoso libro *Y la Biblia tenía razón*. Tras detalladas explicaciones que, analizando lo particular, dejan de lado lo básico, o sea que, dando explicaciones muy convincentes para cada problema concreto, se olvidan de la esencia global del fenómeno, Werner Keller concluye que el fenómeno que guió a los Magos hasta el establo de Belén fue la conjunción (última de una serie de tres en aquellas fechas) de los planetas Júpiter y Saturno en la constelación de los Peces. Y dice:

«En el camino de Hebrón, a unos 7 kilómetros de Jerusalén, se halla situada la aldea de Bet Lahm, el antiguo Belén de Judá. La

vieja senda que en su tiempo había sido ya recorrida por Abraham, lleva casi exactamente de Norte a Sur. En su tercera conjunción los planetas Júpiter y Saturno se unieron en tal forma que parecían formar una sola estrella. En el crepúsculo vespertino eran visibles en dirección Sur de manera tal, que los Magos de Oriente, en la ruta que seguían desde Jerusalén a Belén, siempre tenían a la estrella ante sus ojos. La estrella iba, en efecto, tal como dice el Evangelio, *precediéndoles*.»

Muy bien. Pero de haber seguido *siempre* en la dirección que les señalaba la conjunción de Júpiter y Saturno, y por tratarse ésta de un fenómeno extra atmosférico, que por lo tanto, por mucho que avanzasen los Magos, *siempre* quedaría situado *por delante* de ellos, de haber seguido en dirección de esta conjunción, repetimos, adonde habrían llegado habría sido a una muerte por inmersión en las aguas litorales del mar Rojo.

Pero no. Se paran a escasos kilómetros —7— de Jerusalén. ¿Por qué? Porque no iban en pos de la conjunción Júpiter-Saturno, sino en pos de un objeto brillante que, citando literalmente a san Mateo (2, 9): «... les precedía, hasta que vino a *pararse* encima del lugar donde estaba el niño». Este detalle, el de que la «estrella» *se paró* encima de un lugar determinado, y de que por lo tanto se movía dentro de la atmósfera y por lo visto a no demasiada altura, es lo que Keller omite sin mayor escrúpulo en su análisis. Análisis que, por lo tanto, carece de validez. Esto, si nos atenemos únicamente al texto bíblico aceptado por la Iglesia. Porque si además nos atenemos a los apócrifos, veremos —vimos— que esta misma «estrella» descendió, adoptó formas diversas, habló, y hasta volvió a acompañar a los Magos a su país de origen.

Sea como fuere, lo único que podemos afirmar al cabo de casi dos mil años de su aparición, es que la susodicha «estrella» de Belén sigue siendo para nosotros, con todas sus letras, un *objeto volante y luminoso no identificado;* las crónicas antiguas citadas, así lo atestiguan.

3. CUERPOS AÉREOS TRIPULADOS

Citaba Zaitsev, entre otras cosas, que Jesucristo «salió de esa estrella». ¿Podemos buscar observaciones parecidas, de seres surgidos de cuerpos aéreos?

Henri Lhote, el científico francés que encabezaba la primera expedición de estudio de las cuevas prehistóricas en Tassili, en el centro del Sáhara, cita, hablando de las pinturas rupestres que hicieron famosas estas grutas, una que representa a una «figura humana que *emerge de un objeto ovillado en círculos concéntricos que se asemeja a un huevo*».

Zaitsev establece una comparación: «Este mismo motivo aparece después en la escultura de la Grecia antigua. Los dioscuros Cástor y Pólux, y Helena y Némesis, fueron representados por algunos artífices con cáscaras de huevo sobre la cabeza. Y los mitos helénicos dicen que estos personajes brotaron a la vida de *huevos celestes*.»

También se les representaba con un casco en cuyo vértice *brillaba una estrella*, y en otras versiones se dice que Zeus los colocó como *estrellas* en el firmamento [46].

Tenemos aquí una relación entre el «huevo celeste» y la «estrella».

Por otra parte Cástor y Pólux formaban parte de la expedición de los argo-*nautas*, que a bordo de la nave *Argos* —nombre que indica la *rapidez* o la *blancura luminosa*—, fueron en busca del Vellocino de Oro, que Frixos había ofrecido a Aetes, hijo del sol, después de que un *carnero*, con el vellón de oro, le transportara, *atravesando los aires* y los mares, a la isla de Aea, país donde «los rayos de sol se encierran en una cámara de oro» [47].

Y bajo el signo del carnero, bajo el signo de Aries, el 12 de abril, se celebraban en Roma las Cereales. En las procesiones, llevaban un *huevo*.

¿Qué relación tendrá todo esto con el *huevo filosofal* de que nos hablan los iniciados en la Gran Obra...?

«Salgo del *huevo* en el país recóndito», dice Osiris Ani en el *Libro de los muertos* egipcio [48], donde el triunfador Osiris Nu afirma ser «el que reside en las Utchat y en el *Huevo*», opinando más adelante que «nadie puede entrar ni salir, sino el dios santo que vive en su *huevo*, y espanta a los inmortales y aterra a los *jus*»..., «nadie puede respirar los vientos, salvo el dios santo que vive en su *huevo*»..., «loor a ti, oh dios santo que vives en tu *huevo*»..., etc.

Veamos más muestras de seres «divinos» encerrados en «cápsulas espaciales». La revista yugoslava *Svet* publicó bajo titulares como «¿Naves cósmicas en un crucifijo de Dechani?» «¿Sputniks en nuestros frescos?», «¿Es posible que los maestros antiguos pintaran astronaves en Dechani?», la reproducción de unos frescos descubiertos en la primavera de 1964, en el monasterio de Dechani, situado en Kosovska Metohija, en Yugoslavia.

«En los frescos estaban netamente representadas las figuras de ángeles volando en aparatos semejantes a los sputniks de hoy.

»Son dos naves que vuelan una tras de otra de Oeste a Este. Va en la primera un ángel sin aureola, una mano en la invisible palanca de mandos y mira hacia atrás, como atento al vuelo del cosmonauta que le sigue. Conduce la otra un personaje por el estilo, en idéntica postura que el anterior.

»Ambas naves tienen forma aerodinámica. Se percibe nítidamente el chorro de “retropropulsión”, que da la impresión de velocidad. La revista observa: “En los aparatos volantes vemos santos oficiando de pilotos”.

»Otros ángeles que contemplan el vuelo desde abajo, cerrados los ojos y tapados los oídos con las manos, échanse hacia atrás,

como temerosos de que el espectáculo les ciegue y el estruendo de los artefactos volantes les aturda.

»Más abajo aparecen grupos de gentes. Los rostros denotan pavor, estupefacción y desconcierto. En el centro, la figura de Jesús crucificado.

»Asombra también el fresco *La Resurrección del Señor*, situado debajo de la *Crucifixión*. La revista aclara: “En el momento de resucitar, diríase que *el Mesías se hallaba en un cohete a punto de despegar*.” En efecto, la similitud es perfecta: hasta en la parte superior lleva la nave dos alas a modo de estabilizadores.

»Dechani no es un caso único. En la Academia Conciliar de Moscú está el icono *La Resurrección de Jesucristo*, donde se ve al *Mesías en un receptáculo* que recuerda una *nave cósmica posada en tierra*. De su parte inferior por ambos lados sale humo que oculta los pies de los ángeles agrupados en derredor.

»El cuadro es, sin duda, de los “censurados”. Es de suponer que existiera un apócrifo escrito que interpretase la Resurrección y la Ascensión del Señor de manera distinta a la explicación canónica. Mas se ignora su paradero. Tal apócrifo pudo inspirar a los iconógrafos y maestros de la pintura templaria, autores de los asuntos cósmicos. Como quiera que fuese, ello da pábulo a sugestivas reflexiones» [49].

Efectivamente, tanto los «ángeles» como Jesucristo están encerrados en cápsulas espaciales *ovaladas*.

¿Y no conocemos acaso precisamente para el domingo de *Resurrección* la tradición popular del *huevo* de Pascua?

Permítasenos recordar aquí que la Resurrección de Jesucristo es «piedra de toque de la fe y verdadero objeto de la fe cristiana, según se pone de manifiesto en los primeros símbolos cristianos», pero los cuatro evangelios refieren «no la Resurrección misma (ésta tuvo lugar, según la narración evangélica, sin testigos presenciales *terrestres*), sino el descubrimiento de la tumba vacía, y, sobre todo, las apariciones de Cristo resucitado a sus discípulos. Dichos relatos

presentan lagunas, indican poca uniformidad, y, en los detalles, ofrecen numerosas discrepancias, por lo menos aparentes»...

«Pero las apariciones mismas, consideradas en su *términus ad quem*, es decir, en cuanto que tienen por objeto la humanidad ya gloriosa de Jesús, no pertenecen al actual eón y no pueden ser objeto de ciencia histórica en cuanto tal; son exclusivamente objeto de fe. Este carácter sobrenatural, no ya terreno, de la humanidad glorificada de Jesús se manifiesta, por ejemplo, en el hecho de que sus rasgos fueran en parte *irrecognoscibles*. Además, el Señor se apareció exclusivamente ante discípulos y creyentes (Pablo constituye a este respecto una excepción), y precisamente su Resurrección se presenta siempre en la predicación apostólica como el objeto propio de la fe cristiana.»

Santo Tomás dice que, «incluso para los discípulos, la Resurrección se puso de manifiesto sólo en virtud de signos fidedignos (el Antiguo Testamento y los "ángeles") y de *signa evidentia*, que no demostraban la Resurrección en sí, sino precisamente la autenticidad de los propios signos; la fe de los cristianos se basaba en la predicación de los apóstoles». La Resurrección «en cuanto misterio de fe, no es un hecho que pueda ser demostrado con certeza por los métodos de la ciencia histórica. Históricamente demostrable es *sólo* la fe de los discípulos en la Resurrección» [50].

Medite cada cual sobre estas líneas. Nuestro respeto, para todos.

Sin embargo, debemos mencionar todavía, con relación a la estancia y salida de Jesús del sepulcro, y dentro de los apócrifos de la Pasión y Resurrección, el del *Evangelio de Pedro*, que forma efectivamente parte del antiguo *Evangelio de Pedro*, y fue descubierto durante el invierno de 1886-1887 en el sepulcro de un monje cristiano de Akhmîm, antigua Panópolis (Alto Egipto). Reza ahí, en IX, 35:

«Mas durante la noche que precedía al domingo, mientras estaban los soldados de dos en dos haciendo la guardia, se produjo *una gran voz en el cielo*. [36]Y vieron los cielos abiertos y *dos varones*

que bajaban de allí teniendo un gran resplandor y acercándose al sepulcro. [37]Y la piedra aquella que habían echado sobre la entrada, rodando por su propio impulso, se retiró a un lado, con lo que el sepulcro quedó abierto y ambos jóvenes entraron.» Y más adelante, en X, 39: «Y, estando ellos —los soldados— explicando lo que acababan de ver, advierten de nuevo *tres hombres saliendo del sepulcro*, dos de los cuales servían de apoyo a un tercero —¡una resurrección muy poco sobrenatural!— y una cruz que iba en pos de ellos.» Luego, en XI, 44: «Y, mientras se encontraban aún cavilando sobre ello, aparecen de nuevo los cielos abiertos y *un hombre que baja y entra en el sepulcro*.»

Pero retrocedamos. Existen múltiples ejemplos gráficos de la representación de Jesucristo encerrado en la elipse mística, en una cápsula. Uno muy bonito es el Pantocrátor que figura en la fachada de la iglesia románica de Moarbes, en Palencia, España. Pero es, repetimos, sólo uno de tantos. Y en una ilustración de la copia del salterio de Utrecht realizada en Northumbria se aprecia cómo la cápsula está suspendida en el aire.

«Desde remotos tiempos, los hombres se sintieron obsesionados por la imagen arquetípica del vehículo volante circular y del dios que llega del espacio. Ambas figuras aparecen con frecuencia juntas en la más antigua iconografía suscitada por las leyendas que relatan el advenimiento de los dioses a la Tierra en el interior de un disco volante.

»El símbolo más antiguo y poderoso de la Divinidad es el de una figura dentro de una rueda. Esta forma encontró más tarde su representación convencional en forma de una cruz encerrada en un círculo. Tenemos ejemplos de ello en la cruz céltica, el templo cruciforme situado en el recinto circular del cementerio precristiano y los discos de oro con una cruz que se encuentran en los enterramientos prehistóricos de Wessex» [51].

Es la misma forma que encontramos, por ejemplo, en el ábside de San Apolinar in Classe. Y si comparamos esta figura con la miniatura visigoda citada ya al hablar de los templos y que dijimos

ilustraba el *Códice de las Etimologías* de San Isidoro, podemos acaso establecer una sugestiva comparación... (Fig. 17).

Michell aporta ejemplos de divinidades que surcan el espacio encerradas en objetos circulares, como el dios Assur y el dios Ahura-Mazda (véase nuestra lámina comparativa), lo cual confirma nuestra hipótesis del templo-nave. También cita ejemplos de la India, del dios Vishnú, el dios-mono Hanumat, hablando de la misma imagen en numerosas regiones de Oriente y de Europa, en México, en Egipto.

Volvamos a la concreta interpretación de la cápsula como huevo. Eliseo Reclus, en su obra *La Tierra y los hombres*, recuerda una primitiva leyenda de los pueblos del Perú, que cuenta que en tiempos lejanos nacía ahí la gente de huevos de bronce, de oro y de plata llovidos del cielo.

Huevos *metálicos*... y ¡celestes!

En una de las variantes de la leyenda sudamericana los huevos bajan del cielo en *florecillas* de diente de león.

Om mani padme hum («Oh tú, joya en el loto») recitan millones de orientales al dirigirse a su divinidad. Y la joya sentada en la flor, es el ser extraterrestre sentado en su vehículo espacial. El loto también es sagrado en Egipto.

En la obra de P. Grimal, *Mythologies de la Méditerranée au Gange*, figura una ilustración que muestra, antes de la creación, a Vishnú —cuya novena encarnación (octava en algunas versiones) es Buda— en compañía de Bagshmi, sentado sobre un *loto* sobre la *serpiente* de las mil cabezas, en medio de un océano de leche [52]. Un *loto* surge de su vientre y lleva a Brahma, el creador, que, con sus cuatro bocas, recita los cuatro Vedas, cuyos textos sostiene en sus cuatro manos. Cuatro brazos forman una cruz. ¿Nuevamente la imagen de la cruz encerrada en el círculo (= loto)?

El único *océano* de leche que el hombre puede ver es la *Vía Láctea*. Y decir que Vishnú flota en un vehículo (loto, flor, huevo, cápsula, platillo, OVNI) en la Vía Láctea, equivale a decir que un

señor se está paseando por el Cosmos en una nave espacial. Lo curioso es que esta crónica no está fechada en nuestro siglo XX, en que comenzamos a saber qué es un simple avión. Ni en el XIX, ni en el XVIII...

El pequeño loto que surge del mayor, ¿será acaso una remota interpretación del OVNI que surge de una gran nave-madre, como en multitud de observaciones actuales se ha podido comprobar? Observemos que el loto mayor descansa sobre una serpiente. Forma de puro (alargada como la serpiente) tienen las naves-nodriza observadas por contemporáneos nuestros...

Y las relaciones se suceden.

Veamos lo que se puede leer sobre las serpientes. Escribe Kolosimo: «En América encontramos, más que en cualquier otra parte del Globo (en donde también existen) numerosas huellas de razas civilizadas, no emparentadas con ninguna de las que hoy conocemos. Restos que lo atestiguan han sido descubiertos por el profesor Marcel Homet, cerca de la llamada “Piedra Pintada”, un fabuloso monumento de 100 m. de largo, 80 m. de ancho y 30 m. de alto, cubierto de grabados, surcado de galerías, situado entre Sierra Paracaima (en los confines sudorientales de Venezuela) y el río Urari Coera.

»La *Piedra Pintada* recuerda a una elipse ciclópea, o mejor, un *huevo*. Inmediatamente se piensa en el huevo de las antiguas tradiciones, en el *“huevo de la creación del mundo”*; pero a esta idea le sucede en seguida otra: el “huevo primordial” de los países mediterráneos está siempre acompañado por una serpiente. ¿Y qué es lo que vemos en la parte frontal de la *Piedra Pintada?* Precisamente la vieja *serpiente* de la tradición, pintada a tal altura que el autor debió haber usado un andamio gigantesco.

»La perfecta *serpiente* estilizada mide 7 metros y domina miles de signos y de letras que recuerdan la escritura del antiguo Egipto, las semíticas, hebraicas, sumerias, célticas, irlandesas...»

El ya citado *Libro de los muertos* egipcio nos refiere aquí que «Sebek, el señor de Bajau, habita al este de la Montaña, y tiene un templo en aquella tierra. En la cima hay una *serpiente* de treinta codos de largo; los primeros ocho codos están recubiertos de placas de pedernal y —singular serpiente— de *brillantes piezas metálicas*. El victorioso Osiris Nu conoce el nombre de la *serpiente* que mora en su collado: se llama "Residente en su fuego". Después de permanecer inmóvil, Ra dirige los ojos hacia ella, su *barca* vara, un sueño invencible domina al que rige la embarcación y traga siete codos de las vastas aguas». Y en el capítulo de las ofrendas, sección V, la ofrenda 8.ª reza: «Los inmortales que residen en los anillos de la diosa *serpiente* Mehen permiten ver el *Disco* a Osiris...»

Volvamos a Kolosimo: «En la desconocida civilización peruana de Chavín de Huantar encontramos a Medusa, la Gorgona —las Gorgonas eran seres alados— cuyos cabellos se convirtieron en *serpientes*, que tenían el poder de petrificar a quien la miraba. "En la forma de la boca, de la cabellera y de la nariz —escribe el ilustre arqueólogo Pierre Honoré—, recuerda a las Gorgonas de Siracusa (boca, cabellera y nariz son una copia casi idéntica), hasta el punto de que es muy difícil no establecer una conexión entre las dos obras."

»Piénsese, además, que Medusa no es una figura sólo helénica y americana. Era conocida en todo el mundo antiguo: de los etruscos a los pompeyos, de los chinos a los japoneses, de los habitantes de Borneo a los de Nueva Zelanda o de las Hawaii. Estas gentes debieron quedar impresionadas por un mismo acontecimiento, un detalle exacto que identificaron con *serpientes*.»

Las Gorgonas vivían en las inmediaciones del Jardín de las Hespérides, que albergaba las manzanas de oro custodiadas por la serpiente-dragón Ladón... Es el tema del jardín, de la manzana, de la serpiente...

Los indios zuñi, indios pueblos, del sudoeste norteamericano, conservan el culto de la *serpiente emplumada* como deidad celeste, lo cual es una herencia de origen mexicano.

Quetzalcóatl, dios celeste de los toltecas, creador de la civilización, quedaba simbolizado por una *serpiente con plumas*. Quetzalcóatl era un agente unificador del *Cosmos*. La señal distintiva y el emblema de Quetzalcóatl era una cruz de cuatro brazos con un círculo en el centro. En Tula, la ciudad consagrada a Quetzalcóatl, se levanta una enorme pirámide consagrada a Venus, ya que eran una sola deidad. «Quetzalcóatl trajo las semillas fructificadoras más ricas, como el maíz. Trajo también la escritura, el calendario, las artes y las leyes morales, y... huyó *por los aires*, fue *por el espacio* de un lado a otro, se consumió en las llamas del "fuego divino"» —lo cual tendrá importancia más adelante— «y se convirtió en el planeta Venus» —¡así está de resplandeciente, alimentado por tanta divinidad y tanto OVNI!—. «Allí quedó con el nombre náhuatl de "la *estrella* que *echa humo"*» [53].

Una serpiente que es una *estrella*. Un cohete que se aleja hasta convertirse en sólo un punto luminoso en el cielo... y echa humo.

Michell aporta casos de serpientes y dragones en las mitologías de todos los pueblos, citando la enumeración de las características del dragón mitológico según G. Elliot, en su obra sobre *La evolución del dragón:* «Vive en la *cumbre* de las montañas; está relacionado con lagos, manantiales y pozos de la tierra; custodia valiosos tesoros e *imparte el saber a los hombres;* arroja *truenos y rayos;* su *luz ilumina* la tierra *de noche*.» «Tiene forma de gran *estrella en movimiento* y emite ruido», reza una leyenda china citada en la obra *Mitos de la América precolombina*, de D. Mackenzie.

Michell relaciona serpientes y dragones del monte Pilatos, en Suiza (1619); de Sussex (siglo XIX) —«no resulta exagerado afirmar que, al cotejar las leyendas antiguas y modernas, las figuras del dragón y del platillo volante resultan siempre intercambiables», observa—; de la montaña sagrada de Croagh Patrick; de New Grange (Country Meath); de Egipto —el disco alado (ojo de Ra) con dos serpientes—; de la Atenea griega, que subió a un carro aéreo tirado por dos serpientes; de Circe, de Afrodita y de Medea, que hicieron lo mismo; de China; de Triptolemo, divinidad que trajo el

trigo, planta que no crece en estado silvestre en la Tierra; de México (Quetzalcóatl, que trajo el maíz); de la Polinesia, donde la serpiente queda en ocasiones representada por la anguila; de Islandia...

Habla también de los mitos que «presentan a la serpiente como introductora de los diversos conocimientos que son la base de la civilización humana. El más importante de éstos y, según Lévy-Strauss, el paso decisivo en el desarrollo de la sociedad, fue la utilización y el manejo del fuego». Es el caso del Prometeo griego.

Afirma Michell que es muy antigua la creencia de que la civilización no nació espontáneamente en la Tierra, sino que es influida por una raza extraterrestre, «la misma que más tarde fue recordada bajo el símbolo de sus naves aéreas, o sea la serpiente. Viene a cuento aquí lo que afirma Bonwick en *Druidas irlandeses y la antigua religión de Irlanda:* "Desde luego la serpiente es la señal o el símbolo de una antigua raza, célebre por su sabiduría." Se atribuye a la serpiente la introducción de todas las artes de la civilización y se dice que es la fuente de toda sabiduría. Lo primero que reveló la serpiente fue el arte de curar las enfermedades y en los templos de Esculapio, el dios de la Medicina, se guardaban serpientes sagradas, y serpientes son las que se arrollan en el báculo de este dios. Los griegos y los romanos creían que las serpientes revelaban profundos secretos bajo la forma de oráculos. En el folklore germano, encontramos la creencia de que comiendo una serpiente *blanca* se adquiere sabiduría y poder y que el que coma el corazón de un dragón conocerá todos los secretos del Universo, adquiriendo la sabiduría de los dioses».

¿Nos dirán también aquí que la Antigüedad padeció alucinaciones colectivas?

John Michell sigue aportando ejemplos de la India; de la saga de Beowulf... y cita al doctor Stukely, que ya en el siglo XVII, relacionó el culto de la serpiente y del disco alado considerado como la religión fundamental de las Islas Británicas, y que «sacó la conclusión de que los grandes monumentos prehistóricos de Wessex y de otras partes de Inglaterra no se construyeron al azar, sino formando un

gran trazado que sólo era visible desde el aire. Al decir esto estuvo a punto de identificar las serpientes sagradas o disco alado con las aeronaves de una antigua raza divina». Habla, finalmente, de la serie de montículos de arena que asumen la forma de una serpiente, en Inglaterra y en América, y que únicamente poseen un significado vistos desde gran altura. Pero estaríamos hablando toda una vida...

Finalicemos el capítulo de las estrellas, huevos, discos, flores, serpientes, etc., con unos breves ejemplos de visiones de «estrellas singulares» en tiempos más recientes, estrellas ligadas a lo religioso, y que tienen muy poco de estrellas y mucho de vehículos guiados por inteligencias.

Ya hemos visto la relación de las «apariciones marianas» con los OVNI. El 9 de octubre de 1955 se produce un «prodigio solar» en Tilly-sur-Seulles, en Normandía, durante las fiestas parroquiales en honor de Nuestra Señora de Fátima.

El 21 de febrero de 1345, en Manresa (Barcelona), apareció en el cielo poco antes del mediodía, siendo el tiempo claro y sereno, una misteriosa luz, procedente de las montañas de Montserrat, luz que se detuvo sobre la iglesia de Nuestra Señora del Carmen. Año tras año sigue conmemorándose en la ciudad catalana la aparición de la «Santa Lluna», la venida de la «misteriosa Llum» [54].

Palabras más recientes son las de Pío XII, que relatan la visión que tuvo en los jardines del Vaticano el 30 y el 31 de octubre y el 1 y 8 de noviembre de 1950: «El Sol, que estaba todavía bastante alto, aparecía como un globo opaco, amarillo pálido, completamente rodeado de un círculo luminoso, que no impedía, por tanto, de ninguna manera fijarse en el astro, sin experimentar la más pequeña molestia. Una nubecilla extremadamente ligera se encontraba delante. El *globo opaco* se *movía* ligeramente en el exterior, ya girando, ya desplazándose hacia la derecha o hacia la izquierda. Pero en el interior del globo se advertían, *con toda claridad y sin interrupción, movimientos* muy fuertes. El mismo fenómeno se repitió al día siguiente, el 31 de octubre, y el 1 de noviembre, día de

la definición; después, el 8 de noviembre, octavo de esta solemnidad (la definición solemne de la Asunción de María). Después, nunca más.» [55]

Al morir Pío XII, se vio sobre Roma una «estrella singular».

Cuando se celebró el cónclave que eligió a Juan XXIII, «se observó una especie de globo luminoso, y otro, cuando murió».

El día en que Paulo VI regresó de Israel, pudo verse sobre Roma otra «estrella singular».

E incluso pendió en el aire un globo luminoso el día de la apertura de los Juegos Olímpicos de México [56].

Repetimos, fueron unos pocos ejemplos únicamente; el resto lo constituyen una larga serie de visiones de objetos volantes no identificados de hoy y de ayer.

4. EGIPTO

Dividiendo la longitud del perímetro de la base de la pirámide egipcia de Keops por el doble de su altura, se obtiene el valor de la letra «pi» (232,805 × 4 = 931,220; 148,208 × 2 = 296,416; 931,220 : 296,416 = 3,14159...).

Y otras notables particularidades —algunas de las cuales pasaremos a enumerar someramente— encierra la gran pirámide:

Las diagonales prolongadas de la pirámide encierran el delta del Nilo.

El meridiano que marca la cúspide de la pirámide divide el delta en dos partes exactamente iguales.

El meridiano que marca la pirámide atraviesa un máximo de continentes y un mínimo de mares.

El meridiano que marca la pirámide divide en dos partes iguales las tierras habitadas del Globo, emergidas al Este y al Oeste.

Los lados de la pirámide se orientan a los cuatro puntos cardinales.

Las sombras producidas por la pirámide marcan, con exactitud matemática, las fechas de los equinoccios de primavera y otoño y los solsticios de invierno y verano.

La pirámide recogía en una de sus galerías la luz de la estrella polar de aquella época, Alfa del Dragón, cuando Sirio, estrella sagrada de los egipcios, que anunciaba el comienzo de las inundaciones periódicas, al final de su órbita, iluminaba perpendicularmente su cara meridional. El eje del otro corredor recogía la luz de las Pléyades.

La suma de las diagonales de la base de la pirámide, expresada en pulgadas piramidales, marca los años precisos para que los equinoccios vuelvan a idéntica posición y tengan lugar sobre el mismo punto.

El codo sagrado (codo piramidal = 0,635660 metros) aplicado en la construcción de la pirámide, es exactamente la diezmillonésima parte del radio polar terrestre.

El resultado de la multiplicación de la longitud en pulgadas piramidales (25,4264 mm.; obsérvese que 1.000 pulgadas piramidales equivalen a 999 pulgadas inglesas) de la antecámara real de la pirámide por 3,1416, indica la duración exacta del año en días (365,242).

Cada lado de la base de la pirámide indica, en codos sagrados, la duración del año bisiesto.

El resultado de la multiplicación del volumen de la pirámide por la densidad media de las piedras que la forman (2,06), indica la densidad de la Tierra (5,52).

Cien mil millones de pulgadas piramidales indican el recorrido de la Tierra sobre su órbita en 24 horas, lo que, multiplicado por los días del año (365), nos da la longitud de la órbita que describe la Tierra alrededor del Sol.

Levantando un cuadrado sobre la altura de la pirámide, se obtiene una superficie igual a la de cada una de las cuatro caras de la misma, y un conjunto que contendría los elementos geométricos que intervienen en la mecánica celeste [57].

La distancia que media entre la pirámide y el Polo Norte es la misma que media entre aquélla y el centro de la Tierra. (Véase fig. I, a continuación.)

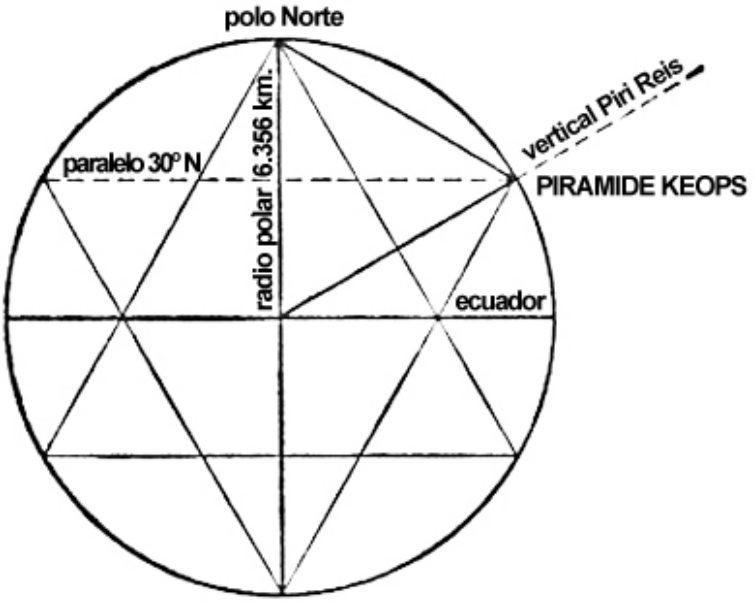


Fig. I. Sección de la Tierra sobre el meridiano que marca la pirámide de Keops. Obsérvese cómo ésta equidista del polo Norte y del centro de la Tierra, formando estas dos líneas con el radio polar un triángulo equilátero ideal perfecto. Al mismo tiempo, el punto que marca la pirámide sobre la circunferencia terrestre en el plano de la sección indicada señala un punto de partida, con les referencias de los polos y ejes terrestres, para el trazado del doble triángulo del fuego y del agua, del sello de Salomón... y para otras sugestivas figuras geométricas.

Por otra parte está científicamente demostrado hoy en día —partimos de la realidad científica, no del dogma de fe— que la parte «espiritual», lo que llamamos «alma» de la unidad funcional humana «almacuerpo» existe, y que puede existir sin cuerpo, pero que no puede en cambio *funcionar* sin alguno de los elementos —cambiantes, transformantes— que hayan formado parte de este cuerpo durante el funcionamiento del mismo. Y que no puede funcionar con elementos de otro cuerpo. El llamado «alma» tiene que funcionar siempre, necesariamente, fatalmente, con elementos del *mismo* cuerpo, con el que forma una unidad funcional.

Ahora bien, una malinterpretación de esta versión podría probar que, admitida en la segunda mitad del siglo XX, la conocían ya por ejemplo los antiguos egipcios. De ahí podría venir su empeño en conservar mediante la técnica del embalsamamiento el cuerpo del difunto, para que pueda seguir funcionando la unidad de su «almacuerpo».

Aunque con respecto a la conservación del cuerpo del difunto y su confinamiento en cámaras aisladas (pirámides), cabría contemplar también —con gran cautela— la posibilidad de un rudimentario intento de imitación de una técnica como la que hoy en día se practica en la «hibernación» de cadáveres.

Recordemos en este contexto que son ya más de doce los cadáveres que en Estados Unidos han sido congelados a la temperatura de 275° bajo cero por medio de nitrógeno líquido, para tratar de traerlos de nuevo a la vida cuando la Ciencia haya vencido la enfermedad correspondiente.

Lo fantástico puede, el día menos pensado, dejar de serlo. Así, por ejemplo, a principios de 1972, el geoquímico ruso N. Chudinov, que estaba intentando descubrir por qué unas viejas muestras de potasio tenían una coloración rojiza, se encontró con la sorpresa de que había devuelto la actividad y la facultad de multiplicación a bacterias que vivieron 250 millones de años atrás. El doctor Cyril Ponnamperuma, de la Universidad de Maryland, reconoció por aquel entonces que algunos microorganismos pueden sobrevivir bajo condiciones extremas y que el paso del tiempo dejaría de ser un factor para la conservación de su vida, si las condiciones para la preservación de esos organismos fueran adecuadas.

Más aún. También a principios de 1972, el profesor Konikova y sus colaboradores, del Instituto Vichevsky de Moscú, lograron restablecer la síntesis de las proteínas en el cadáver de un conejo. Entre 30 y 60 minutos después del paro de la respiración y de la circulación no quedan ya casi proteínas en los órganos y en los tejidos. El mencionado equipo logró, mediante respiración artificial, restablecer la síntesis de las proteínas en todo el cuerpo, aunque sólo muy débilmente en el bazo y en el cerebro. Pero el equipo congeló a otro conejo, inmediatamente después de su muerte, transfundiendo sangre a 9°. 60 minutos después de la muerte, la temperatura del animal descendió a —26° y —24°. Luego, lo recalentaron y reanimaron. Inyectaron aminoácidos en su circulación. Una hora más tarde pararon la circulación y tomaron muestras de tejidos para medir las proteínas y la radiactividad. Se

comprobó que la síntesis de las proteínas se restableció en esta ocasión en todo el cuerpo. Se restauraron todas las funciones vitales, incluidas las funciones motrices.

Es muy pronto todavía para extrapolar en el dominio de la resurrección humana: el mayor obstáculo es el del deterioro irreversible del cerebro, que sobreviene a lo sumo entre los 3 y los 6 minutos después del cese de la respiración y de la circulación. Falta considerar una congelación inmediata del cerebro; es lo que están estudiando otros investigadores soviéticos en el Instituto de los semiconductores de la Academia de Ciencias, en esta ocasión para atenuar los efectos de traumatismos serios del cerebro.

Pero ya en abril de 1973 científicos alemanes descubrieron, tras una serie de experimentos realizados con animales, que las células cerebrales pueden recuperar su función después de haber sido interrumpido durante una hora el riego sanguíneo. A tal convencimiento llegaron un grupo de neurólogos del Instituto Max Planck de Colonia, tras varios años de investigaciones. El grupo, dirigido por el doctor Konstantin Hossmann, logró en monos y gatos, al cabo de una hora de interrupción del riego sanguíneo, poner nuevamente en marcha el riego cerebral. Los animales recuperaron su capacidad normal de reacción. El director de la sección de Neurología del citado Instituto, K. Zulk, está convencido de que tal descubrimiento operado sobre animales podrá aplicarse en provecho del hombre.

Se dijo que en principio los antiguos adoraban al disco porque «alguien» había bajado en aparatos redondos del cielo, y que más tarde la imagen quedaba representada por el Sol y por la Luna, que eran los dos «discos» que diariamente surcaban el cielo. Ya en Egipto, volvamos al *Libro de los muertos* y a las palabras de Nu, el victorioso canciller en jefe: «Antebu es el guía de los dos países. Seb se constituye gracias a sus timones. El poder que *abre el Disco*. El príncipe de los seres rojos. Soy arrastrado como el náufrago...» «He abierto la casa de los tesoros del dios Hap, *limpiado los*

caminos del Disco...» «Alabé y glorifiqué el *Disco*...» «Y hablaré con el *Disco*, y con los *moradores del cielo*.»

Y el triunfador Osiris Patha-mes, director de los escribas y diseñador, dice: «Enviad vuestra luz y disipad la oscuridad que os rodea y contemplad la faz de Osiris, oh existentes como él existió, y ensalzad a aquel que *reside en su Disco*...» «Venciste a tus enemigos, oh tú que *resides en tu Disco*.»

«Déjame subir a bordo de tu embarcación, oh Ra», suplica el victorioso Nu refiriéndose a la barca celeste que se apareció, por ejemplo, como un milagro a Isis, estando ésta junto al cadáver de su esposo, en forma de un *disco de oro, cuando ya el Sol se había puesto*. Y la ofrenda 4.ª de la sección IV reza: «Los que cantan loas dispensen que Osiris...», «sea como los *marineros divinos del cielo*».

En el himno a Osiris Un-nefer se dice de tal señor que su cuerpo es «claro y fúlgido metal», que «azul es su cabeza» y que «el brillo de la turquesa le cerca».

Osiris Ani afirma que «forzó todos los c*aminos del cielo* y de la Tierra». «Honor a ti, oh tú que *vuelas por el cielo* y brillas sobre el hijo de la corona blanca...», exclama Nu, el triunfador canciller en jefe. Obsérvese que no se habla de una divinidad que mora en los cielos, sino que, muy concretamente, *vuela* por el cielo. Y el mismo Nu dirá: «Yo, incluso yo, soy el que conoce las *rutas del firmamento*...», «he andado las remotas, las ilimitadas comarcas celestiales...», «navego por el firmamento que *separa el cielo de la Tierra*» —¿tenía noción Nu de lo que era la atmósfera terrestre, que separa el espacio infinito de la Tierra?—, «viajé de la Tierra al cielo...», etc., etc.

El antiguo Egipto sigue siendo, hoy por hoy, uno de los grandes jeroglíficos que nos plantea nuestra historia.

«¿Qué fundamento tiene la inscripción egipcia» —se pregunta Kolosimo— «que describe el salvamento de un rey “en el vientre de un pájaro blanco que desciende del cielo con una estela de fuego”?»

El propio autor apunta nuestro interés hacia el otro lado del «charco», hacia la pirámide del Sol en Teotihuacán, «cuya altura es exactamente la mitad de la pirámide egipcia de Keops, mientras que las medidas de la base de ambos monumentos son idénticas».

Prosiguiendo con nuestra avidez de relaciones, de conexiones, recordemos brevemente que los egipcios se identificaban en sus medidas astronómicas y en sus cálculos de los ciclos solares con los caldeos y con los mayas. Y «es sabido que los peruanos anteriores a la conquista dividían el año, igual que los caldeos y los egipcios, en doce meses, y los meses en semanas. Todos insertaban días adicionales para mantener el año en los trescientos sesenta y cinco del promedio solar. Los mexicanos añadían cinco intercalados, y los egipcios del tiempo de Amenofis I hacían exactamente lo mismo» [58].

Cabecera opina que el año mexicano comenzaba el 26 de febrero, y que esa fecha coincide con el comienzo del año en el antiguo Egipto.

Recordemos también que el alfabeto maya y el egipcio tienen muchos signos semejantes [59]. Que los mayas deformaban el cráneo como en Egipto se hacía. Que en Tula, la ciudad que dijimos estaba consagrada a Quetzalcóatl, existe una gran columna labrada que recuerda los monumentos megalíticos egipcios.

Pero prometimos no citar más que algunos pocos ejemplos, los suficientes para promover el interés del lector, a quien rogamos amplíe datos y conexiones con el material que en la bibliografía se cita, amén de otros libros, en búsqueda incesante.

Ajustándonos a este mismo criterio —que es el de todo el ensayo — pasaremos ahora a enumerar otras circunstancias del ámbito religioso, que fácilmente pueden caer bajo un enfoque extraterrestre.

5. AMÉRICA

Hemos establecido algunos puntos de contacto del antiguo Egipto con la América precolombina. Quedémonos pues en este continente.

Los mayas fijaron el año terrestre en 365,2420 días. Los cálculos más recientes de nuestros días lo fijan en 365,2422...

Donnelly señala que, en un primer repaso, ha podido identificar en el lenguaje maya más de trescientas palabras griegas, con el mismo significado que éstas tienen en griego.

El profesor Melgar establece comparaciones entre voces chiapanecas y hebreas:

español	*chiapaneca*	*hebreo*
dios	elab	elab
padre	abagh	abba
adán	abagh	abba
hijo	been	ben
hija	batz	bath
rey	molo	maloc
setiembre	tsiquin	tischiri
estrella fija en el zodíaco	chimax	chimah
rico	chabin	chabic
dar	votan	votan
más	chic	chi

etc., etc., etc.

Veamos ahora correspondencias lingüísticas del maya con el acadio y caldeo:

español	*maya*	*acadio / caldeo*
padre	ba	abba
agua	ha	a
rama	kab	pab
bajar	ke	gé
completo	kak	kak
el mundo	kalac	kalama
dos	ca	kas
culo	kul	kul
cola	kun	kum
sol	kin	kin
Tierra	ma	ma
país	ta	ta
nacido, ser	en	men
madre	naa	nana
blanco	zac	sar
cuatro	can	san
luna	u	u

Y del maya con el japonés.

español	*maya*	*japonés*
círculo	can	can
onda de agua	ha	ha
tigre	co	co

Daremos todavía unas cuantas relaciones interesantes:

español	*maya*	*latín*

uno	hun	unus
tele...	tele	tele
divino	vinah	divinus
bola	pol	follis
número	num	numerus

español	*maya*	*inglés*
entrada	hol	hall
chupar	chu	suck

Una vez más: etc., etc., etc.

Entre las voces indígenas americanas podemos descubrir términos griegos, hebreos, egipcios, chinos, japoneses e hindúes [60].

Humboldt ya había señalado que «la mayoría de los nombres de los veinte días empleados por los aztecas son los de un zodíaco usado desde la más remota antigüedad por los pueblos del Asia oriental».

Sender añade que «Dios es en griego *Zeus* o *Theos*, y en el idioma náhuatl es *Teo*. Teull llamaban a Cortés, Teotihuacán se llama aún la ciudad de los dioses y Teocalli el santuario».

Las teorías sobre el desaparecido continente de la Atlántida nos lo ofrecen como puente natural entre las culturas americanas y europeas y asiáticas; pero de la Atlántida terrestre, desaparecida, difícilmente pueden surgir los OVNI que se han visto posteriormente y siguen viéndose en nuestros días...

De Teotihuacán ya dijimos y comentamos que era el «lugar donde se convierte uno en dios». Kolosimo cita una fábula que habla de un «monstruo de metal que lanza humo por la nariz».

Hemos hablado también de Quetzalcóatl. Y con Quetzalcóatl se identifica Viracocha, el «gran dios blanco», el dios que trajo enseñanzas, leyes y técnica, y que desapareció bajo la promesa del

regreso. Pedro Pizarro nos lo refiere como el «descendiente directo —según los indígenas— del dios Sol, padre de los incas, que les mandó en tiempos muy lejanos a uno de sus hijos y una de sus hijas, para proporcionarles conocimientos. Los incas reconocieron como divinos a estos enviados por sus palabras y por su piel clara». De ahí que los españoles fueran tomados por divinidades, y acogidos con la palabra «Viracocha». Es un fenómeno que le ocurrió a Colón, a Cortés, a Pizarro... Colón mismo refiere en su Diario, con fecha 6 de noviembre de 1492, cómo sus mensajeros fueron jubilosamente acogidos y albergados en las casas más lujosas, honrados como divinidades, y cómo algunos indígenas les rogaron que los llevaran consigo al cielo de los inmortales.

Anteriormente, el 14 de octubre, refería textualmente en su Diario: «... otros, cuando veían que yo no curaba de ir a tierra, se echaban a la mar nadando y venían, y entendíamos que nos preguntaban si éramos *venidos del cielo;* y vino uno viejo en el batel dentro, y otros a voces grandes llamaban hombres y mujeres: venid a ver *los hombres que vinieron del cielo:* traedles de comer y de beber».

Cortés venció a los indios, entre otras cosas, por tres para él afortunadas coincidencias que marcaron el ánimo del indígena con la propia convicción de su derrota inevitable: el emblema de Cortés era la cruz, que para el indio era emblema de Quetzalcóatl; los hombres de Cortés eran blancos y barbudos como los dioses que referían las leyendas indias, y Cortés desembarcó el año 1519, que era el año I Acatl, el año consagrado a Quetzalcóatl. «Y diré que en la plática que tuvo el Moctezuma con todos los caciques de toda la tierra que había enviado a llamar, que después que les había hecho un parlamento sin estar Cortés ni ninguno de nosotros delante, salvo Orteguilla el paje, dicen que les dijo que mirasen que de muchos años pasados sabían por cierto, por lo que sus antepasados les habían dicho, e así lo tienen señalado en sus libros de cosas de memorias, que *de donde sale el Sol habían de venir gentes que habían de señorear estas tierras*, y que se había de acabar en aquella sazón el señorío y reino de los mexicanos; y que él tiene

entendido, por lo que sus dioses le han dicho, que somos nosotros», escribirá el cronista Bernal Díaz del Castillo en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* [61].

El propio cronista de Cortés refiere también que «dijeron los indios mexicanos, que poco tiempo había, antes que viniésemos a la Nueva España, que *vieron una señal en el cielo, que era como verde y colorado y redonda como rueda de carreta y que junto a la señal venia otra raya y camino de hacia donde sale el Sol y se venía a juntar con la raya colorada;* y Moctezuma, gran cacique de México, mandó llamar a sus papas y adivinos, para que mirasen aquella cosa y señal...» «Lo que yo vi y todos cuantos quisieron ver, en el año veinte y siete, *estaba una señal del cielo de noche a manera de espada larga*, como entre la provincia de Pánuco y la ciudad de Tezcuco, y *no se mudaba del cielo, a una parte ni a otra, en más de veinte días*» [62].

Los OVNI, evidentemente, no son alucinaciones de la segunda mitad del siglo XX.

Kolosimo nos recuerda que Fernando Pizarro (hermano de Francisco), que salió de Panamá y arribó a Coaqui, Perú, en 1531, «consiguió su primera y efímera victoria gracias a tres factores: La piel blanca de los invasores, sus caballos y el retumbar de los cañones. En aquel tiempo, los caballos eran algo desconocido en América e igual pasaba con los cañones; así explican los historiadores tradicionales la fuga de los indios de Coaqui. Los investigadores más abiertos a nuevas ideas nos hacen notar, sin embargo, dos cosas: en las leyendas locales se hace referencia a “ruidos estruendosos, desmedidos”, muy anteriores a la conquista española y, en segundo lugar, que los caballos existieron en la América meridional antes de que fuesen reintroducidos por los europeos. Se les puede contemplar, en efecto, representados en numerosos dibujos del Amazonas, incluso con sillas y carros, y, en 1938, J. Bird descubrió en la caverna de Palli Aike restos humanos sepultados junto con huesos de caballos, que databan de hace nueve mil años».

Danyans y Däniken escriben que en la leyenda inca de Tiahuanaco se habla de una nave dorada procedente de la gran estrella esplendorosa, según refiere Garcilaso de la Vega, de la que surgió Orejona, llamada así por sus largas orejas, que construyó, con piedras negras procedentes de su planeta, el primer templo de la Isla del Sol. Orejona debía cumplir la misión de convertirse en *madre de la Tierra*, tuvo setenta hijos «terrestres» y volvió a partir hacia las estrellas.

¿Nos encontramos ante una leyenda hermética americana precolombina? Hablando de los seres divinos surgidos de huevos, hemos citado, entre otros temas, las festividades en honor de Ceres, en Roma. Resulta que Isis es la Ceres egipcia. «Nosotros sabemos que la diosa Isis es la *madre de todas las cosas*, que las lleva en su seno, y que sólo ella es la dispensadora de la Revelación y de la Iniciación», escribe Fulcanelli. Y en otro punto dice: «Isis, Ceres, Cibeles: tres cabezas bajo el mismo velo»; «singular analogía hermética: Cibeles —madre de los dioses—, era adorada en Pesinonte, Frigia, bajo la forma de una *piedra negra* que se decía haber *caído del cielo*». Igual que la Caaba —los del país de Saba, o de *Caba*, son los cabalistas mismos—, la famosa *piedra negra caída del cielo*...

Piedras negras son también las que trae del cielo Orejona en la leyenda inca. Y todo esto nos hace pensar en las *Vírgenes negras*.

Leemos en *El misterio de las catedrales:* «Antaño, las cámaras subterráneas de los templos servían de morada a las estatuas de Isis, las cuales se transformaron, cuando la introducción del cristianismo en Galia, en esas *Vírgenes negras*...» «Su simbolismo es, por lo demás, idéntico; unas y otras muestran, en su pedestal, la famosa inscripción: *"Virgini pariturae" (A la Virgen que debe ser madre)*. Ch. Bigarne [63] nos habla de varias estatuas de Isis designadas con el mismo vocablo: "Ya el sabio Elías Schadius —dice el erudito Pierre Dujols, en su *Bibliografía general de lo oculto*— había señalado, en su libro *De dictis germanicis*, una transcripción análoga: *Isidi, seu Virgini ex qua filius proditurus est* (A Isis, o a la Virgen de quien nacerá el hijo). Estos iconos no tendrían, pues, al

menos exotéricamente, el sentido cristiano que se les otorga. Isis antes de la concepción es, en la teogonía astronómica —dice Bigarne—, el atributo de la Virgen que varios documentos, muy anteriores al cristianismo, designan con el nombre de *Virgo paritura*, es decir, *la tierra antes de su fecundación*, que pronto será animada por los *rayos del Sol*. Es también la madre de los dioses, como atestigua una piedra de Die: *Matri Deum Magnae Ideae"*. Imposible definir mejor el sentido esotérico de nuestras *Vírgenes negras*».

Madre de la Tierra, que edifica un templo en la Isla del *Sol* con piedras *negras*, es también la Orejona de la leyenda inca de Tiahuanaco... Y también en la península de Copacabana, en el lago Titicaca, se venera a una virgen *morena:* Ntra. Sra. de la Candelaria. Pero sin darnos cuenta volveríamos a vernos inmersos en la ciencia hermética; pongamos un punto.

Los astrónomos rusos Kotelnikov y Chklovski, dirigiendo ondas de radar sobre Venus, determinaron que este planeta tarda algo más de 9 días terrestres en girar sobre sí mismo, de lo que resulta un año venusino de 225 días terrestres, o sea, de 24 días venusinos.

A la vista de estos datos, el físico Alexander Kazatsev, director del servicio de cohetes del «Instituto Astronáutico» de Moscú, se fijó en el calendario que figura en la Puerta del Sol en Tiahuanaco a 5 km al sudoeste del lago Titicaca, observando que representa un ciclo de 12 unidades subdivididas en 24 diez de ellas y en 25 las dos restantes. «Si los 290 días corresponden exactamente a un ciclo de doce años, sería necesario entonces» —observa Kazatsev «que diez años de Venus de cada doce tengan 24 días, y los dos años restantes 25 días. De este modo habría una exacta coincidencia con el calendario de Tiahuanaco...» Y se pregunta: «Pero, ¿cómo ha podido conocerse en la Antigüedad el calendario de Venus? ¿Quiénes eran los "hijos del Sol" venidos del cielo, que —según la leyenda— lo construyeron?» [64].

El profesor Marcel F. Homet, arqueólogo de São Paulo, se pregunta por qué en la llanura de Nazca, en el Perú, ha sido

construido un gran zodíaco de 20 km. de diámetro, que en su conjunto sólo puede apreciarse desde una altura superior a los 800 metros [65].

Grandes líneas y figuras geométricas, visibles sólo desde el aire, están trazadas en la llanura de Nazca. El profesor Alden Mason, especialista en temas peruanos, ve en ellas signos de una especie de religión, o acaso también un calendario [66]. Erich von Däniken las identifica con las pistas de un «cosmopuerto» o aeropuerto, y relaciona con ellas, en calidad de señal-guía, una figura de casi 250 metros de altura grabada en la roca, una especie de gran tridente, que puede admirarse en la bahía de Pisco y que, viniendo del océano, se aprecia desde una distancia de unos 20 km.

Pauwels, Bergier y Danyans coinciden también en que lo de Nazca parece un campo de aterrizaje. Acaso de los «Hijos del Sol, venidos del cielo...».

John Michell está de acuerdo en que las figuras de Nazca tienen validez únicamente vistas desde el aire, y menciona al respecto dos libros de A. Watkins, escritos en la década del veinte, *Antiguas vías inglesas* y *La antigua Vía Recta*, en que se demuestra que muchos emplazamientos antiguos, prehistóricos, viejas cisternas, fosos y árboles aislados que a menudo tenían reputación local, círculos de piedra, monolitos, terraplenes, lugares de culto, etc., repartidos por toda Inglaterra, podían unirse mediante líneas rectas trazadas sobre el mapa. Forman así lo que él llama «leys», que para Michell tienen sentido únicamente, al igual que las figuras de Nazca, vistas en su conjunto desde el aire.

Däniken refiere que en la altiplanicie del Perú se han encontrado adornos fundidos de platino, cuya manipulación requiere una temperatura mínima de 1.800 grados —¿cómo la obtenían los primitivos habitantes del Perú?

Citamos a Eugenio Danyans, refiriéndose al etnólogo norteamericano L. Taylor Hansen: «Durante la conversación sostenida con los indios apaches, el científico les mostró algunas fotografías de pinturas de los antiguos egipcios, cuando al llegar a

una figura mitológica los apaches reconocieron precisamente a la divinidad a la que estaba dedicada la danza ritual: el “Señor de la Llama y de la Luz”; y aquel dios vivía en el recuerdo de los apaches con su mismo nombre mediterráneo, Amón Ra. Entonces Taylor Hansen se puso a hablar de las civilizaciones precolombinas de la América centromeridional y los apaches identificaron en aquellos lugares las tierras donde la tradición pone el centro de su legendario imperio del pasado. No solamente reconocieron al “gigante barbudo” de Tiahuanaco, sin haberlo visto nunca, sino que observadas las fotografías de Machu Picchu, el gran campo de ruinas andino, se pusieron a dar una descripción exacta de ellas sin haberlas visto jamás, ya que ninguno de ellos había estado nunca allí y muchos creían que se trataba solamente de un mito» [67].

El 7 de setiembre de 1969, una expedición dirigida por los investigadores Carlos Neuns Chwander, Francisco Valencia Paz y Ernst von Wedemayer, descubre en la meseta de Pantiacollo, del departamento de Madre de Dios, al sudoeste de la capital peruana, jeroglíficos semejantes a los existentes en la ciudad de Ur (en Mesopotamia) y que corresponden a la etapa de transición de la escritura cuneiforme sumeria (3.000 años antes de Jesucristo). Las escrituras o jeroglíficos están grabadas sobre una superficie de 30 metros de largo y dos y medio de alto, y los investigadores sostienen que de probarse la similitud de estos jeroglíficos con la escritura sumeria de Ur, habría que aceptar que ambas escrituras tienen el mismo origen e igual antigüedad y que por consiguiente también en la época prehispánica habitó y recorrió las selvas peruanas una cultura que conoció la escritura.

En el Estado mexicano de Hidalgo se descubrieron recientemente pinturas que datan del paleolítico americano, con una antigüedad de 15.000 a 20.000 años, en que —según algunos antropólogos e investigadores— hay claros indicios de que se pretende reflejar la visita a nuestro planeta de seres llegados de otras regiones del Universo.

Los antiguos habitantes del Perú creían que el Sol era el primero de todos los dioses y Kon-Tiki el intermediario entre aquel gran dios

y los hombres. La tradición india asegura que la piel de Kon-Tiki era blanca, que tenía una larga barba y que desapareció navegando hacia la mansión del Sol. Y uno de los dioses de las leyendas polinésicas es el llamado Tiki, que en algunas islas es el principal y más poderoso. Dicen que es hijo del Sol. Y entre la Polinesia y el Perú se encuentra la isla hoy chilena de Pascua que, descubierta el domingo de Pascua de 1722 por el holandés Roggeveen, sigue siendo hoy en día, con sus gigantes pétreos, un enigma por resolver. No vamos a entrar en detalles aquí. Otros lo hicieron. Entre ellos dos redactores de *Paris Match*, Hubert Herzog y Tony Saulnier, que, finalizado su amplio estudio en la isla de Pascua, perecieron al estrellarse el «Boeing» en que viajaban, procedentes de Caracas, el 5 de marzo de 1968.

Poco después, el doctor William Mulloi, de la Universidad de Wyoming, se preguntaba cómo ha sido posible el desarrollo de una sociedad tan avanzada en la pequeña y remota isla, perdida en el océano. «La isla de Pascua es uno de los lugares más aislados del mundo» —razona— «y, sin embargo, con una población que nunca sobrepasó los tres o cuatro mil habitantes, encontramos tales contrastes de complejidad cultural, como textos que se desconoce estén relacionados con ningún material escrito del exterior, una estructura política capaz de planificar y coordinar las obras públicas, un sacerdocio organizado y un interés sofisticado en fenómenos celestes como los equinoccios y los solsticios.»

Según la teoría del doctor Mulloi, la isla de Pascua habría estado habitada, hace milenios, por seres no terrestres.

Veamos otra muestra de seres (o cabezas únicamente) gigantes. Escribe Michell: «En lo más recóndito de las selvas que se extienden al sur de Veracruz, en México, se han encontrado colosales testas de piedra, tocadas con lo que parece ser un casco muy ajustado de aviador. Algunas de ellas parecen ser dioses de los olmecas, raza misteriosa extinguida desde hace mucho tiempo, pero no se ha conservado ninguna tradición que pudiera explicar su significado. Lo mismo puede decirse de otras figuras mexicanas

antiguas, que recuerdan extraordinariamente a un astronauta moderno con su equipo» [68].

Los antiguos guatemaltecos conocían a unos «magos venidos de la Luna».

Un relieve conocido por «La estela del Sol», hallado en Cozumalhuapa (Guatemala), de origen olmeca y reproducido en la obra de Pierre Honoré, *La leyenda de los dioses blancos*, representa a un nativo adorando a un ser que llega del espacio. Dicho ser está *delante* del Sol, tapándolo parcialmente, lo que le identifica como un cuerpo *no* celeste natural, sino animado y próximo a tomar tierra (Fig. 18).

El *Popol-Vuh*, libro sagrado maya-quiché, que es la más antigua y valiosa obra del ingenio humano y el documento más antiguo que conocemos sobre historia humana, anterior al Rig Veda y al Zend Avesta, habla de una civilización infinitamente antigua que conocía las nebulosas y todo el sistema solar, los cuatro rincones del horizonte, los cuatro puntos del arco del cielo y la cara *redonda* de la Tierra.

Los indios americanos veneran el «pájaro de fuego» y el «pájaro del trueno». También conocen el hombre-pájaro.

Los pueblos indios rinden culto a las deidades del cielo, del maíz, y a los «hacedores de la lluvia» ayudados por espíritus mensajeros o intermediarios llamados *katchinas*, unas deidades ancestrales que gozan de muy escuetas formas humanas en ocasiones inapreciables, y de bastantes elementos geométricos y hasta en ocasiones mecánicos.

Los zuñi conservan el culto de la serpiente emplumada como deidad celeste.

Sender recuerda que los pimas, vecinos de los apaches, hablan de Szeu-kha (¿Zeus?) que volvió a poblar la Tierra después del diluvio.

Los jefes apaches, tras su elección, pronuncian estas palabras: «Ahora llevo tu enseña, oh dios *descendido* de las estrellas

gemelas.»

Los esquimales hablan de «pájaros metálicos».

Tanto en las junglas guatemaltecas y costarriqueñas, como en la isla de Malta, se han encontrado aglomeraciones de esferas sumamente perfectas labradas en piedra, cuyos diámetros oscilan entre unos pocos centímetros y los dos metros, y cuya distribución obedece a estrictos criterios matemáticos. ¿Tienen un sentido astronómico? Seguramente, ya que algunas figuras parecen reproducir —dice Kolosimo— detalles de constelaciones conocidas, aparte de que dichas esferas guardan relación, según las más audaces teorías, con las figuraciones de espirales que se repiten por casi todo el mundo y que representan la Creación, el Universo, en la forma que adoptan la mayoría de las galaxias. Pregunta Kolosimo: «¿Cómo consiguieron nuestros remotos antepasados conocer la estructura de las galaxias en espiral?» Responde Alexandr Kazatsev, divulgador científico ruso: «Recibieron nociones astronómicas de cosmonautas extraterrestres que llegaron a nuestro planeta en tiempos lejanísimos; y de ellos aprendieron también que los astros tienen forma esférica.»

6. NUEVAMENTE LA BIBLIA

Volvamos a la Biblia.

El símbolo del primer hombre es Adán. «Adán» significa «terreno», «hombre de la Tierra»; lo cual indica por deducción lógica que hay otros que no son de esta Tierra.

Leemos en *Éxodo*, 19,9: «... yo (Yahvéh) vengo a ti (Moisés) en espesa nube...», y en 19, 16: «Y aconteció al tercer día cuando vino la mañana, que vinieron truenos y relámpagos, y espesa nube sobre el monte, y sonido de bocina muy fuerte...»; en 19, 18: «Y todo el monte de Sinaí humeaba, porque Yahvéh había descendido sobre él *en* fuego: y el humo de él subía como el humo de un horno...» En 20, 21: «... y Moisés se llegó a la oscuridad, *en* la cual estaba Yahvéh». En 24, 18: «Y *entró* Moisés en medio de la nube... y estuvo Moisés en el monte cuarenta días y cuarenta noches.»

El Arca de la Alianza es, en opinión de Däniken, un receptor (transmisor) de radio, con su correspondiente carga eléctrica. Moisés recite instrucciones para su construcción, y a través de él puede comunicarse oralmente con Yahvéh.

Dado que nuestro propósito es insinuar aquí únicamente unos pocos pasajes que fácilmente pueden caer bajo el enfoque de una tecnología superior a la terrestre de aquella época y no disponiendo por lo tanto de espacio para aclarar cada punto particular, rogamos al lector interesado lea por sí mismo los textos originales a que hacemos referencia, teniendo presente siempre este enfoque nuevo, terrestre-cósmico. Recomendamos además, especialmente, la lectura de las obras de Paul Misraki, Eugenio Danyans, Peter Kolosimo y Viasheslav Zaitsev.

Jean Sendy, en su obra *La Lune, clé de la Bible* [69], propone la lectura de la Biblia traduciendo la voz de Elohim no por Dios sino por el plural «los celestes».

«Tengo también otras ovejas...», se lee en el Evangelio de San Juan. También aquí se dice que no somos los únicos, que hay otros...

Sender advierte que «a los dos lados del Atlántico se sabía del Diluvio y de Noé y del arca; a veces los sacerdotes católicos se quedaban asombrados en tiempos de Cortés viendo que había en el lado de acá tradiciones y cultos semejantes a los europeos y lo atribuían al diablo» [70].

Elías es raptado, elevado al cielo, en un «carro de fuego» a modo de torbellino, que giraba —se suceden los OVNI en la Biblia.

Desde 1947 se han venido descubriendo en las inmediaciones de Qumran, junto a la orilla occidental del Mar Muerto, una serie de manuscritos que complementan extraordinariamente los textos bíblicos conocidos. En ellos puede leerse (Moisés, *Apocalipsis*, cap. 33) que Eva vio aproximarse a un «carro de luz», con humo y ruedas, carro que luego se desplazó hasta donde estaba Adán.

Volvamos a los textos clásicos: «Los *carros* de Yahvéh son veinte mil...» reza el *Salmo* 68, 17.

«Vienen de lejana tierra, de lo postrero de los cielos. Yahvéh y los instrumentos de su furor, para destruir toda la Tierra», se lee en Isaías» 13, 4 y 5. Y en 66, 15: «... Yahvéh vendrá con fuego, y sus *carros como torbellino*...». Siempre el torbellino, como indicador de un objeto que gira, indicador de algo redondo que se mueve.

Son sólo algunos ejemplos de tantos.

¿Y qué interpretación puede dársele al notable intento de construcción de la famosa «torre de Babel?». ¿Fue acaso el intento, inadecuado por prematuro, de imitar una nave vista construyendo un objeto vertical —torre-cohete— cuya cima —nave espacial impulsada por el cohete— debía llegar al cielo —navegar por el Cosmos?

Muy interesantes son las «columnas de nubes» que aparecen frecuentemente en la Biblia. Cito del libro *Platillos volantes en la antigüedad*, de Eugenio Danyans, especialista en temas bíblicos: en el libro del *Éxodo*, Moisés nos describe «las esplendentes apariciones de la misteriosa "shekinah" de Dios, en forma de "columna de fuego" durante la noche, guiando constantemente al pueblo elegido en su peregrinación a través del desierto. "Y partieron de Sucot y acamparon en Etam, a la entrada del desierto. Y Yahvéh iba delante de ellos de día *en* una columna de nube para guiarles por el camino, y de noche *en* una columna de fuego para alumbrarles, a fin de que anduviesen de día y de noche. Nunca se apartó de delante del pueblo la columna de nube de día, ni de noche la columna de fuego"». (Esta «shekinah» o «habitación de Dios», teniendo siempre apariencia de nube refulgente, presentaba características muy peculiares. Véase por ejemplo, en *Génesis* 3, 24; y en el libro de *Números* 9, 15 al 23; 10, 11 al 13 y 33 y 34; 11, 24 y 25; 12, 1 al 10; 14, 11 al 14, etc.) «Ahora bien: ¿qué fenómeno puede explicar una nube luminosa?»

Danyans apunta también la facilidad de maniobra de esta nube y observa que «desde la misteriosa columna de nube, que con tanta frecuencia aparecía en el curso de la historia de la nación hebrea, el Señor fulminaba a los enemigos de su pueblo bombardeándolos con descargas de rayos mortíferos» (¡bondadoso dios!).

La destrucción de Sodoma y Gomorra fue causada —en interpretación de muchos investigadores, entre ellos el profesor Agrest, de la Academia de Ciencias de Moscú— por una explosión nuclear. Lot y su familia disponían de un plazo fijo muy breve para abandonar la ciudad —¿había comenzado la cuenta atrás?— Lot y su familia debían refugiarse en las montañas —las paredes rocosas son un freno para las radiaciones—. La mujer de Lot, al volverse, se convierte en estatua de sal —ha mirado justo al centro del sol nuclear [71]—. Abraham, al día siguiente, contempla lo que queda de Sodoma y Gomorra: solares humeantes: «humo subía de la tierra como el humo de un horno» [72].

El ya citado Viasheslav Zaitsev cita el apócrifo *Las visiones de Isaías*. El profeta Isaías duda de la veracidad de su fe en la grandeza del Todopoderoso y es llamado al cielo. Al ver allí toda la majestad del Creador, Isaías se arrepiente de sus dudas. El ángel que le había conducido al cielo se disponía a acompañarle a la Tierra. «¿Por qué tan pronto?» —suplicó el profeta—. «No llevo más que dos horas aquí.» «Dos horas no, treinta y dos años», rectificó el ángel, advirtiéndole, sin embargo, que estos 32 años no han transcurrido para él: vuelto a la Tierra tendrá la misma edad que tuvo al partir.

Tenemos un nuevo ejemplo de aplicación práctica de la teoría de la relatividad. Pero, ¿cómo la conocía el autor del apócrifo?

Tecnologías superiores ha descubierto Eugenio Danyans también en las narraciones del *Apocalipsis* [73].

7. EL ORIENTE

En la Azora LIII del *Corán*, titulada *El Astro*, se describe así la revelación del Corán:

«¡Por el astro que se oculta! ¡Vuestro contríbulo no anda descarriado ni equivocado! No habla por vicio. Es una inspiración que le inspira, que le ha enseñado un Ángel, forzudo, poderoso e inamovible. Estaba en el horizonte más elevado: luego *se acercó* y *quedó suspendido*, habiéndose colocado a dos arcos o menos. Inspiró a su siervo, *Mahoma*, lo que inspiró. El corazón de *Mahoma* no engaña acerca de *lo que vio*. ¿Dudaréis de él por lo que ve? Cierto, *le ha visto descender otra vez* junto al azufaifo de al-Muntaha; a su lado está el jardín de al-Mawa, cuando cubría al azufaifo *lo que le cubría*. La mirada de Mahoma no se desvió ni se desbordó: vio la mayor de las aleyas de su Señor.» Sin el menor ánimo de desconsideración, permítasenos comparar este pasaje con cualquier noticia periodística de nuestros días, que comunique que el señor X asistió anoche a las evoluciones de un objeto volante no identificado, y que refleje la incredulidad de las gentes y la insistencia del señor X afirmando que vio lo que vio.

La vida de Mahoma es un misterio de sus 25 a los 40 años. La soledad le hizo buscar un retiro en el monte Hara. Y ahí se comunicaba con el Arcángel Gabriel, que le enlazaba con las potencias celestes. Muy interesantes son su «viaje nocturno» —en que, a indicación de Gabriel, monta en el animal maravilloso llamado *El Borak* (*el rayo*, a causa del brillo o de la rapidez de su movimiento —recuérdese por ejemplo lo dicho de la nave Argos y de los argonautas—, jumento gris plateado, que le conduce en un periquete a Jerusalén)— y su «subida al cielo», en que visitó los siete cielos. Queda patente el contacto de Mahoma con seres

«celestes», que le adoctrinaron en todos los sentidos, dando pie a una importante religión [74].

El profesor Agrest cita las gigantescas terrazas de Baalbek, «con bloques que pesan más de mil toneladas y que la técnica moderna no podría levantar ni transportar». Sin embargo, alguien levantó y transportó en el Líbano, hace cientos de años, estos gigantescos monolitos, para construir con ellos una inmensa terraza, sobre la que los romanos edificaron posteriormente un templo a Júpiter. Agrest afirma que esta terraza fue un «monumento dejado a su paso por los extraterrestres» [75].

¿Pistas de despegue? —Es la interpretación que les da el citado profesor.

Algo semejante son los doscientos treinta y tres bloques de más de dos toneladas cada uno, hallados por miembros del Centro Expedicionario Andino frente al volcán Descabezado Grande, al interior de Talca, a los que dieron el nombre de «Plataformas del Enladrillado».

Erich von Däniken analiza [76] la epopeya más antigua que se conoce, la de Gilgamés, resaltando que se cita en ella una «puerta que habla como una persona». Däniken la identifica como un altavoz. En la misma epopeya, el «dios solar» invita a Enkidu a un viaje espacial, en que éste tiene la sensación de que su cuerpo le pesa como una roca, ¿efecto de la aceleración en el momento de despegue?

Para Däniken, sí. Y apunta que inscripciones sumerias muestran estrellas fijas y planetas en una forma que hoy no podríamos perfeccionar.

«Si conociéramos mejor Sumer, interpretaríamos sin duda más fácilmente la historia del Paraíso, cuyo nombre mismo, Edén, es sumerio», escribe Rémy Chauvin [77].

Wilhelm König, ingeniero alemán, identificó unas piedras planas encontradas en el Irak y conservadas en el museo de Bagdad, como pilas eléctricas, utilizadas dos mil años antes de Galvani...

El Tibet, por su parte, parece haber sido testigo y heredero de antiguos contactos con entes no terrestres. Véanse, por ejemplo, los libros del ya citado T. Lobsang Rampa y el también citado *Retorno de los Brujos*, de Pauwels y Bergier. Nos hablan de los subterráneos del Potala, albergue de conocimientos tecnológicos, metafísicos, parasíquicos, etc., etc. Nos hablan del *Kan-gyur* (o escrituras tibetanas, que comprende un centenar de libros); de la telepatía; de la levitación; de los «carros de los dioses»; de los símbolos llamados «chortens»; de las «cápsulas del tiempo...», etc. Nos dicen que en los subterráneos del Potala se conservan dibujos de naves cósmicas y los cadáveres de tres seres gigantescos.

Los mandalas del Tibet, algunas tribus de Australia y los indios navajos americanos practicaban la pintura en seco, de arena o polen. Los indios lo practicaban frente a sus altares, para las ceremonias religiosas, y los motivos eran generalmente deidades cuyas formas están derivadas de las ya citadas katchinas, combinadas con símbolos de nubes, rayos, el Sol, la Luna, montañas, plantas de maíz...

En 1965, la revista alemana *Das vegetarische Universum*, comunicó un sensacional descubrimiento de un arqueólogo chino. En la frontera entre el Tibet y China, en la zona montañosa de Bayan-Kara-Ula, plagada de cavernas, los geólogos han venido encontrando a lo largo de varios lustros unos discos de piedra (716 hasta la fecha) con jeroglíficos en principio ininteligibles. Todos tienen —leemos en el artículo de Viasheslav Zaitsev, en el *digest* ruso «Sputnik» número especial de 1968—, como los discos de gramófono, en el centro un orificio desde el cual parte en espiral una doble ranura hasta el perímetro de la lámina. Tras veinte años de estudios, el desciframiento resultó tan sorprendente, que la «Academia de Prehistoria» de Pekín prohibió en un principio su publicación. Levantado el veto, vio la luz, escrita por el profesor Tsum Um-Nuy y cuatro arqueólogos chinos, una obra con este título: *Las escrituras grabadas hablan de naves cósmicas existentes hace 12.000 años*.

A este respecto, leemos en *Platillos volantes en la antigüedad*, de Danyans: «... en su constitución pétrea» (la de los discos) «abunda el cobalto. Tienen unas vibraciones especiales, como si en otro tiempo hubieran formado parte de un circuito eléctrico y hubiesen estado cargados de electricidad» y «asimismo se han exhumado tumbas que datan de 12.000 años, que contienen los restos de unos extraños personajes de pequeña talla, pero con cabeza grande». Viejísimas leyendas chinas hablan de un pueblo de enanos, enclenques y cariamarillos, caídos de las nubes. Eran deformes, con cabezas descomunales y canijos de cuerpo... Jeroglíficos de la tribu *ham* nos refieren casos de naves cósmicas siniestradas.

Observemos para fechas tan remotas y aún más, que en Yakutsk, en la Siberia oriental, ha sido descubierto el cráneo de un bisonte que vivió entre 30.000 y 70.000 años atrás, y que en el centro de la frente tiene un orificio redondo, de taladro casi perfecto, que los sabios consideran efectuado por un proyectil, hipótesis que apoyan con la existencia, en el «British Museum», de un cráneo prehistórico atravesado por lo que parecen ser dos orificios de bala.

John Michell afirma que la mitología oriental «contiene muchas referencias a los discos volantes de los dioses y otros objetos mayores que aparecieron en el cielo, descritos en las leyendas como enormes montículos que volaban como pájaros y causaban grandes daños al posarse en tierra». «En la literatura posvédica, Vishnú tiene su propio vehículo llamado Garuda, o sea, la gran ave; Indra, dios supremo de los Vedas, surcaba los aires en un carro de oro, siendo frecuentes las representaciones del mismo en el interior de este vehículo discoidal» [78].

Däniken cita la posible alusión a una especie de bomba nuclear en un pasaje del *Mahabharata;* se explica ahí que el arma podía matar a todo guerrero que llevara metal en sus vestimentas, y se explican sus efectos: «chamuscados por las brasas del arma, los infelices se retorcían febrilmente...», «el agua se calentó, murieron los animales...», «y el furor del fuego derribó en hileras los árboles. Ardieron los caballos y los carros de combate...», «luego se cernió la calma sobre el mar. Comenzaron a soplar los vientos...», «los

cadáveres de los caídos quedaron desfigurados por el calor, perdiendo su apariencia humana. Nunca antes habíamos oído hablar de un arma semejante».

Veamos lo que nos cuenta, por ejemplo, el *Ramayana* del mono Hanumat. Serán sólo unas pocas citas de muestra, sacadas de la *Sarga I* del *Sundarakanda*, que refiere la partida de Hanumat, dispuesto a descubrir el paradero de Sita, esposa de Rama, raptada por Ravana, quien, «en un *carro mágico*, se la llevó *por los aires*».

Hanumat era «como un brasero de temblorosas llamas», que se «preparaba para franquear el espacio». Al partir, tan ardoroso fue su impulso, que los árboles que crecían en las montañas quedaron desarraigados y, agitando sus ramas, voltearon en el aire *como torbellinos*, mientras Hanumat «se precipitó en el espacio, bajo el cielo inmaculado». «El mono Hanumat era como un *monte* de maravilloso aspecto»; «*brillaba* como una nube y parecía una *montaña* cubierta de khadyotas»; «dijérase que fuera, en su marcha, una *nube ascendente*, recamada de *relámpagos*». «La nariz *cobriza* del mono, transmitiendo a su rostro análogo matiz, hacíale parecer el disco solar cuando se aproxima el crepúsculo.» «Mientras el gran mono volaba sobre las olas, *el aire contenido en las cavidades de su cuerpo producía los ruidos de una nube de tormenta*»; «y hubiera podido compararse con un meteoro que, con su luminosa cola, desde las regiones superiores se precipitara, atravesando el espacio». «El muy grande y glorioso kapi, que recorría el sendero de los vientos sin detenerse, parecía como un *monte alado*...», etc.

Saque el lector sus conclusiones; Hanumat no podía ser, desde luego, un mono... Más bien parece tratarse de un *objeto* volante. La crónica que nos lo detalla figura en el poema indio del *Ramayana*, aparecido hace más de dos mil años...

El propio poema dice que Rama era poseedor de «saetas mágicas, que hienden el aire iluminándolo “con un brillo igual al de los grandes meteoros”»; que Rama y su hermano Lakshmana encuentran a un hijo de Lakshmi, «al que una maldición de Indra había encerrado en el cuerpo de un monstruo», y que al aparecer

ante los dos hermanos «recobró su forma celeste»; que se libraban combates en los que se empleaban «armas encantadas y dardos mágicos»; «dardos impetuosos como el relámpago, y tan ardientes que parecía que el Sol, la Luna y los planetas caían del firmamento en llamas», formando un «terrorífico espectáculo». Finalmente, Sita, rescatada, «sube a un carro magnífico, "rápido como el pensamiento"», y el poema termina describiendo la ascensión de Rama al cielo: «ocupaban los seguidores de Rama un carro celeste».

Un poema de ciencia-ficción hace más de dos mil años... ¿Cabe asignar tal capacidad de fantasía al autor del *Ramayana*? Busquemos, más bien, el recuerdo de unos sucesos reales.

John Michell cuenta que el emperador chino Shun conocía el secreto del vuelo. Y según la leyenda, el emperador Hoang-Ti usaba un coche magnético. China era «Celeste Imperio», y su emperador «hijo del Cielo». La obra magna de los manchúes fue la reedificación de la ciudad imperial en el corazón de Pekín, que había sido incendiada en 1644 cuando el derrocamiento de los Ming, y que se concibió «de acuerdo con consideraciones a un tiempo religiosas y astronómicas, que sintetizan toda la civilización china. El imperio, en efecto, no es más que una expresión del orden *cósmico*, y el emperador simboliza las leyes —naturales o divinas— que rigen el Universo». «Los asuntos de Estado se resuelven en la sala de la Pureza Celeste», nombre que, junto con el de la sala regia de la Suprema Concordia, «resume toda una filosofía del poder». Todos los años el emperador iba al Altar del Cielo, al sur de Pekín, a «pedir que el Cielo le renovara la misión de gobernar el imperio» [79].

En Hokkaido, en el norte del Japón, el viajero puede admirar un monumento formado por dos obeliscos, un gran círculo floral y un platillo volante. Es un monumento moderno, erigido en el lugar donde la tradición sitúa la llegada de Okikurumi-Kami, antiguo dios ainu, a bordo de su *brillante «shinta»*.

«Al hacer unas excavaciones en el Japón (Tokomai, Kamegaoka), los arqueólogos descubrieron estatuillas (dogu) que representaban hombres o antropoides con escafandras y cascos que les cubrían por completo la cabeza. En el casco veíanse perfectamente una especie de gafas, filtros respiratorios, antenas y audífonos. Hasta iban provistos de "visores nocturnos"» [80].

Del Pacífico han llegado crónicas que describían a unos extraños seres que vivían entre los cañaverales, llamados *kappas* y semejantes a nosotros. El historiador y arqueólogo nipón Komatsu Kitamura informa que en tales crónicas aparecen como bípedos, de extremidades como los palmípedos, de piel oscura, lisa, sérica y brillante, su cabeza pequeña, las orejas grandes, los ojos extrañamente enormes y triangulares. En la cabeza llevaban un curioso sombrero con cuatro agujas y su nariz tenía el aspecto de una trompa que terminaba detrás, en su espalda, donde se unía a una «joroba» en forma de caja.

¿Ha pensado el lector en los submarinistas modernos? Komatsu Kitamura, también [81].

Cabe preguntarse, en general, por el origen de las máscaras rituales que casi todos los primitivos usan en sus danzas religiosas. ¿Quieren imitar las escafandras que han visto llevaban sus «dioses»?

8. LAS ISLAS BRITÁNICAS

Meng-Tsé, filósofo chino, discípulo de Tsé-Sé, nieto de Confucio y continuador de sus ideas, habla en el siglo IV antes de Jesucristo en el *Meng-Tsé-Chu*, libro clásico de China, del «Círculo orientador de la Gran Isla», puntualizando de la isla que es de hombres altos y rubios... El filósofo chino se refería, dos mil años atrás, a Inglaterra, y concretamente a su monumento prehistórico de Stonehenge.

El astrónomo norteamericano Hawkins ha demostrado que los monolitos de Stonehenge constituían, matemáticamente, un observatorio de precisión increíble y que servía para calcular el tiempo, registrar las fases del Sol y el ciclo de los eclipses.

Ahora bien, también es notable la exactitud con que su forma refleja la imagen corriente de un gran platillo volante contemplado desde el aire, ya que, en opinión del doctor Gerhard Wiebe, decano de la «Escuela de Comunicaciones Públicas» de Boston, no tiene sentido visto desde el suelo; sólo resulta impresionante visto en planta desde arriba. Pero el hombre neolítico no tenía aeroplanos, ni globos, desde los cuales contemplar su propia obra; desde luego debió de construirlo como señal de su presencia a las naves procedentes del Cosmos. Recuérdese aquí el ejemplo citado de la película *Mondo Cane*. «Su forma refleja la imagen de un platillo volante; se observa, muy bien definido todavía hoy, el borde exterior consistente en un amplio terraplén bajo y un pequeño foso. Dentro de este recinto hay unos orificios y pequeños pozos circulares dispuestos alrededor del perímetro, como si se tratara de aberturas cuya presencia se ha señalado muchas veces en los OVNI. En el centro mismo se alza un círculo, casi perfecto, de piedra, que da idea de una cabina y que rodea a toda la obra en forma de

herradura y que sobresale dos metros por encima del gran reborde exterior, como si se tratara de una cúpula...» [82].

Harriet G. Norfolk equipara «las similares estructuras del monumento de Stonehenge y de la inacabada catedral de la muy futurista Brasilia, figura de proa del progreso, concretización de todos los adelantos técnicos de la construcción...». Los extremos vuelven a tocarse.

Hecateo, historiador del siglo VI citado por Diodoro Sículo, hace referencia también a Stonehenge: «En esta isla hay una magnífica arboleda consagrada a Apolo y un templo muy notable, de forma circular, adornado con muchos exvotos...»

En Escocia se han encontrado «torres vitrificadas», sometidas a un intenso calor, procedente de «algo» situado exactamente sobre ellas. En Inglaterra se suceden los «círculos de piedras», como las famosas Rollright del Oxfordshire. Cerca de Howt, en Irlanda, se alza la pirámide de New Grange, enigmática, y por toda Inglaterra se suceden los túmulos, colinas, torres, construcciones artificiales destinadas a una evidente aplicación «aérea», en tiempos en que el hombre terrestre no podía, por sí mismo, despegarse del suelo que pisaba [83].

9. EL MUNDO CLÁSICO Y OTROS

En la antigua Grecia, Hermes era el mensajero de los dioses, el enlace de los dioses, función en la cual sus atributos eran el caduceo del heraldo [84], las sandalias *aladas* y el casco *alado*.

En Roma, Hermes se llama Mercurio.

Eurípides, en su *Ifigenia en Áulide*, escribe que en el momento en que Calcante se dispone a sacrificar a Ifigenia, una *nube dorada* la envuelve y se la lleva.

En el libro VIII de la *Eneida*, Virgilio habla de «*ruedas* que transportaban rápidamente a los dioses».

Y el propio Virgilio afirma en la Égloga IV, que «ya una nueva raza está siendo enviada *desde los cielos*».

Y en Roma, Plinio, que vivió en el siglo I, habla en el Libro II de su *Historia Natural* de los fenómenos celestes, mencionando, después de estudiar los astros y antes de tratar los meteoros, una serie de fenómenos, de los cuales muchos son «fenómenos normales y sobradamente conocidos: cometas en todas sus formas, estrellas fugaces, bólidos, etc.; pero existen en su relación otros —veinte o veinticinco por lo menos— cuya descripción tal y como Plinio la hizo hace dos mil años podría aparecer en nuestra prensa de hoy, casi sin quitar ni añadir palabra, como casos típicos de los que ahora llamamos “objetos volantes no identificados”. Y no sólo esto: las características resultan tan evidentes, que nada cuesta encuadrar todos los “objetos no identificados” de la lista de Plinio en cada una de las cuatro clases que nosotros, hombres ya situados al borde del desenlace de la historia, sabemos existen de ellos [85].

Citaremos aquí únicamente unos cuantos párrafos:

«Roma es el único lugar del mundo en que hay un templo dedicado a un cometa, a aquel que el divino Augusto juzgó favorable a sí mismo; el que apareció al comienzo de su vida pública, durante los juegos celebrados en honor de Venus madre, poco después de la muerte de su padre César, en el colegio instituido por este último a tal fin. Expresa su gozo en... con estas palabras: “Durante los días de la celebración de mis juegos, fue observada una estrella con cola, durante siete días, en la región del cielo que cae hacia septentrión. Esta estrella permanecía hasta casi las once horas del día, y era resplandeciente, y fue visible desde toda la tierra.”»

«También se ha dado el caso de ser visibles varios soles al mismo tiempo, nunca por encima o por debajo del Sol, sino a un lado; ni cerca de la Tierra ni en su dirección, sino hacia levante o hacia poniente. Se dice que una sola vez se ha observado este meteoro durante el mediodía; esto aconteció en el Bósforo, y su contemplación duró desde la mañana hasta la puesta del Sol. En otros tiempos a menudo se vieron tres soles, por ejemplo durante los consulados de Sp. Postumio y Q. Mucio, de Q. Marcio y M. Porcio, de M. Antonio y P. Dolabella, de M. Lepido y L. Planco, y en nuestros días fueron visibles durante el principado del divino Claudio, siendo colega en su consulado Cornelio Orfito. En vida mía, no he oído decir nunca que más de tres soles hayan sido vistos simultáneamente.»

«Aparecieron tres lunas durante el consulado de Gn. Domicio y G. Fannio.»

«Durante el consulado de Gn. Octavio y G. Escribonio, fue vista una centella que se desprendía de una estrella y que crecía al acercarse a la Tierra, y, habiendo llegado a ser ya tan grande como la Luna, esparció una luz como de día nublado y después, habiendo vuelto a ascender hacía el cielo, se convirtió en antorcha. Esto lo vio el procónsul Sila y su séquito.»

En Australia hay profusión de pinturas rupestres. Entre todas destacan unas, rodeada su cabeza de un círculo, descubiertas en la región montañosa de Kimberley, en la Australia occidental. Los nativos las llaman «wondjina» y afirman que son las únicas pinturas no realizadas por ellos, por los de su raza. Son para ellos figuras extraordinariamente sagradas y subrayan que la ausencia de boca que se aprecia en ellas es algo común a todas las «wondjina». ¿Algún tipo de mascarilla? Lo cierto es que los aborígenes dicen que fueron trazadas por los propios seres a quienes representan, cuando éstos estaban en la Tierra, volviendo luego al cielo, donde pueden verse de noche como *luces que se mueven a gran altura*.

Subrayamos estas últimas palabras porque son exactamente las mismas que empleara, para las observaciones que había efectuado en 1973, un equipo de universitarios de Saint Louis (Missouri). En efecto, el 19 de noviembre de 1973 el catedrático Harley D. Rutledge, de la Universidad de Saint Louis, declaró que él y su equipo investigador habían visto entre 70 y 80 *luces que se movían a gran altura*, de origen desconocido, durante su programa de siete meses de estudio al sudeste de Missouri. Se negó a calificarlas de «objetos volantes no identificados» (¡pero volaban y no las identificó!), y a hacer especulaciones sobre lo que podrían ser. «Hemos visto las luces y las hemos fotografiado», dijo Rutledge, jefe del Departamento de Física de la Universidad del sudeste de Missouri. «Allí están, no voy a intentar especular sobre lo que son tales luces. Hay algo aquí que no puede explicarse. Las luces se movieron, hicieron giros en ángulo recto y parpadearon.» Añadió que su estudio podría ser el primero realizado por científicos e investigadores. El equipo de Rutledge comenzó su investigación el 6 de abril de 1973 en Piedmont, tras haberse comentado en la región la aparición de varios objetos volantes no identificados. En el equipo figuraban miembros de la Facultad, estudiantes de Física, pilotos, un catedrático de Ciencias y miembros del club de Astronomía del sudeste de Missouri. En 38 de las 78 noches de vigilancia, el equipo informó haber visto luces de procedencia inexplicable. El equipo rechazó otros informes de platillos voladores comentados por el

público —en su mayor parte luces de aviones y faros de automóvil— pero tiene catalogadas unas 70 luces de origen desconocido.

Volviendo a los aborígenes australianos sorprende, por ejemplo, en su primitivismo, el famoso «boomerang», que, decididamente, «no va» con su nivel cultural actual. Es fruto de un estudio profundo de las leyes de la aerodinámica. Y sorprenden los mismos aborígenes por sus extraordinarias reglas —sagradas para ellos— de higiene, genética y protección de la caza. Las consideran legado de una raza superior.

Pinturas rupestres representando seres de configuración humana con lo que parecen ser «escafandras» se han descubierto en el Sáhara, en Tassili-n-Ajjer, en la ondulación de terreno conocida por «Jabbaren» (Los Gigantes); en las proximidades de Ferghana y de Navoí, en la RSS de Uzbekistán, y en Val Camonica, en los Alpes suizos (Fig. 19).

De la llegada de los dioses del cielo nos hablan, en una palabra, las mitologías, leyendas y tradiciones antiguas de Asia, Australia, América del Sur y del Centro y Europa, y referencias a los mismos pueden encontrarse igualmente en América del Norte y en África. Hemos aportado aquí únicamente unos cuantos botones de muestra, sin detenernos en su análisis y sin extendernos, ni muchísimo menos, en la amplia gama de alusiones orales, escritas y gráficas que se nos presentan ya velada, ya abiertamente. Las coincidencias universales en el campo religioso son dignas de tenerse en cuenta, y también el que muchos fenómenos sobrenaturales que en ellas aparecen pueden llegar a explicarse recurriendo a una muy elevada tecnología.

Las coincidencias universales comienzan ya en el mismo enigma del «Paraíso»: «Cualquier comparador un poco experto distingue al punto en el relato de la caída cierto número de elementos familiares a *todas* las religiones primitivas» [86]:

—El árbol de la vida en el jardín sagrado.

—El hecho de comer sus frutos, que «abren la inteligencia».

—La mujer y la serpiente cerca del árbol.

—Los cuatro ríos.

—La mujer extraída de la costilla del hombre.

—La vergüenza de verse desnudos [87].

El cristianismo, «aunque gozaba de una fuerza extraordinaria al poder presentar un dios recientemente manifestado, no borró todos los recuerdos de las antiguas divinidades. En realidad, tuvo que incorporarlas a su propio sistema de creencias. Los dioses volantes de la Antigüedad fueron cristianizados, convirtiéndose en ángeles y querubines, suprimiéndose su culto bajo cualquier forma», decía John Michell. En el año 601, el Papa Gregorio I aconseja a los cristianos que levanten sus iglesias en los emplazamientos de los antiguos templos paganos. Parece ser que en la nueva religión late un subconsciente de carácter de simple eslabón de una cadena que desde el origen mismo de la Humanidad la enlaza con seres superiores, procedentes del espacio.

Si nos topáramos ahora con una hipotética raza que viviera todavía en plena Prehistoria, seríamos *para ellos*, con nuestra tecnología del siglo XX, nada menos que auténticas *divinidades*. Siguiendo el hilo lógico de este razonamiento, puede llegarse a la conclusión de que toda *divinidad* no es tal sino en la interpretación que una raza da a los representantes de otra suficientemente superior a ella.

Las derivaciones de este simple razonamiento llegarían a asumir caracteres asombrosos e insospechados.

III. LA INFLUENCIA QUE NOS LLEGA DE FUERA

1. NOSOTROS Y NUESTRO SISTEMA PLANETARIO

Veremos a continuación unos breves aspectos —como siempre, sólo unos cuantos de muestra— que dan pie a la consideración, al margen de todos los aspectos religiosos que hemos visto, de que el hombre no depende únicamente del inmediato ámbito terrestre a que actualmente se halla confinado, sino que depende también de influencias que le llegan del Espacio, naturales unas, artificiales otras. Naturales las que le engloban, como una pieza más, en el engranaje de las leyes cósmicas; artificiales las que suponen una ayuda al hombre terrestre por parte de otros seres no terrestres, que —así lo indican las apariencias— tratan de contribuir a ese desarrollo necesario para que el hombre alcance el nivel imprescindible para su completa integración cósmica.

Pablo Ponzano, Álvarez López, Mario Ferrini y Antonio Ribera publicaron en 1969 un libro, *La vida extraterrestre*, supervisado por el «Instituto de Estudios Avanzados» de Córdoba, Argentina, en que los dos primeros, el sicólogo Pablo Ponzano y el doctor Álvarez López, desarrollan las teorías de que el hombre no es originario de la Tierra, y de que nuestro sistema planetario tiene visos de artificialidad. Aclara Ponzano que el descubrimiento de Neptuno por Leverrier y Galle fue posible gracias a la ley de gravitación de Newton y a la ley de Bode. «Sin embargo, cuando se comenta el histórico suceso, se silencia la segunda, porque —dice— la ley de Bode no está estructurada sobre bases mecánicas y abre paso a la sospecha de que además de lo mecánico, en el sistema solar hay otra cosa, y ante el temor que esa “otra cosa” despierta en el espíritu científico se la suprime y se la ignora por más que dicha ley

sea de una exactitud tan notable que explique perfectamente la disposición de los planetas en el Sistema Solar.» La ley de Bode puede expresarse por medio de una serie de potencias o, también, por medio de una simple regla matemática que consiste en sumar cuatro a la serie geométrica de base tres; los números que resultan están en perfecta correspondencia con las distancias de los planetas al Sol [88]. Descartada la idea de que esta ley pueda tener una significación mecánica, cabe preguntarse por el origen y la naturaleza de este extraño ordenamiento de los planetas alrededor del Sol. «Antiguas tradiciones sobre el origen del sistema solar apoyan la tesis de los “ingenieros cósmicos”; en los Vedas se habla de dioses de otros mundos que cambian el rumbo de los planetas, y el demiurgo del Timeo platoniano es un operario que da forma a nuestro sistema: no crea, sino que *modifica los materiales recibidos*» [89].

No entramos ni salimos en la teoría. Lo que sí nos parece válido es que tal posibilidad existe. Como existe la posibilidad, por ejemplo, de una Luna estabilizada por extraterrestres, según opinión de Jean Sendy en su libro *La Lune, clé de la Bible* [90].

¿Qué no podría lograr una hipotética tecnología de un millón de años, cuando nosotros, en escasos cien años, hemos desarrollado unos conocimientos aeronáuticos y espaciales que nos han permitido pisar la Luna?

Y el hombre quiere dar los primeros pasos en el dominio de los cuerpos que pueblan el espacio. Hoy piensa todavía en los asteroides, pero... ¿y mañana?

Eugene A. Smith, de Cocoa Beach (Florida), jefe de los Laboratorios Espaciales de Hawthorne (California), ha declarado que en el año 1974 —concretamente el 31 de marzo— podrían haberse lanzado desde Cabo Kennedy seis astronautas que tras 227 días de viaje habrían abordado el asteroide Eros en su aproximación a la Tierra a una distancia mínima de 36 millones de kilómetros, a principios de 1975. Añadió que la experiencia habría sido sumamente interesante, ya que los astronautas podrían

haberse paseado sin gastos y apenas sin riesgos por una vasta región del sistema planetario, a bordo del asteroide Eros.

También se ha pensado ya, con fines de explotación industrial, en la posibilidad de desviar de sus órbitas habituales a los pequeños planetas considerados de interés industrial. Se trataría de que los astronautas desembarcasen cargas de energía termonuclear en los asteroides seleccionados, las colocasen luego en la posición y ángulo adecuados, para desplazar a los miniplanetas por reacción, y... se habría dado el primer paso en la transformación, *por mano del hombre terrestre*, de nuestro inmediato miniespacio particular. Nuestros ingenios aéreos y espaciales son juguetes al lado de los «suyos». Nuestro dominio de los asteroides debe también, lógicamente, ser un juego de niños frente a las posibilidades de «ellos».

La teoría de la artificialidad de nuestro sistema planetario puede estar equivocada o no, pero su posibilidad es evidente. Y la ley de Bode está ahí.

¿Estamos limitados únicamente a esta Tierra que habitamos? «La Tierra está ligada al Universo; el hombre no está solamente en contacto con el planeta que habita. Los rayos cósmicos, la radioastronomía, los trabajos de física teórica, revelan contactos con la totalidad del Cosmos», escriben Pauwels y Bergier.

El plasma, cuarto estado de la materia, es una mezcla especial de iones, electrones y partículas neutras inmersas en un campo magnético. La matemática del plasma desarrolla ecuaciones fundamentales de la magneto-fluido-dinámica —uno de cuyos pioneros es el profesor Ferraro, de la Universidad de Londres—, teorías matemáticas indispensables para el desarrollo de la astrofísica y de la geofísica. «Gracias a estos estudios, en colaboración con los grandes centros astronómicos y radio-astronómicos de todo el mundo, hoy se tienen pruebas convincentes de la existencia de campos magnéticos galácticos, allá donde reina el llamado hidrógeno neutro, cuya difusión en el plasma cósmico

parece similar a las estructuras observadas por el biólogo mediante el microscopio electrónico.

»La repetición de estructuras análogas, en sectores muy distintos, induce al científico a estudiar nuevas clasificaciones de los fenómenos naturales. De este modo, partiendo de las ecuaciones que rigen para los fluidos buenos conductores de la electricidad, se pueden imaginar nuevos sistemas para medir otros fluidos y otros plasmas, como el *plasma sanguíneo*.

»*Existe, pues*, siquiera sólo sea en principio —porque justamente comenzamos a advertir ese fenómeno— *una misteriosa analogía o correspondencia, entre las células biológicas* (plasma sanguíneo) *y la estructura de las galaxias*» [91].

Y existen, ciertamente, otras curiosas coincidencias. Por ejemplo: el punto en que aparece el Sol cada 21 de marzo en la esfera celeste, punto que marca el equinoccio de primavera, se desplaza ligeramente de año en año. En su recorrido a través del «zodíaco» invierte 25.920 años. Los médicos, por su parte, constataron que el hombre efectúa, al cabo del día, 25.920 inspiraciones (18 por minuto). El punto de intersección citado forma en su recorrido un círculo; y los círculos se dividen tradicionalmente en 360 grados angulares. Si dividimos 25.920 por 360, obtenemos la cifra de 72. O sea que el punto citado avanza un grado cada 72 años. Pero la cifra 72 es importante también para Venus. Sus conjunciones dan pie al trazado del pentagrama, la estrella de cinco puntas encerrada en un círculo. Sus puntas marcan en dicho círculo secciones de 72 grados. Y por cada inspiración, el corazón humano late cuatro veces, de lo que resultan 72 latidos por minuto. Si dividimos 25.920, la cifra de inspiraciones diarias del hombre, por 60, o sea, por el número de minutos por hora, obtendremos la cifra 432. Y el radio del Sol es la 432.ª parte del diámetro de la órbita solar. Lo mismo vale para la Luna. Etcétera, etcétera. «El gran concierto cósmico», sinfonía para números y orquesta. Autor: ? Intérpretes: todos.

Por su especial interés, vamos a extendernos un poco citando algunos párrafos de la disertación del doctor Eugen Jonas, de Nitra (Checoslovaquia), ante el IV Congreso Internacional de Biofísica o Cosmobiología de Moscú.

Afirmó el doctor Jonas que «las regularidades que guían la vitalidad del hombre (su ritmo y la decadencia definitiva), ya eran conocidas por los médicos-astrólogos hace miles de años. Cada hombre recibe en el momento de su nacimiento, o incluso en el de su misma concepción, cierta cantidad de vitalidad "natural" que disminuye en el transcurso del tiempo hasta agotarse finalmente por completo; y entonces el hombre muere. La cantidad de energía vital puede determinarse a base del análisis de las radiaciones cósmicas del tiempo del nacimiento y de la concepción de cada persona. Este concepto de los sabios de la Antigüedad es decisivamente más lógico que la afirmación de los científicos modernos: que el enfermo se murió por casualidad, por ejemplo, en un accidente o sin causa evidente, como en el caso de "mors centralis"...

»Aceptamos, pues, la hipótesis y el método de los científicos de la Antigüedad, aun cuando debemos saber que han sido conservados sólo en fragmentos.

»El hombre de la Tierra está sujeto a influencias cósmicas, que proceden especialmente de nuestro sistema solar. El Sol es, sin duda, la fuente vital más grande para los hombres, animales y plantas. Sin embargo, los rayos solares llegan también a los otros planetas, de donde están interrelacionados con la Tierra, ya en otra calidad, puesto que cada cuerpo astronómico funciona de anticátodo especial. Los científicos de antaño nos han dejado toda una gama de influencias transformadas en calidad, procedentes de planetas diferentes, que también muestran una influencia especial.

»Además, es importante saber en qué lugar de la eclíptica se hallaron estos generadores cósmicos, en qué ángulo envían su radiación hacia la Tierra, de qué punto del horizonte (con referencia al lugar de la concepción o del nacimiento) realizan su influencia. Para ello existen tablas exactas que facilitan un juicio. De este modo

se ha determinado que las influencias cósmicas de ciertos puntos de la eclíptica y del horizonte son favorables para la energía vital de un hombre; otros, en cambio, causan la decadencia de la vitalidad.

»De suma importancia para la determinación de la fuerza vital es incluso la influencia mutua de los cuerpos planetarios individuales, o sea, su influencia con respecto a la Tierra. Por ejemplo, la oposición y media oposición significan una influencia desfavorable; en cambio, la distribución en trígono tiene una influencia muy buena.

»Para el juicio de la vitalidad natural del fruto concebido o del recién nacido, hice servir las reglas indicadas como punto de partida; y quedó demostrado que cuantos más planetas estaban en sectores de la eclíptica o del horizonte favorables para la vida del hombre, en el momento del nacimiento (o de la concepción) y cuantos más de ellos formaron trígonos entre sí, tanto mayor era la vitalidad del hombre en cuestión. Y viceversa, cuantos más planetas estaban en sectores de la eclíptica y del horizonte desfavorables para la vida, y cuanto más oposiciones y medias oposiciones formaron, tanto menor era la vitalidad.

»A base de este procedimiento se pasó a la confirmación de la hipótesis y del método. En el año 1960, en dos zonas de Checoslovaquia, en Nitra y en Irnava, se coleccionaron datos sobre muertos en depósitos de cadáveres y hospitales, con la ayuda del tribunal regional, y se comprobó la vitalidad natural del difunto no sólo mediante el radix-cosmograma, sino también mediante el cálculo del radix-cosmograma de la madre del muerto; según este dato se averiguó también el tiempo de la concepción de cada difunto. Ya del radix de la madre del muerto se pudo leer sobre los descendientes, que ella concebiría y daría a luz a un niño que moriría después del nacimiento en cierto grupo de edad; el mismo resultado se supo por el cosmograma del tiempo de concepción del difunto y también por su radix, y naturalmente del solar correspondiente, así como del lunar de la muerte.

»En todos los 40 casos estudiados se confirmaron sin excepción las reglas de la ciencias astrológicas de la Antigüedad, completadas

con conceptos nuevos.»

Está, luego, la hipótesis de que el hombre no sea originario de esta Tierra, hipótesis basada, entre otras consideraciones, en que el hombre es un ser inadaptado a las circunstancias del planeta Tierra, en el que es extranjero. «El hombre es el único extranjero en la superficie de la Tierra. No comparte su ostracismo planetario con ningún otro animal. El esfuerzo que le cuesta vivir en la Tierra es el producto de su total inadaptación», afirma Ponzano.

Volvemos a no entrar ni salir, anotamos simplemente esta reflexión.

Zaitsev apunta también la posibilidad de que el ser humano pasara por una fase inicial evolutiva en no se sabe qué otro planeta del Universo, y que, una vez formado allí, vino a la Tierra, donde siguió, en el nuevo ambiente, un largo proceso de desarrollo y modificación de su propia naturaleza. «A mayor abundamiento» —dice— «sostiénese que nuestro planeta es demasiado joven y la evolución demasiado lenta para que la vida racional en la Tierra pudiera progresar espontáneamente desde los más simples a los más complejos organismos.»

El resumen de la hipótesis es que el hombre está «de paso», «en tránsito» en la Tierra. Vino de fuera y volverá a partir.

Llegados a este punto, no resistimos la tentación de plantear todavía un interrogante que desde hace tiempo nos ronda por la cabeza. Un interrogante angustioso. Acaso el más angustioso de los que planteamos en este ensayo. Un interrogante que aplicamos al hombre, pero que igual puede aplicarse a cualquier otro animal, y seguramente a cualquier otro ser vivo. Un interrogante que nos sitúa nada menos que en el punto de conexión de lo «natural» con lo «artificial». Que podría borrar la frontera que separa ambos conceptos. Y por consiguiente, también la que separa lo humano de lo sobrenatural. No habría una oposición «natural-artificial», sino únicamente una sucesión de escalafones: la máxima expresión de la artificialidad quedaría plasmada en lo que denominamos Naturaleza. O sea que una tecnología superdesarrolladísima habría fabricado el

orden dinámico en el que vivimos y del que formamos parte. Porque, nos preguntamos nosotros, ¿qué somos —en nuestra estructura física— sino auténticos «robots biológicos»?

Tal vez algún lector esboce una sonrisa. Pero considere ese mismo lector que nuestra tecnología se va acercando cada vez más a la —todavía remotísima— posibilidad de estructuración de este robot. ¿Quién nos ha fabricado? ¿Para qué nos ha programado?

El hombre es efectivamente, como dice Yelena Sapárina en su libro *El hombre, animal cibernético*, eso, un animal cibernético. Pueden aplicársele los principios de la construcción y del trabajo de las máquinas cibernéticas. En el cuerpo humano se han descubierto dispositivos de autodirección no sólo en el sistema nervioso central, sino en cada una de nuestras células. Cien millones de diminutos autómatas trabajan para el hombre.

En la «IV Conferencia Internacional sobre el Origen de la Vida», celebrada en junio de 1973 en Barcelona, el profesor Juan Oró expresó una vez más su convencimiento de que «el hombre puede evolucionar a un organismo superior», y la posibilidad de que llegara a fabricarse un ser vivo, «quizás en dos o tres generaciones».

De momento, el 13 de noviembre de 1970, el biólogo doctor James F. Danielli, antiguo profesor del «King's College» de Londres y director del centro de Biología Teórica de la Universidad de Nueva York, declaró que había creado una célula simple —ameba— como parte de una investigación patrocinada por la «N.A.S.A.». «El caso es» —afirmó— «que podemos tomar los componentes de células vivas y colocarlos juntos, consiguiendo células vivas nuevas, células vivas artificiales, que poseen todo cuanto hacen normalmente las células vivas, incluida la función reproductora.» Adelantó además que los científicos estarían en condiciones, en un futuro no demasiado lejano, de crear mamíferos en los laboratorios.

Un año antes, un equipo de hombres de ciencia de la Universidad de Harvard había logrado aislar un gen de una bacteria. Primer paso, qué duda cabe, de la posible producción futura de seres «programados».

Y seguimos avanzando: en diciembre de 1970, el doctor George Ungar, del «Baylor College of Medecine» de Houston, manifestó que por primera vez en la Historia había conseguido aislar en un tubo de ensayo un producto químico que representa el miedo a la oscuridad, calificándolo de «primer paso para interpretar el lenguaje químico por el que el cerebro recibe información y la retiene». Ungar, de origen húngaro, había estado trabajando durante seis años en el proyecto sintético de la memoria. El producto químico a que se refería, llamado escotofobina, es un fragmento de una proteína que contiene una secuencia de quince aminoácidos que al decir del científico contienen cada uno fragmentos, a su vez, del «mensaje» a retener en la memoria.

Por su parte, la «Asociación Americana de Neurocirujanos» celebró en mayo de 1973 una reunión dedicada principalmente a estudiar las posibilidades de la cirugía sobre el cerebro para modificar conductas desordenadas.

En este mismo campo, la neurofisiología logra ya desde 1970 comunicaciones por radio entre el cerebro de un simio y una computadora que controla las actividades de aquél y que puede obligarle a contrarrestar inmediatamente ciertas desviaciones en el comportamiento mental.

Mientras tanto, científicos del «Instituto de Investigación Stanford», de California, anunciaron a principios de 1972 la fabricación de un cerebro artificial capaz de restablecer la acción motora en una persona que se quede paralizada por una trombosis. Según informó el doctor Minneo, el cerebro consiste en una serie de electrodos —hasta sesenta— implantados en las partes del cerebro natural que quedan sin dañar y conectados a un ordenador que emite señales electrónicas que hacen que el paciente sea capaz de salir del estado de parálisis.

Y más aún. En noviembre de 1973, los investigadores italianos Franco Filippazzi y Nicola Minnaja dieron a conocer un nuevo cerebro electrónico, cuyo funcionamiento es similar al de la mente humana. Efectivamente, el cerebro dispone de un sistema de

memoria que utiliza el principio de la «asociación de ideas». El cerebro humano, para recordar una fecha, un episodio, una sensación o cualquier otro acontecimiento de la vida, se vale de la asociación de ideas. En otras palabras, una persona no tiene que recordar cronológicamente cientos de millones de impresiones para llegar al episodio que desea, sino que el cerebro humano realiza la búsqueda de esa información centrando su atención sobre un área determinada de hechos, y saltándose todos los que quedan entre el acontecimiento que se busca y el momento actual. Pues bien, el nuevo cerebro electrónico sigue una pauta similar, en un nuevo paso de acercamiento entre el hombre y la máquina.

En diciembre de 1971, siete científicos norteamericanos, entre los que figuraban el ya mencionado profesor Danielli y el doctor Charles Price, profesor de Química de la Universidad de Pennsylvania, describieron ante el seminario anual que la «Asociación Norteamericana para el Avance de la Ciencia» estaba celebrando en Filadelfia, sus notables progresos en los intentos por sintetizar las partes componentes de la vida. Dijeron que están intentando en sus laboratorios sintetizar no sólo las proteínas esenciales para la vida, sino incluso los ácidos nucleicos de los que la misma vida se deriva. Según ellos, el problema a que ya se enfrenta la Ciencia es «decidir qué nuevos organismos crear». «Esa decisión» —dijeron— «es mucho más difícil de hecho que crear los organismos que decidamos.»

Y una teoría espectacular: la del profesor Sneat, de la sección de sistematización microbiana del «Consejo Médico Nacional de Investigación» encuadrado en la Universidad de Leicester. Ante una reunión congregada en el Instituto «Bath» de Ingeniería, en octubre de 1971, afirmó que «máquinas biológicas —combinaciones de hombre y máquina superinteligente— podrían alcanzar un más alto nivel de capacidad que los seres vivientes o que las creaciones mecánicas».

Una vez más: ¿dónde acaba la Naturaleza, y dónde comienza la creación artificial? La frontera, acaso, no exista.

2. NUESTROS TUTORES

Jung, una de las primeras personas en especular seriamente sobre el significado de los OVNI, pudo comprobar que un gran número de personas deseaban la llegada de «ellos». ¿Reminiscencia subconsciente de un contacto remoto, no interrumpido e inconcluso, del que aún se espera «algo»?

El doctor Roger W. Wescott, presidente del Departamento de Antropología de la Universidad de Drew, asegura en su libro *El animal divino*, que trata varios temas, desde los espaciales a los del sexo, que seres de otro mundo domesticaron al hombre hace unos diez mil años.

El orientalista Nicholas Roerik habla de «otros mundos del cielo», que aportaron a nuestro planeta el «orden cósmico». El arqueólogo Harold Wilkins refiere los detalles de una antiquísima tradición conocida en la India como el «misterio de Agharti», según la cual desde una isla de un mar ahora seco del Asia Central (Gobi), unos seres descendidos de la Estrella Blanca (¿Venus?) se dedicaron a civilizar a las gentes de aquellos contornos. Ya vimos que Alexandr Kazatsev, el divulgador científico soviético, opinaba también que el ser humano terrestre recibió en tiempos lejanísimos instrucciones de otros seres no terrestres. Vimos a Quetzalcóatl, serpiente alada, dios creador de la civilización, agente unificador del Cosmos, introductor del maíz, de la escritura, del calendario, de las artes, de las leyes morales...

¿Hubo, además, un cruce con razas extraterrestres? Hemos hablado de Orejona, que bajó de una nave, tuvo setenta hijos «terrestres» y volvió a marchar. Hijos terrestres de un ser no terrestre. A todas luces un cruce de razas. En el rollo de Lamech, de

los textos de Qumran, se cuenta que Lamech, padre de Noé, vuelto a casa tras larga ausencia, se encuentra con la sorpresa de que su esposa, Bat-Enos, había dado a luz un niño, que no acababa de cuadrar en la familia. Su esposa le asegura que el niño no es hijo de ningún extraño ni de ninguno de los «Hijos del Cielo» (!). Lamech desconfía y consulta a su padre Matusalén, que a su vez pide consejo al sabio Enoch. Éste confirma las sospechas de Lamech, y añade que el niño, que deberá llamarse Noé, será el padre de la estirpe que habrá de sobrevivir al exterminio colectivo. Nuevo indicio de un primer cruce de seres terrestres —la esposa de Lamech— con seres no terrestres, los «Hijos del Cielo».

Muchas leyendas antiguas de todo el mundo nos hablan de las relaciones amorosas de individuos terrestres con seres de otra raza, venida de los cielos. Y también en la actualidad se han dado casos de este tipo [92].

Con estas leyendas tomamos contacto con el tema de los gigantes, conocidos en la Antigüedad, relacionados con los cruces de razas, relacionados con la Atlántida..., confusos, en una palabra. Pero fruto de un recuerdo. Fruto del recuerdo de una raza de seres de talla distinta a la normal humana.

Famosos son los enigmáticos gigantes de la isla de Pascua. Y los Atlantes del templo de Tula, en México.

Desde Grecia a la Polinesia, desde Egipto a México y a Escandinavia, todas las tradiciones refieren que los hombres fueron iniciados por gigantes, afirman los autores del *Retorno de los Brujos*.

Tradiciones, leyendas y mitologías nos hablan efectivamente de esos seres. Gigantes y no gigantes. Pero decididamente no terrestres, no humanos como nosotros. Distintos, diferentes, superiores, «divinos». Educadores casi siempre. Saben más que el hombre primitivo y le comunican parte de ese saber; lo que él puede aprovechar y serle útil. Las mitologías y las leyendas no pueden ignorarse, están ahí.

Los dogones, pueblo del África occidental, creen —dice el explorador francés Guy Piazzini— que el primer herrero terrestre

llegó del espacio: «Cuando el herrero entró en contacto con los hombres les enseñó a hacer brotar la chispa mágica entre las piedras que había llevado consigo y conservado durante todo su largo viaje.»

Entre los hindúes existe la creencia de que el trigo fue introducido en la Tierra por seres procedentes de otros mundos, y leemos en las *Estancias del Dzyan* que «frutos y granos desconocidos sobre la Tierra hasta entonces, fueron traídos desde otras Lokas (esferas, planetas) por los Señores de la Sabiduría, en el propio interés de los que éstos regían».

En Grecia, Triptolemo, favorito de Deméter (la Ceres romana) —la diosa de la agricultura y de la civilización—, inventor del arado y primero en sembrar en Eleusis el trigo candeal y la cebada, recorrió el mundo entero a bordo de un carro alado, tirado por serpientes, regalo de Deméter, para distribuir entre los humanos los cereales.

El origen del trigo sigue envuelto en el misterio. Su distribución geográfica originaria es muy restringida, y no existe en estado silvestre en nuestro planeta. «¿Y si hubiese sido un don hecho a los hombres, para ayudarles a desarrollar su civilización?», se pregunta Antonio Ribera. Vimos cómo Quetzalcóatl introducía el maíz en América. «Los habitantes de la América precolombina tuvieron además otro “regalo” extraterrestre: el algodón»... «y aquí nos hallamos ante una asombrosa coincidencia, que la Ciencia no consigue explicar: estudiando los genes de los primitivos algodones peruanos y egipcios, hallamos que ambos pertenecen a la misma variedad tetraploide. ¿Cómo se explica semejante coincidencia, ateniéndonos a la fabulosa distancia que separa ambas regiones del Globo? Otra coincidencia curiosa se halla representada por los telares de mano: se utilizaba un tipo de telar *idéntico* (sus piezas serían intercambiables) en el Egipto faraónico y en el Perú preincaico» [93].

3. UMMO, ADAMSKI Y SERES EXCEPCIONALES

La(s) hipotética(s) raza(s) que por lo visto nos instruyó, nos ayudó en el pasado en nuestro avance, ¿sigue interesándose por nosotros?

¿Existen, aparte de las visiones de OVNI y demás fenómenos indicadores de «su» presencia y actuación actual entre nosotros, casos de comunicaciones de seres humanos terrestres con «ellos»? Parecen existir, desde luego, y volvemos a remitir a las distintas obras sobre OVNI existentes en el mercado. ¿Podemos darles crédito? ¿Son todos farsantes, charlatanes aprovechados de la situación? Es algo difícil de valorar. Pero veamos algunos aspectos de la cuestión.

En nuestros días se da, por ejemplo, el curioso caso de los llamados «informes de Ummo». Informes mecanografiados que desde 1965 han ido recibiendo una veintena de españoles, y cuyos autores dicen ser extraterrestres. Verdad o no, lo cierto es que estos informes revelan un alto nivel científico, especialmente adelantado en ocasiones, en varios campos del saber. Sus autores disponen evidentemente de un equipo de «inteligencias» altamente cualificadas, e invierten grandes sumas de dinero en este su «hobby». De no ser extraterrestre, ¿qué fines persigue esta organización? ¿Para qué estas informaciones científicas y este «despilfarro» de dinero? Algo debe perseguir. Su origen extraterrestre supondría un claro ejemplo de comunicación actual. Su origen terrestre implicaría un interés, que puede ser el de la confirmación del contacto —y creemos que de existir el contacto real no haría falta su confirmación artificial— como puede ser también el de la negación final de ese contacto, lo cual nos parece un absurdo,

en el que aparece bastante sospechoso el interés en negar la existencia de algo que realmente no existiría. Sea con la finalidad que sea, «alguien» está dedicando gran interés al complejo fenómeno OVNI, no regateando para ello la inversión de importantes recursos.

Un «hombre contacto» terrestre famoso y discutido es George Adamski. Dijo haber estado en contacto con «ellos», haber subido a sus platillos, y defendió sus fotografías como auténticas. Se le trató y se le trata de impostor. Acaso lo fuera. Pero lo cierto es que sus relatos se han visto confirmados posteriormente al conocerse las características de otras observaciones de OVNI. Y lo cierto es que Adamski habló de un cinturón radiactivo que rodeaba a la Tierra a 900 kilómetros de altura. Lo sorprendente es que Adamski hablara de este cinturón en 1954, cuando la «ciencia oficial» no había descubierto todavía dicho cinturón real, cosa que hizo el físico americano James Alfred van Allen, con ayuda del primer satélite americano, el «Explorer I», lanzado el 31 de enero de 1958 desde el entonces llamado Cabo Cañaveral. Al describir un viaje por el Espacio exterior, Adamski aludió a la gran cantidad de «luciérnagas», diminutos puntos de luz que danzaban en torno a su nave. Adamski afirmaba esto antes del primer vuelo espacial tripulado por un ser humano, que tuvo lugar a cargo del ruso Yuri Gagarin, en el «Vostok 1», el 12 de abril de 1961. Pues bien, casi un año después de este primer vuelo, el 20 de febrero de 1962, el primer astronauta americano, teniente coronel Glenn, afirma que la mayor sorpresa que se llevó a bordo de su cápsula «Friendship 7» fue la súbita aparición de partículas luminosas fuera de la ventanilla de su nave, «como si el vehículo espacial se moviera a través de un campo de *luciérnagas*». Y también es significativo que Adamski fuera enterrado en el renombrado cementerio nacional de Arlington, reservado a los americanos ilustres. ¿Habría sido enterrado allí de ser un impostor?

Adamski es seguramente el ejemplo más importante de una serie de señores que afirman estar o haber estado en contacto con seres

que no son de esta Tierra. Cual son los casos de Orfeo Angelucci (USA), de Narciso Genovese (México), de Bob Renaud, Carl Anderson, T. Bethurum, Howard Menger, Buck Nelson, del doctor Frank Stranges y del doctor h.c. Daniel Fry (USA), de Cedric Alingham (Inglaterra), del profesor F. de Guimaraes (Brasil), de Salvador Villanueva (México), de Yusuke Matsumura (Japón), de Elisabeth Klarer (Sudáfrica), de Emanuel Cihlar (Austria), etc.

Otra forma de influencia de «algo extraterrestre» en nosotros parece personificarse en aquellos seres excepcionales que de cuando en cuando son introducidos entre nosotros para proporcionarnos unos conocimientos a los que hasta el momento de su introducción éramos ajenos; conocimientos que aceleran nuestro desarrollo y nuestra superación. Habló de ellos Sir Ernest Roc Carling, patólogo al servicio del «Home Office», en una conferencia atómica celebrada en Ginebra, citando como ejemplo a Aristóteles, a Leonardo da Vinci, a Newton, a Pasteur y a Einstein. Morand y Laborit mencionaron en *Les destins de la vie de l'homme* a Mahoma y a Confucio, y Pauwels y Bergier tratan igualmente el tema en su *Retorno de los Brujos*.

La parasicología conoce el interesante fenómeno del «talento del inconsciente». El destacado parasicólogo Oscar González-Quevedo cita [94] varios casos. «El investigador, el experimentador, el filósofo, tienen de repente una intuición genial, sin saber de dónde vino, pero antes habían empleado mucho tiempo y energía buscando la solución que ahora se presenta súbita, "irracional", "sin lógica"»... «Persigout, matemático, demostró que Descartes, así como Kepler, Pascal y otros debieron una gran parte de sus trabajos al trabajo del inconsciente...» «Coleridge afirmó haber escrito el *Kubla Kan* mientras dormía...» «Voltaire relata que un canto entero de su *Henriada* se le ocurrió durante un sueño...» «Banting escribió la fórmula del remedio contra la diabetes, la insulina, en estado de sonambulismo...» «El investigador francés Fehr señaló que los sabios más productivos de su época realizaron de un 75 % a un 100 % de sus descubrimientos e invenciones durante el sueño...» «En casi todos los problemas de los grandes científicos de la

Humanidad, el inconsciente ofrece la solución en bandeja al consciente...», etc.

Sorprendente y conocido es el caso de Jonathan Swift, el singular deán de San Patricio, iniciado en los conocimientos que proporcionaba el Gay saber, la Gaya ciencia, la lengua de Corte entre los antiguos incas, que les daba la clave de la doble ciencia sagrada y profana. En sus *Viajes de Gulliver*, y concretamente en el viaje que Gulliver emprende a Laput, escribe Swift, en boca de Gulliver: «En esta postura me hallaba, cuando advertí que había oscurecido repentinamente, aunque no del mismo modo que al paso de una nube, y volviendo a mirar al Sol hallé interpuesto un *cuerpo movible y opaco*, muy grande, que *parecía fluctuar en el aire*. Este cuerpo, suspendido, según mi cálculo, a dos millas de altura, me ocultó el Sol por espacio de seis o siete minutos, y a causa de la oscuridad no pude observarle bien; pero luego se acercó algo más y me pareció de una sustancia sólida, cuya *base* era *plana*, compacta y *resplandeciente* por la reverberación del mar...» «pude descubrir con mi telescopio un gran número de personas en movimiento que gobernaban esta isla volante a la altura que querían, aunque siempre oblicuamente».

Pues bien, los tripulantes de este OVNI visto por Gulliver le comunicaron que «han logrado la fortuna de distinguir claramente alrededor del planeta Marte dos pequeños satélites, de los cuales el más próximo al planeta superior dista del centro del planeta exactamente el triple de su diámetro, y el más elevado está a la distancia de un quíntuplo». Los *Viajes de Gulliver* datan de 1727. Los satélites de Marte no se descubren para la «ciencia oficial» hasta 1877 (!). Los descubrió en ese año Asaph Hall, desde el observatorio de Washington. Sus parámetros concuerdan con las indicaciones de Swift, publicadas siglo y medio antes de su descubrimiento... Asaph Hall decide bautizar los dos satélites con los nombres de Fobos y Deimos (Miedo y Terror). Resulta también que Fobos es un satélite retrógrado, o sea, que surge por el Occidente y desaparece por el Oriente, girando además con mayor rapidez que el propio planeta en su movimiento de rotación,

circunstancia única en todo el sistema solar. Fobos y Deimos giran sobre el plano ecuatorial con una precisión rigurosamente matemática y describen órbitas perfectamente circulares, y no elípticas, como las de los astros que conocemos [95].

El astrónomo soviético profesor Josif Chklovski, doctor en ciencias fisicomatemáticas, director de la estación de radioastronomía y de astrofísica del «Instituto de Astronomía Sternberg» y una de las máximas eminencias científicas soviéticas, concluye, tras unos detalladísimos cálculos sobre las irregularidades orbitales de Fobos, que éste es un satélite hueco, un satélite artificial [96]. Algo hay relacionado con los satélites de Marte, y Swift ya lo sabía siglo y medio antes de su descubrimiento... por boca de los tripulantes de una «isla volante» (!). Swift, ¿hombre contacto?, ¿o portavoz de una tradición?

Nos habla también de las leyes del magnetismo que determinan el movimiento de la «isla volante», leyes del mismo principio magnético que parece ser —con máximos visos de probabilidad— el principio motor de los OVNI. El magnetismo en sentido cósmico es el determinado por las fuerzas de gravitación de los astros y planetas y la interacción mutua de las mismas, que mantiene el equilibrio cósmico. En el aprovechamiento de estas fuerzas parece basarse la técnica motriz de los OVNI. El Gobierno de USA ha concedido subvenciones a numerosos centros científicos, destinadas a la investigación de los efectos y del dominio (de la contrarrestación) de la fuerza de la gravedad, ya que el dominio del estado de ingravidez es la clave del secreto de los llamados «platillos volantes», y la nación que primero logre descifrar este secreto, poseerá una fuerza muy superior a la de cualquier proyecto atómico [97].

Volviendo a los satélites de Marte, Antonio Ribera subraya el silencio oficial que se ha mantenido sobre las fotografías de Fobos —satélite que como dijimos se supone artificial—, objeto principal del proyecto «Mariner» de los USA, destacando que no se han difundido debidamente las informaciones proporcionadas por los «Mariner» VI y VII. Fotografías que tienen en su poder los

especialistas en el tema Marte muestran fenómenos asombrosos, cuales son las observaciones de círculos brillantes de un diámetro de cuarenta y ocho kilómetros, todos uniformes, y un tipo de arcos concéntricos muy peculiares.

Otros muchos «famosos» muestran sorprendentes «aciertos» en sus fantasías. Conocido de todos es el caso de Julio Verne. Comparémosle con la realidad contemporánea del proyecto «Apolo»; sus «aventuras» pueden ser todo lo pintorescas que se quiera, pero nadie podrá negar las coincidencias que hoy podemos establecer: los astronautas que en una cápsula viajan a la Luna son —según Verne— tres. Estos tres astronautas son lanzados desde la península de Florida —igual que los del proyecto «Apolo»— concretamente en Stone's Hill, al sur de Cabo Kennedy. Julio Verne prevé en su proyecto —escribe en la segunda mitad del siglo XIX— el estado de ingravidez en que se sumirán los tres astronautas en su cápsula, el lanzamiento del cohete, los problemas de la retropropulsión, del calor del roce, de la velocidad precisada para escapar a la atracción terrestre, de las condiciones de gravitación reinantes entre la Tierra y la Luna, de la obtención por procedimientos químicos del oxígeno para la tripulación, del rescate de los tres astronautas en su cápsula, *caída en el océano*, donde un bote —hoy es un helicóptero— procedente de un navío estadounidense los recoge... Claro que, como siempre, podemos hablar de simples *coincidencias casuales*. ¿No van siendo ya demasiadas?

Se afirma [98] que Marconi —primeras pruebas de transmisión inalámbrica, premio Nobel 1909— dijo haber estado en contacto telepático-técnico con seres que no eran de esta Tierra.

Genovese se autodenomina alumno de Marconi.

El 17 de febrero de 1600 es quemado vivo en el Campo dei Fiori, en Roma, otro genio, un «Teilhard de Chardin en el siglo XVI», como escribe Albessard; es Filippo Bruno —hermano Giordano en religión —, un señor que escribía con cinco siglos de anticipación. Se habla en su caso de «intuiciones». Como éstas:

Considera a las estrellas como otros tantos soles que pueden ser dotados de sistema planetario, lo cual es en su tiempo una de las afirmaciones más audaces de la cosmogonía bruniana.

Atribuye a la Tierra el movimiento y la desplaza del centro del Universo, trastornando así las bases de la cosmogonía aristotélica, que interpretaba una Tierra central e inmóvil.

Le atribuye movimiento al Sol, una simple rotación sobre sí mismo, audacia que no había tenido Copérnico.

Lanza y defiende la teoría de un Universo infinito, oponiéndose así a la teoría oficial de la Iglesia, que pretendía que Dios habría podido crear varios mundos, pero que eligió no crear más que uno.

Defiende la teoría de una transmutación continua de unos cuerpos en otros.

Rechaza la perfecta circularidad del movimiento de los astros, adelantándose a Copérnico en esto.

Cree en la pluralidad de mundos y en una infinidad de tierras similares a la nuestra.

«¿Quién era en definitiva —pregunta Albessard— ese Giordano de quien Hegel pudo escribir: “Lo vulgar, lo pequeño, lo finito, no le agradaba; se lanzó a la idea sublime de la sustancia universal”?» «¿Cuáles eran las acusaciones que se le imputaban? Nadie lo sabe. Los expedientes fueron notificados a Roma y destruidos luego en circunstancias no muy claras» [99]. El hermano Bruno había proclamado la vanidad de todas las religiones y había remplazado a Dios por *círculos y puntos*...

Curioso sería también el caso de las famosas profecías de Nostradamus [100], quien, errante, vive años que la ciencia histórica no puede controlar, y quien afirma que empezó a descubrir el porvenir *une nuit à la chandelle*... Pero no es éste el lugar para enumerar todos los posibles «contactos» —podemos presumir que éstos no se realizan siempre de forma material, física, sino que pueden presentarse en forma de influencias síquicas, subconscientes, inconscientes, etc.

Entre los acontecimientos más importantes de la historia de la Humanidad puede contarse el descubrimiento de América. No el primer descubrimiento, bastante anterior al de Colón, sino el de éste, que encauzó definitivamente la colonización masiva del nuevo continente, englobándolo como unidad activa y decisiva en el engranaje de la problemática histórica moderna.

Ahora bien, este «descubrimiento» —necesario para la Humanidad— ¿fue realmente «casual»? La propia personalidad de Colón comienza por presentar puntos oscuros, como son las circunstancias —lugar y fecha— de su nacimiento. Colón y su «equipo» sabían bastante bien lo que se hacían. Cristóbal Colón sabía perfectamente por qué buscaba informes en Bretaña, antes de lanzarse a su aventura, y por qué no lo hacía en Noruega. Los celtas conocían mucho mejor y desde hacía más tiempo que los vikingos las rutas que conducían hacia el Oeste. Colón debía estar enterado de ello, y así buscó informes en los puertos bretones —donde los capitanes, bajo la norma del secreto y del silencio, se venían transmitiendo durante centenares de años los mapas de los vientos y de las corrientes que permitían cruzar el Atlántico Norte hasta su otra orilla en menos de tres semanas— e intentó seguir a los navíos que se disponían a zarpar hacia el Oeste. Pero éstos, en cierta ocasión en que consiguió seguirles, prefirieron retroceder, levando anclas, luego, de improviso. Juan de la Cosa, el capitán de la *Santa Maria*, sabía con exactitud dónde tocaría tierra realmente navegando hacia el Occidente. «Informado por otros conductos que el jefe de la expedición no se equivocó en sus resúmenes escritos y en sus cálculos. Supo siempre que el suelo que había hollado no era el de las Indias». Pertenecía «sin duda alguna» —escribe Louis Kervran— «al número de los iniciados para quienes el Atlántico no era lo desconocido que causa espanto».

Pero lo más importante aquí es que la expedición contaba con un gran auxiliar: con los mapas de Piri Reis. Mapas que se ha demostrado no podían tener —en sentido actual— un origen terrestre. El punto que nos interesaba señalar es que esta empresa

decisiva para el desarrollo de la Humanidad contaba con unos medios que eran fruto de una influencia no terrestre.

4. LOS MAPAS DE PIRI REIS

Por su extraordinario interés creemos necesario volver a repasar sucintamente la historia de estos mapas, conocida seguramente por todos cuantos se interesen por el tema OVNI, y presentada al público español por Antonio Ribera.

La «Library of Congress», de Washington, guarda unos mapas antiguos, que en 1953 fueron ofrecidos a la Oficina Hidrográfica de la Marina de los Estados Unidos por un oficial de Marina turco. Fueron dibujados aproximadamente en la época de Colón, pero se les presentaban como copias de mapas mucho más antiguos, de la época helenística, basados a su vez en otros anteriores procedentes del antiguo Egipto o de otras civilizaciones aún más antiguas. Se interesó por ellos el ingeniero Arlington H. Mallery, quien se encontró con que, a primera vista, estos mapas presentaban un aspecto deformado de las tierras que reproducían. Sin embargo, al examinar los detalles, descubrió con asombro que si recorría lentamente cualquier costa partiendo de un punto dado, todos los pequeños promontorios, ensenadas e islas, existían y además en el orden correcto —aparentemente los mapas eran portulanos— pero fuera de posición. Le pareció en principio que los autores de los mapas no habían tenido noción de latitud ni de longitud, y que consideraron que la Tierra era plana. Pero luego advirtió que las inexactitudes parecían obedecer a una ley matemática, lo cual indicaba que aquellos antiguos cartógrafos habían utilizado alguna pauta o proyección. Se trataba entonces de encontrar la clave para esta supuesta proyección.

Sometió el problema a Mr. L Walters, de la Sección Hidrográfica de los Estados Unidos, y tras una paciente investigación se halló una pauta o proyección que se ajustaba a los mapas. Los

corrigieron entonces partiendo de esta pauta, pasándolos a la proyección moderna de Mercator, y sucedió algo totalmente sorprendente.

Estos antiguos mapas mostraban *todo* el planeta con el mayor detalle y una absoluta exactitud, incluyendo no sólo las costas de las dos Américas, sino también la de toda la Antártida, ofreciendo además un gran número de cordilleras montañosas en el centro de todas las grandes masas continentales, que no sólo representaban exactísimamente las que ya conocemos hoy en día, sino otras existentes en regiones inexploradas de la Norteamérica septentrional y de la Antártida, que no conocemos... estas últimas en lugares que actualmente se hallan cubiertos por una capa continua y lisa de hielo, que se calcula tiene casi dos millas de espesor. Solamente en algunas zonas limitadas el perfil costero no se correspondía con el que muestran los mapas modernos, pero fue precisamente este hecho el que más sorprendió a Mallery, pues había estudiado algunas de estas zonas en sus anteriores investigaciones, y sabía que se trataba de lugares donde la línea costera había sufrido cambios y alteraciones por diversas causas (acarreos fluviales en los deltas, etc.).

Según los descubrimientos hechos por Mallery, los mapas mostraban cuál había sido la costa y su perfil entre siete y diez mil años atrás.

Walters, por pura casualidad, hizo otro descubrimiento notabilísimo. Examinando mapas del Ejército norteamericano —o más bien informes de reconocimiento— que acababan de completarse en el norte del Canadá y en sus grandes islas árticas, informes que no se habían dado aún a la publicidad, vio con estupefacción que se habían descubierto cordilleras enteras que hasta entonces (1952) eran totalmente desconocidas para el mundo moderno, pero que se hallaban en su totalidad en los antiguos mapas de Piri Reis, en los lugares correctos y con el tamaño y orientación adecuados. Mallery y Walters comunicaron su hallazgo al reverendo Daniel Lineham, S. I., director del «Weston Observatory» en Boston, jefe del departamento de sismología de las

exploraciones emprendidas en la Antártida por la Marina estadounidense, formando parte del «Año Geofísico Internacional».

Más tarde, el padre Lineham afirmó en un coloquio de la serie «The Georgetown University Forum», que todas y cada una de las características topográficas que posteriormente fueron investigadas por la «Task Force 43», han resultado existir y coinciden totalmente con las que aparecen en los mapas de Piri Reis.

Las características de los mapas presuponen la existencia de expertos topógrafos y cartógrafos provistos de instrumentos muy precisos y que supiesen que la Tierra era un globo que gira en el Espacio, y que estos seres no sólo dispusiesen de naves muy marineras, sino también de *aparatos voladores* de cualquier clase, ya que algunas de las cordilleras interiores *sólo podían haber sido observadas desde el aire* [101].

Däniken considera que los mapas fueron trazados partiendo de un objeto suspendido a gran altura sobre la vertical de El Cairo. Nos inclinamos por la de la pirámide de Keops, que viene a ser prácticamente la misma, y que proporciona un mayor significado, vistas las características de esta pirámide.

Suponiendo que una de las verticales-clave para el trazado de estos mapas es la que marca la pirámide, se comprenderá la desfiguración que presentan los mismos, estrechándose las referencias a medida que se alejan de este punto. El Atlántico se contrae aparentemente. ¿Cayó en ese error Colón? Él creía que su travesía sería mucho más breve...

También trata el tema de los mapas de Piri Reis la última obra de Pauwels y Bergier, *La rebelión de los brujos*. En ella se formula, entre otras muchas cuestiones, la pregunta de que, si ha habido en su trazado intervención extraterrestre, de seres que disponían de naves espaciales sumamente perfeccionadas, «¿qué necesidad tenían de levantar un mapa detallado, no de los continentes —cosa que aún habría podido explicarse—, sino de las orillas y las costas?»

Queremos terminar este apartado con sólo tres contrapreguntas a la de Pauwels y Bergier. Una: ¿No pueden ser los mapas de Piri Reis sólo *una parte* de *sus* mapas? Otra: ¿No podían haber trazado estos mapas como ayuda a los seres humanos terrestres? Y otra: ¿No trazan americanos y rusos mapas completísimos que recogen los mínimos detalles conocidos de la orografía lunar? ¿Y no los trazan —y no dejarán de perfeccionar— de Marte, de Venus, etc., etc., etc.?

5. LA ASTRONÁUTICA TERRESTRE Y LA OTRA

No entraremos, por su extensión, en el tema de la relación de los OVNI —mediante su presencia— con acontecimientos importantes terrestres, de tipo político, bélico, en terremotos, accidentes, secuestros, suministros de energía, embalses, Universidades, etc., etc. [102].

Pero veamos aún otro tipo de intervenciones de «algo no nuestro», que, sin embargo, está cerca de nosotros y toma parte en ocasiones en cosas nuestras.

En julio de 1954, los observadores de la base americana de «White Sands» descubrieron cuerpos que describían una órbita alrededor de la Tierra, a más de 1.000 km. de altura. Se lanzó la hipótesis de que se trataba de dos meteoros, captados por la gravitación de la Tierra, hipótesis rechazada, por ejemplo, por el profesor La Paz, de la Universidad de California, según el cual la caída de un cuerpo celeste no podía ser frenada por la atracción terrestre. Esta fuerza debería actuar sobre un meteoro a la manera de un imán, haciéndole caer en la Tierra. El 24 de abril de 1955, la Casa Blanca recibió del observatorio de Monte Palomar la noticia de que uno de los «meteoros» se había acercado 50 km., mientras que el otro había desaparecido. No podía tratarse de meteoros. El «Comité de Seguridad Nacional» de los Estados Unidos, convocado por el presidente Einsenhower, llegó a la conclusión de que el cuerpo que giraba alrededor de la Tierra era un satélite artificial lanzado por la Unión Soviética.

El 29 de julio de 1955, el secretario de Prensa de la Casa Blanca, Jimmy Haggerty, anuncia que el presidente Eisenhower ha aprobado la construcción de un satélite artificial que gravitará

alrededor de la Tierra. Ante la sorpresa de todos, Kruschev declara que los científicos rusos estarían dispuestos a colaborar con sus colegas norteamericanos.

¿Pensaban a su vez los rusos que los dos satélites artificiales eran americanos? ¿De dónde venía realmente el misterioso cuerpo que daba vueltas a la Tierra a una velocidad de 28.000 kilómetros/hora?

Los «satélites no identificados» se desplazaban alrededor de la Tierra en una órbita polar, mientras que las órbitas usadas por rusos y americanos se acercan mucho al ecuador.

El 12 de agosto de 1960 entra en escena otro nuevo «satélite no identificado». Fue observado por primera vez por las estaciones de la red fotográfica de detección del «Departamento de Estaciones Seguidoras del Espacio» de la «Grumman Aircraft Engineering Corporation». El objeto no pudo ser fotografiado hasta el 25 de agosto. El 30 de noviembre volvieron a obtenerse tres clisés del objeto no identificado, cubriendo cada clisé cerca de 20° de arco, y habiendo sido utilizadas cámaras especiales de tipo balístico, cuya precisión era de una milésima de segundo. El movimiento del objeto podía compararse en principio al de un satélite, de órbita bastante excéntrica, con un apogeo de 7.560 km. y un perigeo de 540 km., en una trayectoria de Este a Oeste, señalándose que el objeto solamente aparecía alrededor de la hora en que empezaba a ser visible el primer paso nocturno del famoso «Eco 1».

El 7 de junio de 1947, R. B. McLaughlin, comandante en jefe del campo de pruebas de la Armada de los Estados Unidos en «White Sands», Nuevo México, dio la orden de lanzamiento de una «V2» hacia las regiones superiores de la atmósfera. Disparado el proyectil, aparecieron de pronto dos objetos discoidales, uno a cada lado del cohete. Al cabo de un rato, uno de los artefactos se situó junto a su gemelo, al otro lado del cohete.

El 1 de mayo de 1962, Joe Walker alcanzó el récord mundial de altura (75.000 metros) con el avión-cohete de pruebas «X15». Con la cámara automática del «X15», Walker fotografió varios OVNI. En

una conferencia pronunciada el 12 de mayo en Seattle, ante asistentes a la «II Asamblea Nacional para la Utilización Pacífica de la Investigación Espacial», Walker declaró que era la segunda vez que había filmado OVNI en vuelo.

Otro «X15», pilotado el 17 de julio de 1962 por el comandante Robert White, alcanzó la altura récord de 94.000 metros y una velocidad de 6.000 km./h. A una altura de 80 km., la cámara instalada en el avión-cohete fotografió un objeto no identificado de color grisáceo. La revista *Times* publicó el 27 de julio un artículo en que se decía que White comunicó por radio que «hay cosas ahí fuera; es indudable que hay cosas».

El 10 de noviembre de 1967 se le ocurre al corresponsal inglés Patrick Moore pedirle al cosmonauta ruso mayor Bykovski la razón de su interés por el Cosmos. Contestación: «Quién sabe, tal vez ahí arriba se encuentra uno a un hombre de otro planeta.»

Por su parte, el astronauta americano Gordon Cooper, al ser preguntado por la razón que le impulsó a presentarse como voluntario al equipo de pilotos cosmonautas, contestó que estaba convencido de que «ahí fuera había interesantes formas de seres vivos, y quiso cooperar en su descubrimiento y en la toma de contacto con los mismos».

Circunstancias raras se han dado, desde luego, en la llamada carrera espacial.

Veamos el repaso que da Eugenio Danyans [103] al comportamiento de los «Sputnik» 2 y 4. El «Sputnik 2» es puesto en órbita el 3 de noviembre de 1957, a una altura media de 512 km. Al tercer día, un objeto desconocido le precede en su órbita. El mismo día, Moscú suspende la información sobre la ruta del «Sputnik». El cuarto día, un objeto desconocido cae ardiendo en Inglaterra. El estado de la perra Laika comienza a ser inquietante, y la distancia media del satélite aumenta unos 100 km. Al día siguiente (5.º), un objeto desconocido precede 1.500 km. al «Sputnik». Al octavo día, Moscú anuncia que el «Sputnik» ha dejado de transmitir. Pero al 38.º día de su lanzamiento, y después de un mes de silencio, Moscú

vuelve a facilitar la posición del «Sputnik 2», situándolo como si hubiera mantenido invariablemente su órbita.

Compare el lector estas particularidades con las que vamos a transcribir del «Sputnik 4». Obsérvese, como indica Danyans, la similitud de comportamientos para los mismos días, a partir del día del lanzamiento, que para el «Sputnik 4» es el 15 de mayo de 1960, en una órbita media de 320 km. de altura.

Al tercer día se observa una luz intermitente en el lugar del «Sputnik», y los Estados Unidos informan que éste ha escapado a su control y desciende. Al cuarto día, una esfera incandescente cae cerca de las islas Fidji, en tanto que el «Sputnik» radia una voz humana de timbre extraño. Al quinto día, la distancia media del satélite aumenta unos 150 km. Al sexto día, cuatro objetos desconocidos siguen al «Sputnik». Al octavo día de su lanzamiento, Moscú anuncia que la nave ha salido de su órbita y marcha sin rumbo. Pero después de casi un mes de silencio, al 32.º día de su lanzamiento, Moscú informa que el «Sputnik 4» se halla en su órbita inicial.

Dejemos las raras informaciones sobre los «Sputnik».

German Titov vio desde su «Vostok» objetos brillantes que perseguían su cápsula.

El 18 de junio de 1963, estando en órbita los «Vostok» 5 y 6, los astronautas Valeri Bikowski y Valentina Tereshkova comunican la presencia de un cuerpo luminoso que les adelanta.

En 1961 parece ser que la Unión Soviética lanzó a dos astronautas, que no habrían de volver ya jamás, y cuya última conversación, reveladora, angustiosa y desesperada con su base fue captada por una emisora de radioaficionados italiana. No queremos pecar de sensacionalistas, por lo que no profundizaremos en este punto, detalladamente tratado ya en el libro *Platillos volantes en la actualidad*, de Eugenio Danyans.

En agosto de 1963 se organizó en Blacksburg, Virginia (USA), una conferencia, en que expertos de los Estados Unidos se

ocuparon de casos inexplicables, como los siguientes:

Cesan repentinamente las señales intermitentes del satélite «Firefly». Se dice que chocó con un meteorito. Pero al cabo de cierto tiempo vuelven a registrarse las señales.

Los satélites «Telstar 1» y «Telstar 2» dejan de funcionar en varias ocasiones, para volver a trabajar repentinamente por sí mismos. El motor del «Mariner» deja igualmente de funcionar sin explicación alguna, para luego volver a hacerlo con toda normalidad. El científico Richard Kershner, de la Universidad John Hopkins, declaró que se podía suponer perfectamente que «fantasmas espaciales» habían echado una mano, habían *reparado* las averías de los satélites [104].

El mayor Donald E. Keyhoe, director del «N.I.C.A.P.» [105], de Washington, declaró que cuatro objetos no identificados siguieron en su vuelo a la cápsula «Gemini 1», durante su vuelo de prueba del 8 de abril de 1964, siendo captados perfectamente por las pantallas de radar en las estaciones de seguimiento.

La cápsula «Gemini 4», en la que viajaban los astronautas James McDivitt y Edward White, fotografió un objeto oficialmente declarado «no identificado», sobre la vertical de Hawaii.

La cápsula «Gemini 5», tripulada por los astronautas Gordon Cooper y C. P. Conrad, fue perseguida por tres OVNI.

Los astronautas Frank Borman y Jim Lovell comunicaron desde su cápsula «Gemini 7» la visión de objetos volantes brillantes.

Desde el «Gemini 10», John W. Young comunicó haber visto luces rojas en el espacio, que marchaban a su misma altura, y que poco después desaparecieron.

El astronauta Malcolm Scott Carpenter tomó desde la cápsula «Aurora 7» (Mercury 7) fotografías que muestran un objeto brillante, aparentemente cilíndrico, del que sale otro más pequeño, discoidal.

El 16 de mayo de 1963, Gordon Cooper estaba dando su 15.ª vuelta a la Tierra, a bordo del «Faith 7» (Mercury-Atlas 9), lanzado el día anterior, cuando John Chanceller daba la noticia, a través de la

emisora NBC, de Cabo Kennedy, de que al volar sobre Australia y al norte de Perth, Cooper había visto una extraña luz verde con una cola roja, desplazándose en sentido contrario al de su órbita. Testigos presenciales fueron además el personal de la estación de seguimiento australiana de Muchea, policías, periodistas y muchos ciudadanos australianos. Simultáneamente el OVNI había sido observado en Muchea y por otros testigos a 320 km. al Sur. En ambas zonas el OVNI fue visto a 45° sobre el horizonte, hallándose, como mínimo, a 160 km. de altura.

En la misión «Apolo 12», tres entrenadísimos astronautas no pueden efectuar una sencilla reparación porque el superequipo de técnicos que prepararon su viaje no había previsto la inclusión de un simple destornillador en su equipo de viaje. ¿Nos lo creemos? Difícilmente. En la misión «Apolo 12» tres entrenadísimos astronautas se olvidan por distracción una película única de gran valor científico. ¿Nos lo creemos? Difícilmente. ¿Qué debía televisar aquella cámara «averiada» y qué había quedado impresionado en la película «olvidada»?

La astronáutica terrestre va en busca de la otra. El 9 de octubre de 1972, en Viena, en el XXIII Congreso de la Federación Astronáutica Internacional, se abre por primera vez en el seno de dicho organismo la discusión de la interpretación de posibles mensajes cifrados procedentes de hipotéticos seres inteligentes que habiten en otros planetas.

6. LA LUNA VIVA

Antonio Marco llama la atención [106] sobre una de las fotografías, tomadas por astronautas del programa «Apolo», distribuida por la «N.A.S.A.», en que se observa un «cráter» lunar que presenta las siguiente particularidades: tonalidad diferente; bordes nítidos y demasiado perfectos; interior de forma geométrica, con filo, al parecer, rayado; mástil, que se inserta en el mismo centro geométrico de la circunferencia y que proyecta su correspondiente sombra; el «cráter» produce la impresión de encontrarse algo más elevado del suelo de lo que es habitual en los circos lunares; una rampa o pendiente que sale exactamente del borde del circo y que tiene forma de cuadrado geométrico perfecto; una cruz, inscrita en el interior del cuadrado, de una exacta simetría; una sombra recta que está detrás de la rampa, en el interior del cráter.

Y nuestra Luna sigue ofreciendo interrogantes. Como las prolongadísimas reverberaciones observadas a raíz de las misiones «Apolo 11» y «Apolo 12». Comentándolas, el doctor Gary Latham, del «Observatorio Lamont» de la Universidad de Columbia, dijo que «deberíamos olvidarnos de todo lo sabido y volver a comenzar desde el principio, como parece ser el caso para la Luna en general».

Conocidos de todos son los «L.T.P.» (Lunar Transient Phenomena, Fenómenos Lunares Transitorios), una somera relación histórica de los cuales nos la ofrecen, por ejemplo, las páginas 89 y 90 de la serie *Cíclope informa*, ya mencionada. El concepto actualmente sostenido acerca de los «L.T.P.» es que se trata de actividades de tipo endógeno.

Ignacio Darnaunde Rojas-Marcos, especialista en este tema, ha reunido y analizado pacientemente varios centenares de

observaciones efectuadas en los últimos trescientos años por competentes astrónomos profesionales de todas las latitudes que prueban la existencia de cierta actividad —volcánica o de otro tipo— en la superficie de nuestro satélite. Se han registrado en múltiples ocasiones luces o fogonazos, líneas luminosas, manchas negras, figuras geométricas, aparición y desaparición de estructuras en el suelo lunar, alteraciones en la morfología de ciertos cráteres, cuerpos en movimiento, nieblas o emisiones de gases, etc. Los cambios transitorios no están distribuidos al azar, sino que se concentran preferentemente en unas pocas regiones lunares, entre las que destacan los cráteres Aristarco, Gassendi, Platón y Alfonso. «Por cierto» —dice Darnaunde— «que jamás se han publicado las fotografías de estas zonas críticas tomadas por los ingenios espaciales “Ranger”, “Surveyor” y “Lunar Orbiter”, y la “N.A.S.A.” siempre se ha negado a suministrármelas, pese a que en repetidas ocasiones las he solicitado a Washington, Hampton (Virginia) y Pasadena.»

Hay otros tipos de actividad —aparte de la endógena— sobre o cerca de la Luna.

Sir John Herschel descubre, en noviembre de 1821, unos puntos brillantes sobre la Luna y, poco después, un punto brillante cerca de ella, que no es una estrella porque se desplaza con nuestro satélite.

En la noche del 23 de noviembre de 1877, el selenógrafo británico doctor Klein y otros astrónomos de los Estados Unidos contemplaron estupefactos el desconcertante espectáculo que les brindaban varias motas de luz que surgiendo sobre la Luna, procedentes de diversos cráteres, convergían en el circo Platón, atravesaban su muralla externa y se reunían en el interior de dicho circo, formando un inmenso triángulo luminoso.

Antonio Ribera señala el curioso caso del cráter Linneo, en el Mar de Serenidad, al que en 1824 se le atribuyó un diámetro de 7 km. y al que desde 1867 se declaró oficialmente desaparecido. En su lugar se observa una aureola blanca que bien pudiera ser —en

opinión de Ribera— la consecuencia de haber sido recubierto con una materia plástica traslúcida, y usada como base.

El doctor H. P. Wilkins, director del grupo lunar de la «British Astronomical Association», declaró el 21 de diciembre de 1953, en una entrevista radiofónica, que habían sido observadas gran número de «cúpulas» en la región del Mar de las Crisis. La más pequeña de estas «construcciones» hemisféricas medía más de 3 km. de diámetro; eran de color blanco muy vivo. También habló Wilkins de un «puente» que medía unos 3 km de longitud por 1.500 metros de altura. Proyectaba una clara sombra bajo los rayos solares. La construcción parecía «digna de un ingeniero».

En 1896, el director del «Smith Observatory» en los Estados Unidos, vio un objeto redondo y oscuro cruzando lentamente la Luna en diagonal.

En abril de 1894 el astrónomo holandés Müller había sido testigo de idéntico fenómeno.

Lamey publica en 1874 y en *L'Année Scientifique* una visión de gran número de cuerpos negros que cruzaban la Luna.

El 24 de abril de 1874 el profesor Schafarick, de Praga, observa un objeto blanco que cruza el disco lunar con lentitud y sale de él.

Desde Dourite, en la Dordogne francesa, se vio el 15 de noviembre de 1899, a las 19 h., un enorme cuerpo luminoso blanco, rojo y azul que se movía como un cometa cerca de la Luna.

El 26 de noviembre de 1910, durante un eclipse, se ve una especie de cohete que parte de la Luna. Aparece la noticia en *La Nature*, Francia. Para la misma fecha, el *Journal of the British Association for the Advancement of Science*, publica la noticia de que durante el eclipse se vio sobre la Luna una mancha luminosa.

El 7 de agosto de 1869 se observan unos objetos cruzando la Luna, que parecían marchar en líneas rectas paralelas. Testigos fueron, entre otros, el profesor Swift, de Matton, Illinois, y en Europa los profesores Hines y Zentmayer. Recoge la noticia, igualmente, el *Journal of the Franklin Institute*.

Ocho miembros de la «Sociedad Astronómica Aster» de Barcelona, a la cabeza de los cuales figuraba don Francisco Almor, observaron durante varias noches seguidas, del 14 al 21 de junio de 1959, con el telescopio de 400 aumentos, el paso de una sombra elipsoide sobre el disco de la Luna. Su trayectoria era de Sur a Norte, basculando en paso ± 15 segundos en un período de ± 35 minutos. El objeto que proyectaba esta sombra debía girar en órbita lunar a una altura de unos 2.000 km. Su tamaño era de unos 35 km. (!) [107].

Màrius Lleget llama la atención sobre el cráter Goclenius. Sobre una nítida fotografía que proporcionó de él el «Apolo 8». En sus detalles internos se observa un rectángulo (que puede medir 20 km. de lado) y otras aparentes rectificaciones del terreno, tanto en el interior como en las propias murallas del mencionado cráter, «que permiten suponer “a priori”» —dice Lleget— «que no todo lo observado en Goclenius es obra de la Naturaleza.

»Sin duda se trata de una observación muy atrevida, pero conviene tener en cuenta» —puntualiza— «los siguientes factores al tratar del curioso aspecto de Goclenius:

—La Naturaleza no acostumbra a respetar la línea recta.

—Las probabilidades de un fenómeno natural que se asemeje a la obra reformadora del hombre, es decir, la geometrización del paisaje, son muy escasas, y

—En la Luna no existe erosión dado que carece de atmósfera, y por tanto, la geometrización de las formas interiores del cráter Goclenius resultan altamente sugestivas... y sugerentes.»

Y queda, como siempre, un etcétera. Algo más crecidito de lo que nos imaginamos.

7. NUESTROS OÍDOS CÓSMICOS

Vistos también estos probables indicios de «contacto» que nos han ido ofreciendo indirectamente los ingenios espaciales puestos por el hombre terrestre en su inmediata vecindad espacial, podemos por último echar un breve vistazo a nuestros «oídos cósmicos»; a las señales «audibles» que quizá los señores X nos estén enviando desde las emisoras X.

El 4 de julio de 1968 es lanzado desde Cabo Kennedy el satélite «Explorer 38» a una órbita de 6.141 km. de altura, con la misión de captar en el Espacio exterior todas aquellas señales que difícilmente llegan a la Tierra debido a la barrera que forma su atmósfera. El 27 de julio, la «N.A.S.A.» anuncia que el satélite estaba proporcionando, gracias a sus gigantescas antenas extendidas, importantes datos, y que había captado radioseñales procedentes del Espacio, muchas de las cuales no se habían recibido en la Tierra antes, debido a la ya citada capa atmosférica. No faltaron científicos que mantuvieron la creencia de que seres inteligentes que habitan otro planeta trataban de comunicarse con la Tierra. Más tarde vendrá otra sorpresa.

El 21 de abril de 1969 el doctor Robert G. Stone, hombre de ciencia que trabaja para la «N.A.S.A.» en el centro de Goddard, Maryland, expuso durante la reunión conjunta de la «Unión Internacional de Radio y Ciencia» y la «Unión Geofísica Norteamericana», que se celebraba en Washington, el hecho sorprendente de que el «Explorer 38» había recibido señales de radio misteriosas procedentes de la misma Tierra. «Se trata» —dijo — «de unas pulsaciones muy parecidas a aquellas que fueron captadas anteriormente y que procedían del planeta Júpiter, el más grande de la familia planetaria de nuestro Sistema Solar.»

El 12 de agosto de 1968 apareció la noticia de que dos científicos australianos habían detectado señales del Espacio exterior que podrían haber sido transmitidas por seres de otras civilizaciones, en opinión del jefe del departamento de Astrofísica de la Universidad de Sidney. Los dos científicos captaron las emisiones con un radiotelescopio gigante, enclavado en las proximidades de Canberra. Las señales procedían de sendos objetos situados a 500 años-luz de la Tierra. «Para los científicos no existe una explicación plausible de esto. De todos los fenómenos naturales que los científicos han observado» —declaró—, «éste es el que podríamos considerar como de evidencia más probable sobre la existencia de alguna forma de civilización extraterrestre.»

El 22 y 23 de agosto de 1924, fecha en que el planeta Marte se aproximó a la Tierra a una distancia mínima de 55,5 millones de km., circunstancia que no volverá a repetirse hasta el año 2000, el profesor David Todd, astrónomo del «Amherst College», de los Estados Unidos, valiéndose de la ayuda de una máquina de radiofoto (telefoto) de transmisión continua inventada por C. Francis Jenkins, de Washington, intentó captar posibles señales del planeta rojo, aprovechando su excepcional cercanía. Conectó el aparato grabador de Jenkins a un receptor de radio sintonizado en la banda de 50 kilociclos, de 6.000 metros, quedando así grabadas en una cinta fotográfica sensible las posibles señales que podrían captarse.

En el momento de máxima cercanía, el aparato estuvo funcionando durante casi 30 horas. El resultado se publicó el 27 de agosto: en un lado del film se veía, en blanco y negro, una disposición regular de puntos y rayas. Pero en el otro lado, y a intervalos de media hora, aparecía un grupo de señales que tomaban la tosca forma de una cara humana. Los expertos en códigos e inteligencia del Ejército de los Estados Unidos y otros países, no lograron descifrar los registros de las señales de esta emisión cósmica.

También el mismo 23 de agosto se notificó a la oficina coordinadora del experimento que el ingeniero jefe de la estación «WOR», R. I. Potelle, había captado, entre las 19.30 y las 22 horas

del día anterior, 22 de agosto, una serie de puntos y rayas en otra onda, que no pertenecían al código Morse ni al Continental.

Son interesantes en este campo los estudios de Nikolai Kardachev, referentes a la posible potencia emisiva de eventuales supercivilizaciones extraterrestres. Kardachev se hizo famoso por sus estudios conjuntos con el también astrónomo soviético Chklovski, de la llamada radiofuente «CTA-102», una radio-origen situada a más de mil millones de años-luz de la Tierra. Apuntados hacia el cielo, los radiotelescopios rusos habían captado señales interestelares de características completamente nuevas. «CTA-102» emite con potencias de diez a cien mil veces superiores a las de una estrella normal, y sus emisiones no son normales, como es el caso de los «ruidos» provocados por el choque normal de los átomos, sino que se intensifican cada cien días, «como para demostrar bien que se trata de un fenómeno deliberado que se procura alejar del ruido de fondo de las estrellas», escribe Lleget.

Chklovski y Kardachev creen en la posibilidad de la existencia en «CTA-102» de una civilización sumamente desarrollada.

Kardachev volvió a saltar a la actualidad en setiembre de 1971, con ocasión de la Primera Conferencia Internacional sobre la Comunicación con las Civilizaciones Extraterrestres, que tuvo lugar en el observatorio de Byurukan, en Armenia.

Expuso allí su nueva teoría sobre las civilizaciones extraterrestres y la forma de detectar su presencia. Según Kardachev, la presencia de una civilización en un planeta de cualquier estrella de nuestra galaxia, o la misma presencia en otra galaxia, podría ser detectada por el consumo energético de esa civilización. Kardachev, con su teoría, clasifica las civilizaciones extraterrestres en tres grandes categorías tecnológicas según sus necesidades energéticas:

1. Civilización de tipo A: consumo de energía $4 \times 10^{'12}$ julios por segundo, que sería el caso concreto del planeta Tierra.

2. Civilización de tipo B: consumo de energía $4 \times 10^{'26}$ julios por segundo. Este tipo de civilización debe haber conquistado y colonizado su sistema planetario.

3. Civilización de tipo C: consumo de energía 4×10^{37} julios por segundo. Esta civilización ya ha conquistado su galaxia.

En enero de 1969 se hace pública la noticia de que el gran radiotelescopio de Arecibo, en Puerto Rico, había captado señales de radio cuya frecuencia y regularidad parecen decididamente dictadas por una inteligencia. Una desconocida civilización —se dijo — hace llegar a la Tierra sus señales. Una civilización mucho más antigua que la de nuestro planeta. Las señales proceden del centro de la Vía Láctea y partieron hace por lo menos 25.000 años. Se asegura que los científicos están tratando de poner a punto un código que permita comunicar con este mundo.

El inglés Fred Hoyle, uno de los más grandes astrónomos y astrofísicos contemporáneos, anunció a principios de 1968 que se habían captado 50 nuevas señales llegadas del Espacio, procedentes de una civilización extraterrestre muy adelantada. Hoyle se basaba en los trabajos de Alan Barret, profesor de Física en el «Massachusetts Institute of Technology», uno de los centros científicos más importantes de los Estados Unidos, en donde se experimentó por primera vez el famoso «laser», y cuyos sabios participan activamente, en primera fila, en la conquista del Cosmos. Sus ordenadores trazan, por ejemplo, los planes de vuelo del programa «Apolo». Pues bien, Barret explica que estas señales se captan en la Tierra en forma de ondas radioeléctricas. Su radio-origen es un nubarrón de hidrógeno atómico alojado en una remota galaxia. Es un fenómeno clásico estudiado desde hace años. Pero Barret se apercibió repentinamente de que algunas de esas señales tomaban una amplitud inesperada. Eran demasiado potentes para la nube de hidrógeno que —en principio— las había engendrado. *Su origen no podía ser natural*. Barret y Hoyle están de acuerdo en que la nube no ha podido desencadenar la emisión. Lo que sí ha hecho la nube, que se halla a una temperatura muy baja, inferior a los 100 grados absolutos, ha sido servir de amplificador de ondas sumamente eficaz. *Alguien* ha bombardeado esa nube con ondas de intensidad normal sabiendo que la nube amplificaría esas ondas

miles de millones de veces. «Acabamos de descubrir» —manifestó Hoyle— «que el fenómeno observado se parecía como una gota de agua a otra a un efecto “laser” aplicado a la dimensión fenomenal de las galaxias.»

El 23 de mayo de 1968, Sir Bernard Lovell, director del radiotelescopio de Jodrell Bank, comunicó a los asistentes a una cena que se estaba celebrando para conmemorar la publicación de su libro *La historia de Jodrell Bank*, que el gigantesco radiotelescopio del citado establecimiento científico inglés acababa de sintonizar impulsos de energía emitidos por dos misteriosos objetos infinitamente distantes de la Tierra en la inmensidad del Cosmos, en la inmensidad de ese desconocido...

Uno de ellos estaba a cinco mil millones de años-luz, lo que presupone el desarrollo de una potencia de energía que inició su viaje por los espacios siderales antes de que la Tierra misma existiera.

La otra señal procedía de un objeto aún mucho más lejano, manifestando Lovell que se trataba, al parecer, de uno de esos cuerpos siderales que aún no han sido identificados.

En los Estados Unidos, el gran radiotelescopio de Green Bank, dirigido por el eminente astrofísico doctor Frank Drake, enfoca constantemente a las estrellas Tau Ceti (estrella Tau de la constelación de la Ballena) y Epsilón Eridani (estrella Epsilón de la constelación de Eridano), dos astros de tipo espectral similar al de nuestro Sol, y distantes de nosotros 12,2 años-luz el primero, y 10,8 años-luz el segundo.

En 1959 se observó sobre la cinta de un sensibilísimo aparato que traducía en términos ópticos las señales acústicas captadas por las antenas, un gráfico extraordinariamente regular. «No había duda» —comenta Danyans— «de que aquellas señales eran artificiales y que podían ser emitidas por seres inteligentes» [108].

Veamos ahora, sucintamente, el inquietante descubrimiento realizado por el doctor Duncan Lunan, graduado en Astronomía por

la Universidad de Glasgow. Su estudio completo fue publicado el 4 de abril de 1973 en la revista *Spaceflight*.

Pero hagamos primero un poco de historia. En los años veinte un científico holandés, Balthasar van der Pol, y un técnico noruego, Carl Störmer, intentaron enviar hacia el espacio señales de radio de onda corta. Las señales de radio se reflejan en la ionosfera y son rechazadas hacia la Tierra, regresando a ésta en un séptimo de segundo después de su emisión. Pues bien, van der Pol y Störmer descubrieron ecos que regresaban a intervalos que variaban entre tres y treinta segundos a partir de la emisión. Un fenómeno absolutamente inexplicable, tanto entonces como hoy. Por ello precisamente ambos estudiosos abandonaron sus investigaciones. Hasta que en 1960, el norteamericano Ronald N. Bracewell conjeturó que acaso las señales volvían con retraso porque alguien o algo, situado en las alturas, devolvía nuestras señales sobre la Tierra con demora variable precisamente para decirnos alguna cosa. Para hacernos comprender un mensaje, para darnos una imagen. Pero Bracewell no logró descifrarlo.

Preocupado por estos precedentes, Duncan Lunan tuvo en 1972 la idea de transcribir en papel milimetrado los resultados de las observaciones, sobre la base del número de ecos recibidos y del retraso registrado en los mismos. El resultado fue sorprendente: cada serie de ecos retrasados reproducía sobre el papel una constelación muy precisa y fácilmente identificable. Era la clave del mensaje: desde esa constelación llegaba la llamada. Los seres inteligentes o sus máquinas querían decirnos algo acerca de esas estrellas. De una estrella particular incluso: las secuencias de los ecos retardados se referían a la constelación del Boyero, una constelación del hemisferio boreal que se encuentra entre la Serpiente y los Perros de Caza. La estrella concreta es Épsilon del Boyero, una estrella doble de segunda magnitud llamada también Izar. Dista 103 años-luz de la Tierra. Para Lunan, la sonda que está en órbita terrestre para comunicarnos un mensaje y captar nuestra respuesta, partió de Épsilon del Boyero hace aproximadamente 13.000 años. Porque el mapa que Lunan ha trazado con los ecos

retardados, no muestra la posición actual de la estrella Arturo (otra de las estrellas de la constelación del Boyero), sino la posición que esta estrella ocupaba hace aproximadamente estos 13.000 años. Éste es el descubrimiento de Lunan. Junto con Anthony Lawton, técnico en computadoras, está trabajando ahora en el desciframiento del mensaje que, según él, nos está enviando, desde hace trece mil años, una máquina puesta por una civilización desconocida en su órbita terrestre.

Registremos, para finalizar, que en noviembre de 1973 el destacado científico salvadoreño Francisco Elías Reyes, refiriéndose a los objetos volantes no identificados, afirmó categóricamente que «no puede excluirse la posibilidad *estadística* de que una civilización mucho más adelantada nos envíe noticias de su existencia». Hablando de estadísticas, véase la que, de Willy Ley, apuntamos en la nota 122.

Una vez más: etcétera.

Fue en conjunto una breve selección de ejemplos de esas *influencias que recibimos de fuera*. ¿De dónde, de quién, de quiénes...?

IV. ¿ASIMILAMOS LAS INDICACIONES?

1. EL PROYECTO «APOLO»

Vistos todos los antecedentes apuntados —que, repetimos, forman una selección no ya incompleta, sino incluso sumamente restringida de nuestro contacto con seres que parecen estar supervisando nuestra puesta a punto para el día en que establezcamos contacto definitivo, por derecho propio, con «ellos»— centremos ahora nuestra atención en el momento actual de la Humanidad.

En esta búsqueda de un contacto material con «ellos» debemos prestar especial atención a los programas espaciales. Y dentro de los programas espaciales descuella uno por lo que tuvo de incisivo, de directo, de práctico, de «ensayo sobre el terreno». De valor y de precisión. Nos referimos al proyecto «Apolo».

Pero retrocedamos a etapas más antiguas de nuestra Historia, a épocas en que —como hemos visto— parecen habérsele proporcionado a la Humanidad indicaciones de salvación, indicaciones de liberación de la Tierra.

En una pirámide que se alza en Palenque, en el Estado mexicano de Chiapas, el arqueólogo mexicano profesor Alberto Ruz Lhuillier, del «Instituto Nacional de Antropología e Historia» de México, descubrió el 15 de julio de 1952 un gran sarcófago de piedra roja. Estaba en perfecto estado de conservación. Lo que inmediatamente llamó la atención de los expedicionarios fue su losa sepulcral, una piedra de 3,80 metros de largo, 2,20 metros de ancho y 25 cm. de grosor. Pesaba entre cinco y seis toneladas. El bajorrelieve que la decora representa para numerosos investigadores —a cuya opinión sumamos la nuestra— a un cosmonauta pilotando una astronave. Recordemos todo lo apuntado en este ensayo acerca de las relaciones de la América precolombina con «algo» no terrestre. En

el interior del sarcófago se han encontrado los restos de un personaje cuya morfología —en opinión del investigador francés Guy Tarade— era totalmente diferente de la de los indios.

Por otra parte, en Munich, el «Staatliches Museum für Völkerkunde» de la capital bávara conserva un lienzo inca del estilo morro, hallado en la región de Nazca, ya citada, en el Perú. Su dibujo o decoración está formado por una representación de cuatro figuras, tradicionalmente interpretadas como divinidades relacionadas con la fertilidad y la fecundidad, en movimiento ascendente y descendente.

A nuestro entender, sin embargo, y sin restarles su relación con la fertilidad y la fecundidad, cada una de esas «divinidades», representada en forma esquemática, nos proporciona el mismo esquema que obtenemos de la nave con piloto representada en la losa sepulcral de Palenque.

Pero lo curioso e interesante es que si a su vez comparamos estos dos esquemas con el que proporciona el conjunto formado por el Módulo de Servicio, Módulo de Mando y Módulo Lunar de la nave espacial estadounidense «Apolo», podemos observar, a primera vista, más de una similitud. He aquí las principales:

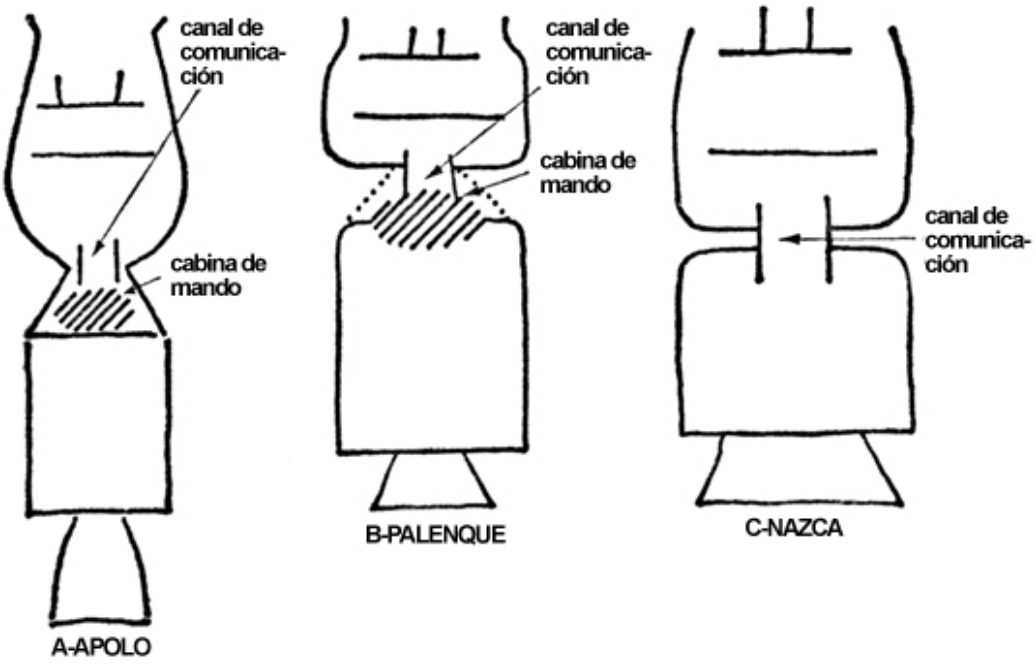


Fig. II

—Los tres objetos constan de dos cuerpos básicos claramente diferenciados, y en los tres casos opuestos entre sí.

—En los tres casos el cuerpo superior (Módulo Lunar en el caso del «Apolo») es el que presenta una mayor complejidad de estructura (no se aprecia en el esquema, pero sí en el original).

—Tanto en el caso del «Apolo» como en el de la representación de Palenque, dicho cuerpo superior (Módulo Lunar en el caso del «Apolo») tiene adheridos aparatos externos (no se aprecia en el esquema, pero sí en el original). No se aprecian estos artefactos en el dibujo de Nazca, debido a que se trata de una figura ya muy esquematizada en el original inca.

—En los tres casos se aprecia un canal de comunicación entre el cuerpo superior y el inferior (entre el Módulo Lunar y el Módulo de Mando, en el caso del «Apolo»).

—El emplazamiento de la cabina de mando es el mismo en A y en B. En C no queda indicado, debido al aludido carácter ya extremadamente esquematizado del original inca.

Queremos puntualizar aquí que particularmente interpretamos la figura humana que aparece sobre la losa sepulcral de Palenque como figuración del emplazamiento de la cabina de mando, y no como tamaño comparativo real del piloto.

—La postura del piloto en A y en B es la misma (no se aprecia en el esquema, pero sí en el original). Para C debemos referirnos una vez más a su carácter sumamente esquemático.

—En los tres casos se observa un saliente cónico (tobera) en la parte posterior del cuerpo inferior.

—En los tres casos se observa un saliente en la parte superior del cuerpo que corresponde al Módulo Lunar en el caso del «Apolo».

—En los tres casos el cuerpo superior (Módulo Lunar en el caso del «Apolo») consta de dos elementos básicos.

Teniendo en cuenta la enorme distancia en el tiempo que nos separa de la época en que fue esculpida la losa de Palenque y tejido el lienzo de Nazca —por cierto, ¿podemos agregar a estos esquemas el del dios solar en forma de escarabajo tal como se aprecia por ejemplo en el relieve existente en la pared a la entrada de la tumba del rey Setis I, en Tebas? Recordemos la importancia de Egipto para nuestro tema y la importancia de la figura del escarabajo en la simbología sagrada egipcia—, y teniendo presente que lo que vale es la estructura básica, los elementos esenciales, no las formas menores, que pueden variar de una representación a otra, nos parece que la semejanza entre los tres esquemas es sorprendente. Consideremos también que en el caso de Palenque y de Nazca interviene el ojo del artista, su sensibilidad, al reproducir con medios limitados y tener que pasar a un plano bidimensional el objeto plástico que ha visto —tal vez sin saber lo que era...

Procuremos, pues, buscarle una posible razón a esas similitudes. Estimamos por nuestra parte que la coincidencia no es simplemente casual. Si admitimos que la nave «Apolo» es similar a la nave reproducida en la losa sepulcral de Palenque, ésta podría haber sido

enviada desde la Luna (avanzadilla de los OVNI) de la mismísima forma que ahora se hace el trayecto inverso. O sea que los OVNI harían, al menos en aquella época, la ruta de su punto de origen hasta la Luna, establecerían allí su «parking» para la(s) nave(s) interplanetaria(s), y enviarían desde allí naves a la Tierra (nave de Palenque = «Apolo»). Los mal llamados «platillos volantes», que son los que aterrizan, serían «Módulos Terrestres» (a semejanza mayor o menor del Módulo Lunar acoplado al Módulo de Mando del «Apolo» —y por supuesto infinitamente más perfectos—) que en el aire se unen a su nave nodriza (la clásica en forma de puro, etc.). La nave reproducida en Palenque sería un conjunto parecido al que hoy forman el Módulo Lunar, Módulo de Mando y Módulo de Servicio, o sea, la nave «Apolo».

A mayor abundamiento de nuestra hipótesis de que en lejanas épocas bajaban a la Tierra naves similares al Módulo Lunar que hoy baja —tripulado por seres humanos— a la Luna, rogamos al lector observe con especial atención la *extraordinaria coincidencia de formas y proporciones entre el Módulo Lunar del proyecto «Apolo» y la cabeza de una figura del príncipe floral Xochipilli*, de Teotitlán del Camino, de la cultura mixteca, en *máscara de casco de pájaro*, que se conserva igualmente en el «Staatliches Museum für Völkerkunde», en Munich. Es una «divinidad» que, en el recuerdo de los indígenas, *descendió* del cielo. Lo mismo diría un hipotético selenita que presenciase el descenso del Módulo Lunar.

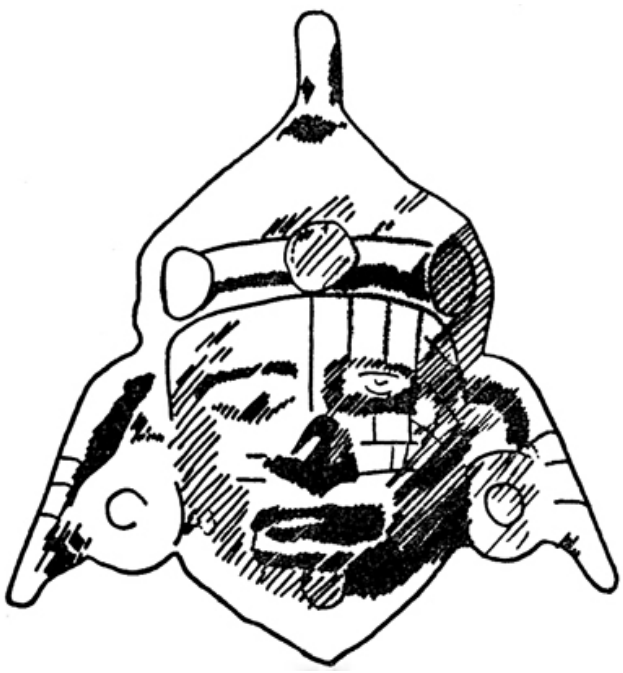


Fig. III. Cabeza de una figura del príncipe floral Xochipilli, de Teotitlán del Camino, en máscara de casco de pájaro. Cultura mixteca.

Sorprendente. Pensamos inmediatamente en el «objeto» que figura en el relieve ya citado, hallado en Guatemala y reproducido en el libro *La leyenda de los dioses blancos*, de Pierre Honoré, «objeto» identificado igualmente como procedente del Espacio. Sus formas recuerdan en esencia las del príncipe floral Xochipilli. Y ambas «divinidades» bajadas del cielo adoptan, en lo que es el núcleo de su formación, la representación de una cara humana. Es un dato curioso, que nos induce a pensar que o bien los objetos, las máquinas (naves) que descendían del cielo eran tomadas por seres vivos, ya que se movían a placer por el aire, y se les representaba por lo tanto como seres vivos, como dioses de apariencia humana, o bien que esos artefactos de aterrizaje eran recubiertos expresamente por sus tripulantes de «disfraces» de seres conocidos para los indígenas, a fin de causar una mayor impresión entre los testigos de su descenso y ascenso al cielo, posibilidad apuntada ya anteriormente para el caso de la máquina vista por Ezequiel.

Y ya en este punto, observemos que el actual Módulo Lunar del programa «Apolo» es un artefacto de descenso de la nave nodriza similar al artefacto visto por Ezequiel, y similar por extensión a la

forma latente que hemos visto repetirse en nuestra hipótesis sobre el origen de los templos. Salvemos siempre, al hablar de esto, la indiscutible superioridad de las máquinas de «ellos».

Queda por explicar la diferencia entre las disposiciones que adoptan las «patas» del aparato. Unas veces son verticales, como en el caso de los templos y de Ezequiel, otras veces están inclinadas, con separación mayor entre los extremos que se asientan sobre terreno firme, como es el caso de los discos alados persas o de la representación de Xochipilli. Remitimos para ello al lector a los tres diferentes enfoques de un mismo aparato, de un mismo Módulo Lunar, que se dan en la figura IV.

Fig. IV. Tres diferentes enfoques del módulo lunar de la nave espacial Apolo.

Igualmente remitimos al lector, para una visión global, a la lámina comparativa de las formas estudiadas en el libro (al final del capítulo).

Y ya que hemos hablado de la aparición en la Antigüedad de unos aparatos semejantes al Módulo Lunar que hoy conocemos, relacionados siempre con divinidades, no resistimos la tentación de insinuar todavía otra hipótesis, ciertamente atrevida y que no lanzamos sin determinados reparos, pero que no por ello es menos lógica y que estimamos es como mínimo digna de tenerse en cuenta.

El Módulo Lunar consta de dos fases; la inferior alberga los elementos necesarios para la operación de descenso a la superficie lunar, y permanece luego en la Luna, sirviendo de plataforma de

lanzamiento a la fase superior, en que los astronautas, encendiendo el motor de ascenso, regresan a la cápsula que les está esperando en vuelo orbital.

Imaginemos ahora que nuestros remotos antepasados presenciaron estupefactos cómo unos seres de apariencia humana subían a una especie de «mesa» (fase de descenso del ingenio) y penetraban en «algo» colocado sobre la «mesa». Que prendían fuego a ese «algo» (efecto del encendido del motor-cohete de ascenso) y se elevaban al cielo... En tierra quedaba la «mesa»; «mesa» que se convierte para los testigos del suceso en el lugar idóneo para depositar sus ofrendas a los «dioses», ya que desde ahí, entre humo y fuego, ascendieron éstos al cielo. Por lo tanto, el humo del fuego que ellos enciendan ahí, para sus sacrificios, seguirá la misma ruta que emprendieron los «dioses», llegará hasta su morada. Y si partieron de esa «mesa», lo más probable es que éste sea el lugar de sus bajadas a tierra y subidas al cielo. Las ofrendas que en esa «mesa» se depositen, serán por lo tanto lo primero que encontrarán los «dioses» como bienvenida en su próximo regreso a la Tierra.

Pregunta seria, comprometida y comprometedora: ¿nace así la idea del altar?

Fig. V. La fase de ascenso del Módulo Lunar, en el instante de separarse de la fase de descenso, que sirve de plataforma de lanzamiento y permanece en la Luna.

Altares del fuego en las alturas de Persépolis.

Véase por ejemplo el «disco solar» sobre «altar» en el santuario del dios solar de Sippar, Shama, que figura en una tableta de arcilla de la época del primer Imperio babilónico, y que ya comentamos anteriormente. También vimos cómo Quetzalcóatl se consumía en las llamas del «fuego divino» y se convertía en un cuerpo celeste, en la «estrella que echa humo».

También en la mayoría de templos el altar está emplazado en la base del recinto dominado por la forma latente estudiada en las primeras páginas de este ensayo. No deja de ser un dato curioso digno de tenerse en cuenta al valorar las posibilidades de veracidad de esta nueva hipótesis.

La idea del altar como lugar de ofrenda y sacrificio de carácter eminentemente simbólico y exclusivamente espiritualizado es, por lo demás, algo rayano en el absurdo. En buena lógica, el primitivo comienza a colocar ofrendas en el lugar en que sabe que el ofrendado las recibirá efectivamente.

Existen, pues, como hemos visto, una serie de circunstancias que nos hacen sospechar que el complejo y eficaz Módulo Lunar no es un aparato «nuevo». No es un hallazgo técnico humano de estos últimos quince años. Está inspirado por lo menos, en un aparato existente ya antes, mucho antes; en los albores de nuestra Historia.

Veamos sucintamente las circunstancias que rodearon la inclusión del Módulo Lunar, tal como hoy existe, en el proyecto «Apolo». En 1961, un oscuro ingeniero, un perfecto desconocido podríamos decir, John C. Houbolt, al servicio de la «N.A.S.A.», tuvo la primera idea de este artefacto. Pero Houbolt no tuvo el más mínimo éxito al presentarlo a los grandes expertos espaciales norteamericanos reunidos en Washington. Su proposición, bajo la sigla «L.O.R.» (Lunar Orbital Rendez-vous), chocó con la indiferencia de la mayoría de los reunidos, con un sarcasmo poco disimulado por algunos de ellos, y topó con una clara hostilidad por parte de varios de los técnicos espaciales. Maxime Farget, uno de los proyectistas de la nave espacial «Mercury», opinaba que el modelo no valía nada, añadiendo que Houbolt estaba tomando el pelo a los reunidos. Tampoco Wernher von Braun quiso aceptar el proyecto «L.O.R.». Von Braun y su equipo defendían el proyecto «E.O.R.» (Earth Orbital Rendez-vous), que consistía en enviar dos cohetes «Saturno» a una órbita terrestre; el primero llevaría el depósito de combustible, y el segundo la cápsula espacial. Los dos

cohetes se unirían en cita orbital terrestre, y con las reservas de combustible se enviaría desde ella la cápsula hacia la Luna.

Maxime Farget y sus compañeros del «Space Task Group» eran partidarios en principio de construir un cohete gigantesco que llevaría la nave espacial directamente desde la Tierra hasta la Luna.

Houbolt era partidario del proyecto que hoy se ha llevado ya a la práctica, tal como lo conocemos.

A pesar de la escéptica y casi hostil acogida que tuvo en un principio su proyecto por parte de las máximas figuras y eminencias norteamericanas en materia espacial, Houbolt prosiguió sus estudios y acabó de desarrollar completamente el proyecto «L.O.R.»

Llamó en vano a todas las puertas. El administrador de la «N.A.S.A.», James Webb, comunicó públicamente que de todos los sistemas propuestos, el mejor era el «E.O.R.» (defendido por von Braun). En segundo lugar figuraba el proyecto de Farget. El de Houbolt ni siquiera fue mencionado.

En noviembre de 1961, desesperado, Houbolt —hay que andar muy seguro para llegar a eso— se decidió por dirigirse directamente al coadministrador de la «N.A.S.A.», Robert Seamans, actual secretario del Aire, asegurándole que pondría en poco tiempo un hombre en la Luna, sin necesidad del «imperio de Houston». A partir de este momento Seamans apoya a Houbolt en la «N.A.S.A.». Maxime Farget y el «imperio de Houston» se convierten de repente en los más poderosos aliados de Houbolt. En 1962 cede también von Braun.

¿Qué oculto y poderoso motivo acabó por obligar a los máximos cerebros en ciencias espaciales a doblegarse ante el proyecto considerado por ellos en principio como «ridículo», presentado por un ingeniero prácticamente anónimo y desconocido?

En 1963, la «N.A.S.A.» confirió al defensor del Módulo Lunar, John C. Houbolt, su máxima condecoración —la «Exceptional Scientific Achievement Award» [109].

Eugenio Danyans cita estas reveladoras palabras de Wernher von Braun: «Nos creemos genios, pero sólo somos discípulos. ¿De quién? No lo sabemos a ciencia cierta. Nos encontramos frente a seres extraterrestres mucho más inteligentes que nosotros» [110].

Son palabras que tienden a apoyarnos en nuestra hipótesis de que los Estados Unidos se han inspirado, para las naves del proyecto «Apolo» que se propuso la conquista de la Luna, en modelos ya existentes anteriormente, en épocas acaso remotas. Y en que somos *discípulos* de «otros».

LAMINA COMPARATIVA

Ajanta. Sala 26

Ajanta. Sala 19

Taj Mahal

Baal Marduk

Símbolo solar
Babilonia

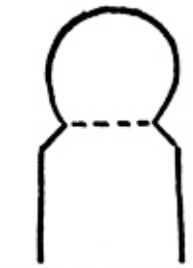
Símbolo solar
Teotihuacán

San Pablo
Extramuros

Dagoba

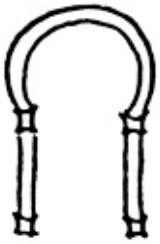
San Clemente

Disco alado

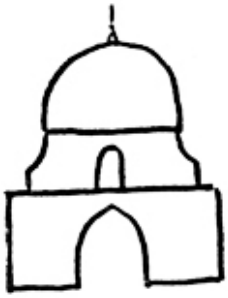


Mihrab mezquita
Córdoba

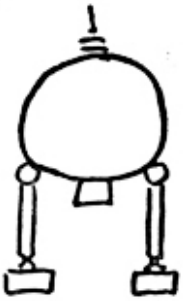
Puerta del Sol
Toledo



Miniatura visigoda.
Códice de las
Etimologías

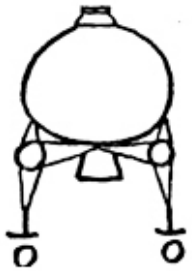


Ahmed-ibn-Tulin

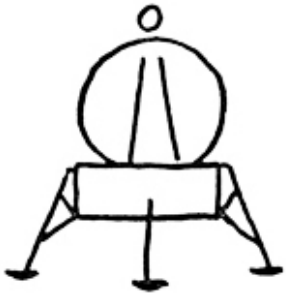


Visión de Ezequiel
en «Platillos Volantes
en la Antigüedad»

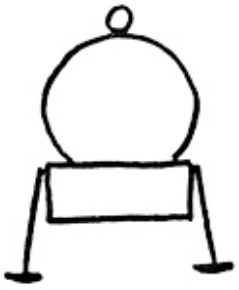
Visión de Ezequiel
en «Cíclope»



Visión de Ezequiel
interpretación
del autor



Apolo. Módulo Lunar



Apolo. Módulo Lunar

Ahuramazda

2. NAVES CÓSMICAS SINIESTRADAS

Volvamos a Palenque. Es sumamente probable que la losa sepulcral de Palenque reproduzca una nave espacial *accidentada*. En el sarcófago se hallaron los restos de un señor que no correspondía al tipo indio, y la losa reproduce el conjunto de la nave (hoy «Apolo»): ¿cómo podía conocerlo el artista, si una parte de ella debía teóricamente estar girando en órbita? Recordemos que la losa reproduce una *sección* de la nave: ¿cómo podía reproducirla el artista, a menos de haber visto la nave *por dentro?*

Y, en definitiva, tendemos a considerar sus naves como «infalibles», cuando lo cierto es que hay otros casos, aparte de Palenque, que indican un cierto margen de «fallo» en sus artefactos.

Jeroglíficos de la tribu *ham*, relacionados con los discos ya citados que se encontraron en la región fronteriza entre el Tibet y China, en Bayan-Kara-Ula, hablan del trágico fin de las naves al tomar tierra sobre los riscales de la montaña y no haber podido «ellos» construir otras.

En la noche del 30 de junio de 1908, a las 19.17 horas, hora de Moscú, una enorme bola de fuego, roja y acompañada de un arco iris, cruza el cielo siberiano. Al cabo de unos instantes, retumba una formidable explosión. El profesor Voznesienski registra en el observatorio de Irkutsk una alteración magnética similar a las causadas por las bombas atómicas americanas, cincuenta años más tarde, durante el experimento «Argus». Al igual que en Siberia, aquella noche del 30 de junio de 1908 fue en toda Europa extraordinariamente clara.

Tras varias comisiones de estudio, en 1960 se calcula una vez más la energía de la explosión, esta vez a partir de la superficie

devastada, y se llega a $4{,}10^{23}$ ergios, cincuenta veces la energía de la criminal bomba de Hiroshima.

La expedición organizada en 1961 por la «Academia de Ciencias» y dirigida por A. B. Zolotov afirma, por unanimidad entre los siete miembros que la componen, que el 30 de junio de 1908 se registró en la taiga siberiana, en la Podkamennaya-Tunguska, una explosión nuclear. Ningún científico terrestre era capaz en aquel entonces, de provocarla.

Una de las hipótesis más convincentes —dadas las especiales circunstancias del suceso—, compartida por gran número de investigadores y lanzada en 1949 por Alexandr Kazatsev, es que la explosión de 1908 fue efecto de la explosión de una astronave extraterrestre.

Posteriores estudios demostraron que el «objeto» describió un arco de 650 km. antes de la explosión, lo que quiere decir, como observa Danyans, que realizó una *maniobra*. La explosión tuvo lugar a 15 km. de altura. Monotskov, que se dedicó al estudio exhaustivo del suceso, llegó a la conclusión de que el «objeto» arribó a la Tierra a una velocidad de 0,7 km./segundo; el «objeto» venía con velocidad decreciente, venia *frenando*. Para Monotskov se trataba, también, de una nave extraterrestre [111].

El 18 de febrero de 1948 el rotativo *The Omaha Herald*, inserta una noticia fechada en Stockton (Kansas), informando de una terrorífica explosión. Momentos antes había sido visto un OVNI.

Frank Scully nos informa [112] de los tres OVNI siniestrados que, por ésta para ellos triste circunstancia, pasaron a manos militares americanas. Uno en Nuevo México, otro en Arizona y el tercero en Paradise Valley. De la extensa y detallada exposición que de estos casos nos hace Scully, nos interesan aquí tres puntos: que los Estados Unidos han tenido ocasión de examinar tres OVNI interiormente —el astrónomo argentino padre Segundo Reyna afirma que el físico Sylas Newton comenzó una de sus disertaciones en la Universidad de Denver (Colorado) desafiando al «A.T.I.C.» (Aerospace Technical Intelligence Center) a desmentir su afirmación

de que el Gobierno y las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos tenían en su poder un OVNI, afirmación que jamás fue desmentida oficialmente—; que todas las estructuras de los tres objetos obedecían a un sistema de base numérica 9; y que los susodichos OVNI operaban según principios *magnéticos*, que informaban, asimismo, su único sistema de defensa.

Dejaremos para más adelante la importancia de la base numérica 9.

3. EL MAGNETISMO

En cuanto al magnetismo, recordemos que ésa era la fuerza motriz de la «isla volante» vista por Gulliver y descrita por Jonathan Swift en el viaje de aquél a Laput.

En *El misterio de las catedrales*, Fulcanelli insinúa constantemente el aprovechamiento del magnetismo cósmico e interplanetario.

Considérese, por otra parte, que el aprovechamiento de las fuerzas magnéticas como sistema de propulsión ideal viene a ser algo así como el «enemigo público número 1» para los grandes intereses industriales y en especial para los magnates del sacrosanto imperio del petróleo y de los combustibles carburantes químicos. Como salta a la vista también que el reconocimiento público de la existencia y superioridad implícita en ella de los OVNI acabaría por enterrar a la pingüe industria armamentística «a nivel humano terrestre», que tan condicionados tiene a los Gobiernos, y muy especialmente al de los Estados Unidos.

Hay muchas y poderosas razones (léase intereses creados) para negar y ridiculizar oficialmente la existencia de los OVNI o incluso un hipotético contacto ya establecido con «ellos», posibilidad que en modo alguno debe perderse de vista al enjuiciar la problemática total y compleja del fenómeno.

El magnetismo como «arma» de los OVNI pudo comprobarse en otras ocasiones. La más conocida sea acaso la ya «clásica» del capitán Thomas F. Mantell, de la «Kentucky Air National Guard», un veterano de la invasión de Normandía, que el 7 de enero de 1948 salió, sobre la base Godman de la Air Force, cerca de Fort Knox, en Kentucky, junto con otros dos aparatos, en persecución de un OVNI. Sus dos compañeros cesaron en su intento al alcanzar los 18.000

pies de altura, pero Mantell siguió hasta los 20.000 pies, antes de quedar repentinamente destrozado él y su «F-51». La causa del accidente fue, para Sylas Newton, la desintegración magnética [113].

El 1 de mayo de 1960 es derribado sobre la Unión Soviética un avión-espía norteamericano «U-2». Aparte del avión, el suceso echó por tierra la Conferencia Cumbre de París. La prensa rusa dio algunas noticias incompletas y en parte contradictorias sobre las circunstancias del derribo, y los Estados Unidos, por su parte, no acabaron de reconocer un derribo por parte de la defensa antiaérea soviética. Las causas verdaderas siguen siendo oscuras.

El piloto derribado, Francis Gary Powers, fue liberado de la cárcel de Vladimir, cerca de Moscú, cuando no había cumplido ni la cuarta parte de su condena. La «CIA.» le prohibió entonces escribir la historia de su derribo. La publicó Powers ahora, en el décimo aniversario de su captura [114], aunque podemos suponer que los puntos prohibidos serán los mismos que entonces, ya que, si bien en noviembre de 1962 Powers dejó definitivamente la «C.I.A.» para pasar como piloto de pruebas a la «Lockheed», es de suponer que las presiones de la agencia continuarán igual que entonces en lo que a secretos por él conocidos se refiere.

Powers dice en su libro que, en los intensos interrogatorios a que fue sometido por los rusos, se dejó muchos secretos de primer orden en el bolsillo. Luego se enfrentaría a los interrogatorios de la «C.I.A.» y del Senado norteamericano.

La revista alemana *Münchner Illustrierte* publicó el 25 de abril de 1962 un informe de las declaraciones de Gary Powers a una comisión del Senado de los Estados Unidos. Nos interesan de este informe las siguientes citas:

«A unos 300 km. al sur de Sverdlovsk se disiparon las nubes. Volví a enfilar el rumbo directo. Luego ya no tuve dificultades con la dirección.

»Comenzaron entonces los fallos del piloto automático. En principio no era grave. Desconecté el piloto automático y volví a

conectarlo al cabo de unos minutos. Funcionó durante diez minutos, luego se renovaron los fallos.

»A la tercera vez dejé desconectado el piloto automático y piloté la máquina yo mismo.

»Sobre Sverdlovsk cambié de rumbo y anoté los datos de tiempo, altura, etc..., cuando oí y noté la explosión...

»Noté la explosión, pero nada especial pudo observarse en la máquina. Acaso un ligero golpe de aire desde atrás, un poco de aceleración.

»Alcé la vista del cuadro de indicadores —y todo lo que vi era de color naranja..., nunca había visto algo parecido. Y estoy absolutamente seguro de haber oído la explosión.

»Creí que la explosión había tenido lugar *fuera y detrás* de la máquina... Creo que una explosión en el avión debería acusarse en el asiento y en la palanca de mando. Por ello estoy casi seguro de que la explosión tuvo lugar *fuera* del aparato.

»Primero creí que no había pasado nada. En este momento *perdí la noción del tiempo*. Luego se inclinó el ala derecha. Es normal en un avión. Siempre bascula un poco sobre el eje longitudinal. Empuñé los mandos y volví a colocarlo en posición horizontal. Instantes después el avión bajó el morro.

»Sólo había una explicación: se había desprendido el timón.»

Tras algunas dificultades, Powers logra saltar en paracaídas: «Me extrañó el hecho de que yo no había abierto el paracaídas.»

Powers va a parar a un campo de cultivo, muy cerca de un pueblo, y a menos de 10 metros de un tractor. Inmediatamente le rodea un grupo de personas.

«... intentaron hablar conmigo. Yo sólo movía la cabeza y les hice ver que no les entendía. Uno de ellos me señaló y levantó dos dedos. Tuve la impresión de que me quería preguntar si tenía un acompañante. Por ello moví la cabeza, me señalé a mí mismo y levanté un solo dedo, para darle a entender que iba solo. Entonces

él señaló hacia arriba. Levanté la cabeza y *vi algo que*, al igual que él, *tomé por un segundo paracaídas*. Pero yo sabía que no llevaba otro paracaídas a bordo».

Powers subraya más adelante que a la mañana siguiente de su detención, fue sometido, ya en Moscú, a un interrogatorio cuyo atestado no aparecería luego en los autos de su procesamiento. Se lo comunicó a su defensor, Grinyev, quien se limitó por toda contestación a encogerse de hombros.

El servicio técnico de la «Gesellschaft für Interplanetarik "Austria"» publica [115], las siguientes conclusiones sobre la causa del derribo del «U-2» de Powers:

El avión americano «U-2» se ve perseguido durante algún tiempo por un OVNI, que en ocasiones se le acerca tanto, que provoca trastornos en el piloto automático electrónico del «U-2». Powers lo desconecta. Poco después el OVNI ataca. Incrementa bruscamente el campo eléctrico que le rodea, cambio que el piloto acusa en forma de explosión, sin poder decir, sin embargo, si realmente lo fue. Powers observa que le rodea una luz naranja. Es la misma luz que encontramos en cientos de informes de visiones de OVNI, en el instante en que éstos pasan a una fase de aceleración. La pérdida simultánea de la noción del tiempo por parte de Powers apareció seguramente en el instante en que se encontraba directamente en el campo de fuerza. Este lapso de tiempo fue suficiente para deformar inadvertidamente el timón del «U-2». El «U-2» cae en picado. Arriba queda el OVNI, interpretado como un segundo paracaídas por los campesinos; Powers asegura que no llevaba ninguno [116].

«Estas circunstancias» —concluye el artículo de la «Gesellschaft für Interplanetarik "Austria"»— «nos inducen a preguntarnos: ¿Por qué han atacado? ¿Participan en la gran política mundial? ¿Dónde intervienen?»

Anotemos todavía que sobre este mismo punto geográfico, Sverdlovsk, ciudad que albergaba el «Mando de Proyectiles Tácticos» del Ejército soviético, se observaron el año anterior al incidente de Powers, o sea en 1959, «centenares de OVNI» —como

cita Ribera *(Proceso a los OVNI)*. Varios cazas interceptores persiguieron a algunos de los misteriosos aparatos, disparando contra ellos, sin resultado alguno.

4. CONSIDERACIONES DE FONDO

Los interrogantes citados son ciertamente inquietantes, y, aunque el tema de la política se aparta del propósito directo de este ensayo, no podemos por menos que admitir, por lógica, la influencia de «ellos» en este importante fenómeno humano. Concienzudos estudios han subrayado la presencia de OVNI en encrucijadas importantes de nuestra política, de nuestras actividades militares, de nuestras comunicaciones, de nuestra industria, de nuestros centros de formación, etc.

En la primera parte del mensaje de Fátima —vimos su relación con los OVNI— estaba implícita la superación potencial de la China Popular. La China de Mao ha logrado industrializarse en un plazo récord, con una conciencia de disciplina autobenefactora que no cesa de manifestarse, y con una política social que, si bien dura, lo supedita todo al beneficio horizontal de la comunidad entera como tal.

En un plazo mínimo ha conseguido la China Popular su bomba atómica, y en otro tiempo récord la de hidrógeno. Y el 24 de abril de 1970, logra lo que el «Instituto Alemán de Investigación Espacial» de Bochum calificará inmediatamente de «sensación tecnológica de primer grado»: su primer satélite artificial, el «China 1», que a una altura de órbita que oscila entre los 2.684 y los 486 km, se aproxima cada 114 minutos al espacio aéreo de los Estados Unidos y de la Unión Soviética, habiéndoles recordado durante casi un mes y en onda de 20.009 megaciclos («dígaselo con música») que «El Oriente es Rojo». Y un nuevo récord: el primer satélite chino pesa sus buenos 172 kilos, frente a los 14 del primer satélite estadounidense y los 83 del pionero ruso. El *New York Times* subrayaba en un editorial que «puesto que Pekín tiene bombas

atómicas y de hidrógeno, su primer satélite debe ser tenido en cuenta y servir de anuncio público de que tiene capacidad para transportar armas nucleares a cualquier punto de la Tierra».

Y los chinos, recordémoslo, pronto no cabrán en su territorio; los deseos naturales de expansión se hacen notar en todas sus fronteras.

La curva cuantitativa del progreso científico humano en general desde comienzos del siglo XVI demuestra que el desarrollo de la Ciencia se acelera —a partir de la segunda mitad del siglo XIX, y especialmente en estos últimos años— a un ritmo vertiginoso, después de haber sido relativamente lento entre el Renacimiento y los albores del siglo XIX.

Por otra parte, el problema de la superpoblación aumenta a pasos agigantados. Está claro que la Tierra se nos va haciendo estrecha en todos los campos. El hombre ha comenzado a mirar al espacio que le rodea para buscarle —para un futuro— nuevos mundos de supervivencia.

Parece lícito pensar que el contacto definitivo con «ellos» se acerca al mismo ritmo. ¿O, acaso... se ha establecido ya al nivel adecuado e imperceptible por consiguiente para nosotros, los laicos? ¿O tal vez se ha mantenido —de una u otra forma— durante toda nuestra Historia? Son incógnitas difíciles, para nosotros, de despejar.

Lo que sí nos parece bastante más que probable es que al menos los Estados Unidos y concretamente en lo que a su proyecto «Apolo» concierne, se han inspirado en naves de «ellos». ¿Directa o indirectamente? ¿Por revelaciones o indicaciones a través de posibles contactos, o por deducciones propias estudiando los datos de que se disponía? La primera posibilidad es remota, pero no por ello deja de ser eso, una posibilidad. Para la segunda considérese todo lo dicho en este libro, que no forma más que un insignificante botón de muestra, y razónese que un equipo complejo, bien organizado, correctamente orientado y capacitado puede haber descubierto infinitud de datos. Considérese que si la losa sepulcral

de Palenque reproduce efectivamente una nave siniestrada, cabe dentro de la lógica suponer que se ha podido encontrar algún resto de esta nave, aparte de que los Estados Unidos parecen haber capturado, como ya hemos visto, tres de «sus» artefactos, en tiempos poco anteriores al comienzo del proyecto «Apolo». Pero no caigamos en divagaciones, que cada lector puede ampliar a su gusto y según sus conocimientos, y limitémonos a pasar aquí sólo un breve documental de fondo para este tema, montado con unos poquísimos datos escogidos al azar. («Si quisiera explicar todo lo que sé, ya no habría más misterio», dijo tentadoramente el doctor Paul Schliemann, nieto del ilustre arqueólogo alemán; no podemos decir lo mismo, pero sí que ya no habría más misterio si quisiéramos explicar todo lo que entre todos podemos llegar a saber.)

Ya vimos a astronautas rusos y americanos subiendo a sus cápsulas en la esperanza de que «arriba» se encontrarían con «otros».

«La presencia del hombre es necesaria en el espacio», concluye el doctor George E. Mueller, administrador adjunto de la «N.A.S.A.» para los vuelos pilotados [117].

Dean Rusk, ministro de Asuntos Exteriores del presidente Kennedy: «Sospecho que posiblemente nos encontremos ante acontecimientos imprevisibles, que pueden influir en la paz del mundo entero» [118].

El 25 de mayo de 1961, el presidente Kennedy señala al país «la meta de enviar un hombre a la Luna y hacerle regresar sano y salvo, antes de que termine esta década».

«Seremos los primeros en llegar a la Luna», afirma categóricamente en el Congreso, el mismo año.

Su sucesor, Johnson, justificó así el aumento de los créditos para actividades espaciales (para la «Nueva Frontera», en definición de Kennedy): «No hay billetes de segunda clase para la Luna».

Tras el feliz alunizaje del «Apolo 11», Nixon proclama públicamente que «antes del año 2000 entraremos en contacto con

otros seres inteligentes». Son palabras entusiastas condicionadas posiblemente por la feliz circunstancia del momento, pero no dejan de ser palabras de un Presidente de los Estados Unidos, que se suponen meditadas antes de pronunciadas.

El proyecto «Apolo» ha gozado, en general, de una prioridad sobre todas las demás actividades como sólo escasísimos proyectos han disfrutado a lo largo de la historia humana. Y cabe preguntarse si no será la conquista de la Luna el resultado de la más reciente etapa de influencia de «ellos»; su realización, la realización de la primera conjunción, el traspaso de la primera puerta de la «Nueva Frontera» de que hablara Kennedy. La frontera que nos separa del Cosmos y de sus habitantes. La frontera que debemos salvar para participar definitivamente en la actividad extraterrestre. La Luna es, indudablemente, la primera puerta que debemos franquear de esa frontera. Seguirán muchas más, pero la primera es siempre la más difícil. Y a lo largo de este ensayo hemos pasado revista a circunstancias que nos inclinan a sospechar que la llave de esta primera puerta le ha sido entregada al hombre a plazos y veladamente, desde hace ya mucho tiempo.

Pero prosigamos con nuestro documental de fondo:

En agosto de 1962, coincidiendo con el día de la Fuerza Aérea soviética, el jefe del Estado Mayor general de las Fuerzas Aéreas de la Unión Soviética, capitán general Piotr Braiko, manifestó que «día y noche, aparatos soviéticos operaban más allá del campo visual de la Tierra» [119]. ¿Juegan a la ciencia-ficción los más altos mandos rusos y americanos?

En 1967, el Kremlin ordena la constitución de una comisión de estudio de OVNI. Jefe de la comisión es el general de las Fuerzas Aéreas Anatoli Stoliakov, y su colaborador más estrecho el profesor Fedor Y. Zigel, del «Instituto Aeronáutico» de Moscú. Les secundan 18 científicos, especialmente astrónomos, y una red de 1.000 observadores de campo [120].

El 27 de junio de 1967, el entonces secretario general de las Naciones Unidas, U Thant, afirmó en Nueva York, en una

conferencia de prensa, que los OVNI «representan el problema más importante de las Naciones Unidas después de la guerra del Vietnam».

Anteriormente, el 5 de junio, el malogrado profesor James E. McDonald, director del «Institute of Atmospheric Physics» de Tucson (Arizona) y catedrático de la Facultad de Meteorología de la Universidad de Arizona, dirigió una carta personal a U Thant, instándole a una acción inmediata en todo cuanto se refiere a los OVNI, y añadiendo que era preciso hacer converger sobre dicho problema la atención de los científicos de todas las naciones que forman parte de la «ONU»; afirmó que el problema de los objetos no identificados era un asunto científico eminentemente internacional. Personalmente lo considera el «problema número uno de la ciencia moderna».

El 7 de junio presentó un amplio informe al «Outer Space Affairs Group», que forma parte de la Organización de las Naciones Unidas.

El doctor Gary Henderson, ingeniero aeronáutico de Texas, denunció en el curso de una conferencia pronunciada en abril de 1969 en el «Calgary Planetarium» canadiense, que los oficiales de la «N.A.S.A.», habían ordenado a sus astronautas que «no mencionasen sus informaciones de OVNI».

Hermann Oberth, «padre de la Astronáutica», visitó en 1969 Barcelona, para recibir las insignias de doctor «honoris causa» de la «Escuela Técnica Superior de Ingenieros Industriales». Antonio Ribera subraya que en su conversación con el científico alemán, éste le reveló que en su reciente viaje a los Estados Unidos pudo comprobar que la «N.A.S.A.» lleva un archivo muy al día sobre OVNI y que lo estudia con gran detenimiento.

«Los poderes financieros evitan a cualquier precio todo aquello que pueda originar en la masa “shocks” de cualquier índole (sicológica, espiritual, etc.). Lo que estamos descubriendo

desagrada por igual al capitalismo y al comunismo», opina el diplomático inglés Gordon Creighton.

«La URSS ha creado un organismo secreto llamado “Molniya”, nombre de una serie de satélites artificiales rusos, “a caballo” de la Organización Espacial y del Servicio de Seguridad —afirma el infatigable doctor José Luis Barceló—, que estudia, analiza, investiga y procura desmenuzar estas apariciones, aunque sus resultados no trasciendan. La popular “C.I.A.” norteamericana, por su parte, hace años que mantiene un departamento especializado, que cuenta ya con un extraordinario “dossier”.»

Se sabe que la «C.I.A.» ordenó en 1953, un sistemático «descrédito de los platillos», y que invierte, en el estudio de los mismos, medios fabulosos. Antonio Ribera manifiesta su opinión de que en esta materia la «C.I.A.» norteamericana y la «N.K.V.D.» (hoy «K.G.B.») rusa están trabajando en íntima colaboración.

Volvamos a la «N.A.S.A.». Hermann Oberth afirma que en su mencionado viaje a Estados Unidos su alumno Wernher von Braun le confió que en su fuero interno estaba convencido —al igual que su ilustre maestro— de que los OVNI eran reales y de procedencia extraterrestre [121].

Wernher von Braun contaba entre sus buenos amigos al profesor Willy Ley, científico especializado en cohetes y vuelos espaciales, quien afirmó en su día que, «pronto o tarde, los astronautas americanos encontrarán astronautas de otro planeta de más allá del sistema solar».

El profesor Ley calculaba, apurando sus cifras a la expresión mínima, que nuestra Vía Láctea alberga por lo menos 18.000 planetas habitados [122].

Y ya dentro del campo especulativo sobre las posibilidades de vida en el Universo, cabe citar el Congreso sobre el Origen de la Vida celebrado en junio de 1973 en Barcelona, en el que un joven científico, Buhl, presentó un trabajo fundamentado en una tesis emitida hace ya once años por el profesor Juan Oró, científico al

servicio de la «N.A.S.A.». Según esta tesis, existen al menos diez moléculas orgánicas que son, en realidad, precursoras en la formación de los compuestos bioquímicos que desempeñan un papel más importante en la vida. Y si los elementos más abundantes en el Universo eran, por este orden, hidrógeno, carbono, nitrógeno y oxígeno, era también lógico que existieran combinaciones de ellos y, en consecuencia, compuestos orgánicos.

Concluye muy agudamente Carlos Dávila, corresponsal de *ABC* de Madrid, que «parece claro que la vida es más antigua de lo que suponíamos. Se habla ya de cuatro mil seiscientos millones de años. Un dato que parece confirmar los supuestos que propician la existencia vital en otros planetas es que la Tierra apareció hace sólo cuatro mil millones de años. Es decir: antes que Tierra hubo inevitablemente vida. Ante esto, ¿quién puede mantener que estamos solos en el Universo? En el peor de los casos, y si faltaran seres inteligentes, habría organismos complejos en trance, lo que es muy interesante, de evolucionar positivamente hacia estados más perfectos».

Por otra parte se suceden en la «N.A.S.A.» las quejas de los hombres de ciencia. Dimitieron trece astronautas-científicos. Dimite en octubre de 1969 el doctor Bell, director del laboratorio receptor lunar. Numerosos sabios, en fin, se quejaron sobre el enfoque de los vuelos «Apolo». ¿Qué se aparenta, y qué se busca realmente en la Luna...?

Tampoco debe perderse de vista el hecho de que la «N.A.S.A.» ha provisto a las dos únicas naves que hasta el momento han sido destinadas a viajar más allá de nuestro Sistema Solar, a perderse, en fin, en la profundidad infinita del Universo, de sendos mensajes ópticos dirigidos a hipotéticos *seres vivos inteligentes* con los que las naves puedan cruzarse en su trayecto. De momento, con ello, la «N.A.S.A.» considera pública y oficialmente, como mínimo, la posibilidad de la existencia de estos seres.

En efecto, tanto la sonda «Pioneer 10», lanzada el 3 de marzo de 1972, como su gemela «Pioneer 11», que lo fue el 6 de abril de

1973, llevan adosada una placa de aluminio con oro anodizado, con un diseño que permita identificar su procedencia (Fig. 20).

Las placas encierran un mensaje que intenta resumir tres informaciones básicas: quién construyó el «Pioneer», dónde y cuándo.

Los autores del mensaje, los doctores Sagan y Drake, comenzaron por definir en las placas una unidad de longitud.

Adoptaron para ello la longitud de onda de la radiación emitida por el único electrón del átomo de hidrógeno al saltar de un subnivel a otro en su órbita. Es la radiación de 21 centímetros, que se origina virtualmente en todas las grandes aglomeraciones de hidrógeno interestelar. Dos círculos en la parte superior del diseño representan un átomo de hidrógeno en sus dos estados fundamentales: a la izquierda, excitado; a la derecha, sin excitar. Con ello se sugiere que el segmento horizontal trazado entre ambos representa una distancia igual a la longitud de onda de la radiación emitida en el proceso: 21 centímetros. Debajo, un breve trazo vertical representa al dígito binario «1», para corroborar aún más su carácter de unidad básica.

A la derecha se advierte una silueta estilizada de la sonda «Pioneer», con su gran antena parabólica, y, delante de ella, la figura de un hombre junto a la —desafortunada— de una mujer. A la derecha de ésta, dos trazos horizontales acotan su estatura, y entre ellos, cuatro marcas de numeración que se leen en vertical (un uno binario —trazo vertical— seguido de tres ceros —trazos horizontales —) reflejan el número 1000 en base dos, que corresponde al decimal 8. La figura femenina mide por lo tanto 8 unidades de longitud. Por lo tanto, 8 × 21 = 168 centímetros = 1,68 metros.

A la izquierda se advierte una especie de estrella, que no es otra cosa sino un plano a escala que establece la posición exacta de la Tierra en el Universo. Cada uno de sus 14 rayos indica la dirección en que se ven desde la Tierra los 14 púlsars (radiofuentes cósmicas que emiten señales extraordinariamente potentes a intervalos muy cortos y regulares) más importantes. Cada rayo ha sido trazado de

manera que su longitud sea proporcional a la distancia a que de nosotros se encuentra el correspondiente púlsar. En cada uno hay indicado, además, un número en código binario, que corresponde al período de pulsación con que emite sus señales el púlsar correspondiente, y medido este período en múltiplos del período de la radiación de 21 centímetros, cuyo valor es exactamente de 0,704024115 milmillonésimas de segundo.

La misma figura en estrella sugiere además una escala de tiempos. Se sabe que el período de las referidas radiofuentes varía lentamente, pero con enorme regularidad, al ritmo de unos diez nanosegundos por día. Si en un futuro más o menos lejano alguien encuentra la sonda «Pioneer», conociendo además la existencia de los púlsars, su período en ese momento y su ritmo de variación, podrá establecer correctamente cuándo esos mismos púlsars tenían el período indicado en la placa. Sabrá así exactamente cuándo fue construido el «Pioneer».

En la parte inferior de la placa, finalmente, se advierte una representación bastante desafortunada de nuestro Sistema Solar.

Se observa, por lo general, que en el plano espacial parece haber una mayor «camaradería» que en otras actividades humanas. El primer alunizaje («Apolo 11») les reportó a los americanos cálidas felicitaciones soviéticas.

Los astronautas rusos y americanos suelen trabar mutuamente fáciles amistades.

El 15 de junio de 1970, por ejemplo, al relevar los rusos a los americanos en la posesión del récord de permanencia en vuelo orbital, los astronautas Frank Borman y James Lovell, ostentadores desde su vuelo en el «Gemini 7» del citado récord, enviaron un telegrama de felicitación a sus colegas Andriyan Nikolaiev y Vitali Sebastianov, que acababan de superar la hazaña a bordo de la «Soyuz 9». Y anteriormente, los cosmonautas Georgi Timofeievich Beregovoi y Neil Armstrong presenciaron juntos en el apartamento de Beregovoi en el centro de cosmonautas Sviosdni gorodok, cerca

de Moscú, la retransmisión televisada del lanzamiento de la citada nave «Soyuz 9».

Moscú destacó 4 buques a la operación «retorno» de la tripulación del accidentado «Apolo 13».

Al cumplirse el primer aniversario de su reunión con el Primer Ministro soviético Kosiguin, el presidente Johnson propuso que los científicos de los Estados Unidos se unieran a los científicos de la Unión Soviética y de otras naciones para formar un Consejo Internacional del Medio Ambiente Humano, y recordó que «científicos de este país y de la Unión Soviética, y de otros cincuenta países, habían iniciado ya un programa internacional para enriquecer nuestro conocimiento *del hombre y del medio que le rodea*».

En diciembre de 1967, el representante de los Estados Unidos ante las Naciones Unidas, Arthur J. Goldberg, declaró en una conferencia de Prensa que «ha habido importante cooperación entre los Estados Unidos y la Unión Soviética en el acuerdo sobre astronautas y en cuestiones nucleares».

En octubre de 1967, al firmar la proclamación poniendo en vigor el tratado espacial, el presidente Johnson abogó por una cooperación internacional en la exploración pacífica de la «frontera común a toda la Humanidad». En la ceremonia celebrada en la Casa Blanca, los representantes de 13 naciones depositaron los documentos de ratificación del tratado. Se celebraron ceremonias análogas en Moscú y Londres, los otros dos depositarios de ratificaciones. Señaló el presidente Johnson que 84 países habían firmado el nuevo tratado, cuyos principales puntos se resumen así:

—Proscribe del espacio extraatmosférico las armas nucleares.

—Proscribe bases militares y fortificaciones en la Luna y otros cuerpos celestes.

—Prohíbe el ensayo de armas nucleares en el espacio extraatmosférico.

«El Espacio es una frontera común a toda la Humanidad; debe ser explorado y conquistado por la Humanidad actuando concertadamente», declaró Johnson.

«Concretamente» —dijo— «los Estados Unidos han instado a la cooperación en las siguientes actividades:

»—Exploración de los planetas o de cualquier parte del Sistema Solar.

»—Utilización de las instalaciones de seguimiento para mayor seguridad de astronautas y cosmonautas.

»—Cartografía de la Tierra.

»—Intercambio de información biológica.

»—Comunicaciones internacionales mediante satélites.»

Alabó también la «inteligencia, determinación y valor» de la Unión Soviética al colocar en órbita el «Sputnik», primer satélite artificial, iniciando así «la gran aventura del hombre en el espacio».

Y acabó declarando que la próxima década debe ser de asociación cada vez mayor no sólo de la Unión Soviética y los Estados Unidos, sino entre todas las naciones del mundo, y que veía en el tratado «un signo esperanzador de que la Humanidad está aprendiendo que un mundo de hostilidad y odio no ha de ser necesariamente la condición permanente de la Humanidad». Pero uno piensa necesariamente que estas palabras tienen un timbre muy artificial en ese marco contemporáneo salpicado de tantísimos frentes de lucha, de injusticia, de arbitrariedad, de abuso...

En octubre de 1969 —volvemos al lado simpático de la gran tragicomedia del quehacer humano— dos cosmonautas soviéticos, el citado general Georgi Timofeievich Beregovoi y el ciudadano civil Konstantin Feoktitov, expresaron su opinión de que los Estados Unidos y Rusia podrían laborar juntos en la investigación espacial con propósitos científicos (los científicos de la «N.A.S.A.», en vista del poco claro enfoque «científico» de la agencia espacial, vimos que comenzaban a dimitir). Añadieron, en una convención de ingeniería aeroespacial celebrada en Anaheim, en California, que

opinaban que los astronautas americanos y los cosmonautas soviéticos podrían volar juntos en las mismas naves espaciales: «Confío en que sean realidad tales vuelos» —dijo Beregovoi—. «No sé cuándo podrán realizarse, tal vez tan pronto aprendamos el idioma inglés.»

La «N.A.S.A.» ha enviado información sobre el fallo en el «Apolo 13» a la «Academia Soviética de Ciencias» para que —declaró el administrador general de la agencia espacial estadounidense, Thomas O. Paine— «puedan sacar consecuencias de nuestro accidente y evitar circunstancias similares a los cosmonautas rusos».

Por su parte, el presidente de la mencionada «Academia Soviética de Ciencias», Matislav V. Keldish, declaró el 9 de julio de 1970 en una conferencia de Prensa celebrada con ocasión del vuelo de la «Soyuz 9», que la Unión Soviética «trataría con la “máxima atención” las propuestas específicas de los Estados Unidos referentes a la cooperación en la exploración espacial entre los dos países».

Ya anteriormente, en abril del mismo año, el vicepresidente de la citada Academia de Ciencias, Mijail Millionshikov, había dicho que la cooperación espacial entre los dos países sería «muy fructífera y muy útil».

Lo cierto es que en agosto de 1967 se celebró en Praga un «Congreso Internacional de Astrofísica». Una nutrida representación de científicos norteamericanos, encabezados por el profesor Allan J. Hynek, de la Universidad del Noroeste, sostuvo un largo intercambio de informaciones con sus colegas soviéticos, mientras un grupo de especialistas norteamericanos celebraba una reunión a puerta cerrada con especialistas militares soviéticos. Tras aquella reunión secreta de altos mandos rusos y americanos en Praga, la Unión Soviética modificó su actitud oficial con respecto a los OVNI, creando la comisión investigadora de que ya hablamos.

También en Helsinki se informó el 19 de diciembre de 1969 que los Estados Unidos y la Unión Soviética habían redactado un

protocolo secreto para negociar, en 1970, sobre la limitación del empleo de las armas nucleares. Se aseguró que el contenido del protocolo sólo era conocido por muy pocos altos funcionarios.

Etc., etc., etc.

Del documental se desprende, al menos, la saludable impresión general de que los Gobiernos responsables han visto claro que los intereses espaciales de la Humanidad presentan un cariz muy distinto del de los tradicionales intereses creados terrestres. Ya es algo.

De momento, el 24 de mayo de 1972 el presidente del Consejo de Ministros de la URSS, Alexei Kosiguin, y el dimitido presidente norteamericano, Richard Nixon, firmaron en Moscú un acuerdo de colaboración entre ambos países para la investigación y el aprovechamiento del espacio cósmico con fines pacíficos. El acuerdo prevé la colaboración en la meteorología cósmica, en la investigación del espacio, la del espacio próximo a la Tierra, la Luna y los planetas y en la biología y medicina cósmicas.

Para corroborarlo, ahí está, a mediados de 1975, la primera misión espacial conjunta rusoamericana. En primer lugar será lanzada desde Baikonur una estación «Salyut» no tripulada. 24 horas después, la URSS pondrá en órbita una cápsula «Soyuz» tripulada, que llevará a cabo el atraque con la estación no tripulada. De Cabo Kennedy despegará una cápsula «Apolo» con tres tripulantes. Llevará consigo un módulo adaptador provisto de un mecanismo de atraque para acoplar con el «Soyuz» ruso. La nave norteamericana se acercará a la soviética hasta ensamblarse ambas. Formarán así la primera estación orbital internacional. Una vez efectuado el atraque, los astronautas norteamericanos atravesarán el módulo de unión llevando una cámara de televisión y serán recibidos en el compartimento orbital del «Soyuz» por un cosmonauta ruso, mientras el otro permanece en la cabina del módulo. Luego, los rusos devolverán la visita a los americanos,

trasladándose a la cápsula «Apolo». Efectuarán además experimentos científicos y técnicos conjuntos. Al tercer día las cápsulas espaciales se separarán para concluir cada una su misión particular. La finalidad principal del experimento la constituyen, en especial, las acciones conjuntas de posibles salvamentos espaciales. Una vez que se cumpla el primer vuelo espacial conjunto, se estará en disposición de preparar un vuelo conjunto a Marte...

¿Peligro común, frente común? Tal vez. Pero de hecho, el hombre parece recobrar en el Cosmos la unidad que perdió sobre la Tierra.

5. EL LADO OSCURO

Y como complemento —toque de atención— del documental, no estará de más que echemos un breve vistazo al silenciamiento de personas que han demostrado —con acierto— un excesivo interés por el tema que nos ocupa.

En 1953, el director de la «International Flying Saucer Bureau», Albert K. Bender, publicó en su revista *Space Review* el anuncio de que en el próximo número de la misma explicaría la verdad sobre los platillos volantes. Recibió entonces la visita de tres señores vestidos de negro, que le obligaron a guardar silencio sobre la observación de ciertos cuerpos inidentificados que, según el investigador americano, aterrizaban y despegaban de un cráter de la Luna. Al cabo de nueve años, Bender publicó un libro [123] en que explicaba que había recibido la visita de tres hombres vestidos de negro que le asustaron de tal manera que decidió abandonar el estudio de los OVNI.

Gray Barker y James E. Moseley recopilaron a partir de entonces más de 600 casos de visitas semejantes, en que los «M. I. B.» (Men In Black) obligaron al silencio a testigos de apariciones de OVNI. Ignacio Darnaunde puntualiza que de un tiempo a esta parte estos enigmáticos individuos han trocado sus macabros trajes negros por uniformes militares, y aparecen provistos de credenciales de agencias federales, siendo luego desmentida su existencia por el Gobierno.

Surge la misma pregunta que en el caso de los informes de Ummo: ¿Quién paga a esos señores, y por qué poderosísima razón? Porque nadie, creemos, está para despilfarrar hoy en día los dólares en aras del simple gusto de permitirse caprichitos tan extravagantes.

Ribera observa que también en Francia, Jimmy Guieu [124] se desentendió repentinamente del tema, al igual que en España uno de los primeros y más incisivos investigadores, Eduardo Buelta (muerto el 13 de febrero de 1973).

Llama la atención, además, la lista de investigadores fallecidos, cuyas muertes, como observan Aimé Michel y Antonio Ribera, a pesar de ser explicables, no dejan de sorprender por darse en un porcentaje relativamente elevado entre los estudiosos que han contribuido con eficacia probada al desvelamiento del enigma de los OVNI.

A principios de 1968 fallece en accidente de aviación —siendo piloto un as de la aviación francesa, que incomprensiblemente giró su aparato contra la ladera de una montaña— el general Ailleret, jefe del Estado Mayor francés, a los cuatro días de haber anunciado públicamente que se disponía a crear una comisión oficial de encuesta sobre los OVNI.

El 25 de junio de 1967 muere, a los 21 años, tras breve enfermedad, el investigador británico Richard Turner, presidente del grupo investigador de OVNI de la Universidad de Cambridge, y autor de un agudo estudio sobre las enormes ruedas fosforescentes que se han visto girar bajo las olas del golfo Pérsico y en otros mares.

De cáncer pulmonar muere en la primavera de 1968 el más capacitado investigador brasileño de OVNI, el doctor Olavo Fontes.

De cáncer muere también el joven capitán Edward Ruppelt, autor de *The Report on Unidentified Flying Objects* y director del proyecto «Blue Book», de la «U.S.A.F.».

A causa de la misma enfermedad fallece en Inglaterra el director de la *Flying Saucer Review*, Waveney Girvan.

Muere igualmente el ingeniero canadiense Wilbur Smith, creador de una de las primeras comisiones de encuesta sobre OVNI en América, el proyecto «Magnet».

En México se suicida, al poco de publicar un libro que contenía interesantes revelaciones, el astrónomo Jessup...

Añadamos a la lista los dos redactores de *Paris Match* citados al hablar de la isla de Pascua.

Y al profesor doctor James E. McDonald, director del «Institute of Atmospheric Physics» de Tucson (Arizona) y catedrático de la Facultad de Meteorología de la Universidad de Arizona, investigador y defensor infatigable de la existencia real de los OVNI, que se suicidó en el desierto de Arizona el 13 de junio de 1971.

Nos dejaron también los investigadores españoles P. Severino Machado (18 marzo 1971), y el ya citado Eduardo Buelta (13 febrero 1973).

Etc., etc., etc.

Llaman a nuestra memoria aquellos arqueólogos que han ido cayendo uno a uno tras sus descubrimientos...

V. LA FUERZA INSENSIBLE

1. HERMANDADES HERMÉTICAS

Acabamos de ver el silenciamiento de personas bien encaminadas hacia el descubrimiento de algo relativo a los OVNI. La postura oficial de los distintos Gobiernos —de cara a la opinión pública— es de descrédito o en el mejor de los casos de silencio sobre el tema, y una nota de la redacción de la revista italiana *Alaya*, de enero de 1968, afirma que desde 1955 los Gobiernos se han comprometido a guardar silencio sobre la realidad de los OVNI.

Pero mucho antes ya han existido sociedades que se habían comprometido a guardar silencio, generación tras generación, sobre las realidades cuya transmisión secreta a través de los siglos había dado vida precisamente a esas comunidades. Son sociedades que han nacido gracias a la posesión de unos conocimientos que no debían trascender a la masa, y que siguen viviendo gracias a la necesidad de conservar para el hombre esos conocimientos.

Y ese mundo paralelo, esa realidad paralela de las comunidades secretas, de la cábala, del esoterismo, de lo arcano, parece entroncarse con ese otro mundo, con esa otra realidad también paralela a nuestro quehacer sobre la Tierra, que hemos visto a lo largo de este modesto ensayo: con la realidad de «ellos».

El mismo interrogante vale para ambos casos: ¿Por qué debe mantenerse en silencio la realidad de los OVNI? ¿Por qué debe mantenerse en silencio la realidad conocida por las hermandades secretas?

Ya el consejo dado por el célebre papiro Harris rezaba: «¡Cerrad las bocas!», y Fulcanelli da fin a uno de sus dos libros recomendando que «en la Ciencia, en el Bien, el Adepto debe siempre CALLAR» [125].

Vimos a Isis y a Ceres al hablar de Orejona y de las vírgenes negras. Los griegos, al igual que los egipcios en el culto a Isis, guardaban un silencio absoluto sobre los misterios del culto de Ceres. La revelación del secreto de estas prácticas a los profanos se castigaba con la muerte.

Pauwels y Bergier razonan de este modo: «Es posible que lo que llamamos esoterismo, cimiento de las sociedades secretas y de las religiones, sea el residuo difícilmente comprensible y manejable de un conocimiento muy antiguo, de naturaleza técnica, que se aplica a la vez a la materia y al espíritu»; y apuntan hacia el probable peligro que entraña para toda la Humanidad el supuesto de que estos conocimientos llegaran a manos irresponsables [126].

En un editorial del número de julio/agosto de 1963 del desaparecido boletín *Informationen* de la «Gesellschaft für Interplanetarik “Austria”», leemos: «Existe en la Tierra un mito que se adaptaría a los propósitos de los “espaciales” y bajo cuya influencia podría dar resultado el reclutamiento de “ayudantes”. Desde siempre.

»Nos referimos aquí a una sociedad que hace siglos ya se vanagloriaba de preparar la reforma de “todo el ancho mundo” y cuyos miembros no sólo eran reunidos en una “fortaleza suspendida en el aire”, sino que se ocupaban del “trabajo” en todo el Sistema Solar y poseían además “mil piezas” que harían palidecer de envidia a nuestros técnicos actuales.

»El nombre de esta sociedad no viene al caso..., pero la posibilidad de su existencia sigue siendo de interés. Como caso típico, como ejemplo.»

Con el estudio de los OVNI «estamos rozando el ocultismo, la doctrina agnóstica, las teorías rosacrucianas, el budismo, la teosofía...», le dijo Gordon Creighton a Carlos Murciano.

«Henri Sérouya, en su estudio sobre la Kábala» —afirma por su parte Paul Misraki— «precisa que el conocimiento del *“carro” de Dios* (!) no debía jamás ser transmitido por escrito, sino sólo de manera oral a aquellos que se mostraran dignos, es decir, a un

pequeño grupo que había alcanzado previamente un grado de iniciación superior.»

El tema que nos ocupa ahora es complejo, tan universal —en concepto terrestre—, que únicamente tendremos ocasión de rozarlo furtivamente, y además de forma aparentemente bastante confusa. Intentaremos insinuarlo de la mejor manera posible.

Quetzalcóatl era en América —vimos su relación con los OVNI—, un agente unificador del Cosmos, cuyo signo era la cruz, que trajo riquezas y cultura desde oriente...

Existe una hermandad de filósofos herméticos, que se autodenominan inmortales, iluminados e invisibles, y afirman ser los agentes predestinados para la futura reforma general del Universo y para el establecimiento de la paz universal —obsérvense los paralelismos con Quetzalcóatl—, cuyo signo es la rosa y la cruz, y de la que un libro de Valentin Andreae [127] cuenta que fue fundada —la leyenda no debe ser histórica, pero obedece sin duda a una intención concreta— por un tal Christian Rosenkreuz, que trajo sus conocimientos desde el Oriente...

Es la misma sociedad de que nos hablaba el editorial citado del boletín *Informationen*, afirmando de ella que sus miembros eran convocados en una fortaleza suspendida en el aire.

El historiador Serge Hutin escribe de esta sociedad que constituye la colectividad de los seres llegados a un estado superior a la humanidad corriente, «poseedores por ello de los mismos caracteres interiores que les permiten reconocerse entre ellos».

Surge la pregunta: ¿Son determinadas hermandades secretas, herméticas, las encargadas de mantener el contacto —siempre— entre la humanidad terrestre y «ellos»? ¿Son sus miembros —ya sea consciente o inconscientemente— los auténticos «hombres-contacto»? ¿Tuvo relación con ellas, por ejemplo, el ingeniero John C. Houbolt?

Soberano Príncipe Rosa Cruz o Caballero Rosa Cruz es el título de quienes han alcanzado el grado 18 de una importantísima

hermandad que «sirviéndose de símbolos tomados principalmente del oficio de albañil y de la arquitectura, trabaja para el bienestar de la Humanidad» y «aspira a la paz universal». También sus miembros miran hacia el Oriente.

Alcanzado el grado 25, se adquiere la categoría de Caballero de la Serpiente de Bronce o de Airain —recordemos lo dicho de las serpientes—. Este grado está dedicado a conmemorar la serpiente de bronce que apareció ante los israelitas sobre el monte Sinaí. Dice además la leyenda que el nombre del Ser Supremo, revelado desde su *aparición sobre el monte Oreb en un triángulo radiante*, se conservaba por tradición, pronunciándose una vez al año solamente ante aquellos que podían oírlo. Recordemos aquí lo que Henri Sérouya nos precisaba algunos párrafos más arriba sobre el conocimiento del «carro de Dios».

Previamente, en el grado 24, se es Príncipe del Tabernáculo, y se recibe la explicación del gran símbolo que representa el doble triángulo de Salomón.

Con el grado 27 se es Gran Comendador del Templo. Hemos dedicado mucha atención al templo al comienzo de este ensayo.

Observemos que los miembros de esta hermandad invocan al «Gran Arquitecto del Universo».

Los oscuros orígenes de la hermandad se han visto relacionados con los misterios religiosos de la India y de Egipto, y con la secta de los esenios, a la cual, por otro lado, se le atribuyen los textos de Qumran, ya mencionados. Los esenios parece que tenían también ciertos signos y palabras para poder reconocerse entre sí, sólo admitían a los nuevos adeptos después de varias pruebas, celebraban reuniones secretas debiendo no revelar a nadie los secretos de la secta, y entregaban a los neófitos un martillo y un mandil blanco en señal de admisión.

Volviendo a nuestra hipótesis del templo, cabe apuntar la estrecha relación existente entre la hermandad citada y las ya mencionadas *Bauhütten* cubiertas —para mantener a cubierto su

actividad interna— que se instalaban en el medievo junto a los solares en que se construía una catedral.

También podemos mencionar aquí a la Orden del Temple. «¿Trajeron de Jerusalén, como se ha dicho, arcanos de artesanía antiquísima en lo que se refiere a la arquitectura? ¿Influyó en ellos la visión del antiguo templo de Salomón, reconstruido en mezquita, con su planta octogonal? ¿Hubo, además, alguna sabiduría matemática escondida que el Occidente no conocía, entre los muchos documentos, folios y papiros que los cruzados hallaron en la Ciudad Santa? ¿Venía todo ello a través de Israel, desde el antiguo Egipto? Todo es conjetura sobre estos aspectos. La alquimia pareció ser otro de los renglones favoritos de la Orden. ¿Pero qué era la alquimia sino un intuitivo tanteo de lo que hoy es asignatura corriente en las Universidades? El vulgo llamaba magia con un cierto tono entre temeroso y admirativo a estas investigaciones, reservadas únicamente a los iniciados, como hoy ocurre con los expertos nucleares, también al abrigo del riguroso secreto oficial...» «Pero el poderío económico, las exenciones, el monopolio de ciertas transacciones, todo ello llevaba fatalmente al choque con el Estado, es decir, con la Corona de Francia. Allí acabó el Temple. Allí también comienza su misterio. Reservado fue todo: los procesos, los interrogatorios, el secuestro de sus bienes por el Monarca; las mil y una acusaciones que se formularon contra los caballeros de la Orden en sus distintos grados y jerarquías...» «... veraces historiadores aseguran que la obra persistió en la sombra hasta desembocar por vías recónditas en los albañiles del otro templo: el de la masonería» [128].

Bien, hemos entrado en una fase interesante: las hermandades secretas, herméticas, tienen algo muy importante que ver con la construcción de edificios sagrados. Templarios, albañiles, maçons... Y el templo, el edificio sagrado, se nos aparecía como inspirado en un aparato volante de la divinidad, en un aparato volante de «ellos»; después de un variado recorrido, las últimas páginas de este ensayo se relacionan así directamente con las primeras, con la exposición

de nuestra hipótesis sobre el origen del templo, del edificio sagrado, del albergue móvil —inmovilizado en su reproducción pétrea— de las «divinidades».

Los maçons son los posaderos de la divinidad, y en su grado de Maestro se le cuenta al recipiendario la leyenda o tradición de Hiram, en la cual se indica el origen de la hermandad. Resuelto Salomón a edificar el Templo, aparece en escena Hiram, el arquitecto conocedor de los secretos de la construcción del edificio sagrado. Nace la hermandad con estos dos personajes: Hiram y Salomón. Y nace con el secreto de la construcción del Templo. Es lo que nos interesa aquí.

Prosigamos, pues, en nuestra incesante búsqueda de posibles conexiones.

La unión de los dos triángulos del fuego y del agua, o del azufre y del mercurio reunidos en un solo cuerpo, engendra el astro de seis puntas, el Sello de Salomón, jeroglífico de la Obra por excelencia y de la Piedra Filosofal realizada. Fulcanelli nos relata que este Sello de Salomón es la misma Estrella de los Magos, ya estudiada. Hemos analizado la magia *cósmica* de su aparición. Los autores antiguos la llaman también Sello de Hermes.

2. UN POCO DE CÁBALA

Aparece íntimamente ligada a todo esto la cábala fonética.

Vimos cómo Swift nos hablaba de los satélites de Marte y de la isla volante que basaba su movimiento en las leyes del magnetismo, y dijimos de él que era un iniciado en los conocimientos que proporcionaba el Gay saber, la Gaya ciencia, o sea, el argot, la cábala hablada [129].

Nos informa Fulcanelli de que los argotiers, los que utilizan el argot (lengua particular de todos los individuos que tienen interés en comunicar sus pensamientos sin ser comprendidos por los que les rodean), lengua en que se expresaban todos los iniciados, son descendientes herméticos de los argonautas, los cuales mandaban la nave Argos en busca del Vellocino de Oro. Ya vimos a la nave Argos al hablar de los dióscuros Cástor y Pólux, brotados a la vida de huevos celestes.

Hablaban esta lengua los frimasons de la Edad Media, que edificaron los templos argóticos, las obras de *art goth* o de *argot:* las catedrales góticas (volvemos a lo dicho de las Bauhütten). «También ellos, estos *nautas* constructores, conocían el camino que conducía al Jardín de las Hespérides.»

Y ya que hablamos aquí de nautas, bueno será hablar también de la concha de Santiago, del «señor Yago de *compos stella*», que dispensa ayuda, luz y protección. De la citada concha nos dice Fulcanelli que «la llevan místicamente aquellos que emprenden la labor y tratan de obtener la estrella *(compos stella)*»... «tienen que realizar, con el cordón por guía y la concha por insignia, este largo y *peligroso* recorrido, una de cuyas mitades es por vía terrestre y la otra por vía marítima. Deben ser ante todo peregrinos, y, después, *pilotos*». ¿Pilotos? En los pilares que decoran la credencia que se

puede admirar en la Mansión Lallemant, en Bourges, vieja ciudad del Berry, la susodicha concha está rematada por un desconcertante par de alas... ¿pilotos de naves capaces de volar? ¿Nautas voladores? Recordemos que el agua de que hablan los iniciados es un agua que no moja las manos; recordemos el Océano de Leche como nuestra Vía Láctea... El agua, el mar, el océano, se nos aparecen como denominaciones referidas al espacio y a sus «corrientes», a sus líneas de fuerza. Océano era, ya en la mitología griega, el espacio que rodeaba las tierras y los mares.

Termina la leyenda de los argonautas consagrando Jasón a Neptuno la nave Argos, que Minerva coloca en el *cielo* entre las constelaciones...

Y sería oportuno recordar que el emblema de la nave espacial «Apolo 12» representaba a un gallardo *bergantín* dando la vuelta a nuestro satélite... [130].

Volviendo a nuestra concha, apuntemos todavía que en otro de los motivos decorativos de la citada mansión, se puede ver a una concha grande de la que surgen, al parecer, otras conchas menudas... Es un fenómeno familiar para los que nos interesamos por el estudio de los OVNI.

Hablamos de los argonautas y de la cábala hablada. Y podemos observar que la voz «argonauta» nos remite a una familia de raíces que permite establecer interesantes relaciones para nuestro tema: sería la familia de las raíces arg- / arq- / arc / αρχ-; que relacionan entre sí a palabras tan interesantes para nuestro propósito como son el nombre de la nave *Arg*os, los *arg*onautas, la *arq*uitectura [131], el *arc*o que forma la cúpula vista en el primer capítulo del ensayo [132], lo *arc*ano (secreto), el *arc*a de Noé, αρχη (comienzo, origen, y en plural «potencias espaciales»), los *arc*ángeles..., etc., etc.

En la cábala numérica el número 9 es importante sin duda. En la hermandad antes aludida, a quienes adquieren el grado de maestro se les explica que al echarse de menos a Hiram, asesinado, Salomón ordenó que nueve maestros le buscasen. Nueve son los

maestros constructores de la bóveda secreta. El grado 13 versa sobre el encuentro del Nombre Indecible que Enoch escondió debajo de nueve arcos grabado en un delta o triángulo equilátero. En el grado 32 se revela el secreto real. En el centro de la sala del Gran Consejo, alumbrada con 81 luces (9 × 9) aparecen una serie de figuras geométricas concéntricas encerradas en un polígono de nueve lados. Es la figuración del campamento de los Príncipes del Real Secreto, que esperan el momento oportuno para reedificar el Templo.

Por otra parte, leemos en *Behind the Flying Saucers* [133] que la estructura del OVNI caído en manos del Gobierno norteamericano en Nuevo México se basaba igualmente en el número 9. Su anchura total era de $99^{99}/100$ pies. La línea vertical imaginaria desde la punta exterior del «ala» circular a la base medía 27 pulgadas [134]. La cabina tenía un diámetro de 18 pies y una altura de 72 pulgadas, sobresaliendo exactamente 45 pulgadas de la cabina por encima del borde exterior del artefacto. Con el segundo OVNI pasado a manos americanas en Arizona ocurre otro tanto. Medía 72 pies de diámetro, y descompuesto en sus distintos elementos se comprobó que seguía el llamado «sistema de los 9». Y en el mismo sistema basaba su estructura el tercer OVNI descendido en Paradise Valley, y que tenía un diámetro de 36 pies [135].

En nueve ciclos se forma el ser humano.

En el simbolismo de los números sagrados, el 9, último de los números sagrados, propios de los entes divinos, superiores, frente a los humanos, se consideraba como número completivo de la vida humana y del Cosmos.

Nuestras matemáticas se construyen sobre una serie-base de nueve números, completados por el símbolo neutro representado por el cero.

Entre las sociedades secretas debemos citar todavía una, muy importante, en la India, y que se remonta a la época del emperador Asoka. Es la sociedad secreta de los *Nueve* Desconocidos [136].

Etc., etc., etc.

Podríamos seguir hablando y hablando..., pero no es éste el propósito ni el objeto del ensayo como visión global de una probabilidad. Probabilidad en la que podríamos mencionar también a Cyrano de Bergerac, gran conocedor de la cábala, y que describe, por ejemplo, un cohete de tres fases, tal como hoy son lanzados desde Cabo Kennedy [137].

Sería interesante reenfocar con nuevos ojos la procesión que Josué hizo desfilar siete veces alrededor de Jericó, cuyas murallas se derrumbaron antes de la octava vuelta. «Jericó» deriva muy probablemente de *yãreah*, que significa Luna, con lo que tenemos que Jericó es la «ciudad de la Luna».

Pero el mismo tema lo encontramos en los cisnes que giran siete veces alrededor de Delos, naciendo, cuando aún no habían cantado por octava vez, Apolo. Nace Apolo para dominar a la Luna... Un mito que acaba de materializarle en nuestros días.

Sorprende la sucesión —es mera coincidencia que no deja de ser curiosa— de voces familiares a los cabalistas en el programa espacial americano: Araña, Águila, Apolo, Atlas, Mercurio, Saturno, Geminis...

Curioso sería también establecer el origen de la voz cúpula aplicada a la arquitectura. Tommaseo [138] dice que san Isidoro emplea *copla* en sentido arquitectónico; esta forma es variante del latín *copula*, unión. En nuestra hipótesis del templo, la parte superior de la *cúpula* en el edificio sagrado correspondería efectivamente a la parte del Módulo Lunar con que éste se a-cupula > a-copula > a-copla al Módulo de Mando.

Interesante sería el estudio, con nuevas ideas, del motivo de la cocción filosófica representado en el «Pórtico del Salvador» de la catedral de Amiens. Fulcanelli advierte que el campanario es el horno secreto que encierra el huevo filosofal, que a su vez es el receptáculo de que hablan los iniciados. Hemos tratado el tema del huevo como vehículo celeste. Aparecía emparentado con la flor; también conocen los iniciados la Flos Coeli.

Podríamos repasar también el ciclo de romances de la *Table Ronde*, «leyendas herméticas que aluden directamente a la transmisión de los conocimientos científicos antiguos»; es sólo una indicación, que sospechamos acabaría por profundizar el tema del Grial y nuevamente el de las llamadas «apariciones marianas».

Digno de estudio nos parece el tema de las Pléyades. Su nombre proviene del griego πλειν, navegar. Figuran entre estas estrellas *Maia* y *Atlas*.

Ahora bien, *Maia* [139], amada de Zeus —vimos la correspondencia de Zeus (Theos) con la voz *Teo-* aplicada a lo divino por los aztecas, íntimamente vinculados con la gran familia maya— tuvo con éste a Hermes, el mensajero alado de los dioses, portador del mismo nombre que aquel Hermes que daría lugar a la filosofía hermética de que estamos hablando. *Maia* era la hija mayor de *Atlas*. *Atlas* era hijo de Japeto y de una hija de Océano. *Atlas*, a su vez, se casó con la oceánida Pleyone, de cuyo matrimonio nacieron las Pléyades [140]. Pero resulta que la raíz *atl* del nombre *Atlas* se encuentra también en el idioma náhuatl —hemos hablado mucho, por ejemplo, de Quetzalcóatl— de los aztecas, vinculados como dijimos a los *mayas*, en relación con la divinidad y significando «agua».

Sabido es además que *Atlas*, en la mitología griega, fue castigado por Zeus a sostener sobre sus hombros la bóveda celeste. Pues bien, en el códice Borgia hallamos la misma figura en la imagen de *Atlanteotl*, antigua representación preamericana, que lleva el cielo sobre su cabeza.

Lleno está el mundo de coincidencias.

Según la mitología preincaica, los dioses han descendido de la constelación de las Pléyades. Uno de los corredores de la pirámide egipcia de Keops dijimos que recogía la luz de las Pléyades. También hemos hablado de Stonehenge. Hecateo, historiador del siglo VI, habla del dios que se aparecía en Stonehenge: «Durante la estación en que se aparece el dios (Apolo), toca el arpa y danza

todas las noches, desde el equinoccio de invierno hasta la salida de las Pléyades, complacido por su propio éxito.»

Por otra parte, entre las muchas etimologías del nombre de María, destaca la de Zorell, que deriva el nombre de la María nacida en Egipto, la hermana de Moisés, del egipcio *mrí.t* + *yãm* (segundo elemento = Yahvéh), o sea, «amada de Yahvéh». Amada de Zeus era Maya y mayo es el mes de María.

Tenemos luego la traducción jeronimiana latina del hebreo *miryam* por «stilla maris», «gota del mar». Volvamos ahora a los iniciados y veamos que hablan del «Rocío de Mayo» humedad vivificadora del mes de María. Thomas Corneille [141] añade que los grandes maestros de una de las hermandades citadas se hacían llamar Hermanos del Rocío Cocido (F.R.C., Frères de la Rosée-Cuite).

Cambiemos de tema. El grado 25 en la otra hermandad corresponde al de Caballero de la Serpiente de Bronce o de Airain. Bastante hemos hablado del tema de la serpiente, ésta —reparemos en ello— es de bronce, de metal.

La voz *airain* está emparentada con *airagne* (airañe). Es curioso que el alquimista «necesita el hilo de Ariadna (*Ariane* es una forma de *airagne*, por metátesis de la *i*) si no quiere extraviarse en los meandros de la Obra y verse incapaz de encontrar la salida».

Es curioso observar que los *mayas* creían —como cita ya N. Rinin [142]— que en épocas remotas sus dioses descendieron del cielo por una telaraña. «En distante y oblicua vinculación con ella» —dice Zaitsev— «puede situarse la visión jacobina de la escalera que conducía al reino celestial.» También en el antiguo Egipto existía la creencia de que se ascendía al cielo por una escalera.

En la llanura de Nazca, en el Perú, se observa desde el aire la enorme figura de una araña. En collares y grabados abunda en la América central y meridional el tema decorativo de la araña.

Retrocedamos a la formación de la palabra. A‘ρω significa, como observa y relaciona Fulcanelli, «tomar, asir, arrastrar, atraer, de

donde se deriva ‘ρην, lo que toma, ase, atrae»... «α‘ρην es el imán»... «en provenzal, el hierro se llama aran o iran»... «es Hiram, el divino Aries, el arquitecto del Templo de Salomón». La voz griega Σιδηρος significa *hierro* e *imán*. De la misma voz deriva el latín *sidus, sideris*, estrella.

En el magnetismo parecen basarse los OVNI. Del magnetismo habla la obra de Fulcanelli. Hoy se tienen pruebas de la existencia de campos magnéticos galácticos.

Pero decidámonos ya por el punto final. El etcétera es interminablemente largo. Doctores tiene la Ciencia para labrarse su camino. Nuestra impresión personal ahora y aquí, es que mucha coincidencia sería que las coincidencias no pasaran de ahí, de simples coincidencias.

CONCLUSIÓN

Hemos intentado plantear una visión de la importancia que tiene para nosotros el fenómeno OVNI, partiendo de uno de los enfoques primarios que nos brinda el estudio de los mismos, ya que consideramos que pretender estudiarlos a partir de la primera visión públicamente conocida de la época actual, la que tuvo Kenneth Arnold en 1947, sería tan torpe como intentar estudiar la propia historia de la Humanidad a partir de la misma fecha. Esta actitud nos limitaría extraordinariamente y nos privaría de datos del conjunto del fenómeno, necesarios a todas luces para intentar siquiera el estudio coherente y consecuente de los OVNI.

Nuestra exposición ha sido breve, sencilla y —lo reconocemos— superficial. Con lo que queremos decir que queda un campo inmenso por profundizar. Cada uno de los temas insinuados implica materia para más de un libro monográfico; la intención de este ensayo no ha sido otra que la de señalar someramente una relación de conjunto. No hemos pretendido aclarar, sino *insinuar*, y con ello abrir nuevas sendas de estudio; marcar, en una palabra, un estímulo de búsqueda.

Y dejar bien sentado que por mucho que nos quieran recomendar una opinión, todo es siempre y únicamente según el color del cristal... y colores nos consta que hay varios, aparte del que nos pintan. Y aparte del que nosotros pintamos en este ensayo.

La opinión que particularmente hemos sacado de esta relación de conjunto es que pueden acaso establecerse las siguientes etapas generales en nuestro contacto con seres extraterrestres:

—Una primera etapa de —hablamos siempre en un plano hipotético— «conformación» del *Homo sapiens*.

—Posiblemente un «transbordo» de un punto *x* al planeta Tierra.

—Un posible cruce con seres de otra raza.

—Una etapa de apariciones y manifestaciones conducentes a despertar en el hombre primitivo el concepto de la existencia de seres superiores a él (Prehistoria).

—Una etapa de entrega al hombre de unas normas a seguir, destinadas a prepararle para la toma de contacto futura —una vez alcanzado el nivel correspondiente— con los seres extraterrestres. Ayudas varias e indicaciones prácticas (trigo, maíz, telar, astronomía, nociones sociales, higiene, etc., etc.), acompañadas del establecimiento de las religiones.

—Una etapa de transmisión —velada— de las normas recibidas (religiones, sociedades secretas, etcétera, apoyadas por manifestaciones y apariciones esporádicas, encaminadas a conservar latente la idea de la existencia de «algo superior»).

—Una etapa de desciframiento práctico de las normas dadas, etapa que acaso estemos comenzando a vivir.

—Un contacto definitivo (?) con las razas que nos instruyeron (en casi todas las religiones se habla del esperado gran contacto futuro, que está por venir).

La consecución del nivel cósmico adecuado implica seguramente —según se deduce de la actuación de «ellos»— la condición de que el hombre llegue a descifrar por sí mismo las claves veladas que le han sido proporcionadas. Digamos que es una especie de «entreno» para las facultades humanas, que el hombre naturalmente debe desarrollar por sí mismo. De no ser así, la ayuda, las indicaciones, serían más directas, más claras, más aceleradas.

«Bajad el telón, la comedia ha terminado», fue lo último que en vida dijo Rabelais. ¿Llegará la Humanidad a aplicarlo algún día?

Para complementar estas conclusiones y situar aún más al hombre en su verdadero sitio, vamos a citar unas reflexiones del

investigador mexicano Ignacio Magaloni Duarte en su libro *Educadores del mundo*, una de las obras más edificantes que hemos tenido ocasión de leer:

«Hay una realidad indudable: la evolución cósmica. Todo evoluciona...» «La cultura preamericana, por observación milenaria comprendió que el ser humano *es cosmos;* y todas las entidades en el Cosmos forman una organización comunal.

»Nos hacemos la pregunta: ¿Por qué el preamericano se sintió cosmos? Una contestación inmediata viene al pensamiento: ¿Qué otra cosa podemos ser?»

Y se sigue preguntando Magaloni: «¿Es completamente ilícito empezar a intuir que *de alguna manera* en la vida del ser humano rigen las leyes del Cosmos?...» «Hay una irrefutable afirmación: el hombre es cosmos. Intencionalmente no decimos que el hombre es cósmico: es cosmos. Una gota de agua no es acuática: es agua...» «En apoyo de estas ideas extractamos a continuación algunos párrafos de Jean Charon en *El hombre y el cosmos:*

»"El hombre se halla en contacto estrecho con su medio: la física actual nos enseña que las partículas elementales que constituyen toda la materia no deben ser consideradas como separadas del resto del Cosmos, sino como objetos que, especialmente por lo que se llama su campo (de gravitación, electromagnético o nuclear) son *coextensivos* con todo el Universo. Y por tanto el hombre está unido de alguna manera con todo el Cosmos. Se halla en relación constante con lo que se podría llamar el medio cósmico. Este medio cósmico que representa lo esencial de lo que existe, debe también *matizar* y actuar en el yo personal consciente del individuo. Pero su influencia es menos evidente, se sitúa en las regiones más o menos inconscientes.

»"Yo no puedo esperar más que trazar aquí un *mapa*. ¿Cuáles son los verdaderos imperativos que rigen la evolución cósmica? Con el fin de evitar una vez más la caída en la pura metafísica, vamos a atenernos, todo lo posible, a nuestros conocimientos científicos actuales. Iremos de lo simple a lo complejo. Indagaremos cómo lo

elemental se halla condicionado en su comportamiento por el medio cósmico. ¿Qué es lo que condiciona el comportamiento de una partícula elemental como un protón, un neutrón, o un electrón? Como hemos dicho, la física moderna nos enseña que a una partícula no se le puede considerar como un objeto aislado en el espacio, sino como un ser coextensivo con todo el espacio. Así, un protón posee a su alrededor, extendiéndose hasta el infinito, a la vez un campo electrostático y un campo gravitacional, y estos campos son enteramente solidarios en la partícula misma. En realidad y para repetir una expresión de Albert Einstein, la partícula no es sino una región más *densa* de un campo que, por otra parte, se extiende por todo el Universo. Así, un protón actúa sobre cualquier otra partícula del Universo, por alejada que esté. Por supuesto, el efecto de esta acción disminuye con la distancia, pero nunca es rigurosamente nulo. Se percibe así una especie de proyección de la partícula en todo el Cosmos, proyección que constituye una relación del Uno con el Todo. Por otra parte, a la inversa, cualquier partícula del Universo actúa igualmente sobre el protón que hemos considerado. Una vez más, este efecto disminuye con la distancia pero nunca es nulo. Se distingue así la inversa relación del Todo con el Uno. Y en definitiva son estos dos tipos de relación los que condicionan el comportamiento de nuestro protón. Su acción sobre todo lo exterior y la acción de todo lo exterior sobre él.

»”¿No es esta interrelación la base misma de un acto psíquico cualquiera que sea? Todo el comportamiento de un ser humano, ¿no está continuamente condicionado por conexiones establecidas entre este ser, otros seres y todo el Cosmos?”»

Efectivamente, añadimos nosotros: el hombre no es más que una determinada forma que ha adoptado el cosmos. Nada desaparece, nada aparece; nada se destruye, nada se crea. Todo es únicamente variación, estados cambiantes, de un mismo Uno, que es a la vez Todo; llamémosle Cosmos.

En esa metamorfosis cósmica, el hombre terrestre está viviendo hoy —en cuanto unidad física de raza— el primer paso de su

mutación de raza terrestre en raza cósmica. ¿Cuántas mutaciones más debe sufrir hasta llegar a su estado cósmico último, definitivo? ¿O es que acaso nunca deba alcanzar ese estado definitivo? ¿Acaso su estado definitivo es precisamente el cambio eterno? Son éstos, enigmas para el futuro.

Frente a esta infinita incógnita cósmica del hombre, frente a esta infinita incógnita de lo que es en sí el Cosmos, este ensayo no pretendió sino intentar ver si nuestro pasado inmediato sobre la Tierra ofrece indicios de una preparación —nos limitamos al ámbito tecnológico y somos conscientes de que paralelamente actúan otros planos, otros niveles, otras *dimensiones*— que nos arrastra a un futuro en el que ascenderemos del nivel de habitantes de la Tierra, al nivel inmediato de habitantes del Espacio. El libro, así, no analiza más que una gota de agua, perdida en el océano. Pero resulta que se trata precisamente de nuestra gota particular, inmediata. Es la que creímos que *ahora* tocaba analizar. Y así lo hemos intentado.

La duda, sin embargo, sigue ahí; delante nuestro.

BIBLIOGRAFÍA

Adamski, George, *Flying Saucers Have Landed*. Londres. T. Werner Laurie, 1954.

Adamski, George, *Inside the Space Ships*. Londres. Neville Spearman.

Die Alchimie des Geber (übersetzt und erklärt von Dr. Ernst Darmstaedter). Berlín. Julius Springer-Verlag, 1922.

D'Alesio, C., *Dei e Miti*. Milán, 1954.

Alexander, T., *Project Apollo: Man to the Moon*. Nueva York. Holper, 1964.

Alfonso, Dr. Eduardo, *La Atlántida y América*. Madrid. Cultura Clásica y Moderna.

Almeida, A., *El consultor del masón*. Madrid, 1883-1884.

Allcroft, A. Hadrian, *The Circle and the Cross*. Londres. Macmillan & Co., 1917.

Allen, T., *Ocurrences of Pyramid Tests*. Chicago, 1950.

Allen, W. Gordon, *Space-Craft from Beyond Three Dimensions*. Nueva York. Exposition Press Inc., 1959.

Andreae, Johann Valentin, *Fama fraternitatis des löblichen Ordens der Rosenkreuz*. Cassel, 1614.

Andreae, Johann Valentin, *Konfession der Societät der Rosenkreuz*. Cassel, 1613.

Angelucci, Orfeo, *The Secret of the Saucers*. Wisconsin. Amherst Press, 1955.

Anglada Font, Luis, *La realidad de los OVNI a través de los siglos*. Kier, 1969.

Aniceto, Francisco, *Los visitantes del Espacio*. Buenos Aires. Edic. Continente, 1959.

Ansault, Abate, *La croix avant Jésus-Christ*. París. Retaux, 1894.

Aréjula, Francisco, *Hacia una física de los OVNI*. Barcelona, 1973.

Arnold, Kenneth, y Palmer, R. A., *The Coming of the Saucers*. Wisconsin. Amherst, 1952.

Barker, Gray, *Das Buch über Adamski*. Wiesbaden-Schierstein. Ventla-Verlag.

Barker, Gray, *They Knew Too Much About Flying Saucers*. Nueva York. University Books Inc., 1956.

Barnett, Lincoln, *El Universo y el Dr. Einstein*. México, D. F. Fondo de Cultura Económica.

Beltrán del Alisal, *El antiguo Egipto*. Barcelona, 1962.

Bellamy, Henry S., *Built Before the Flood - The Problem of Tiahuanaco*.

Bellamy, Henry S., *El mito de la Atlántida*.

Benavides, Rodolfo, *Dramáticas profecías de la Gran Pirámide*. México. Editores Mexicanos Unidos, 33.ª edición, 1972.

Benavides, Rodolfo, *La visita del muerto*. México. Editores Mexicanos Unidos, 3.ª edición, 1970.

Bender, Albert, K., *Flying Saucers and the Three Men*. Clarksville W. Va. Saucerian Books, 1962.

Bergier, Jacques, y el grupo INFO, *Le livre de l'inexplicable*. París. Éditions Albin Michel, 1972.

Bergua, Juan B., *Mitología universal*. Madrid, 1960.

Bethurum, T., *Aboard a Flying Saucer*. Los Ángeles. De Vorss & Co., 1954.

Betz, O., *Offenbarung und Schriftforschung der Qumrantexte*. Mohr, 1960.

La Biblia (versió dels textos originals i comentari pels monjos de Montserrat). Monestir de Montserrat, 1955.

Bigarne, *Considérations sur le culte d'Isis chez les Eduens*. Beaune, 1862.

Bingham, Hiram, *Machu Picchu, la ciudad perdida de los incas*. Santiago de Chile. Ediciones Zig-Zag, 1949.

Biraud, François, y Ribes, Jean-Claude, *Le dossier des civilisations extra-terrestres*. París. Librairie Fayard, 1970.

Blagonravov, A. A., *Collaboration Between the USSR and the United States in Space Research* (traducción de «Vestnik Academii Nauk SSSR», n.º 10, 1964; Moscú). Washington, D. C. Joint Publications Research Service, 1965.

Bloomfield, L. P., *Outer Space. Prospect for Man and Society*. Londres. Pall Mall Press, 1968.

Blumrich, J. F., *Da tat sich der Himmel auf*. Düsseldorf. Econ-Verlag, 1973.

Boladeras, Miguel, *Mitologías del antiguo Egipto*. Barcelona. Ediciones Telstar, 1967.

Boos, H., *Geschichte der Freimaurerei*. Aarau, 1894.

Bowers, R. W., *Free-Masonry and the Tabernacle and Temple of Jews*. Herne Bay, 1899.

Branston, Brian, *Mitología germánica ilustrada*. Barcelona. Vergara Editorial, 1960.

Braun, Wernher von, *Space Frontier*. Nueva York. Holt, 1967.

Braun, Wernher von, *The Next 20 Years of Interplanetary Exploration*. Huntsville. Marshall Space Flight Center, 1965.

Brown, B., *The Wisdom of the Egyptians*. Nueva York, 1923.

Brown, R. H., *Stellar Theology and Masonic Astronomy*. Nueva York, 1882.

Bruno, Giordano, *Dell'Infinito, Universo e Mondi*, 1584.

Buck, J. D., *Mystic Masonry or the Symbols of Freemasonry*. Cincinnati, 1887.

Buelta, Eduardo, *Astronaves sobre la Tierra*. Barcelona. Ediciones Oromí, 1955.

Burrow, M., *Mehr Klarheit über die Schriftrollen*. Beck, 1958.

Busson-Leroy, *Les derniers secrets de la Terre*. París. Éditions de la Table Ronde, 1955.

Cambriel, L.-P., François, *Cours de philosophie hermétique ou d'alchimie en dix-neuf leçons*. París. Lacour et Maitrasse, 1843.

Campbell, J., *The Mask of God, Primitive Mithology*. Londres. Secker & Warburg, 1960.

Carrouges, Michel, *Les apparitions de martiens*. París. Fayard, 1963.

Casals, Esteban, *Misterio en los aires*. Barcelona. Editorial Librería Salesiana.

Cerny, J., *Ancient Egyptian Religion*. Londres, 1952.

Cid, Carlos, *Mitología oriental ilustrada*. Barcelona. Vergara Editorial, 1962.

Clarke, Arthur, C., *Exploration of the Moon*. Nueva York. Harper, 1964.

Clarke, Arthur C., *La exploración del espacio*. Barcelona. EDHASA, 1960.

Clarke, Arthur C., *The Promise of Space*. Londres. Hodder and Stoughton, 1969.

Clavel, F. T. B., *Storia della massoneria e delle società segrete*, 1873.

Cleto, Fernando; Pereira, Nunes, *A Biblia e os discos voadores*. São Paulo. Artes Gráficas Bisordi, 1971.

Coombs, C., Proyect Apollo: *Mission to the Moon*. Nueva York. Marrow, 1965.

El Corán. Barcelona. José Janés, Editor, 1953.

Cordan, W., *Das Buch des Rates, Mythos und Geschichte der Maya*. Diederichs, 1962.

Correa Calderón, E., *Teoría de la Atlántida y otras historias fabulosas*. Madrid. Revista de Occidente, 1959.

Cottrel, L., *Die Schmiede der Zivilisation*. Diana, 1962.

Cowan, James, *Fairy Folk Tales of the Maori*. Londres. Withcombe & Tombs, 1935.

Cramp, L. G., *Space, Gravity and the Flying Saucer*. Nueva York. British Book Center, 1955.

Cumming, C. I., y Lawrence, H. R., *Technology of Lunar Exploration*. Nueva York. Academic Press, 1963.

Cyliani, *Hermès dévoilé*. París. F. Locquin, 1932.

Charles, J., *La religion sumrienne*. París, 1932.

Charon, Jean-E., *Los grandes enigmas de la astronomía*. Barcelona. Plaza & Janés.

Charon, Jean E., *Porquoi la Lune?* París. Éditions Planète, 1968. (Edición española: *La Luna y mañana*... Edit. Plaza & Janés.)

Charpentier, Louis, *El misterio de Compostela*. Barcelona. Plaza & Janés, 1973.

Charpentier, Louis, *Los gigantes y el misterio de los orígenes*. Barcelona. Plaza & Janés, 1971.

Charroux, Robert, *Histoire inconnue des hommes*. París. Robert Laffont.

Charroux, Robert, *Le livre des secrets trahis*. París. Robert Laffont, 1965.

Charroux, Robert, *Phantastische Vergangenheit*.

Danieliu, P., y Ducquaire, Henri, *Si los astros estuvieran habitados*...

Danyans de la Cinna, Eugenio, *Platillos volantes en la actualidad*. Barcelona. Editorial Pomaire, 1969.

Danyans de la Cinna, Eugenio, *Platillos volantes en la antigüedad*. Barcelona. Editorial Pomaire, 1967.

Danyans de la Cinna, Eugenio, *Protohistoria de los OVNIS*. Barcelona. «Las dos astronáuticas», 1963.

Davidson, D. S., *Aboriginal Australian Rock Carvings and Paintings*. Filadelfia. American Philosophical Society, 1963.

Däniken, Erich von, *Aussaat und Kosmos*. Düsseldorf. Econ-Verlag, 1972.

Däniken, Erich von, *Erinnerungen and die Zukunft*. Düsseldorf. Econ-Verlag, 1968.

Däniken, Erich von, *Meine Welt in Bildern*. Düsseldorf. Econ-Verlag, 1973.

Däniken, Erich von, *Zurück zu den Sternen*. Düsseldorf. Econ-Verlag, 1969.

Delaporte, L., *La Mésopotamie. La civilisation babylonienne et assyrienne*. París, 1923.

Delaunay, *Manuel maçonnique*. París, 1821.

Dhorme, E., *La religion assyro-babylonienne*. París, 1910.

Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Madrid, 1632.

Ditfurth, Hoimar von, *Kinder des Weltalls*. Hamburgo. Hoffmann und Campe, 1970.

Dole, Stephen H., *Planetas habitables*. Barcelona. Editorial Labor, 1968.

Downing, Barry H., *Platillos volantes en la Biblia*. Barcelona. Editorial Pomaire.

Drake, Frank D., *Intelligent Life in Space*. Macmillan, 1962.

Drioton, Etienne, *Las religiones del antiguo Oriente*. Andorra, 1958.

Dupont, A., *Les écrits esseniens découverts près de la Mer Morte*. Payot, 1959.

Durrant, Henri, *Le livre noir des soucoupes volantes*. París. Éditions Robert Laffont, 1970.

Dussaud, R., *Notes de mythologie assyrienne*. París, 1903-1905.

Edwards, Frank, *Les soucoupes volantes*. París. Laffont, 1966.

Edwards, Frank, *Platillos volantes... aquí y ahora*. Barcelona. Editorial Plaza & Janés, 1971.

Einstein, Albert, *Grundzüge der Relativitätstheorie*. Vieweg, 1963.

Egyptian Collections. Londres. British Museum, 1930.

The Egyptian Museum. El Cairo. U.A.R. State Tourist Administration, 1963.

Emerson, E. R., *Indian Myths*. Londres. Trübner & Co., 1885.

Everyman's, *Dictionary of Non-Classical Mythology*. Londres, 1952.

Faber Kaiser, Andreas, *Cosmos - Cronología general de la astronáutica*. Barcelona. A.T.E., 1973.

Ferguson, J. C., *Chinese Mythology*. Boston, 1928.

Flammarion, Camille, *L'atmosphère*. París. Hachette, 1888.

Flinders Petrie, W. M., *The Religion of Ancient Egypt*. Londres, 1912.

Flying Saucers and UFO. Nueva York. Adrián B. López, 1969.

Fort, Charles, *The Book of the Damned*. Nueva York, 1919.

Fort, Charles, *The Book of the Damned*. Nueva York. Holt, 1941.

Fox, C. V. J., *The Pentagon Case*. Nueva York. Freedom Press, 1958.

Fragner, W., *Physik der Uraniden*. Munich, 1964.

Frau Abrines, Lorenzo, y Arús y Arderiu, Rosendo, *Diccionario enciclopédico de la masonería*. Barcelona. La Academia, 1891.

Freixedo, Salvador, *Extraterrestres y creencias religiosas*. Las Palmas. CIDEC-IFOVNI.

Fry, D. W., *The White Sands Incident*. Los Ángeles. New Age Publications Co., 1954.

Fulcanelli, *El misterio de las catedrales*. Barcelona. Plaza & Janés, 1967.

Fulcanelli, *Les demeures philosophales*. (Edición española: *Las moradas filosofales*. Editorial Plaza & Janés.)

Fuller, John, *El viaje interrumpido*. Barcelona. Plaza & Janés.

Fuller, John, *Incidente en Exeter*. Barcelona. Plaza & Janés, 1967.

Garcilaso de la Vega, Inca, *Comentarios Reales*.

Garreu, Charles, *Alerte dans le ciel*. París. Ed. Grand Damier, 1954.

Gaster, Theodor J., *Mito, leyenda y costumbre en el libro del génesis*. Barcelona. Barral Editores, 1973.

Gatland, K., *Manned Spacecraft*. Nueva York. McMillan, 1967.

Geheime Wissenschaften, colección de la Hermann Barsdorf Verlag. Berlín.

Girard, Rafael, *Esoterismo en el Popol-Vuh*. México. Editores Mexicanos Unidos, 3.ª edición, 1972.

Girvan, W., *Flying Saucers and Common Sense*. Londres. Frederick Muller, 1955.

Golosnitsky, *Life on Other Worlds*. Moscú, 1955.

González Lamadrid, Antonio, *Los descubrimientos del mar Muerto*. Madrid. Biblioteca de Autores Cristianos, 1972.

González Peña, Luis M., *Preguntas a la evolución*. Florida. Publicaciones Juventud.

González-Quevedo, Óscar, *El rostro oculto de la mente*. Santander. Sal Terrae, 1971.

González-Quevedo, Óscar, *Las fuerzas físicas de la mente*. Santander. Sal Terrae, 1970.

Gould, R. F., *A Concise History of Freemasonry*. Londres, 1903.

Grampolini, G., *La mitologia nella vita dei popoli*. Milán, 1937.

Graves, R., *Greek Myths*. Londres. Penguin Books, 1955.

Grillot de Givry, *Le grand oeuvre. París*. Chacornac, 1907.

Guieu, Jimmy, *Black-Out sur les soucoupes volantes* (Preface de Jean Cocteau). París. Éditions Fleuve Noir, 1965.

Guieu, Jimmy, *Les soucoupes volantes viennent d'un autre monde*. París. Éditions Fleuve Noir, 1954.

Guirand, F., *Mythologie générale*. París, 1935.

Hamlyn, Pau, *Egyptian Mythology*. Londres, 1966.

Hapgood, Ch. H., *Maps of the Ancient Sea Kings*. Filadelfia y Nueva York. Chilton Books, 1965.

Harlez, C. de, *«Avesta», livre sacré du Zoroastrisme*. París, 1881.

Hawins, Gerald S., *Stonehenge Decoded*. Londres. Souvenir Press, 1966.

Hayes, L. N., *The Chinese Dragon*. Shanghai. Commercial Press, 1923.

Heard, G. *Is Another World Watching?* Nueva York. Harper, 1950.

Heindel, M., *Die Weltanschauung der Rosenkreuzer*. Zürich.

Herlin, Hans, *El mundo de lo ultrasensorial*. Barcelona. Plaza & Janés.

Herrero, Pablo, *Los documentos del mar Muerto*. Barcelona. Editorial Mateu, 1963.

Heyerdahl, Thor, *La expedición de la Kon-Tiki*. Barcelona. Editorial Juventud, 1957.

Holland, T., *Freemasonry of from the great pyramid*. Londres, 1885.

Honoré, Pierre, *La leyenda de los dioses blancos*. Barcelona. Ediciones Destino, 1965.

Hynek, J. Allen, y McDonald, James, *La universidad y los platillos volantes*. Barcelona. Editorial Pomaire.

Jassenbach, J., *Die Freimaurerei, Ihre Geschichte, Tätigkeit und ihre Einrichtung*. Berlín, 1887.

Jens, Hermann, *Mythologisches Lexicon*. Munich. Wilhelm Goldmann Verlag, 1960.

Jessup, M. K., *The Case for the U. F. O*. Nueva York. Citadel Press, 1955.

Jung, Carl Gustav, *Flying Saucers* (A Modern Myth of Things Seen in the Skies). Londres. Routledge & Kegan Paul, 1958.

Jung, Carl Gustav, *Sobre cosas que se ven en el cielo*. Buenos Aires. Editorial Sur, 1961.

Jurado, Francisco, *Los platillos volantes*. Madrid. Moon.

Keller, Werner, *Was gestern noch als Wunder galt*. Munich. Droemer Knaur, 1973.

Kemper, Werner, *El significado de los sueños*. Madrid. Alianza Editorial, 1969.

Keyhoe, Donald E., *Flying Saucers from Outer Space*. Londres. Hutchinson & Co., 1954.

Kiss Maerth, Oscar, *El principio era el fin*. Barcelona. Barral Editores, 1973.

Kolosimo, Peter, *Astronaves en la Prehistoria*. Barcelona. Plaza & Janés, 1973.

Kolosimo, Peter, *No es terrestre*. Barcelona. Plaza & Janés, 1970.

Kolosimo, Peter, *Sie kamen von einem anderen Stern*. Wiesbaden. Limes-Verlag, 1969.

Kolosimo, Peter, *Tierra sin tiempo*. Barcelona. Plaza & Janés, 1969.

Krasovsni, V. I., *Space Collection of Articles*. (Traducción al inglés de «Kosmos», n.º 1, 1963; Moscú. Contiene, entre otros interesantes artículos, el titulado *Astronautics and Extraterrestrial Civilizations*). Ohio. Air Forces Systems Command, Foreign Technology Division, Wright-Patterson Air Forces Base, 1964.

Kraspedon, Dino, *My Contact with Flying Saucers*. Londres. Neville Spearman.

Kükelhaus, Hugo, *Urzahl und Gebärde*. Berlín. Alfred Metzner Verlag, 1934.

Laarss, R. H., *Das Geheimnis der Amulette und Talismane*. Leipzig. Wilhelm Hartung, 1919.

Varios autores, *La grande aventure de l'espace*. París. Éditions Rombaldi, 1967.

Landau, L. y Rumer, Y. *Qué es la teoría de la relatividad*. Madrid. Ricardo Aguilera Editor, Smar.

Langdon, S., *Semitic Mythology*. Boston, 1931.

Larrainzar, Manuel de, *¿Existe la fuente de la historia de México en los monumentos egipcios?*

Lavocat, *Procès des Frères et de l'Ordre du Temple*. París, 1888.

Lawrence, William L., *Nuevos horizontes de la ciencia*. México, D. F. Edit. Diana.

Lenglet-Dufresnoy, *Histoire de la philosophie hermétique*. París. Coustelier, 1742.

Leondes, C. T., y Vance, R. W., *Lunar Mission and Exploration*. Nueva York. Wiley, 1964.

Leslie, Desmond, *Flying Saucers Have Landed*.

Lévantovski, V., *En fusée vers la Lune*. París. Librairie du Globe.

Ley, Willy, *Domando el espacio*. Barcelona. Editorial Pomaire.

Ley, Willy, *Die Himmelskunde*. Düsseldorf. Econ-Verlag, 1965.

Ley, Willy, y Braun, Wernher von, *The Exploration of Mars*. Nueva York. The Viking Press, 1956.

Lhote, Henri, *Die Felsbilder der Sahara*. Zettner, 1958.

Lhote, Henri, *Hacia el descubrimiento de los frescos de Tassili*. Barcelona. Ediciones Destino.

El libro de los muertos (Literatura del antiguo Egipto; traducción y prólogo de Juan A. G. Larraya). Barcelona. José Janés, Editor, 1953.

Lilly, John C., *The Man and the Dolphin*. Doubleday.

Lissner, Ivar, *Civilizaciones enigmáticas*. Barcelona, 1959.

Lizerand, Georges, *Le dossier de l'affaire des templiers*. París. Édité et traduit, 1923.

Lockhart, J. G., *Mysteries of the Sea*. Londres. Philip Allan & Co., 1924.

Lockhart, J. G., *Strange Adventures of the Sea*. Londres. Philip Allan & Co., 1925.

Lockyer, *Stonehenge and other British Stone Monuments Astronomically Considered*, 1906.

Lohse, E., *Die Texte aus Qumran*; Kösel, 1964.

Lovell, A. C. B., *El individuo y el universo. Buenos Aires*. Compañía Fabril Editora.

Lovell, B., *The Exploration of Outer Space*. Nueva York, 1962.

Llaugé, Félix, *Misterios rusos del aire y del espacio*.

Lleget, Màrius, *ABC de la astronomía*. Barcelona. Plaza & Janés.

Lleget, Màrius, *La conquista del aire y del espacio*. Barcelona. Editorial Hispano-Europea, 1958.

Lleget, Màrius, *Marte, la vida en el Cosmos*. Barcelona. Editorial Picazo, 1971.

Lleget, Màrius, *Marte, nuestro planeta hermano*. Barcelona. Ediciones Telstar.

Lleget, Màrius, *Mito y realidad de los platillos volantes*. Barcelona. Ediciones Telstar, 1967.

Machado, P. Severino, *Los platillos volantes ante la razón y la ciencia*. Madrid. Gráficas Estades, 1955.

Mackenzie, Donald, A., *Myths of Pre-Columbian America*. Londres. The Gresham Publishing Co., 1926.

MacKenzie, Norman, *Sociedades secretas*. Barcelona. Luis de Caralt, 1971.

Magaloni Duarte, Ignacio, *Educadores del mundo*. México. Costa-Amic, 1971.

Maillard de Chambure, *Règles et Status secrets des Templiers*.

Malinowski, Bronislaw, *Los argonautas del Pacífico Occidental*. Barcelona. Ediciones Península, 1973.

Mallas, J., *Misterios de las civilizaciones muertas*. Barcelona. Ediciones Telstar, 1968.

Mallery, Arlington H., *América perdida*, 1951.

Manas, J. H., *Flying Saucers and Space Men*. Nueva York, Pyth Society, 1961.

Martin, C. N., *El cosmos y la vida*. Barcelona. Plaza & Janés.

Martin, C. N., *Les satellites artificiels*. París. Presses Universitaires de France, 1958.

Martin, Wilhelm, *UFO, Atomkräfte und unsere Zukunft*. Wiesbaden-Schierstein. Ventla-Verlag.

Mason, J. A., *Das Alte Peru*. Kindler, 1965.

Maspero, Gaston C. Ch., *Egipto y Asiria en la Antigüedad*. Madrid, 1913.

Maspero, H., *Mythologie chinoise*. París, 1928.

Matsumoto, N., *Essai sur la mythologie japonaise*. París, 1928.

Mauduit, Jacques A., *En las fronteras de lo irracional*. Barcelona. Plaza & Janés.

Mauduit, Jacques A., *40.000 ans d'art moderne*. París. Plon, 1954.

Mazière, Francis, *Fantástica isla de Pascua*. Barcelona. Plaza & Janés, 1972.

Menger, Howard, *From Outer Space to You*. Clarksville, W. Va. Saucerian Books, 1959.

Menzel, Donald H., *Flying Saucers*. Cambridge. Harvard University Press, 1953.

Menzel, Donald H., y Boyd, Lyle G., *The World of Flying Saucers*. Nueva York. Doubleday & Co., Garden City, 1963.

Mercer, S. A., *Étude sur les origines de la religion en Egypte*. Londres, 1929.

Mercer, S. A., *The Religion of Ancient Egypt*. Londres, 1949.

Michel, Aimé; Vallée, Jacques; Creighton, Gordon; Lorenzen, Coral; Ribera, Antonio, *Los humanoides*. Barcelona. Editorial Pomaire, 1967.

Michel, Aimé, *Los misteriosos platillos volantes*. Barcelona. Editorial Pomaire, 1963.

Michel, Aimé, *Lueurs sur les soucoupes volantes*. París. Mame Éditeur.

Michel, Aimé, *The Truth About Flying Saucers*. Londres. Robert Hale Ltd., 1957.

Michel, Aimé; Ribera, Antonio; Lehr, Georges y Paluzie, Antonio, *Los platillos volantes, pro y contra*. Barcelona. Martínez Roca, 1971.

Michell, John, *Los platillos volantes y los dioses*. Barcelona. Editorial Pomaire, 1968.

Miller, Max B., *Flying Saucers*. Los Ángeles. Trend Books Ltd., 1959.

Miranda, Enrique, *Visitantes del espacio*. Buenos Aires. Librería Perlado.

Misraki, Paul, *Les extraterrestres*. París. Plon, 1962.

Misraki, Paul, *Des signes dans le ciel (Les extraterrestres)*. París. Labergerie, 1968.

Moret, A., *Mystères égiptiens*. París, 1913.

Mourre, Michel, *Religiones y filosofías de Asia*. Barcelona. Zeus, 1962.

Murciano, Carlos, *Algo flota sobre el mundo*. Madrid. Editorial Prensa Española, 1969.

Mythologies de la Méditerranée au Gange. París. Larousse, 1963. (Edición en español, Editorial Planeta.)

Mythologies des steppes, des forêts et des îles. París. Larousse, 1963. (Edición en español, Editorial Planeta.)

N.I.C.A.P., *The UFO Evidence*. Washington. Richard H. Hall Editor, 1964.

Norman, Eric, *Bibel, Götter, Astronauten*. Munich. Wilhelm Heyne Verlag, 1972.

Novellana, Guillermo de, *Misterios del aire*. Barcelona. Plaza & Janés.

Oberth, Hermann, *Katechismus der Uraniden*. Wiesbaden-Schierstein. Ventla-Verlag.

Osborn, A. W., *El futuro es ahora*. Buenos Aires. Ed. Troquel.

Varios, *¿Otros planetas habitados?* Barcelona. Ediciones Picazo, 1971.

Otto, W., *Priester und Tempel*. Leipzig-Berlín, 1908.

OVNIS. Misterio y realidad. Barcelona. Ediciones Aura, 1969.

Page, Thornton, *Estrellas y galaxias*. Madrid. Editorial Mediterráneo.

Pahl, Jochim, *Sternenmenschen sind unter uns*. Munich. Kurt Desch, 1971.

Pakraduny, T., *Die Welt der Geheimen Mächte*. Tiroler Graphik, 1952.

Paluzie, Antonio, *Cómo se realizarán los viajes interplanetarios*. Barcelona. Rauter, 1959.

Pallenberg, Corrado, *Los secretos del Vaticano*.

Pauwels, Louis y Bergier, Jacques, *Der Planet der unmöglichen Möglichkeiten*. Berna, 1968. (Edición en español, *El planeta de las posibilidades imposibles*. Plaza & Janés.)

Pauwels, Louis, y Bergier, Jacques, *Le matin des magiciens*. París. Librairie Gallimard, 1960. (Edición en español, *El retorno de los brujos*. Plaza & Janés.)

Pauwels, Louis, y Bergier, Jacques, *La revolte des magiciens*. Zürich. Ferenczy Verlag, 1970. (Edición en español, *La rebelión de los brujos*. Plaza & Janés.)

Pedrajo, Manuel, *Los platillos volantes y la evidencia*, 1954.

Pirenne, Jacques, *Historia de la civilización del antiguo Egipto*. Barcelona, 1963.

Plantier, Jean, *La propulsion des soucoupes volantes per action directe sur l'atome*. París. Mame Éditeur, 1954.

Varios autores, *Platillos volantes en la historia del Arte*. Barcelona. Editorial Pomaire.

Plini el Vell, *Història Natural*. Barcelona. Fundació Bernat Metge, 1925.

Pochan, André, *El enigma de la Gran Pirámide*. Barcelona. Plaza & Janés, 1973.

Le Poer Trench, B., *The FSRs World Round-Up of UFO Sightings and Events*. Nueva York. Citadel Press, 1958.

Le Poer Trench, B., *The Sky People*. Londres. Neville Spearmann, 1960.

Poincaré, *La ciencia y la hipótesis*. Flammarion.

Anónimo, *Popol-Vuh*. Buenos Aires. Editorial Losada, 3.ª edición, 1973.

Portal, Frédéric, *Des couleurs symboliques*. París. Treuttel et Würz, 1857.

Le Progeon, A., *Sacred Mysteries among the Mayas. Freemasonry anterior to the Temple of Salomon*. Nueva York, 1889.

Prutz, H., *Entwicklung und Untergang des Tempelherrenordens*. Berlín, 1888.

Puig, Ignacio, S. I., *La pluralidad de los mundos habitados*. Barcelona, 1934.

Puig, Ignacio, S. I., *Los satélites rusos y americanos*. Barcelona. Ediciones Betis.

Quercy, Pierre, *Las alucinaciones*. Alcan.

Rampa, T. Lobsang, *El tercer ojo*. Barcelona. Ediciones Destino, 1967.

Rampa, T. Lobsang, *Beyond the Theth*. Londres. Corqui Books Transworld Publishers, 1969.

Rampa, T. Lobsang, *The Cave of the Ancients*. Londres. Corqui Books Transworld Publishers, 1963.

Rampa, T. Lobsang, *Doctor from Lhasa*. Londres. Souvenir Press Edition, 1959.

Rampa, T. Lobsang, *Historia de Rampa*. Barcelona. Ediciones Destino, 1966.

Raynaud de la Ferriere, Serge, *El libro negro de la francmasonería*. México. Editorial Diana, 1970.

Raynouard, *Monuments historiques relatifs à la condamnation des Templiers*.

Rebrov, M. y Khosine, G., *La lune nous attend*. París. Éditions de Moscou. Libraire du Globe.

Reiche, M., *The Misterious Markings of Nazca*. Nueva York, 1947.

Renaud, Bob, *Meine Fernseh-, Radio- und Direktkontakte mit Ausserirdischen*. Wiesbaden-Schierstein. Ventla-Verlag.

Renaud, Bob, *Meine Kontakte mit Ausserirdischen*. Wiesbaden-Schierstein. Ventla-Verlag.

Rhine, J. B., *El alcance de la mente*. Buenos Aires. Ed. Paidós.

Rhine, J. B., *El nuevo mundo de la mente*. Buenos Aires. Ed. Paidós.

Rhine, J. B., y Pratt, J. G., *Parapsicología*. Buenos Aires. Ed. Troquel, 1965.

Ribera, Antonio, *El gran enigma de los platillos volantes*. Barcelona. Editorial Pomaire, 1966 y Plaza & Janés, 1974.

Ribera, Antonio, *El problema de los objetos no identificados*. Barcelona. Las dos astronáuticas (Fascículo), 1963.

Ribera, Antonio, *Objetos desconocidos en el cielo*. Barcelona. Editorial Argos, 1961. (Obra agotada.)

Ribera, Antonio, *Platillos volantes ante la cámara*. Barcelona. Editorial Pomaire, 1969.

Ribera, Antonio, *Platillos volantes en Iberoamérica y España*. Barcelona. Editorial Pomaire, 1969.

Ribera, Antonio, *Proceso a los OVNI*. Barcelona. Edit. D.O.P.E.S.A., 1969.

Ribera, Antonio, y Farriols, Rafael, *Un caso perfecto*. Barcelona. Editorial Pomaire y Plaza & Janés, 1973.

Richardson, R. S., *Man and the Moon*. Cleveland. World Publishing, 1961.

Richmond, Carl (Màrius Lleget), *Einstein*. Barcelona. Plaza & Janés.

Ringgren, H., y Strom, A. V., *Les religions du monde*. París, 1960.

Rinin, N., *Comunicaciones interplanetarias, astronavegación; Anales y bibliografía*. Leningrado, 1932.

Ritchie, D. J., *Ball Lightmng*. A Collection of Soviet Research in English Translation. Nueva York. Consultant Bureau, 1961.

Rousseau, Pierre, *La vida extraterrestre*. Barcelona. Editorial Bruguera, 1972.

Royston Pike, E., *Dictionnaire des religions*. París, 1954.

Ruppelt, Edward, J., *The Report on Unidentified Flying Objects*. Nueva York. Doubleday & Co.

Ruyer, Raymond, *La cibernética y el origen de la información*. Flammarion.

Rüegg, W., *Kulte un Orakel im Alten Ägypten*. Artemis, 1960.

Rüegg, W., *Zauberei und Jenseitsglaube im Alten Ägypten*. Artemis, 1961.

Sáenz, Manuel, y Wolf, Willy, *Los sin nombre*. Santiago de Chile. Editorial Orbe.

Santos, Aurelio de, *Los evangelios apócrifos*. Madrid. Editorial Católica, 1963.

Sapárina, Yelena, *El hombre, animal cibernético*. Barcelona. Editorial Planeta, 1972.

Saunders, David A., *UFO's? Yes!*

Saurat, Denis, *La Atlántida*. Barcelona. Editorial Mateu, 1962.

Schuster, Georg, *Die Geheimen Gesellschaften*, Verbindungen und Orden. Leipzig, 1906.

Scott Elliot, W., *The Story of Atlantis*.

Scully, Frank, *Behind the Flying Saucers*. Nueva York. Popular Library, 1951.

Seemann, Otto, *Mitología ilustrada*. Barcelona. Editorial Vergara, 1960.

Sehrenck-Notzing, A. F. von, *Problemas básicos de la parapsicología*. Buenos Aires. Ed. Troquel, 1966.

Selechnikov, S. I., *Astronomía i Kosmonavtika*. Kiev. Naukova Dumka.

Sendy, Jean, *Ces dieux qui firent le ciel et la terre*. París. Robert Laffont, 1969.

Sendy, Jean, *La lune, clé de la Bible*. París. Éditions Julliard.

Sesma, Fernando, *Hablan los extraterrestres*. Madrid. SAEGE, 1966.

Sesma, Fernando, *La piedra de la sabiduría*. Madrid, 1956.

Sesma, Fernando, *Los platillos volantes vienen de otro mundo*. Madrid, 1955.

Sesma, Fernando, *Ummo, otro planeta habitado*. Madrid. SAEGE, 1967.

Sesma, Fernando, *Yo, confidente de los hombres del espacio*. Madrid. Editorial Tesoro, 1965.

Shelton, W., *Soviet Space Science Exploration*. Londres. Arthur Barker, 1968.

Shepley, *La guerra secreta en torno a la superbomba*. Plon.

Slovski, I. S., y Sagan, Charles, *Vida inteligente en el Universo*.

Simmons, Anthony (Antonio Ribera), *Platillos voladores*. Barcelona. Ediciones G. P., 1962.

Sinnet, A. P., *Stonehenge and the Pyramids*. Londres. The Theosophical Publishing House, 1893.

Smith, G. Elliot, *The Evolution of the Dragon*. Londres. Longmans, Green & Co., 1919.

Smith, Susy, *PES, Percepción extrasensorial*. Barcelona. Editorial Pomaire, 1966.

Spence, L., *Myths and Legends of Ancient Egypt*. Londres, 1917.

Spence, Lewis, *The Gods of Mexico*. Londres. T. Fisher Unwin Ltd., 1923.

Squire, C., *Mythology of the British Islands*. Londres. Blackie & Son, 1905.

Steiger, Brad, *Forasteros del espacio*. Barcelona. Editorial Pomaire, 1968.

Steinhäuser, Gerhard R., *Jesus Christus - Erbe der Astronauten*. Viena. Verlag Kremayr & Scheriau, 1973.

Stephen-Chauvet, Dr., *La isla de Pascua y sus misterios*. Santiago de Chile. Editora Zig-Zag, 3.ª edición, 1970.

Stewart, Oliver, *Danger in the Air*. Londres. Routledge y Kegan Paul, 1958.

Stine, G. Harry, *Satélites de la tierra y la carrera por la superioridad en el espacio*. Buenos Aires. Editorial Freeland.

Stoiko, Michael, *Proyecto Geminis*. Barcelona. Edit. Pomaire.

Stuart de Chevalier, Sabine, *Clef du sanctuaire philosophique*. París. Quillau, 1781.

Sullivan, Walter, *No estamos solos*. Barcelona. Edit. Noguer, 1965.

Sumner, F. W., *Das Kommende Goldene Zeitalter*. Wiesbaden-Schierstein. Ventla-Verlag.

Swift, J., *Viajes de Gulliver*. Barcelona. Editorial Ramón Sopena, 1965.

Tacker, L. J., *Flying Saucers and the U.S. Air Force*. Princeton, Nueva Jersey. D. Van Nostrand Co., 1960.

Talamonti, Leo, *Universo prohibido*. Barcelona. Plaza & Janés, 1972.

Tassel, G. W. Van, *I Rode a Flying Saucer*. Los Ángeles. New Age Publishing Co., 1952.

Tennyson, Alfred Lord, *The Holy Grail*.

Teilhard de Chardin, Pierre, *L'avenir de l'homme*. Editions du Seuil.

Teilhard de Chardin, Pierre, *The Phenomenon of Man*. Collins, 1959.

Thomas, Paul (Paul Misraki), *Les Extraterrestres*. París. Plon, 1962.

Thouless, R. H., *Parapsicología*. Buenos Aires. Edit. Hormé.

Tocquet, Robert, *La vida en los planetas*. Barcelona. Ediciones Martínez Roca.

Tola, Fernando, *Doctrinas secretas de la India - Upanishads*. Barcelona. Barral Editores, 1973.

Trismosin, Salomon, *La toyson d'or*. París. Sevestre, 1612.

Tucci, Eduardo A., y Giordano, Alberto, *Los platos voladores y sus tripulantes*. Buenos Aires. Editorial Glenn, 1969.

Uspekhi SSSR V Issledovanii Kosmitcheskovo Prostranstva 1957-1967 (La exploración espacial en la URSS, primer decenio 1957-1967). Moscú. Nauka, 1968.

Valentí-Camp y Massaguer, *Las sectas y las sociedades secretas a través de la historia*. Barcelona, 1912.

Valmiki, *El Ramayana. Barcelona*. José Janés Editor, 1952.

Vallée, Jacques, *Anatomy of a Phenomenon, Unidentified Objects in Space, A Scientific Appraisal*. Chicago. Henry Regnery Co., 1965.

Vallée, Jacques y Janine, *Challenge to Science, the UFO Enigma*. Chicago. Henry Regnery, Co., 1966.

Vallée, Jacques y Janine, *Les phénomènes insolites de l'espace*. París. La Table Ronde, 1966.

Vallée, Jacques, *Pasaporte a Magonia*. Barcelona. Plaza & Janés, 1972.

Vaucouleurs, Gérard de, *Física del planeta Marte*. Albin Michel.

Veit, Karl L.: *Dokumentarbericht über den 4. Internationalen UFO/IFO-Kongress*. Wiesbaden-Schierstein. Ventla-Verlag.

Veit, Karl L., *Dokumentarbericht, 7. Internationaler Welt-Kongress der UFO-Forscher in Maiz 1967*. Wiesbaden-Schierstein. Ventla-Verlag.

Veit, Karl L., *Erforschung Ausserirdischer Weltraumschiffe*. Wiesbaden-Schierstein. Ventla-Verlag, 1963.

Veit, Karl L., *Planetenmenschen besuchen unsere Erde*. Wiesbaden-Schierstein. Ventla-Verlag.

Veit, Karl L., *Umwälzende Ereignisse*. Wiesbaden-Schierstein. Ventla-Verlag.

Vesco, Renato, *Interceptadlos sin disparar*. Barcelona. Ediciones 29, 1968.

Voght, Christian, *El misterio de los platillos voladores*. Buenos Aires. Ed. Mandrágora, 1956.

Webster, Allen (Màrius Lleget), *¿Hay habitantes en Marte?* Barcelona. Plaza & Janés.

Werner, E. T. C., *Myths and Legends of China*. Londres, 1922.

Wheelock, Harold J., *Mariner; Misión a Venus*. Barcelona. Editorial Pomaire.

Wiener, Norbert, *Cibernética y Sociedad*. Deux Rives.

Wilkins, Harold T., *Flying Saucers on the Moon*. Londres-Nueva York. Citadel Press, 1954.

Wilkins, Harold T., *Flying Saucers on the Moon*. Londres. Peter Owen.

Wilkins, Harold T., *Flying Saucers Uncensored*. Nueva York. Citadel Press.

Winmuright, G. A., *The Sky-Religion in Egypt*. Cambridge, 1938.

Wukelic, G. E., *Handbook of Soviet Space Science Research*. Londres. Gordon & Beach, 1968.

Vázquez-Figueroa, Alberto, *Al sur del Caribe*. Barcelona. Editorial Destino, 1965.

Zaitsev, Viasheslav, *La evolución del Universo y el raciocinio*, 1959.

Zaitsev, Viasheslav, *Reminiscencias cósmicas en escrituras monumentales de la antigüedad*.

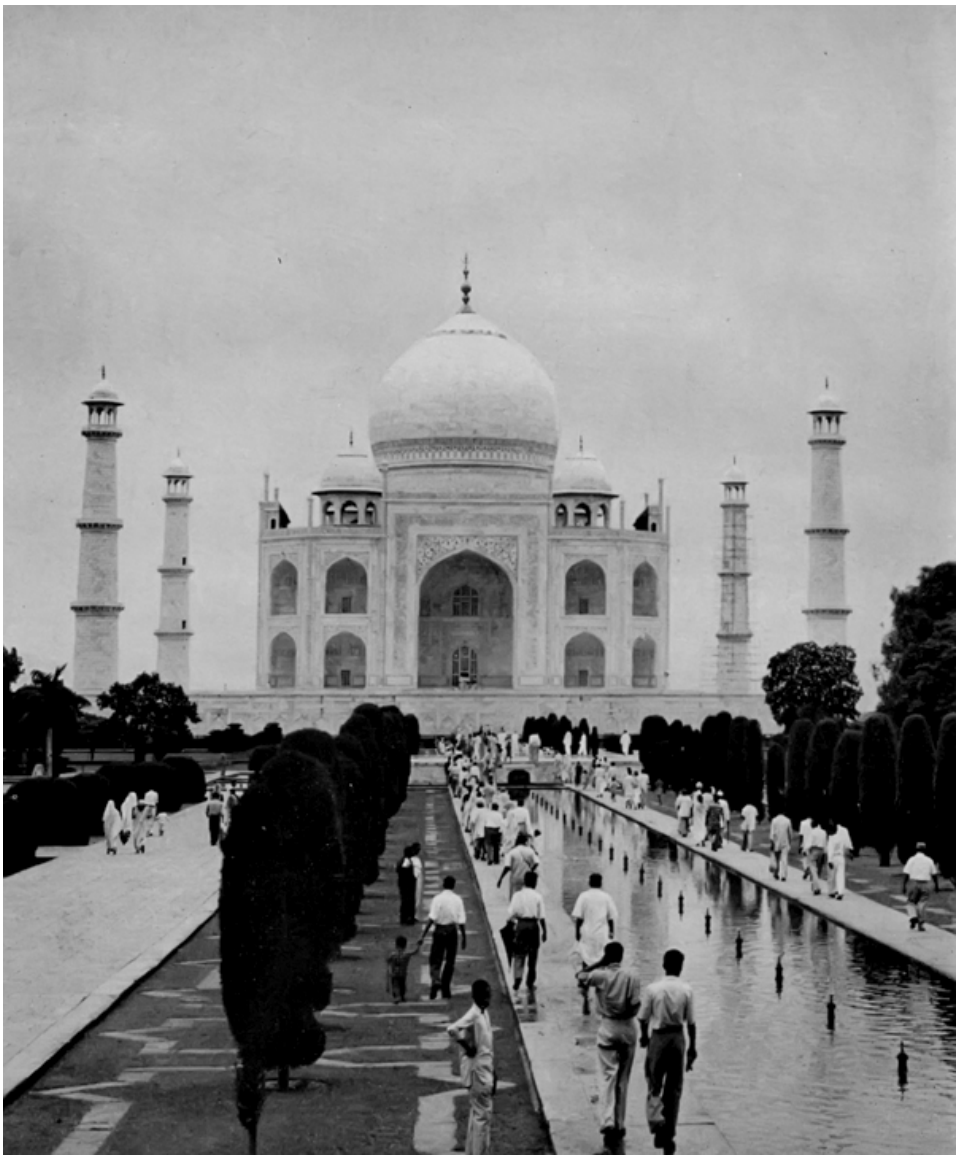
Ziegel, F. Y., *Nuclear Explosion Over the Taiga*. U. S. Dep. of Commerce, Office of Technical Services, 1962.

Véanse además las distintas publicaciones periódicas (boletines y revistas) especializadas en temas relacionados con el ensayo, y para el tema concreto de los objetos volantes no identificados la bibliografía general, reunida por encargo de las Fuerzas Aéreas estadounidenses en la obra de Lynn E. Catoe, *UFO's and Related Subjects, An Annotated Bibliography*. Library of Congress. Washington. U. S. Government Printing Office, 1969.

ILUSTRACIONES

1. Interior de la sala n.º 26 del templo indio de Ajanta.

(Volver)



2. El Taj Mahal, pieza maestra de la arquitectura india.

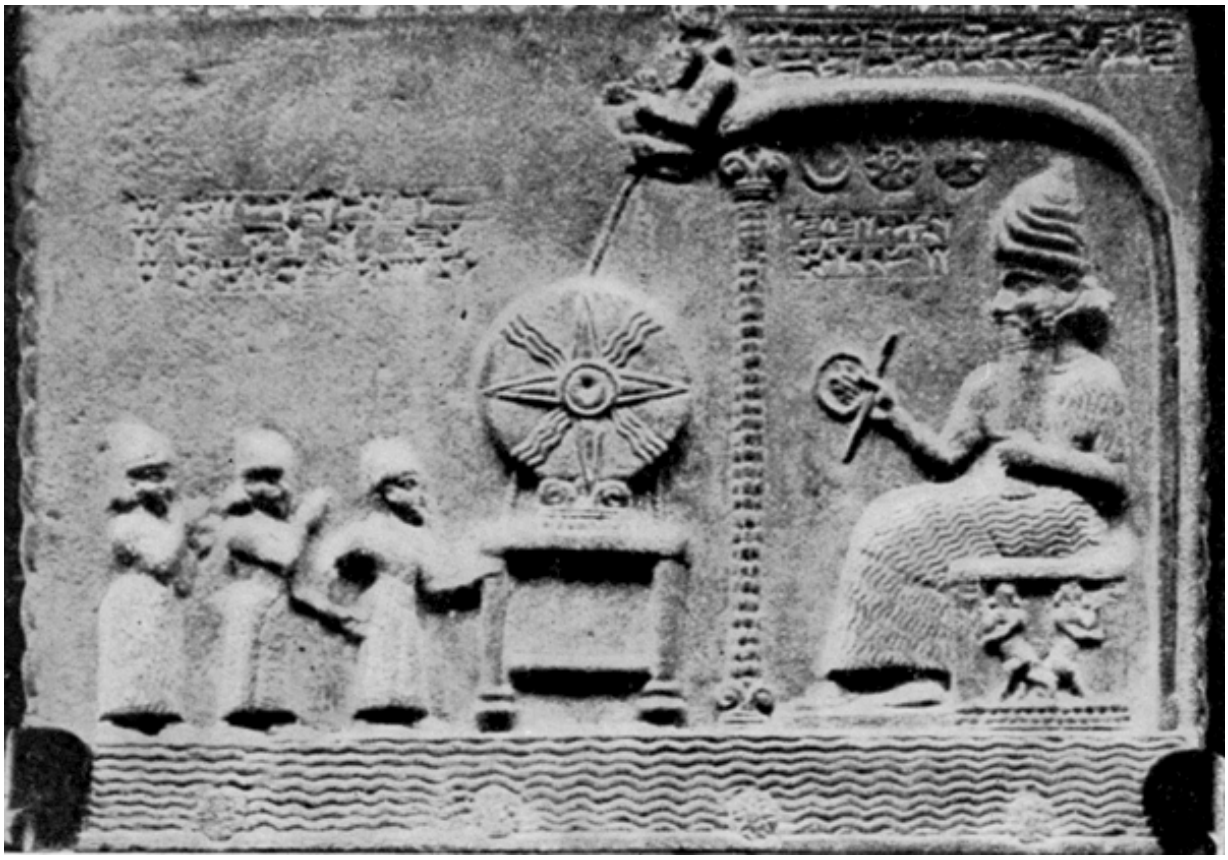
(Volver)

3. Ahura-Mazda.

(Volver)

4. Persia.— Cilindro de cornalina descompuesta. Dos hombres escorpiones alados bajo el disco solar alado. *(M. Louvre.)*

(Volver)



5. Disco solar sobre altar en el santuario del dios solar de Sippar, Shama. *(Tableta de arcilla de la época del primer Imperio babilónico.)*

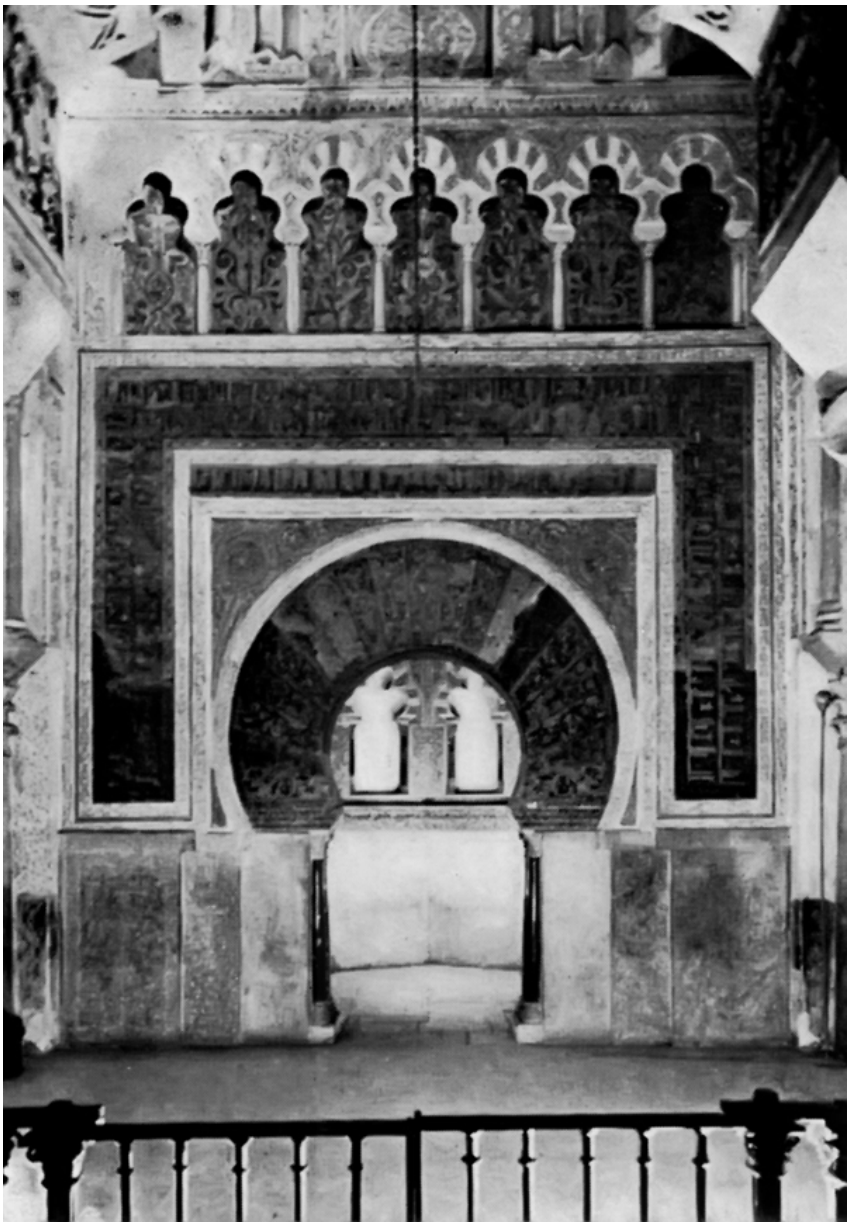
(Volver)

6. Símbolo solar representado sobre una vasija hallada en la altiplanicie de México, estilo Teotihuacán III.

(Volver)

7. Interior de San Pablo Extramuros, en Roma.

(Volver)

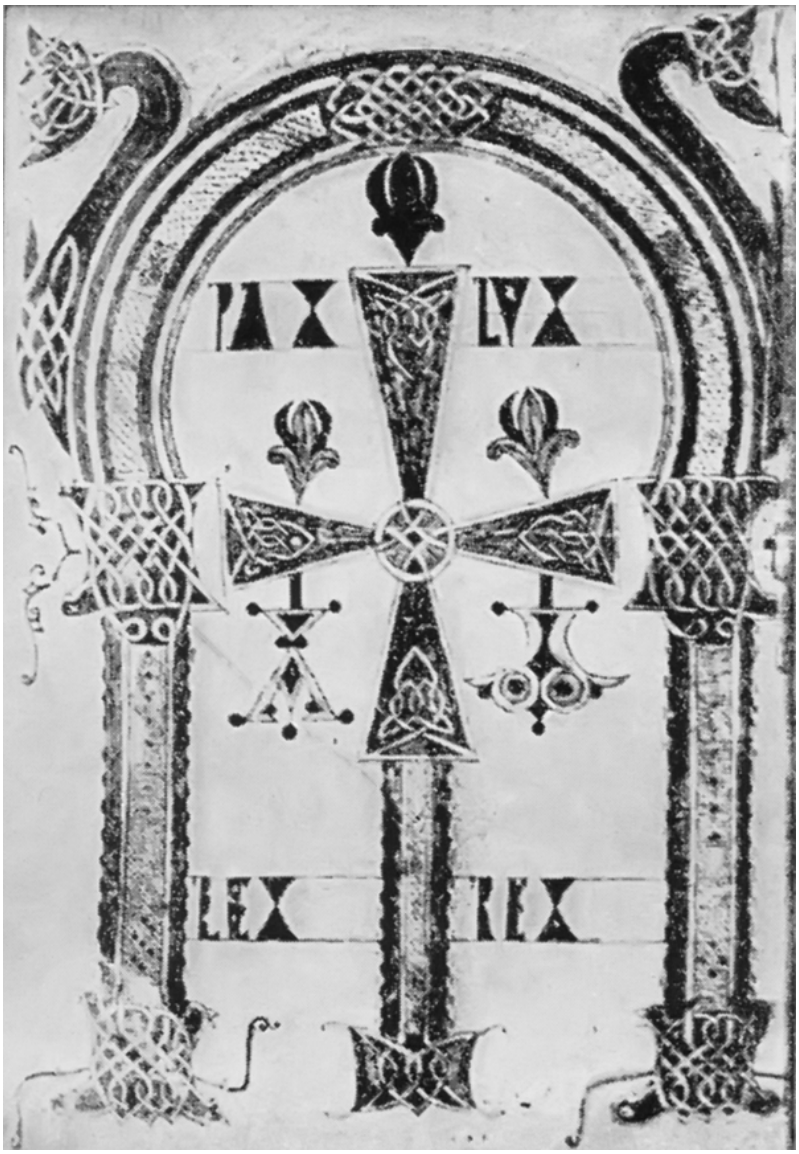


8. Vista del Mihrab en la mezquita de Córdoba.

(Volver)

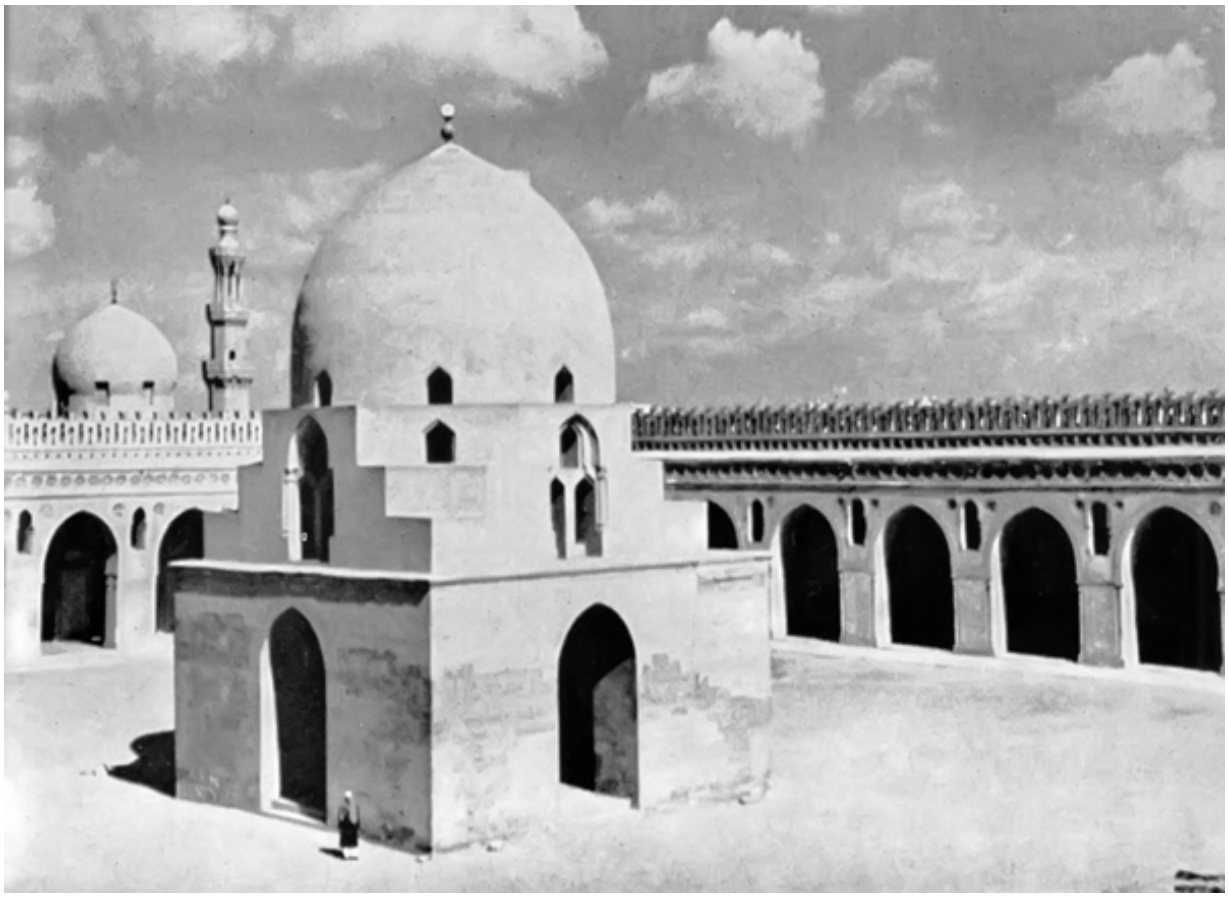
9. La puerta del Sol, en Toledo.

(Volver)



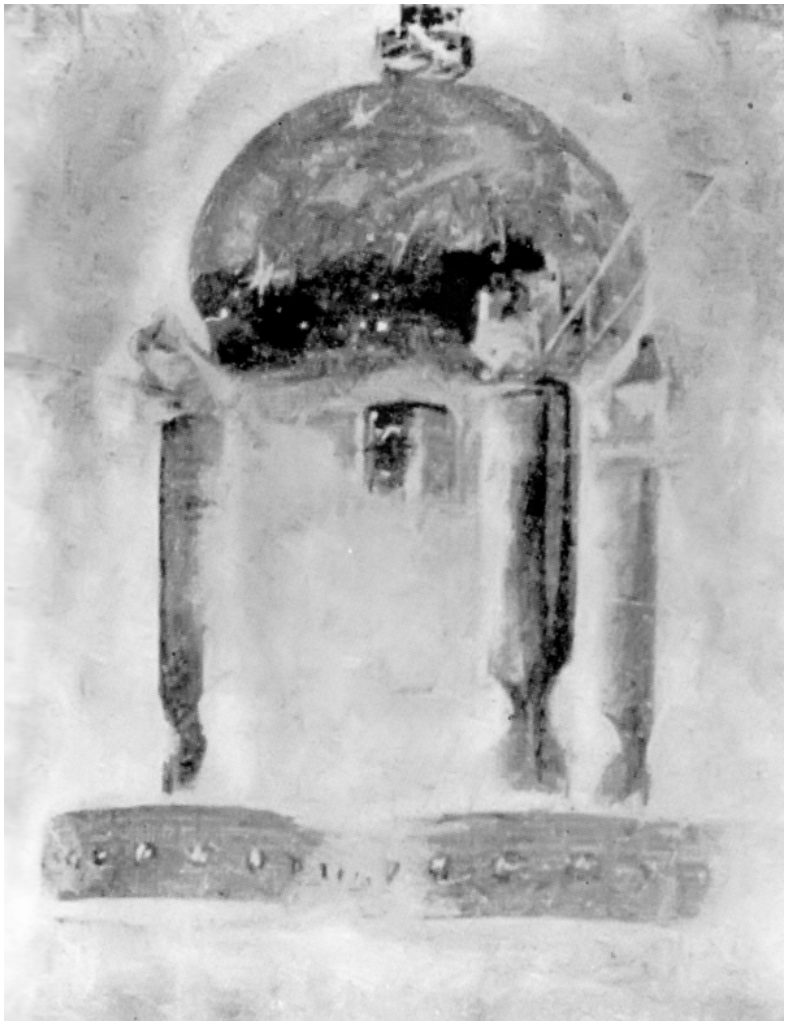
10. Miniatura visigoda del Códice de las Etimologías de san Isidoro, 1-3, fol. 7. *(Biblioteca de El Escorial.)*

(Volver)



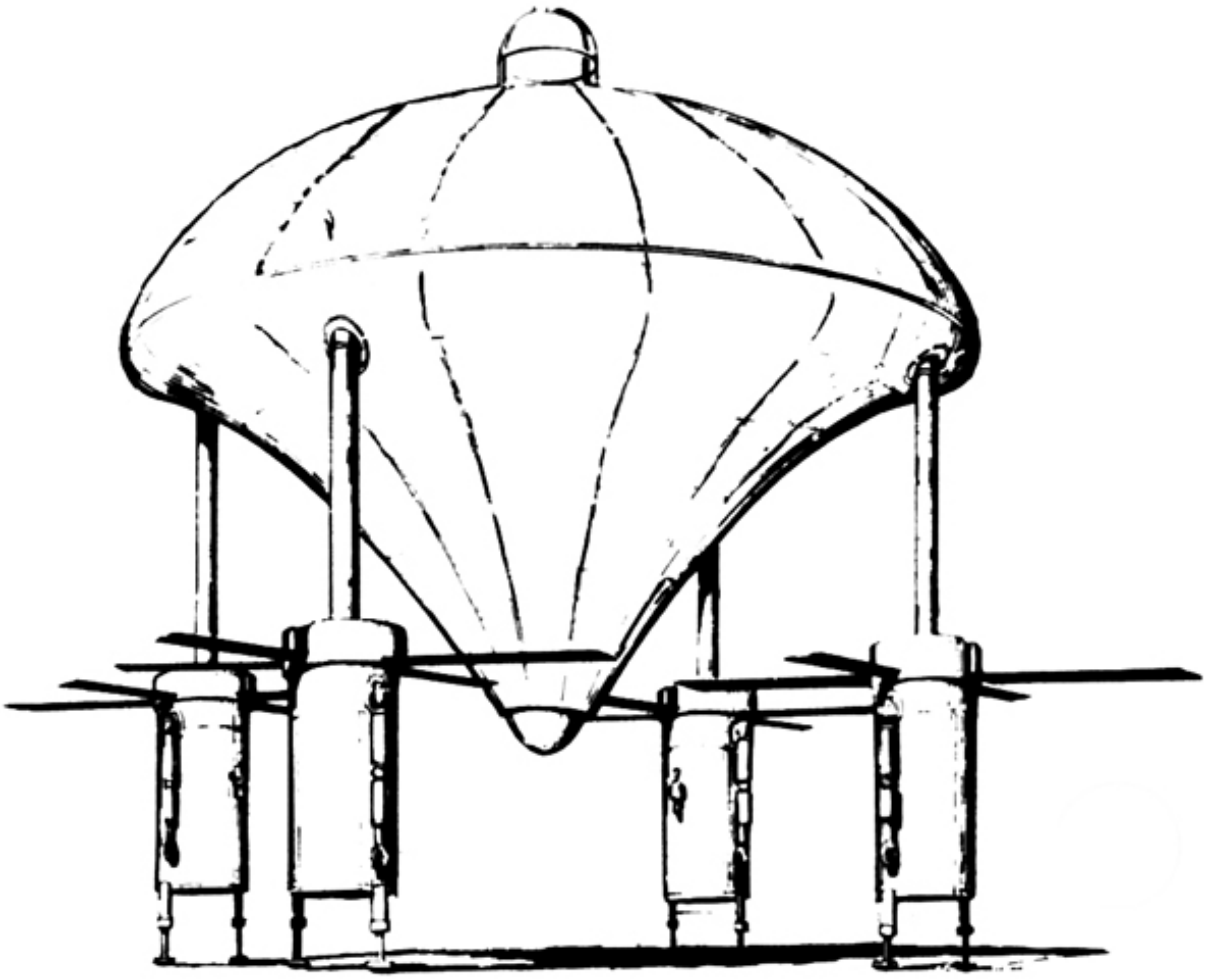
11. Mezquita de Ahmed-ibn-Tulin, en El Cairo.

(Volver)



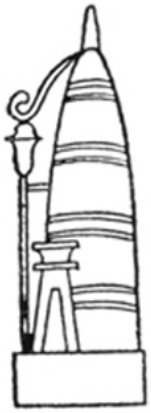
12. Interpretación de la máquina volante vista y descrita por el profeta Ezequiel, tal como figura en el libro *Platillos volantes en la Antigüedad*, de Eugenio Danyans.

(Volver)

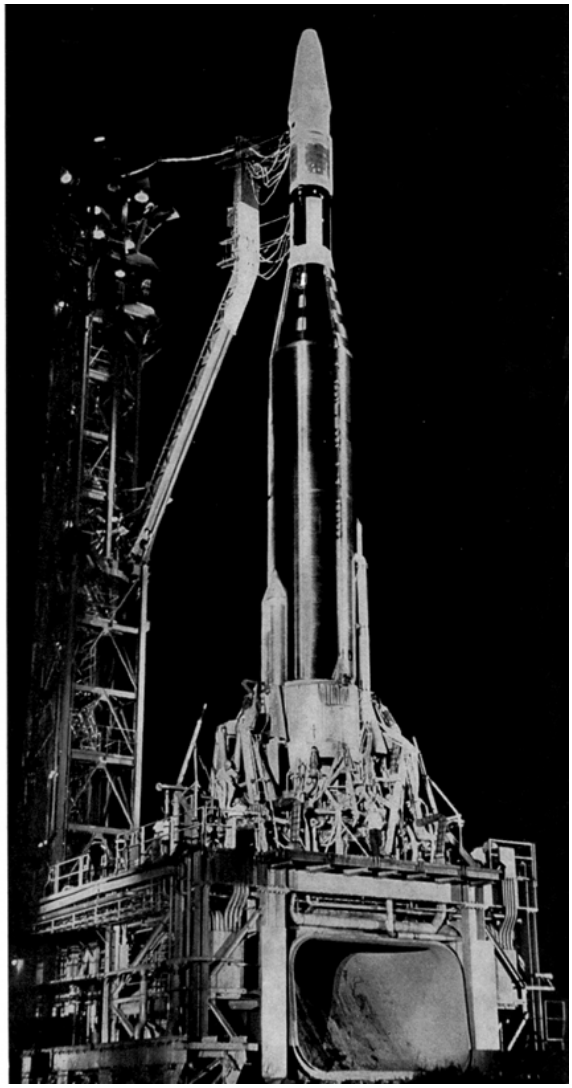


13. La nave descrita por Ezequiel, en interpretación del ingeniero de la «N.A.S.A.», J. F. Blumrich.

(Volver)



Templo primitivo

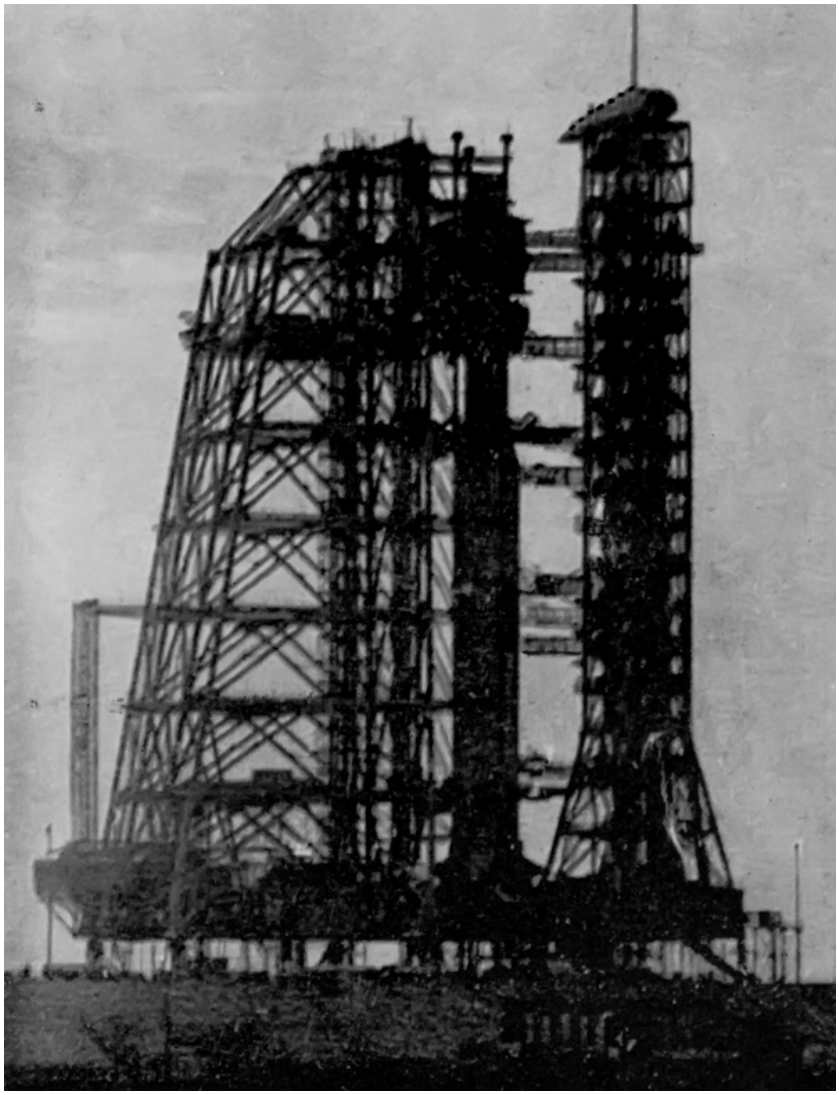


14. Cohete «Atlas Agena B» con la cosmonave «Mariner II» en situación de lanzamiento en la base de Cabo Kennedy.

(Volver)

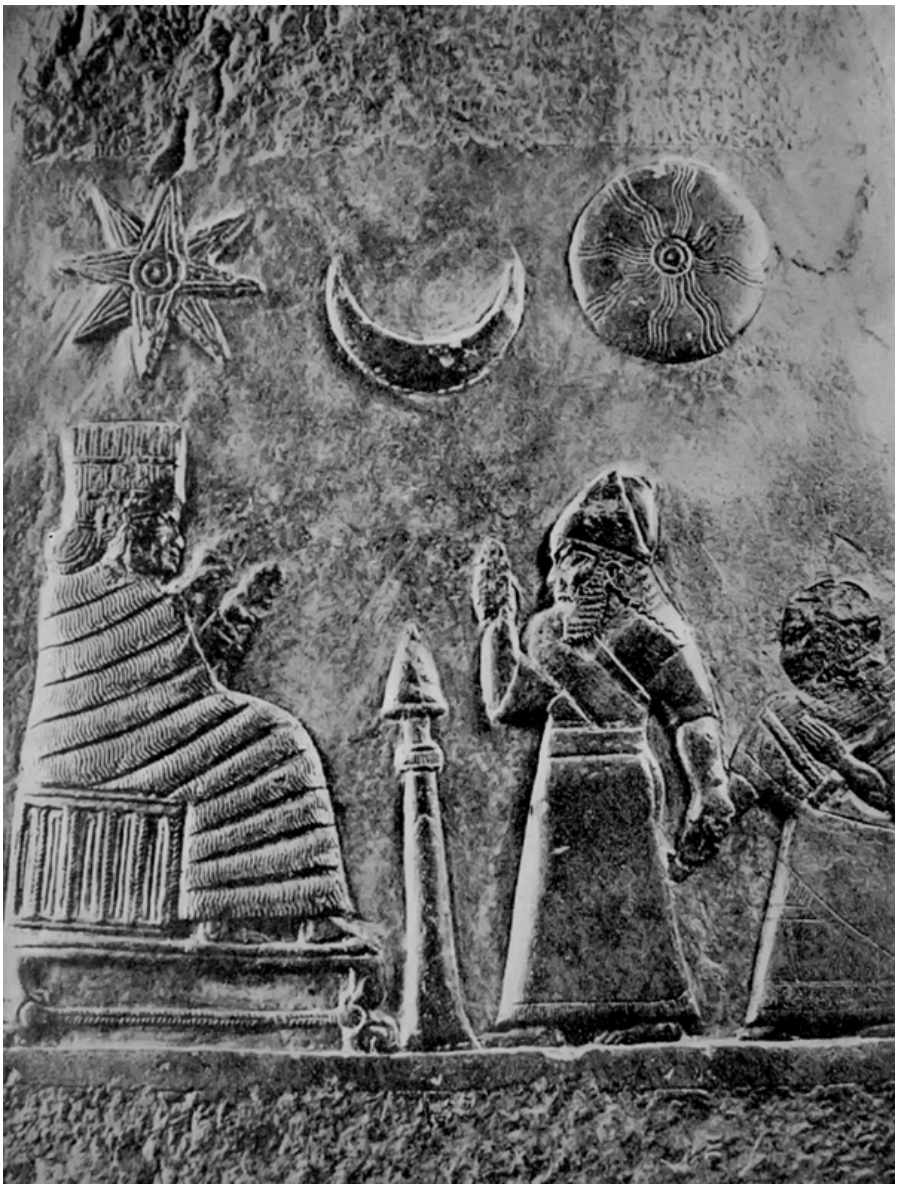
15A. Placa de cerámica representando un santuario prehistórico de Sumer con la mujer-pájaro en adoración.

(Volver)



15B. El cohete «Saturno» sobre la plataforma de lanzamiento, con la torre de lanzamiento a la derecha y la torre de servicio a la izquierda.

(Volver)



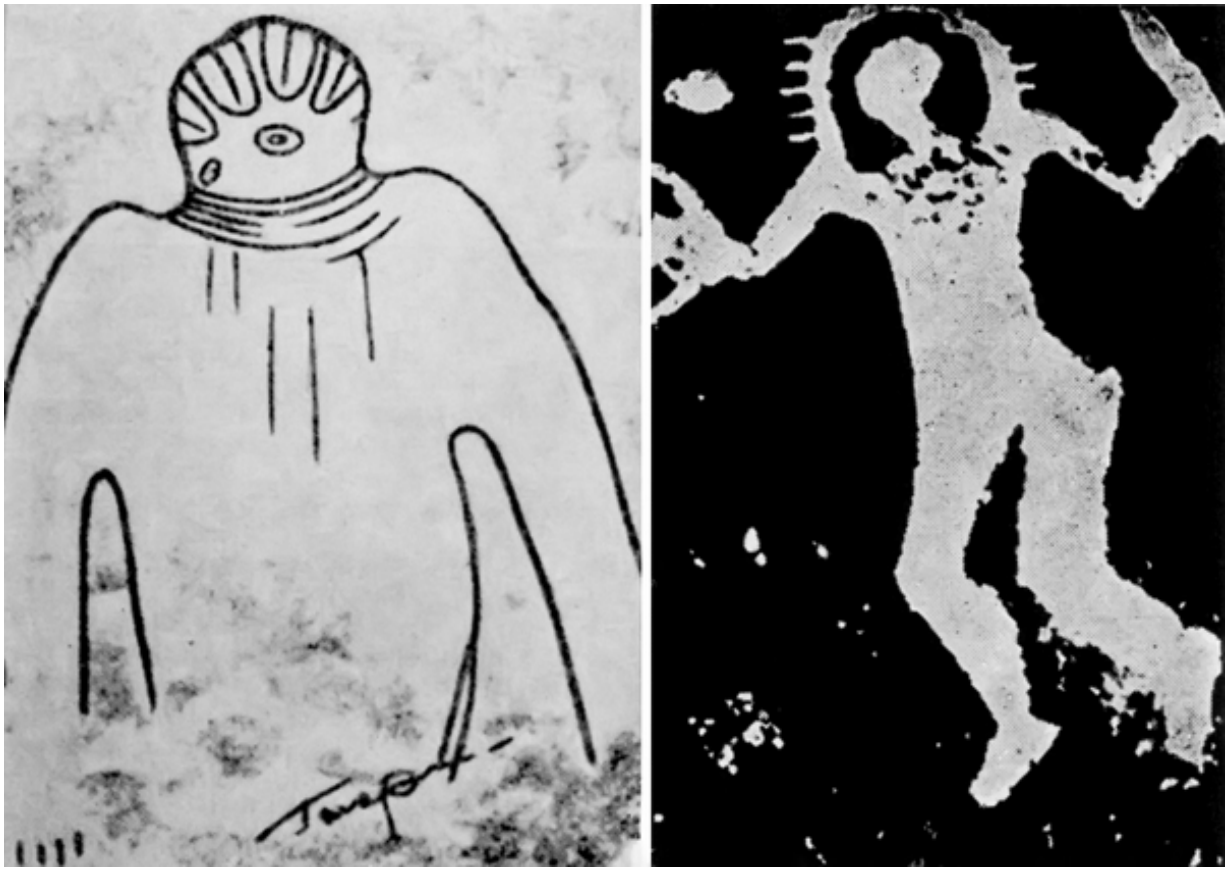
16. El rey Melishipak presentando a su hija a una diosa de Babilonia.

17. La cruz encerrada en un círculo; mosaico del siglo VI que decora el ábside de San Apolinar in Classe.

(Volver)

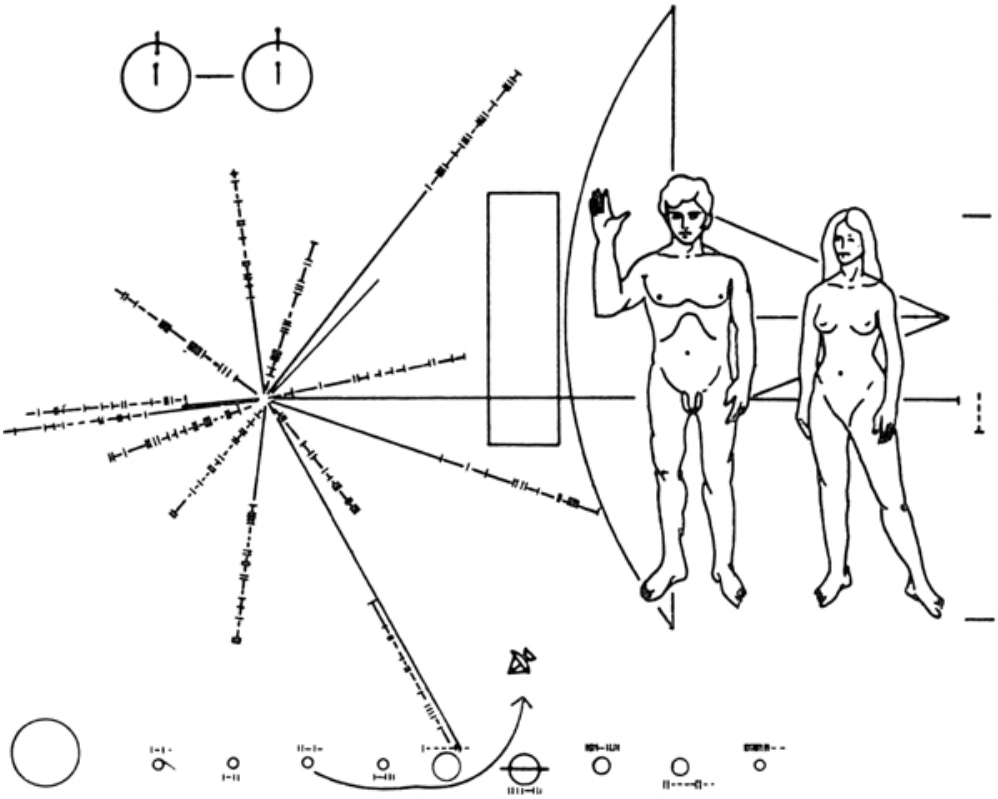
18. Relieve hallado en Cozumalhuapa. (Guatemala.)

(Volver)



19. Pinturas rupestres de Tassili-n-Ajjer *(izquierda)* y Val Camonica *(derecha)*.

(Volver)



20. Con la intención de comunicarse con otras civilizaciones que puedan existir en el espacio exterior, tanto el «Pioneer 10» como el «Pioneer 11» llevan una placa de aluminio con oro anodizado, de 15 × 22 cm y 1,2 mm de espesor, con el diseño que se puede observar en el grabado, y que debe permitir la identificación de su procedencia.

(Volver)

Índice

Presentación

Prólogo

Introducción

Nota para la presente edición

I. Un mensaje en los templos

1. Una forma común a los templos
2. La visión de Ezequiel
3. Arquitectura y religión
4. El templo de David
5. Más ideas sobre el templo
6. Las apariciones marianas

II. Objetos volantes no identificados y otros indicios de tecnologías superiores en el ámbito religioso

1. Introducción
2. La estrella de Belén
3. Cuerpos aéreos tripulados
4. Egipto
5. América
6. Nuevamente la Biblia
7. El Oriente
8. Las Islas Británicas
9. El mundo clásico y otros

III. La influencia que nos llega de fuera

1. Nosotros y nuestro sistema planetario
2. Nuestros tutores
3. Ummo, Adamski y seres excepcionales
4. Los mapas de Piri Reis
5. La astronáutica terrestre y la otra
6. La Luna viva
7. Nuestros oídos cósmicos

IV. ¿Asimilamos las indicaciones?

1. El proyecto «Apolo»
2. Naves cósmicas siniestradas
3. El magnetismo

4. Consideraciones de fondo
5. El lado oscuro

V. La fuerza insensible

1. Hermandades herméticas
2. Un poco de cábala

Conclusión

Bibliografía

Ilustraciones

Este libro se imprimió en los talleres
de GRÁFICAS GUADA, S. R. C.
Virgen de Guadalupe, 21-33
Esplugas de Llobregat.
Barcelona

NOTAS

[1] Fulcanelli, *El misterio de las catedrales;* Barcelona; Plaza & Janés, 1969.

[2] Estradé, Sebastià, *De la Terra a l'infinit;* Barcelona; R. Dalmau, 1966.

[3] Lleget, Màrius, *Los OVNIS de Karapâtri*, en *Diario de Barcelona*, 6 de marzo de 1970.

[4] Beaupré Miller, Oliver, *A Picturesque Tale of Progress;* Tangley Oaks, Lake Bluff, Illinois; The Book House for Children, 1957.

[5] Kükelhaus, Hugo, *Urzahl und Gebärde;* Berlín; Alfred Metzner Verlag, 1934.

[6] Fulcanelli escribe que los constructores de la Edad Media edificaron «para la Verdad, para la afirmación de su ideal, para la propagación y el ennoblecimiento de su ciencia».

[7] Danyans de la Cinna, Eugenio. *Las predicciones de la Biblia (I)*, en «Cíclope», capitulo 25; Barcelona; Cíclope, S.A.E., 1970.

[8] Hemos traducido el párrafo correspondiente a la visión que tuvo y nos describe el profeta Ezequiel, junto al río Quebar, tomando como texto original *La Biblia*. (Versió dels textos originals i comentari pels monjos de Montserrat, XV-I, Ezequiel, per Dom Ramir Augé; Monestir de Montserrat, 1955), que consideramos es, hoy por hoy, la edición en lengua románica que más fielmente respeta los textos originales, a la par que aporta la más completa y objetiva relación de notas que aclaran e introducen las distintas interpretaciones que se dan a cada pasaje.

[9] Citamos únicamente un ejemplo. Transcribimos íntegra y fielmente la noticia tal como fue difundida en su día por la agencia «Efe»:

«Santiago de Chile, 24 de enero de 1970.— El médico Rafael Monreal pedirá la opinión de otros colegas especializados acerca de las extrañas quemaduras sufridas por René Bustos, de once años, las que, aparte de tener formas geométricas, fueron producidas por un “rayo de luz” proveniente del espacio.

»Según expresó el niño, ayer, cuando se estaba lavando la cara inclinado sobre una pileta, en el patio de su casa, “de mi lado derecho vi una luz brillante — ha relatado— y noté que venía desde una nube hacia mi cara; instintivamente me agaché para evitarlo, y entonces sentí un ardor en la espalda”.

»El niño fue atendido en una clínica cercana, donde le trataron de quemadura sufrida en la región dorsal, cerca del riñón derecho. El periódico *Las Ultimas Noticias* publica hoy las fotografías del niño, donde muestra las huellas de la quemadura, que tiene forma de dos círculos concéntricos y pequeñas esferas simétricas a su alrededor.

»Se espera el informe de un psiquiatra y de un dermatólogo para determinar el origen y causa de estas geométricas lesiones, atribuidas por la víctima a “un rayo de luz”.— Efe.»

[10] Como se pretende en el estudio sobre el particular *La visión de Ezequiel a la luz del fenómeno OVNI*, firmado por A.T.E.F. y publicado en la serie «Cíclope Informa», páginas 73 a 76; Barcelona; Cíclope, S.A.E., 1969.

[11] Däniken, Erich von, *Erinnerungen an die Zukunft;* Düsseldorf; Econ-Verlag, 1968.

[12] Véase también el estudio del doctor Eberhard Baumann, *Die Hauptvisionen Hesekiels*, en «Zeitschrift für die alttestameatliche Wissenschaft», núm. 67; 1955.

[13] Rampa, T. Lobsang, *El tercer ojo;* Barcelona; Ediciones Destino, 1967.

[14] Rampa, T. Lobsang, *The Cave of the Ancients;* Londres; Corgi Books Transworld Publishers, Ltd., 1963.

[15] Rampa, T. Lobsang, *Historia de Rampa;* Barcelona; Ediciones Destino, 1966.

[16] Danyans de la Cinna, Eugenio, *Platillos volantes en la antigüedad;* Barcelona; Editorial Pomaire, 1967.

[17] A. T. E. F., *La visión de Ezequiel a la luz del fenómeno OVNI*, en «Cíclope Informa», págs. 73 a 76; Barcelona; Cíclope, S.A.E., 1969.

[18] Véanse al respecto los interesantes estudios de Jung, a partir de la introducción-resumen que nos ofrece de los mismos la entrevista de Carlos Murciano con el investigador argentino Eduardo A. Azcuy, en la recopilación de entrevistas de Carlos Murciano, *Algo flota sobre el mundo;* Madrid; Editorial Prensa Española, 1969.

[19] Michell, John F., *Los platillos volantes y los dioses;* Barcelona; Editorial Pomaire, 1968.

[20] Boladeras, Miguel, *Mitologías del antiguo Egipto;* Barcelona; Ediciones Telstar, 1967.

[21] Barrios, Américo, *¿Buda, hombre-dios o cosmonauta?;* en *2001*, año 2, núm. 17, Buenos Aires, diciembre de 1969.

[22] En conversación con H. G. Wells, según cita Michell en su libro citado.

[23] Pauwels, Louis, y Bergier, Jacques, *El retorno de los brujos;* Barcelona; Plaza & Janés, 1967.

[24] Scully, Frank, *Behind the Flying Saucers;* New York; Popular Library, 1951.

[25] En su interesante artículo *Los atlantes y el binomio Cortés-Quetzalcóatl*, en *Destino*, Barcelona, 12 de julio de 1969.

[26] *Sputnik*, número especial de 1969.

[27] Véanse al respecto, sobre todo, sus dos obras: *El tercer ojo;* Barcelona, Ediciones Destino, 1967; y *The Cave of the Ancients;* Londres; Gorgi Books Transworld Publishers, Ltd., 1963.

[28] Michell, John, *op. cit*.

[29] Del artículo *Templos para el futuro* publicado en el semanario *Mundo*, 10 de enero de 1970.

[30] Autor de: *Anatomy of a Phenomenon;* Chicago; Henry Regnery Co., 1965; y *Fenómenos Insólitos del espacio;* Barcelona; Editorial Pomaire, 1967.

[31] Autor de: *La maison de mon père* (1964), obra coronada por la «Académie Française»; *De la boue sur les yeux* (1955); *L'éclat du verre* (1960); *Pour comprendre Teilhard* (ensayo, 1962); *Les extraterrestres* (1962); *Des signes dans le ciel* (1968); y *Les chemins de l'étre*».

[32] Declaraciones en la entrevista concedida a Carlos Murciano y publicada en el diario *ABC;* Madrid, 17 febrero 1969.

[33] «National Investigation Committee on Aerial Phenomena».

[34] «Aerial Phenomena Research Organisation».

[35] Murciano, Carlos, *Algo flota sobre el mundo;* Madrid; Editorial Prensa Española, 1969.

[36] Recogida en las *Oeuvres de saint Jean Crysostome*, *Patr. grecque*, t. LVI.

[37] Fulcanelli, *op. cit*.

[38] Consúltense casos particulares en las distintas obras sobre OVNI existentes en el mercado, y, como ejemplo típico, el artículo de Paul M. Vest, *Venusmenschen gehen durch unsere Strassen*, en «UFO-nachrichten», núm. 110, octubre 1965; Wiesbaden-Schierstein; Deutsche UFO/IFO-Studiengesellschaft (DUIST) e. V.

[39] Artículo de Jacques Bergier publicado en la desaparecida revista *Horizonte*, número 5, julio-agosto 1969; Barcelona; Plaza & Janés.

[40] Artículo firmado por J. Roca Muntañola y publicado bajo el título de *Telepatía, la transmisión del pensamiento y un desafío a la investigación*, en la sección de Parapsicología de la revista de divulgación científica *Algo;* Barcelona; diciembre 1969.

[41] G. Maglorie, *Teilhard de Chardin tel que je l'ai connu*, en *Synthèse*, noviembre 1957.

[42] ¿Se nos habla aquí de un ejemplo de aplicación práctica de la teoría de la relatividad, de la noción del tiempo y del espacio establecida por Einstein en nuestros días? Dos sabios franceses, Paul Langevin y François Le Lionais, dan un ejemplo práctico del fenómeno conocido por la «Contracción de Lorentz», explicando que en el supuesto de que una cosmonave se alejase de la Tierra a una velocidad algo inferior a la de la luz —por ejemplo 299.850 km. por segundo — y de que sus tripulantes volvieran a la Tierra al cabo de dos años, «comprobarían éstos que todos sus contemporáneos han desaparecido y que la Historia ha avanzado, en la Tierra, doscientos años». «No se trata de un efecto de perspectiva, sino de una alteración real. Todos los fenómenos vitales y mentales (número de latidos del corazón o de respiraciones, periodicidad del apetito y del sueño, velocidad en el crecimiento del pelo, duración de los embarazos, etc.), ocuparían dos años del tiempo de la astronave y doscientos del tiempo terrestre.»

A los Magos del Apócrifo trece días reales terrestres les han parecido ser sólo un día —asombrosa similitud, que nos invita a preguntarnos: ¿Quiénes eran esos «Magos», de dónde vinieron realmente, y qué medio de transporte emplearon?

Digamos que Eugenio Danyans analiza el mismo fenómeno aplicado al caso del profeta Elías, en su libro *Platillos volantes en la antigüedad;* Barcelona; Edit. Pomaire, I967.

[43] Calcidio, *Comm. in Timaeum Platonis*, en los *Frag. philosophorum graecorum*, tomo II, de Didot.

[44] *Del Destino*, en Focio, cod. 233; *Patr. grecque*, tomo CIII.

[45] Interesantes consideraciones sobre los atributos de la estrella pueden leerse en el libro citado de Fulcanelli.

[46] Jens, Hermann, *Mythologisches Lexikon;* München; Wilhelm Goldmann Verlag, 1960.

[47] Véase el significado hermético de los Argo-nautas en la página 62 de *El misterio de las catedrales*.

[48] *El libro de los muertos* (traducción y prólogo de Juan A. G. Larraya); Barcelona; José Janés, Editor, 1953.

[49] Zaitsev, Viasheslav, *¿Procederemos del Cosmos?*, en *Sputnik*, número especial de 1969.

[50] Citas extractadas del *Diccionario de la Biblia;* Barcelona; Editorial Herder, 1964.

[51] Michell, John, *op. cit*.

[52] El *mar de leche*, ligado a la *serpiente* sagrada Vasuki y a las celestes Apsaras, aparece también en la epopeya del *Ramayana*, atribuida a Valmiki.

[53] Sender, Ramón, J., *Los atlantes y el binomio Cortés-Quetzalcóatl*, en *Destino*, 12 julio 1969; Barcelona.

[54] Véase, por ejemplo, la monografía de Olegario Miró, *La Santa Lluna de Manresa;* Barcelona; 1883.

[55] Murciano, Carlos, en *ABC*, 17 febrero 1969; Madrid.

[56] Declaraciones del profesor Paolo di Girolamo, presidente de la «International Sky Scouts Italiana», en *ABC*, 18 febrero 1969; Madrid.

[57] Ampliaciones en: Danyans, Eugenio, *Los secretos de la gran pirámide*, en «Cíclope Informa», págs. 25 a 28: Barcelona; Cíclope S.A.E.; y Däniken, Erich von, *Erinnerungen an die Zukunft;* Düsseldorf; Econ-Verlag, 1968.

[58] Sender, Ramón, J., *op. cit*.

[59] Donnelly, Ignatius, *Atlantis;* Nueva York, 1949.

[60] Sender, Ramón, J., *op. cit*.

[61] Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, capítulo CI: Cómo el gran Moctezuma con muchos caciques y principales de la comarca dieron la obediencia a su majestad, y de otras cosas que sobre ellos pasaron.

[62] Díaz del Castillo, Bernal, *op. cit*., capítulo CCXIII: De las señales y planetas que hubo en el cielo de la Nueva España antes que en ella entrásemos, y pronósticos de declaración que los indios mexicanos hicieron, diciendo sobre ellos y de una señal que hubo en el cielo, y otras cosas que son de traer a la memoria. Compárese esta observación con las que refiere Plinio el Viejo en su *Historia Natural*, efectuadas en los cielos del mundo clásico.

Véase también la *Historia general del Perú*, segunda parte de los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso de la Vega.

[63] Bigarne, *Considérations sur le culte d'Isis chez les Eduens;* Beaune, 1862.

[64] Ampliaciones en el artículo *De los hijos del Sol en el calendario venusino*, de Eugenio Danyans, en «Europa»; 15 enero 1966; Barcelona.

[65] «Münchner Allgemeine Zeitung», 19 mayo 1963.

[66] Véanse también las obras de María Reiche, *Mystery on the Desert;* Lima, 1949; *Orientación y medidas en los dibujos antiguos de las pampas de Nazca*, en «Letras», número 49, 1953; Lima; Universidad de San Marcos; y la obra conjunta de María Reiche y Paul Kosok, *The Mysterious Markings of Nazca*, en «Natural History», vol. 56, núm. 5, 1947; New York.

[67] Danyans, Eugenio, *Platillos volantes en la antigüedad;* Barcelona; Editorial Pomaire, 1967.

[68] Michell, John, *op. cit*.

[69] Sendy, Jean, *La lune, clé de la Bible;* Éditions Julliard, 1968.

[70] Sender, Ramón, J., *op. cit*.

[71] En opinión de Eugenio Danyans, la mujer de Lot no se habría vuelto, sino rezagado, circunstancia que no le permitió salvarse de los efectos de la explosión.

[72] Un completo estudio sobre el particular nos lo ofrece Eugenio Danyans en su artículo *Las predicciones de la Biblia*, que forma el capítulo 25 de «Cíclope», 1970; Barcelona; Cíclope S.A.E.

[73] Véase por su especial interés el artículo de Eugenio Danyans sobre el Apocalipsis, que aparece en el capítulo 26 de «Cíclope», 1970; Barcelona; Cíclope, S.A.E.

[74] Consideraciones importantes sobre Mahoma pueden encontrarse en el libro *El gran enigma de los platillos volantes*, de Antonio Ribera; Barcelona; Editorial Pomaire, 1966 y Editorial Plaza & Janés, 1974.

[75] Ribera, Antonio, *Proceso a los OVNI;* Barcelona; Editorial DOPESA, 1969.

[76] Däniken, Erich von, *op. cit*.

[77] Chauvin, Rémy, *Un biólogo en el paraíso*, en «Horizonte», núm. 5, julio-agosto 1969; Barcelona; Plaza & Janés Editores.

[78] Michell, John *op. cit*.

[79] Pirenne, Jacques, *Historia Universal;* Barcelona; Editorial Éxito, 1959.

[80] Zaitsev, Viasheslav, *op. cit*.

[81] Véase en el número 1, volumen 3, de la revista «Brothers», órgano de la «Cosmic Brotherhood Association» japonesa, el artículo *Flying Saucers over ancient Nippon*, en que Yusuke J. Matsumura pasa revista a las apariciones de OVNI sobre el Japón, en la antigüedad.

[82] Roca Muntañola, J., *Incógnitas de ayer, proyección hacia el futuro*, en «Algo», núm. 124, febrero 1969; Barcelona.

[83] Recomendamos aquí la lectura de John Michell, que trata exhaustivamente el tema, aportando múltiples conexiones e interrelaciones, en *Los platillos volantes y los dioses;* Barcelona; Editorial Pomaire. 1967.

[84] Vara *alada*, rodeada por dos serpientes.

[85] Ribera, Antonio, *El gran enigma de los platillos volantes;* Barcelona; Editorial Pomaire, 1966 y Plaza & Janés, 1974. Remitimos a las páginas 353 a 356 de la primera edición, donde se estudian estas manifestaciones citadas por Plinio.

[86] Chauvin, Rémy, *op. cit*.

[87] Véase un estudio de cada uno de estos puntos en el artículo citado de Rémy Chauvin, *Un biólogo en el paraíso*.

[88] En 1772, el director del Observatorio de Berlín, Johann Elert Bode, llamó la atención sobre una extraña ley referente a las distancias planetarias. Se la conoce por «Ley de Bode», aunque la había publicado antes otro alemán, Titius, de Wittemberg.

Tómense los números 0, 3, 6, 12, 24, 48, 96 y 192, cada uno de los cuales, a excepción del primero, dobla al anterior. Añádase 4 a cada uno, y se obtendrá 4, 7, 10, 16, 28, 52, 100 y 196. Tomando 10 como distancia del Sol a la Tierra, estas cifras representan con notable exactitud las distancias de los restantes planetas:

Planeta	Según Ley de Bode	Distancia real al Sol
Mercurio	4	3,87
Venus	7	7,22
Tierra	10	10,00
Marte	16	15,24
(Asteroides)	28	—
Júpiter	52	52,00
Saturno	100	95,45
Urano	196	191,90

[89] Entrevista Carlos Murciano-Pablo Ponzano, en «ABC», 5/6 abril 1969; Madrid.

[90] Éditions Juilliard, 1968.

Véase igualmente el artículo *La Luna, ¿obra de la razón?*, publicado el 10 de enero de 1970, en el periódico «Komsomolskaia Pravda», por dos sabios rusos, Vassin y Chtcherbakov, quienes defienden la hipótesis de que nuestra Luna es un satélite artificial creado hace millones de años por una raza cósmica desconocida.

[91] Lleget, Màrius, *Misteriosas correspondencias entre las células y las galaxias*, en «Diario de Barcelona», 5 febrero 1970.

[92] Son notorios, sobre todo, el caso del labrador brasileño ocurrido el 14 de diciembre de 1957, y los de Valensole, Francia, el 1 de julio de 1965, acaecido al agricultor M. Masse, y del matrimonio Hill. Consúltese al respecto las obras que estudian el problema de las apariciones contemporáneas de OVNI.

[93] Ribera, Antonio, *Proceso a los OVNI;* Barcelona; Editorial DOPESA, 1969.

[94] En su obra *El rostro oculto de la mente;* Santander; Sal Terrae, 1971. También desarrolló el tema en su conferencia del 16 de abril de 1971 en Barcelona.

[95] Lleget, Màrius, *¿Hay habitantes en Marte?;* Barcelona; Enciclopedia Popular Ilustrada, Ediciones G.P., 1962.

[96] «Estudios Soviéticos», núm. 194, mayo 1964.

[97] Artículo sobre el relevante ingeniero Norman Bean, en «UFO-nachrichten», febrero 1967; Wiesbaden-Schierstein.

[98] «UFO-nachrichten», núm. 139, marzo 1968; Wiesbaden-Schierstein.

[99] Albessard, N., *¿Un Teilhard de Chardin en el siglo XVI?*, en «Horizonte», número 5, 1969; Barcelona; Plaza & Janés.

[100] Véase la obra *Nostradamus, predictions des derniers événements;* París; Éditions Médicis.

[101] Ribera, Antonio, *El gran enigma de los platillos volantes;* Barcelona; Editorial Pomaire, 1966 y Plaza & Janés, 1974.

[102] Se han dedicado al estudio de esta problemática, entre otros, el doctor Perego e Ignacio Darnaunde Rojas-Marcos, ya citado.

Véase como resumen de introducción el estudio *UFO-Operationen strategisch betrachtet*, publicado en el núm. 4, julio-agosto 1963, del desaparecido boletín «Informationen», de la «Gesellschaft für Interplanetarik “Austria”», de Viena.

También interesa al respecto el segundo libro de Eugenio Danyans de la Cinna, *Platillos volantes en la actualidad;* Barcelona; Editorial Pomaire, 1969.

[103] Danyans de la Cinna, Eugenio, *Platillos volantes en la actualidad;* Barcelona; Editorial Pomaire, 1969.

[104] «Wiener Kurier», 20 agosto 1963; Viena.

[105] «National Investigation Committee on Aerial Phenomena.»

[106] En la publicación «OVNI», núm. 4, noviembre 1969; Málaga.

[107] Ribera, Antonio, *El gran enigma de los platillos volantes;* Barcelona; Editorial Pomaire, 1966, y Plaza & Janés, 1974.

[108] Véase también el interesante artículo de Giuseppe Grazzini, *Alguien nos llama desde el más allá*, publicado en «Blanco y Negro», Madrid, 26 de diciembre de 1970, que revela cómo día y noche misteriosos mensajes de origen desconocido vienen siendo grabados en cintas magnéticas. Los técnicos de comunicaciones que estudian el fenómeno excluyen la posibilidad de que se trate de emisiones terrestres.

[109] Véase el articulo *La increíble historia del «LEM»*, en «Gaceta Ilustrada», 13 julio 1969; Barcelona.

[110] Danyans, Eugenio, *Platillos volantes en la actualidad;* Barcelona; Editorial Pomaire, 1969.

[111] Véanse interesantes introducciones al estudio de esta explosión en, por ejemplo:

—Danyans, Eugenio, *Platillos volantes en la antigüedad;* Barcelona; Editorial Pomaire, 1967.

—Danyans, Eugenio, *Platillos volantes en la actualidad;* Barcelona; Editorial Pomaire, 1969.

—Bergier, Jacques, *El gran misterio del meteorito de 1908;* en «Horizonte», núm. 3, marzo-abril 1969; Barcelona; Plaza & Janés.

—Däniken, Erich von, *op. cit*.

—Germain, Jean-René, *Nouvelle enquête russe sur l'explosion apocaliptique de 1908 en Sibérie*, en «Science et Vie», núm. 619, tomo CXV, abril 1969; París.

[112] Scully, Frank, *op. cit*.

[113] Scully, Frank, *op. cit*.

[114] Powers, Francis Gary, *Operation Overflight;* Nueva York; Holt, Rinehart & Winston, 1970.

[115] En su boletín «Informationen», enero-febrero 1963.

[116] Consideramos interesante citar aquí también unas líneas del informe que el profesor James E. McDonald, director del «Institute of Atmospheric Physics» de Tucson, Arizona, y catedrático de la Facultad de Meteorología de la Universidad de Arizona, presentó el 7 de junio de 1967 al «Outer Space Affairs Group», que forma parte de la «Organización de las Naciones Unidas»: «Una amplia gama de perturbaciones *electromagnéticas* que acompañan los vuelos a baja altura de los OVNI, está siendo señalada actualmente en todo el mundo. Perturbaciones en la combustión interna de los motores, en coincidencia con el paso de un objeto no convencional, de apariencia discoidal o cilíndrica, han sido registradas en varios centenares de casos.»

[117] «Science et Vie», número fuera de serie, núm. 88, 1969; París.

[118] «Wiener Kurier», 22 noviembre 1962; Viena.

[119] «Informationen», enero-febrero 1963; Viena; «Gesellschaft für Interplanetarik “Austria”».

Rusia, como siempre, parece saber más de lo que publica. En enero de 1971, la agencia «Tass», refiriéndose al avenusizaje de la nave «Venus 7», subraya que «se ha dado un gran paso adelante en el programa espacial soviético que permitirá mejorar el conocimiento de un planeta que sostiene *estrechos lazos con la Tierra*».

Léase también el interesante libro de Félix Llaugé, *Misterios rusos del aire y del espacio*.

[120] «Time», 22 diciembre 1967; y «UFO-nachrichten», marzo 1968; Wiesbaden-Schierstein.

[121] «ABC», 14 octubre 1969, Madrid.

[122] En Nueva York, el profesor Willy Ley le dijo a Erich von Däniken *(Erinnerungen an die Zukunft; Zurück zu den Sternen):*

«Tan sólo en nuestra Vía Láctea calculamos que existen unos 30 mil millones de estrellas. La astronomía acepta hoy en día la suposición de que nuestra Vía Láctea abarca un mínimo de 18 mil millones de sistemas planetarios. Si intentamos reducir al mínimo la cifra en cuestión y suponemos que las distancias de los sistemas planetarios permitiesen sólo a uno de cada 100 planetas girar en órbita óptima en torno a su sol, nos quedarían todavía 180 millones de planetas que podrían albergar vida. Continuemos suponiendo que tan sólo uno de cada 100 de estos planetas que podrían albergar vida, la tenga efectivamente: tendríamos todavía 1,8 millones de planetas con vida. Otra nueva suposición admitiría en sólo uno de cada 100 planetas con vida, la existencia de seres dotados del grado de inteligencia del *Homo sapiens*. Pero incluso esta última suposición le sigue atribuyendo a nuestra Vía Láctea un total de 18.000 planetas habitados por seres inteligentes».

[123] Bender, Albert K., *Flying Saucers and the Three Men;* Clarksville W. A.; Saucerian Books, 1962.

[124] *Les soucoupes volantes viennent d'un autre monde* (1954), y *Black out sur les soucoupes volantes* (1956).

[125] Fulcanelli, *op. cit*.

[126] Pauwels, Louis, y Bergier, Jacques, *El retorno de los brujos;* Barcelona; Plaza & Janés, 1967.

[127] Andreae, Johann Valentin, *Fama fraternitatis des löblichen Ordens der Rosenkreuz;* Cassel, 1614.

[128] Areilza, José María de, *Los secretos del Temple*, en «La Vanguardia», 1 febrero 1970; Barcelona.

[129] Véase la incomparable introducción a la misma que nos ofrece Fulcanelli en su obra citada, *El misterio de las catedrales*.

[130] El director del departamento de Historia del «Elphinstone College» de la Universidad de Bombay, José Patrocinio de Souza, publica bajo el título de *El águila, nave espacial de la era precientífica*, un interesante artículo en el número de junio de 1970 de «El Correo de la UNESCO». Relaciona multitud de mitos y leyendas antiguas que hablan del águila como vehículo que transporta a seres humanos o divinos de la Tierra al Espacio o viceversa, y subraya la relación del águila con la serpiente y con la Luna. Hace notar que el Módulo Lunar del «Apolo 11», en que Neil Armstrong y Edwin Aldrin descendieron por primera vez a nuestro satélite, fue bautizado, precisamente, con el nombre de «Eagle» (Águila), ave que queda representada en el emblema de la misión: «Supiéralo o no» —escribe De Souza— «quien bautizó con el nombre de «Águila» el módulo que llevó a los primeros hombres hasta la Luna poseía un extraordinario sentido de la Historia.»

[131] El segundo elemento de la voz procede del griego τεκτων, carpintero, *constructor de naves*.

[132] Una de las hermandades aludidas conoce a su vez la bóveda secreta o sagrada.

[133] Scully, Frank, *op. cit*.

[134] Al hablar de la pirámide de Keops ya subrayamos la relación existente entre la pulgada inglesa y la pulgada piramidal egipcia.

[135] Según una teoría de J. M. Díez Gómez, publicada en extracto a partir de la página 81 de la serie «Cíclope Informa» (Barcelona; Cíclope, S.A.E.), sobre la que no nos atrevemos a pronunciarnos en favor ni en contra sin un estudio previo completo, Adán sería el símbolo de una nave de tipo nueve. Con las debidas reservas, puede establecerse a raíz de esta teoría una relación cabalística —provisional de momento— entre las voces *nueve, nuevo, nave* y, posiblemente, *huevo (novem, novus, navis, ovum)*.

[136] Amplíense datos en *El retorno de los brujos*, ya citado, de Pauwels y Bergier.

[137] Se han dedicado a su estudio Aimé Michel, en «Le Monde et la Vie», núm. 105, febrero 1962; y Antonio Ribera, en *El gran enigma de los platillos volantes*, ya citado.

[138] Tommaseo, N., y Benini, B., *Dizionario della lingua italiana;* Turín; 1861-1879.

[139] También la mitología hindú conoce a *Maya*, y la Iglesia católica dedica el mes de *mayo* a *María*.

[140] Según Homero, era conocedor de todos los abismos del mar, siendo, bajo este aspecto, padre de Calipso (la profundidad de las aguas), e hijo de una ninfa del Océano y de Poseidón.

[141] *Dictionnaire des Arts et des Sciences;* Paris; Coignard, 1731.

[142] Rinin, N., *Comunicaciones Interplanetarias. Astronavegación. Anales y Bibliografía;* Leningrado, 1932.

(*) Estas figuras numeradas en números arábigos son grabados que el lector encontrará intercalados fuera de texto.

(*) Publicada por esta Editorial en esta misma colección.